OBRAS COMPLETAS DE ALFONSO REYES

II

VISIÓN DE ANÁHUAC

LAS VÍSPERAS DE ESPAÑA

CALENDARIO

letras mexicanas

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

REIMPRESIÓN • 1995

letras mexicanas

OBRAS COMPLETAS DE ALFONSO REYES

II

OBRAS COMPLETAS DE
ALFONSO REYES
II

ALFONSO REYES

Visión de Anáhuac

Las vísperas de España

Calendario

letras mexicanas

FONDO DE CULTURA ECONOMICA

Primera edición, 1956
Tercera reimpresión, 1995

Carretera Picacho-Ajusco 227; 14200 México, D. F.

ISBN 968-16-0346-X (Obra completa)
ISBN 968-16-2302-9 (tomo II)

Impreso en México

CONTENIDO DE ESTE LIBRO

El tomo I de estas *Obras Completas* abarca desde febrero de 1907 hasta enero de 1913, primera época mexicana. En adelante, me ocuparon preferentemente mi tesis profesional de Derecho y los arreglos de mi traslado a Europa. A fines de agosto de 1913 me hallo en Francia. Durante el año de mi permanencia en ese país, sólo escribo artículos y páginas que se publican en diversas revistas de Europa y de América y que habrán de incorporarse en obras posteriores, como se indicará en su caso. Para la última quincena de agosto de 1914 estoy ya en San Sebastián, y el 3 de octubre siguiente, en Madrid. Comienza mi larga etapa madrileña de diez años. Lo primero que escribí en Madrid fue el opúsculo de los *Cartones* (luego recogido en *Las vísperas)* y la *Visión de Anáhuac.* En este tomo II se agrupan algunas obras de esta etapa madrileña, procurando no violentar demasiado la cronología ni la relativa homogeneidad del volumen. A la misma etapa corresponden muchas otras páginas (ensayo, periodismo, crítica, erudición) que se incorporarán en los tomos siguientes. Siempre que es posible, se da preferencia a la fecha de elaboración sobre la fecha de publicación. Así se explica que la *Visión,* firmada en 1915 y primeramente publicada en 1917, se acompañe aquí con el *Calendario,* cuya primera edición es de 1924, y con *Las vísperas,* colección sólo recogida en 1937.

I

VISIÓN DE ANÁHUAC
[1519]

NOTICIA

Este ensayo fue escrito en Madrid, 1915.

A) EDICIONES ANTERIORES

1.—Visión de Anáhuac // (1519) // por // Alfonso Reyes // *(Lechuza ateniense)* // Imprenta Alsina // San José, Costa Rica, C. A. // 1917.—8º, 48 págs. (Colección "El Convivio", de Joaquín García Monge.)

2.—Alfonso Reyes // Visión // de Anáhuac // (1519) // Índice // Madrid, 1923.—8º, 65 págs. (Colección "Índice", nº 1, bajo la dirección de Juan Ramón Jiménez y de Alfonso Reyes).—Colofón: 30 de enero de 1923.

3.—Alfonso Reyes // Dos o tres // mundos // Cuentos y ensayos // Selección y prólogo // de Antonio Castro Leal // Letras de México // Palma 10, despacho 52 // México, D. F. // 1944.—8º, 218 págs. e índice.—La *Visión*, de las págs. 179 a 218.

4.—Alfonso Reyes // Visión de Anáhuac // (1519) // México // 1952.—8º, 62 págs. (El Colegio de México).—Colofón: 5 de agosto de 1953 (por errata: "1952").—Esta edición fue hecha para servir de texto en los exámenes de la "Agrégation d'Espagnol" de Francia.

La nº 2 y la nº 4 (considerada como definitiva) contienen correcciones con respecto a la edición anterior.

5.—Prosa moderna // en lengua española // por Segundo Serrano Poncela // Ediciones de la Torre // Universidad de Puerto Rico, 1955.—4º, 575 págs. (Colección: "Manuales y tratados").—Colofón: 11 de febrero de 1955.—La *Visión*, de las págs. 427 a 447.

B) TRADUCCIONES

1.—Alfonso Reyes // Vision // de l'Anahuac // (1519) // traduit de l'Espagnol par Jeanne Guérandel // avec une introduction de Valery Larbaud // et un portrait de l'auteur par // [J.] Moreno Villa gravé par C. Aubert // Éditions // de la Nouvelle Revue Française // Paris —3, rue de Grenelle— 1927.—8º, 62 págs. e índice.—Colofón: 14 de noviembre de 1927.

2.—*Anahuac, das Reich des Goldenen Kaisers* (fragmento), trad. al alemán por Inés E. Manz, *Berliner Lokal-Anzeiger,* Unterhaltung —Beilage, nº 175, Berlín, 23 de julio, 1932. (Reproducido en varios periódicos y revistas de lengua alemana.)

3.—*Prose miniature : Landscape of Mexico* (fragmento), trad. al inglés en "Edna Poets", 1932, pág. 128.

4.—Alfonso Reyes // Triptych // *(A)* // Edice // Atlantis // Brno.—Trad. al checo de Zdenek Smíd. 1937. 8º, 70 págs. De la pág. 21 a la 62: *Vidina Anahuaku (1519) : Visión.*

5.—New York // Alfred A. Knopf // 1950 // The Position of America // and other essays by // Alfonso Reyes // selected and translated from the Spanish by Harriet de Onís // Foreword by Federico de Onís.—4º, 1950. Págs. XII + 172. La *Visión,* de la pág. 3 a la 32. ("Borzoi Books".)

Ya se dijo en el tomo I de estas *Obras Completas* que, a los comienzos de la *Visión,* se aprovechan, corregidos, algunos pasajes iniciales de la conferencia: *El paisaje en la poesía mexicana del siglo xix* (1911).

I

> Viajero: has llegado a la región más transparente del aire.

En la era de los descubrimientos, aparecen libros llenos de noticias extraordinarias y amenas narraciones geográficas. La historia, obligada a descubrir nuevos mundos, se desborda del cauce clásico, y entonces el hecho político cede el puesto a los discursos etnográficos y a la pintura de civilizaciones. Los historiadores del siglo XVI fijan el carácter de las tierras recién halladas, tal como éste aparecía a los ojos de Europa: acentuado por la sorpresa, exagerado a veces. El diligente Giovanni Battista Ramusio publica su peregrina recopilación *Delle Navigationi et Viaggi* en Venecia y el año de 1550. Consta la obra de tres volúmenes in-folio, que luego fueron reimpresos aisladamente, y está ilustrada con profusión y encanto. De su utilidad no puede dudarse: los cronistas de Indias del Seiscientos (Solís al menos) leyeron todavía alguna carta de Cortés en las traducciones italianas que ella contiene.

En sus estampas, finas y candorosas, según la elegancia del tiempo, se aprecia la progresiva conquista de los litorales; barcos diminutos se deslizan por una raya que cruza el mar; en pleno océano, se retuerce, como cuerno de cazador, un monstruo marino, y en el ángulo irradia picos una fabulosa estrella náutica. Desde el seno de la nube esquemática, sopla un Éolo mofletudo, indicando el rumbo de los vientos —constante cuidado de los hijos de Ulises. Vense pasos de la vida africana, bajo la tradicional palmera y junto al cono pajizo de la choza, siempre humeante; hombres y fieras de otros climas, minuciosos panoramas, plantas exóticas y soñadas islas. Y en las costas de la Nueva Francia, grupos de naturales entregados a los usos de la caza y la pesquería, al baile o a la edificación de ciudades. Una imaginación como la de Stevenson, capaz de soñar *La isla del tesoro* ante una

cartografía infantil, hubiera tramado, sobre las estampas del Ramusio, mil y un regocijos para nuestros días nublados.

Finalmente, las estampas describen la vegetación de Anáhuac. Deténganse aquí nuestros ojos: he aquí un nuevo arte de naturaleza.

LA MAZORCA de Ceres y el plátano paradisíaco, las pulpas frutales llenas de una miel desconocida; pero, sobre todo, las plantas típicas: la biznaga mexicana —imagen del tímido puerco espín—, el maguey (del cual se nos dice que sorbe sus jugos a la roca), el maguey que se abre a flor de tierra, lanzando a los aires su plumero; los "órganos" paralelos, unidos como las cañas de la flauta y útiles para señalar la linde; los discos del nopal —semejanza del candelabro—, conjugados en una superposición necesaria, grata a los ojos: todo ello nos aparece como una flora emblemática, y todo como concebido para blasonar un escudo. En los agudos contornos de la estampa, fruto y hoja, tallo y raíz, son caras abstractas, sin color que turbe su nitidez.

Esas plantas protegidas de púas nos anuncian que aquella naturaleza no es, como la del sur o las costas, abundante en jugos y vahos nutritivos. La tierra de Anáhuac apenas reviste feracidad a la vecindad de los lagos. Pero, a través de los siglos, el hombre conseguirá desecar sus aguas, trabajando como castor; y los colonos devastarán los bosques que rodean la morada humana, devolviendo al valle su carácter propio y terrible: —En la tierra salitrosa y hostil, destacadas profundamente, erizan sus garfios las garras vegetales, defendiéndose de la seca.

ABARCA la desecación del valle desde el año de 1449 hasta el año de 1900. Tres razas han trabajado en ella, y casi tres civilizaciones —que poco hay de común entre el organismo virreinal y la prodigiosa ficción política que nos dio treinta años de paz augusta. Tres regímenes monárquicos, divididos

por paréntesis de anarquía, son aquí ejemplo de cómo crece y se corrige la obra del Estado, ante las mismas amenazas de la naturaleza y la misma tierra que cavar. De Netzahualcóyotl al segundo Luis de Velasco, y de éste a Porfirio Díaz, parece correr la consigna de secar la tierra. Nuestro siglo nos encontró todavía echando la última palada y abriendo la última zanja.

Es la desecación de los lagos como un pequeño drama con sus héroes y su fondo escénico. Ruiz de Alarcón lo había presentido vagamente en su comedia de *El semejante a sí mismo*. A la vista de numeroso cortejo, presidido por Virrey y Arzobispo, se abren las esclusas: las inmensas aguas entran cabalgando por los tajos. Ése, el escenario. Y el enredo, las intrigas de Alonso Arias y los dictámenes adversos de Adrián Boot, el holandés suficiente; hasta que las rejas de la prisión se cierran tras Enrico Martín, que alza su nivel con mano segura.

Semejante al espíritu de sus desastres, el agua vengativa espiaba de cerca a la ciudad; turbaba los sueños de aquel pueblo gracioso y cruel, barriendo sus piedras florecidas; acechaba, con ojo azul, sus torres valientes.

Cuando los creadores del desierto acaban su obra, irrumpe el espanto social.

EL VIAJERO americano está condenado a que los europeos le pregunten si hay en América muchos árboles. Les sorprenderíamos hablándoles de una Castilla americana más alta que la de ellos, más armoniosa, menos agria seguramente (por mucho que en vez de colinas la quiebren enormes montañas), donde el aire brilla como espejo y se goza de un otoño perenne. La llanura castellana sugiere pensamientos ascéticos: el valle de México, más bien pensamientos fáciles y sobrios. Lo que una gana en lo trágico, la otra en plástica rotundidad.

Nuestra naturaleza tiene dos aspectos opuestos. Uno, la cantada selva virgen de América, apenas merece describirse. Tema obligado de admiración en el Viejo Mundo, ella ins-

pira los entusiasmos verbales de Chateaubriand. Horno genitor donde las energías parecen gastarse con abandonada generosidad, donde nuestro ánimo naufraga en emanaciones embriagadoras, es exaltación de la vida a la vez que imagen de la anarquía vital: los chorros de verdura por las rampas de la montaña; los nudos ciegos de las lianas; toldos de platanares; sombra engañadora de árboles que adormecen y roban las fuerzas de pensar; bochornosa vegetación; largo y voluptuoso torpor, al zumbido de los insectos. ¡Los gritos de los papagayos, el trueno de las cascadas, los ojos de las fieras, *le dard empoisonné du sauvage!* En estos derroches de fuego y sueño —poesía de hamaca y de abanico— nos superan seguramente otras regiones meridionales.

Lo nuestro, lo de Anáhuac, es cosa mejor y más tónica. Al menos, para los que gusten de tener a toda hora alerta la voluntad y el pensamiento claro. La visión más propia de nuestra naturaleza está en las regiones de la mesa central: allí la vegetación arisca y heráldica, el paisaje organizado, la atmósfera de extremada nitidez, en que los colores mismos se ahogan —compensándolo la armonía general del dibujo; el éter luminoso en que se adelantan las cosas con un resalte individual; y, en fin, para de una vez decirlo en las palabras del modesto y sensible Fray Manuel de Navarrete:

> una luz resplandeciente
> que hace brillar la cara de los cielos.

Ya lo observaba un grande viajero, que ha sancionado con su nombre el orgullo de la Nueva España; un hombre clásico y universal como los que criaba el Renacimiento, y que resucitó en su siglo la antigua manera de adquirir la sabiduría viajando, y el hábito de escribir únicamente sobre recuerdos y meditaciones de la propia vida: en su *Ensayo político,* el barón de Humboldt notaba la extraña reverberación de los rayos solares en la masa montañosa de la altiplanicie central, donde el aire se purifica.

En aquel paisaje, no desprovisto de cierta aristocrática esterilidad, por donde los ojos yerran con discernimiento, la mente descifra cada línea y acaricia cada ondulación; bajo aquel fulgurar del aire y en su general frescura y placidez, pasearon aquellos hombres ignotos la amplia y meditabunda mirada espiritual. Extáticos ante el nopal del águila y de la serpiente —compendio feliz de nuestro campo— oyeron la voz del ave agorera que les prometía seguro asilo sobre aquellos lagos hospitalarios. Más tarde, de aquel palafito había brotado una ciudad, repoblada con las incursiones de los mitológicos caballeros que llegaban de las Siete Cuevas —cuna de las siete familias derramadas por nuestro suelo. Más tarde, la ciudad se había dilatado en imperio, y el ruido de una civilización ciclópea, como la de Babilonia y Egipto, se prolongaba, fatigado, hasta los infaustos días de Moctezuma el doliente. Y fue entonces cuando, en envidiable hora de asombro, traspuestos los volcanes nevados, los hombres de Cortés ("polvo, sudor y hierro") se asomaron sobre aquel orbe de sonoridad y fulgores —espacioso circo de montañas.

A sus pies, en un espejismo de cristales, se extendía la pintoresca ciudad, emanada toda ella del templo, por manera que sus calles radiantes prolongaban las aristas de la pirámide.

Hasta ellos, en algún oscuro rito sangriento, llegaba —ululando— la queja de la chirimía y, multiplicado en el eco, el latido del salvaje tambor.

II

> Parecía a las casas de encantamiento que cuentan en el libro de Amadís... No sé cómo lo cuente.
>
> BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO

DOS LAGUNAS ocupan casi todo el valle: la una salada, la otra dulce. Sus aguas se mezclan con ritmos de marea, en el estrecho formado por las sierras circundantes y un espinazo de montañas que parte del centro. En mitad de la laguna salada se asienta la metrópoli, como una inmensa flor de piedra, comunicada a tierra firme por cuatro puertas y tres calzadas, anchas de dos lanzas jinetas. En cada una de las cuatro puertas, un ministro grava las mercancías. Agrúpanse los edificios en masas cúbicas; la piedra está llena de labores, de grecas. Las casas de los señores tienen vergeles en los pisos altos y bajos, y un terrado por donde pudieran correr cañas hasta treinta hombres a caballo. Las calles resultan cortadas, a trechos, por canales. Sobre los canales saltan unos puentes, unas vigas de madera labrada capaces de diez caballeros. Bajo los puentes se deslizan las piraguas llenas de fruta. El pueblo va y viene por la orilla de los canales, comprando el agua dulce que ha de beber: pasan de unos brazos a otros las rojas vasijas. Vagan por los lugares públicos personas trabajadoras y maestros de oficio, esperando quien los alquile por sus jornales. Las conversaciones se animan sin gritería: finos oídos tiene la raza, y, a veces, se habla en secreto. Óyense unos dulces chasquidos; fluyen las vocales, y las consonantes tienden a licuarse. La charla es una canturía gustosa. Esas xés, esas tlés, esas chés que tanto nos alarman escritas, escurren de los labios del indio con una suavidad de aguamiel.

El pueblo se atavía con brillo, porque está a la vista de un grande emperador. Van y vienen las túnicas de algodón rojas, doradas, recamadas, negras y blancas, con ruedas de plumas superpuestas o figuras pintadas. Las caras morenas

tienen una impavidez sonriente, todas en el gesto de agradar. Tiemblan en la oreja o la nariz las arracadas pesadas, y en las gargantas los collaretes de ocho hilos, piedras de colores, cascabeles y pinjantes de oro. Sobre los cabellos, negros y lacios, se mecen las plumas al andar. Las piernas musculosas lucen aros metálicos, llevan antiparas de hoja de plata con guarniciones de cuero —cuero de venado amarillo y blanco. Suenan las flexibles sandalias. Algunos calzan zapatones de un cuero como de marta y suela blanca cosida con hilo dorado. En las manos aletea el abigarrado moscador, o se retuerce el bastón en forma de culebra con dientes y ojos de nácar, puño de piel labrada y pomas de pluma. Las pieles, las piedras y metales, la pluma y el algodón confunden sus tintes en un incesante tornasol y —comunicándoles su calidad y finura— hacen de los hombres unos delicados juguetes.

TRES sitios concentran la vida de la ciudad: en toda ciudad normal otro tanto sucede. Uno es la casa de los dioses, otro el mercado, y el tercero el palacio del emperador. Por todas las colaciones y barrios aparecen templos, mercados y palacios menores. La triple unidad municipal se multiplica, bautizando con un mismo sello toda la metrópoli.

EL TEMPLO mayor es un alarde de piedra. Desde las montañas de basalto y de pórfido que cercan el valle, se han hecho rodar moles gigantescas. Pocos pueblos —escribe Humboldt— habrán removido mayores masas. Hay un tiro de ballesta de esquina a esquina del cuadrado, base de la pirámide. De la altura, puede contemplarse todo el panorama chinesco. Alza el templo cuarenta torres, bordadas por fuera, y cargadas en lo interior de imaginería, zaquizamíes y maderamiento picado de figuras y monstruos. Los gigantescos ídolos —afirma Cortés— están hechos con una mezcla de todas las semillas y legumbres que son alimento del azteca. A su lado, el tambor de piel de serpiente que deja oír a dos

leguas su fúnebre retumbo; a su lado, bocinas, trompetas y navajones. Dentro del templo pudiera caber una villa de quinientos vecinos. En el muro que lo circunda, se ven unas moles en figura de culebras asidas, que serán más tarde pedestales para las columnas de la catedral. Los sacerdotes viven en la muralla o cerca del templo; visten hábitos negros, usan los cabellos largos y despeinados, evitan ciertos manjares, practican todos los ayunos. Junto al templo están recluídas las hijas de algunos señores, que hacen vida de monjas y gastan los días tejiendo en pluma.

Pero las calaveras expuestas, y los testimonios ominosos del sacrificio, pronto alejan al soldado cristiano, que, en cambio, se explaya con deleite en la descripción de la feria.

SE HALLAN en el mercado —dice— "todas cuantas cosas se hallan en toda la tierra". Y después explica que algunas más, en punto a mantenimientos, vituallas, platería. Esta plaza principal está rodeada de portales, y es igual a dos de Salamanca. Discurren por ella diariamente —quiere hacernos creer— sesenta mil hombres cuando menos. Cada especie o mercaduría tiene su calle, sin que se consienta confusión. Todo se vende por cuenta y medida, pero no por peso. Y tampoco se tolera el fraude: por entre aquel torbellino, andan siempre disimulados unos celosos agentes, a quienes se ha visto romper las medidas falsas. Diez o doce jueces, bajo su solio, deciden los pleitos del mercado, sin ulterior trámite de alzada, en equidad y a vista del pueblo. A aquella gran plaza traían a tratar los esclavos, atados en unas varas largas y sujetos por el collar.

Allí venden —dice Cortés— joyas de oro y plata, de plomo, de latón, de cobre, de estaño; huesos, caracoles y plumas; tal piedra labrada y por labrar; adobes, ladrillos, madera labrada y por labrar. Venden también oro en grano y en polvo, guardado en cañutos de pluma que, con las semillas más generales, sirven de moneda. Hay calles para la caza, donde se encuentran todas las aves que congrega la variedad de los climas mexicanos, tales como perdices y codor-

nices, gallinas, lavancos, dorales, zarcetas, tórtolas, palomas y pajaritos en cañuela; buharros y papagayos, halcones, águilas, cernícalos, gavilanes. De las aves de rapiña se venden también los plumones con cabeza, uñas y pico. Hay conejos, liebres, venados, gamos, tuzas, topos, lirones y perros pequeños que crían para comer castrados. Hay calle de herbolarios, donde se venden raíces y yerbas de salud, en cuyo conocimiento empírico se fundaba la medicina: más de mil doscientas hicieron conocer los indios al doctor Francisco Hernández, médico de cámara de Felipe II y Plinio de la Nueva España. Al lado, los boticarios ofrecen ungüentos, emplastos y jarabes medicinales. Hay casas de barbería, donde lavan y rapan las cabezas. Hay casas donde se come y bebe por precio. Mucha leña, astilla de ocote, carbón y braserillos de barro. Esteras para la cama, y otras, más finas, para el asiento o para esterar salas y cámaras. Verduras en cantidad, y sobre todo, cebolla, puerro, ajo, borraja, mastuerzo, berro, acedera, cardos y tagarninas. Los capulines y las ciruelas son las frutas que más se venden. Miel de abejas y cera de panal; miel de caña de maíz, tan untuosa y dulce como la de azúcar; miel de maguey, de que hacen también azúcares y vinos. Cortés, describiendo estas mieles al Emperador Carlos V, le dice con encantadora sencillez: "¡mejores que el arrope!" Los hilados de algodón para colgaduras, tocas, manteles y pañizuelos le recuerdan la alcaicería de Granada. Asimismo hay mantas, abarcas, sogas, raíces dulces y reposterías, que sacan del henequén. Hay hojas vegetales de que hacen su papel. Hay cañutos de olores con liquidámbar, llenos de tabaco. Colores de todos los tintes y matices. Aceites de chía que unos comparan a mostaza y otros a zaragatona, con que hacen la pintura inatacable por el agua: aún conserva el indio el secreto de esos brillos de esmalte, lujo de sus jícaras y vasos de palo. Hay cueros de venado con pelo y sin él, grises y blancos, artificiosamente pintados; cueros de nutrias, tejones y gatos monteses, de ellos adobados y de ellos sin adobar. Vasijas, cántaros y jarros de toda forma y fábrica, pintados, vidriados y de singular barro y calidad. Maíz en grano y en pan, superior al de las Islas conocidas y Tierra Firme. Pescado fresco y salado, crudo

y guisado. Huevos de gallinas y ánsares, tortillas de huevos de las otras aves.

El zumbar y ruido de la plaza —dice Bernal Díaz— asombra a los mismos que han estado en Constantinopla y en Roma. Es como un mareo de los sentidos, como un sueño de Breughel, donde las alegorías de la materia cobran un calor espiritual. En pintoresco atolondramiento, el conquistador va y viene por las calles de la feria, y conserva de sus recuerdos la emoción de un raro y palpitante caos: las formas se funden entre sí; estallan en cohete los colores; el apetito despierta al olor picante de las yerbas y las especias. Rueda, se desborda del azafate todo el paraíso de la fruta: globos de color, ampollas transparentes, racimos de lanzas, piñas escamosas y cogollos de hojas. En las bateas redondas de sardinas, giran los reflejos de plata y de azafrán, las orlas de aletas y colas en pincel; de una cuba sale la bestial cabeza del pescado, bigotudo y atónito. En las calles de la cetrería, los picos sedientos; las alas azules y guindas, abiertas como un laxo abanico; las patas crispadas que ofrecen una consistencia terrosa de raíces; el ojo, duro y redondo, del pájaro muerto. Más allá, las pilas de granos vegetales, negros, rojos, amarillos y blancos, todos relucientes y oleaginosos. Después, la venatería confusa, donde sobresalen, por entre colinas de lomos y flores de manos callosas, un cuerno, un hocico, una lengua colgante: fluye por el suelo un hilo rojo que se acercan a lamer los perros. A otro término, el jardín artificial de tapices y de tejidos; los juguetes de metal y de piedra, raros y monstruosos, sólo comprensibles —siempre— para el pueblo que los fabrica y juega con ellos; los mercaderes rifadores, los joyeros, los pellejeros, los alfareros, agrupados rigurosamente por gremios, como en las procesiones de Alsloot. Entre las vasijas morenas se pierden los senos de la vendedora. Sus brazos corren por entre el barro como en su elemento nativo: forman asas a los jarrones y culebrean por los cuellos rojizos. Hay, en la cintura de las tinajas, unos vivos de negro y oro que recuerdan el collar ceñido a su garganta. Las anchas ollas parecen haberse sentado, como la india, con las rodillas pegadas y los pies paralelos. El agua, rezumando, gorgoritea en los búcaros olorosos.

> Lo más lindo de la plaza —declara Gómara— está en las obras de oro y pluma, de que contrahacen cualquier cosa y color. Y son los indios tan oficiales desto, que hacen de pluma una mariposa, un animal, un árbol, una rosa, las flores, las yerbas y peñas, tan al propio que parece lo mismo que o está vivo o natural. Y acontéceles no comer en todo un día, poniendo, quitando y asentando la pluma, y mirando a una parte y otra, al sol, a la sombra, a la vislumbre, por ver si dice mejor a pelo o contrapelo, o al través, de la haz o del envés; y, en fin, no la dejan de las manos hasta ponerla en toda perfección. Tanto sufrimiento pocas naciones le tienen, mayormente donde hay cólera como en la nuestra.
>
> El oficio más primo y artificioso es platero; y así, sacan al mercado cosas bien labradas con piedra y hundidas con fuego: un plato ochavado, el un cuarto de oro y el otro de plata, no soldado, sino fundido y en la fundición pegado; una calderica que sacan con su asa, como acá una campana, pero suelta; un pesce con una escama de plata y otra de oro, aunque tengan muchas. Vacían un papagayo, que se le ande la lengua, que se le meneen la cabeza y las alas. Funden una mona, que juegue pies y cabeza y tenga en las manos un huso que parezca que hila, o una manzana que parezca que come. Y lo tuvieron a mucho nuestros españoles, y los plateros de acá no alcanzan el primor. Esmaltan asimismo, engastan y labran esmeraldas, turquesas y otras piedras, y agujeran perlas...

Los juicios de Bernal Díaz no hacen ley en materia de arte, pero bien revelan el entusiasmo con que los conquistadores consideraron al artífice indio: "Tres indios hay en la ciudad de México —escribe— tan primos en su oficio de entalladores y pintores, que se dicen Marcos de Aquino y Juan de la Cruz y el Crespillo, que si fueran en tiempo de aquel antiguo y afamado Apeles y de Miguel Ángel o Berruguete, que son de nuestros tiempos, les pusieran en el número dellos."

El emperador tiene contrahechas en oro y plata y piedras y plumas todas las cosas que, debajo del cielo, hay en su señorío. El emperador aparece, en las viejas crónicas, cual un fabuloso Midas cuyo trono reluciera tanto como el sol. Si hay poesía en América —ha podido decir el poeta—, ella

está en el gran Moctezuma de la silla de oro. Su reino de oro, su palacio de oro, sus ropajes de oro, su carne de oro. Él mismo ¿no ha de levantar sus vestiduras para convencer a Cortés de que no es de oro? Sus dominios se extienden hasta términos desconocidos; a todo correr, parten a los cuatro vientos sus mensajeros, para hacer ejecutar sus órdenes. A Cortés, que le pregunta si era vasallo de Moctezuma, responde un asombrado cacique:

—Pero ¿quién no es su vasallo?

Los señores de todas esas tierras lejanas residen mucha parte del año en la misma corte, y envían sus primogénitos al servicio de Moctezuma. Día por día acuden al palacio hasta seiscientos caballeros, cuyos servidores y cortejo llenan dos o tres dilatados patios y todavía hormiguean por la calle, en los aledaños de los sitios reales. Todo el día pulula en torno al rey el séquito abundante, pero sin tener acceso a su persona. A todos se sirve de comer a un tiempo, y la botillería y despensa quedan abiertas para el que tuviere hambre y sed.

> Venían trescientos o cuatrocientos mancebos con el manjar, que era sin cuento, porque todas las veces que comía y cenaba [el emperador] le traían todas las maneras de manjares, así de carnes como de pescados y frutas y yerbas que en toda la tierra se podían haber. Y porque la tierra es fría, traían debajo de cada plato y escudilla de manjar un braserico con brasa, por que no se enfriase.

Sentábase el rey en una almohadilla de cuero, en medio de un salón que se iba poblando con sus servidores; y mientras comía, daba de comer a cinco o seis señores ancianos que se mantenían desviados de él. Al principio y fin de las comidas, unas servidoras le daban aguamanos, y ni la toalla, platos, escudillas ni braserillos que una vez sirvieron volvían a servir. Parece que mientras cenaba se divertía con los chistes de sus juglares y jorobados, o se hacía tocar música de zampoñas, flautas, caracoles, huesos y atabales, y otros instrumentos así. Junto a él ardían unas ascuas olorosas, y le protegía de las miradas un biombo de madera. Daba a los truhanes los relieves de su festín, y les convidaba con jarros de chocolate. "De vez en cuando —recuerda Bernal Díaz—

traían unas como copas de oro fino, con cierta bebida hecha del mismo cacao, que decían era para tener acceso con mujeres."

Quitada la mesa, ida la gente, comparecían algunos señores, y después los truhanes y jugadores de pies. Unas veces el emperador fumaba y reposaba, y otras veces tendían una estera en el patio, y comenzaban los bailes al compás de los leños huecos. A un fuerte silbido rompen a sonar los tambores, y los danzantes van apareciendo con ricos mantos, abanicos, ramilletes de rosas, papahigos de pluma que fingen cabezas de águilas, tigres y caimanes. La danza alterna con el canto; todos se toman de la mano y empiezan por movimientos suaves y voces bajas. Poco a poco van animándose; y, para que el gusto no decaiga, circulan por entre las filas de danzantes los escanciadores, colando licores en los jarros.

Moctezuma "vestíase todos los días cuatro maneras de vestiduras, todas nuevas, y nunca más se las vestía otra vez. Todos los señores que entraban en su casa, no entraban calzados", y cuando comparecían ante él, se mantenían humillados, la cabeza baja y sin mirarle a la cara. "Ciertos señores —añade Cortés— reprendían a los españoles, diciendo que cuando hablaban conmigo estaban exentos, mirándome a la cara, que parecía desacatamiento y poca vergüenza." Descalzábanse, pues, los señores, cambiaban los ricos mantos por otros más humildes, y se adelantaban con tres reverencias: "Señor—mi señor—gran señor." "Cuando salía fuera el dicho Moctezuma, que era pocas veces, todos los que iban por él y los que topaba por las calles le volvían el rostro, y todos los demás se postraban hasta que él pasaba" —nota Cortés. Precedíale uno como lictor con tres varas delgadas, una de las cuales empuñaba él cuando descendía de las andas. Hemos de imaginarlo cuando se adelanta a recibir a Cortés, apoyado en brazos de dos señores, a pie y por mitad de una ancha calle. Su cortejo, en larga procesión, camina tras él formando dos hileras, arrimado a los muros. Precédenle sus servidores, que extienden tapices a su paso.

El emperador es aficionado a la caza; sus cetreros pueden

tomar cualquier ave a ojeo, según es fama; en tumulto, sus monteros acosan a las fieras vivas. Mas su pasatiempo favorito es la caza de altanería; de garzas, milanos, cuervos y picazas. Mientras unos andan a volatería con lazo y señuelo, Moctezuma tira con el arco y la cerbatana. Sus cerbatanas tienen los broqueles y puntería tan largos como un jeme, y de oro; están adornadas con formas de flores y animales.

Dentro y fuera de la ciudad tiene sus palacios y casas de placer, y en cada una su manera de pasatiempo. Ábrense las puertas a calles y plazas, dejando ver patios con fuentes, losados como los tableros de ajedrez; paredes de mármol y jaspe, pórfido, piedra negra; muros veteados de rojo, muros traslucientes; techos de cedro, pino, palma, ciprés, ricamente entallados todos. Las cámaras están pintadas y esteradas; tapizadas otras con telas de algodón, con pelo de conejo y con pluma. En el oratorio hay chapas de oro y plata con incrustaciones de pedrería. Por los babilónicos jardines —donde no se consentía hortaliza ni fruto alguno de provecho— hay miradores y corredores en que Moctezuma y sus mujeres salen a recrearse; bosques de gran circuito con artificios de hojas y flores, conejeras, vivares, riscos y peñoles, por donde vagan ciervos y corzos; diez estanques de agua dulce o salada, para todo linaje de aves palustres y marinas, alimentadas con el alimento que les es natural: unas con pescados, otras con gusanos y moscas, otras con maíz, y algunas con semillas más finas. Cuidan de ellas trescientos hombres, y otros cuidan de las aves enfermas. Unos limpian los estanques, otros pescan, otros les dan a las aves de comer; unos son para espulgarlas, otros para guardar los huevos, otros para echarlas cuando encloquecen, otros las pelan para aprovechar la pluma. A otra parte se hallan las aves de rapiña, desde los cernícalos y alcotanes hasta el águila real, guarecidas bajo toldos y provistas de sus alcándaras. También hay leones enjaulados, tigres, lobos, adives, zorras, culebras, gatos, que forman un infierno de ruidos, y a cuyo cuidado se consagran otros trescientos hombres. Y para que nada falte en este museo de historia natural, hay aposentos donde viven familias de albinos, de monstruos, de enanos, corcovados y demás contrahechos.

Había casas para granero y almacenes, sobre cuyas puertas se veían escudos que figuraban conejos, y donde se aposentaban los tesoreros, contadores y receptores; casas de armas cuyo escudo era un arco con dos aljabas, donde había dardos, hondas, lanzas y porras, broqueles y rodelas, cascos, grebas y brazaletes, bastos con navajas de pedernal, varas de uno y dos gajos, piedras rollizas hechas a mano, y unos como paveses que, al desenrollarse, cubrían todo el cuerpo del guerrero.

Cuatro veces el Conquistador Anónimo intentó recorrer los palacios de Moctezuma: cuatro veces renunció, fatigado.*

* Se dice ahora, según entiendo, que la *Crónica del Conquistador Anónimo* es una invención de Alonso de Ulloa, fundada en Cortés y adoptada por el Ramusio. Ello no afecta a esta descripción.—1955.

III

La flor, madre de la sonrisa.

EL NIGROMANTE

SI EN todas las manifestaciones de la vida indígena la naturaleza desempeñó función tan importante como la que revelan los relatos del conquistador; si las flores de los jardines eran el adorno de los dioses y de los hombres, al par que motivo sutilizado de las artes plásticas y jeroglíficas, tampoco podían faltar en la poesía.

La era histórica en que llegan los conquistadores a México procedía precisamente de la lluvia de flores que cayó sobre las cabezas de los hombres al finalizar el cuarto sol cosmogónico. La tierra se vengaba de sus escaseces anteriores, y los hombres agitaban las banderas de júbilo. En los dibujos del Códice Vaticano, se la representa por una figura triangular adornada con torzales de plantas; la diosa de los amores lícitos, colgada de un festón vegetal, baja hacia la tierra, mientras las semillas revientan en lo alto, dejando caer hojas y flores.

La materia principal para estudiar la representación artística de la planta en América se encuentra en los monumentos de la cultura que floreció por el valle de México inmediatamente antes de la conquista. La escritura jeroglífica ofrece el material más variado y más abundante: *Flor* era uno de los veinte signos de los días; la flor es también signo de lo noble y lo precioso; y, asimismo, representa los perfumes y las bebidas. También surge de la sangre del sacrificio, y corona el signo jeroglífico de la oratoria. Las guirnaldas, el árbol, el maguey y el maíz alternan en los jeroglifos de lugares. La flor se pinta de un modo esquemático, reducida a estricta simetría, ya vista por el perfil o ya por la boca de la corola. Igualmente, para la representación del árbol se usa de un esquema definido: ya es un tronco que se abre en tres ramas iguales rematando en haces de hojas, o ya

son dos troncos divergentes que se ramifican de un modo simétrico.

En las esculturas de piedra y barro hay flores aisladas —sin hojas— y árboles frutales radiantes, unas veces como atributos de la divinidad, otras como adornos de la persona o decoración exterior del utensilio.

En la cerámica de Cholula, el fondo de las ollas ostenta una estrella floral, y por las paredes internas y externas del vaso corren cálices entrelazados. Las tazas de las hilanderas tienen flores negras sobre fondo amarillo, y, en ocasiones, la flor aparece meramente evocada por unas fugitivas líneas.

Busquemos también en la poesía indígena la flor, la naturaleza y el paisaje del valle.

HAY QUE lamentar como irremediable la pérdida de la poesía indígena mexicana. Podrá la erudición descubrir aislados ejemplares de ella o probar la relativa fidelidad con que algunos otros fueron romanceados por los misioneros españoles; pero nada de eso, por muy importante que sea, compensará nunca la pérdida de la poesía indígena como fenómeno general y social. Lo que de ella sabemos se reduce a angostas conjeturas, y a tal o cual ingenuo relato conservado por religiosos que acaso no entendieron siempre los ritos poéticos que describían; así como se reduce lo que de ella imaginamos a la fabulosa juventud de Netzahualcóyotl, el príncipe desposeído que vivió algún tiempo bajo los árboles, nutriéndose con sus frutos y componiendo canciones para solazar su destierro.

De lo que pudo haber sido el reflejo de la naturaleza en aquella poesía quedan, sin embargo, algunos curiosos testimonios; los cuales, a despecho de probables adulteraciones, parecen basarse sobre elementos primitivos legítimos e inconfundibles. Trátase de viejos poemas escritos en lengua náhoa, de los que cantaban los indios en sus festividades, y a los que se refiere Cabrera y Quintero en su *Escudo de Armas de México* (1746). Aprendidos de memoria, ellos transmitían de generación en generación las más minuciosas

leyendas epónimas, y también las reglas de la costumbre. Quien los tuvo a la mano, los pasó en silencio, tomándolos por composiciones hechas para honrar a los demonios. El texto actual de los únicos que poseemos no podría ser una traslación exacta del primitivo, puesto que la Iglesia hubo de castigarlos, aunque toleró, por inevitable, la costumbre gentil de recitarlos en banquetes y bailes. En 1555, el Concilio Provincial ordenaba someterlos a la revisión del ministro evangélico, y tres años después se renovaba a los indios la prohibición de cantarlos sin permiso de sus párrocos y vicarios. De los únicos hasta hoy conocidos —pues de los que Fray Bernardino de Sahagún parece haber publicado sólo la mención se conserva— no se sabe el autor ni la procedencia, ni el tiempo en que fueron escritos; aunque se presume que se trata de genuinas obras mexicanas, y no, como alguien creyó, de mera falsificación de los padres catequistas. Convienen los arqueólogos en que fueron recopilados por un fraile para ofrecerlos a su superior; y, compuestos antes de la conquista, se les redactó por escrito poco después que la vieja lengua fue reducida al alfabeto español. Tan alterados e indirectos como nos llegan, ofrecen estos cantares un matiz de sensibilidad lujuriosa que no es, en verdad, propio de los misioneros españoles —gente apostólica y sencilla, de más piedad que imaginación. En terreno tan incierto, debemos, sin embargo, prevenirnos contra las sorpresas del tiempo. Ojalá en la inefable semejanza de estos cantares con algún pasaje de Salomón no haya más que una coincidencia. Ya nos tiene muy sobre aviso aquella colección de *Aztecas* en que Pesado parafrasea poemas indígenas, y donde la crítica ha podido descubrir ¡la influencia de Horacio en Netzahualcóyotl! *

En los viejos cantares náhoas, las metáforas conservan cierta audacia, cierta aparente incongruencia; acusan una ideación no europea. Brinton —que los tradujo al inglés y publicó en Philadelphia, 1887— cree descubrir cierto sentido alegórico en uno de ellos: el poeta se pregunta dónde hay que buscar la inspiración, y se responde, como Wordsworth,

* Sobre estos extremos, prefiero hoy remitirme a la introducción de mi libro *Letras de la Nueva España*, 1948, y a la erudición posterior.

que en el grande escenario de la naturaleza. El mundo mismo le aparece como un sensitivo jardín. Llámase el cantar *Ninoyolnonotza:* meditación concentrada, melancólica delectación, fantaseo largo y voluptuoso, donde los sabores del sentido se van trasmutando en aspiración ideal:

NINOYOLNONOTZA *

1.—Me reconcentro a meditar profundamente dónde poder recoger algunas bellas y fragantes flores. ¿A quién preguntar? Imaginaos que interrogo al brillante pájaro zumbador, trémula esmeralda; imaginaos que interrogo a la amarilla mariposa: ellos me dirán que saben dónde se producen las bellas y fragantes flores, si quiero recogerlas aquí en los bosques de laurel, donde habita el Tzinitzcán, o si quiero tomarlas en la verde selva donde mora el Tlauquechol. Allí se las puede cortar brillantes de rocío; allí llegan a su desarrollo perfecto. Tal vez podré verlas, si es que han aparecido ya; ponerlas en mis haldas, y saludar con ellas a los niños y alegrar a los nobles.

2.—Al pasear, oigo como si verdaderamente las rocas respondieran a los dulces cantos de las flores; responden las aguas lucientes y murmuradoras; la fuente azulada canta, se estrella, y vuelve a cantar; el Cenzontle contesta; el Coyoltótotl suele acompañarle, y muchos pájaros canoros esparcen en derredor sus gorjeos como una música. Ellos bendicen a la tierra, haciendo escuchar sus dulces voces.

3.—Dije, exclamé: ojalá no os cause pena a vosotros, amados míos que os habéis parado a escuchar; ojalá que los brillantes pájaros zumbadores acudan pronto. —¿A quién buscaremos, noble poeta?— Pregunto y digo: ¿en dónde están las bellas y fragantes flores con las cuales pueda alegraros, mis nobles compañeros? Pronto me dirán ellas cantando: —Aquí, oh, cantor, te haremos ver aquello con que verdaderamente alegrarás a los nobles, tus compañeros.

4.—Condujéronme entonces al fértil sitio de un valle, sitio floreciente donde el rocío se difunde con brillante esplendor, donde vi dulces y perfumadas flores cubiertas de rocío, esparcidas en derredor a manera de arcoiris. Y me dijeron: —Arranca las flores que desees, oh cantor —ojalá te alegres—, y dalas a tus amigos, que puedan regocijarse en la tierra.

5.—Y luego recogí en mis haldas delicadas y deliciosas flores, y dije: —¡Si algunos de nuestro pueblo entrasen aquí!

* Arreglo castellano de J. M. Vigil, sobre la versión inglesa de Brinton.

¡Si muchos de los nuestros estuviesen aquí! Y creí que podía salir a anunciar a nuestros amigos que todos nosotros nos regocijaríamos con las variadas y olorosas flores, y escogeríamos los diversos y suaves cantos con los cuales alegraríamos a nuestros amigos, aquí en la tierra, y a los nobles en su grandeza y dignidad.

6.—Luego yo, el cantor, recogí todas las flores para ponerlas sobre los nobles, para con ellas cubrirlos y colocarlas en sus manos; y me apresuré a levantar mi voz en un canto digno, que glorificase a los nobles ante la faz de Tloque-in-Nahuaque, en donde no hay servidumbre.*

...El dolor llena mi alma al recordar en dónde yo, el cantor, vi el sitio florido...

De manera que el poeta, en pos del secreto natural, llega hasta el lecho mismo del valle. Estoy en un lecho de rosas, parece decirnos, y envuelvo mi alma en el arcoiris de las flores. Ellas cantan en torno suyo, y, verdaderamente, las rocas responden a los cantos de las corolas. Quisiera ahogarse de placer, pero no hay placer no compartido, y así, sale por el campo llamando a los de su pueblo, a sus amigos nobles y a todos los niños que pasan. Al hacerlo, llora de alegría. (La antigua raza era lacrimosa y solemne.) De manera que la flor es causa de lágrimas y de regocijos.

La parte final decae sensiblemente, y es quizá aquella en que el misionero español puso más la mano.

Podemos imaginar que, en una rudimental acción dramática, el cantor distribuía flores entre los comensales, a medida que la letra lo iba dictando. Sería una pequeña escenificación simbólica como esas de que aún dan ejemplo las celebraciones de la Iglesia. Anúncianlas ya los ritos dionisíacos, los ritos de la naturaleza y del vegetal, y perduran todavía en el sacrificio de la misa.

La peregrinación del poeta en busca de flores, y aquel interrogar al pájaro y a la mariposa, evocan en el lector la figura de Sulamita en pos del amado. La imagen de las flores es frecuente como una obsesión. Hay otro cantar que nos dice: "Tomamos, desenredamos las joyas. Las flores azules son tejidas sobre las amarillas, que podemos darlas a

* Tloque-in-Nahuaque: cabe quien está el ser de todas las cosas, conservándolas y sustentándolas.—MOLINA.

los niños. —Que mi alma se envuelva en varias flores, que se embriague con ellas, porque pronto debo ausentarme." La flor aparece al poeta como representación de los bienes terrestres. Pero todos ellos nada valen ante las glorias de la divinidad: "Aun cuando sean joyas y preciosos ungüentos de discursos, ninguno puede hablar aquí dignamente del dispensador de la vida." —En otro poema relativo al ciclo de Quetzalcóatl (el ciclo más importante de aquella confusa mitología, símbolo de civilizador y profeta, a la vez que mito solar más o menos vagamente explicado), en toques descriptivos de admirable concentración surge a nuestros ojos "la casa de los rayos de luz, la casa de culebras emplumadas, la casa de turquesas". De aquella casa, que en las palabras del poeta brilla como un abigarrado mosaico, han salido los nobles, quienes "se fueron llorando por el agua" —frase en que palpita la evocación de la ciudad de los lagos. El poema es como una elegía a la desaparición del héroe. Se trata de un rito lacrimoso, como el de Perséfone, Adonis, Tamuz o alguno otro popularizado en Europa. Sólo que, a diferencia de lo que sucede en las costas del Mediterráneo, aquí el héroe tarda en resucitar, tal vez nunca resucitará. De otro modo, hubiera triunfado sobre el dios sanguinario y zurdo de los sacrificios humanos, e impidiendo la dominación del bárbaro azteca, habría transformado la historia mexicana. El quetzal, el pájaro iris que anuncia el retorno de este nuevo Arturo, ha emigrado, ahora, hacia las regiones ístmicas del Continente, intimando acaso nuevos destinos. "Lloré con la humillación de las montañas; me entristecí con la exaltación de las arenas, que mi señor se había ido." El héroe se muestra como un guerrero: "En nuestras batallas, estaba mi señor adornado con plumas." Y, a pocas líneas, estas palabras de desconcertante "sintetismo": "Después que se hubo embriagado, el caudillo lloró; nosotros nos glorificamos de estar en su habitación." ("Metióme el rey en su cámara: gozarnos hemos y alegrarnos hemos en ti." *Cant. de Cant.)* El poeta tiene muy airosas sugestiones: "Yo vengo de Nonohualco —dice— como si trajera pájaros al lugar de los nobles." Y también lo acosa la obsesión de la flor: "Yo soy miserable, miserable como la última flor."

IV

> But glorious it was to see, how the open region was filled with horses and chariots...
>
> BUNYAN, *The Pilgrim's Progress.*

CUALQUIERA que sea la doctrina histórica que se profese (y no soy de los que sueñan en perpetuaciones absurdas de la tradición indígena, y ni siquiera fío demasiado en perpetuaciones de la española), nos une con la raza de ayer, sin hablar de sangres, la comunidad del esfuerzo por domeñar nuestra naturaleza brava y fragosa; esfuerzo que es la base bruta de la historia. Nos une también la comunidad, mucho más profunda, de la emoción cotidiana ante el mismo objeto natural. El choque de la sensibilidad con el mismo mundo labra, engendra un alma común. Pero cuando no se aceptara lo uno ni lo otro —ni la obra de la acción común, ni la obra de la contemplación común—, convéngase en que la emoción histórica es parte de la vida actual, y, sin su fulgor, nuestros valles y nuestras montañas serían como un teatro sin luz. El poeta ve, al reverberar de la luna en la nieve de los volcanes, recortarse sobre el cielo el espectro de Doña Marina, acosada por la sombra del Flechador de Estrellas; o sueña con el hacha de cobre en cuyo filo descansa el cielo; o piensa que escucha, en el descampado, el llanto funesto de los mellizos que la diosa vestida de blanco lleva a las espaldas: no le neguemos la evocación, no desperdiciemos la leyenda. Si esa tradición nos fuere ajena, está como quiera en nuestras manos, y sólo nosotros disponemos de ella. No renunciaremos —oh Keats— a ningún objeto de belleza, engendrador de eternos goces.

Madrid, 1915.

II

LAS VÍSPERAS DE ESPAÑA

Noticia

A) edición anterior

Alfonso Reyes // Las vísperas // de España // Sur // Buenos Aires.—1937. 8º, 279 págs.—Colofón: 7 de octubre de 1937.

Los opúsculos reunidos en este volumen datan de fines de 1914 a mediados de 1917.

B) traducción

Además de las citadas a continuación, hay una miscelánea de fragmentos tomados de distintas partes de *Las vísperas: Madrider Silhouetten,* trad. alemana de R. Kaltofen en *Aargauer Tageblatt,* Aarau, 22 de julio de 1950.

I. *Cartones de Madrid*

A) ediciones anteriores

1.—Alfonso Reyes // Cartones de Madrid // (1914-1917) // Cultura // T. IV, núm. 6. // 1917.—[México], 8º, IV + 99 págs. e índice. (Estampa de Goya en la cubierta).

2.—Reproducción en *Dos o tres mundos* (obra ya descrita en la "Noticia" sobre la *Visión de Anáhuac*), págs. 89 a 162, donde se suprimió la dedicatoria —"A mis amigos de México y de Madrid, salud"— que vuelve a imprimirse en el presente texto.

3.—*Las vísperas de España* (1937), págs. 13 a 65.

Estas notas se publicaron antes en *El Heraldo de Cuba,* Habana, 15 de febrero de 1915 en adelante, y las últimas, en *Las Novedades,* de Nueva York, a fines del propio año.

B) traducción

Das Begräbnis der Sardine. Trad. al alemán de R. Kaltofen, en *Morgenzeitung,* Mahrisch-Ostrau, 15 de febrero de 1938. Reproducción en *Grazer Volksblatt,* Gratz, 27 de febrero de 1938, y en *Sonntagspost,* Lucerna, 18 de febrero de 1939.

II. *En el Ventanillo de Toledo*

EDICIONES ANTERIORES

1.—*Verbum,* Buenos Aires, 1931, XXV, nº 80, págs. 37-41. (Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras). Hay tirada aparte, fechada en 1932.

2.—Reproducción en *El Universal Ilustrado,* México, 5 de mayo de 1932.

3.—*Las vísperas de España* (1937), págs. 67-75.

Los dos primeros fragmentos son de Toledo, 1917, y el tercero de Río de Janeiro, 1930, que, por obvias razones, se deja en este lugar.

III. *Horas de Burgos*

A) EDICIONES ANTERIORES

1.—Apareció fragmentariamente bajo el insulso y arbitrario título: "Unas horas de visita en Burgos" en *El Universal,* México, 1918.

2.—Alfonso Reyes // Horas de Burgos // 1932. 4º, 91 págs. + índice y colofón: Río de Janeiro, Villas Boas e Ca., 31 de agosto de 1932.

3. *Las vísperas de España* (1937), págs. 77 a 103.

B) TRADUCCIONES

1.—*Heures de Burgos,* trad. fragmentaria al francés por Georges Pillement, en *Visages du Monde,* París, 15 de febrero de 1933, págs. 42 a 43.

2.—*Der grösste Schmerz von Burgos.* Trad. al alemán de R. Kaltofen, en *Basler Nachrichten,* 20 de abril de 1939.

IV. *La saeta*

A) EDICIONES ANTERIORES

1.—*El Universal,* México, 4 de junio de 1922.

2.—Alfonso Reyes // La Saeta // Con trazos de José Moreno Villa // 1931.—4º, 51 págs. y 2 hs. Colofón: Río de Janeiro, Villas Boas, 31 de agosto de 1931.—7 dibujos a color de J. Moreno Villa.

3.—*Las vísperas de España* (1937), págs. 105 a 113.
4.—*Dos o tres mundos* (1944) *(op. cit.* en la "Noticia" sobre la *Visión de Anáhuac)*, págs. 163 a 174.
Opúsculo escrito en Madrid, Semana Santa de 1922.

B) TRADUCCIONES

1.—*Osterprozession in Sevilla.* Trad. fragmentaria al alemán por Inés E. Manz, publicada en *Stuttgarter Neues Tageblatt*, Stuttgart, 27 de marzo de 1932.
2.—*Semaine Sainte à Seville.* Trad. al francés de Francis de Miomandre, publicada en *Les Nouvelles Littéraires*, París, 15 de abril de 1933.
3.—*Triptych (op. cit,* en la "Noticia" sobre la *Visión de Anáhuac)*. Trad. al checo de Z. Smíd: *Cíkánská prísen na oslavu Panny Marie*, págs. 7 a 19.
4.—*Osterglocken über Sevilla.* Trad. fragmentaria al alemán de R. Kaltofen, en *Luxemburger Wort*, Luxemburgo, 11 de abril de 1939.

V. *Fuga de Navidad*

A) EDICIONES ANTERIORES

1.—Publicado en *Revista de Revistas*, México, 1923.
2.—Alfonso Reyes // Fuga de // Navidad // Ilustraciones de Norah Borges de Torre // Viau y Zona // Florida 641.—Buenos Aires // 1929.—4º, 35 págs. Colofón: 29 de mayo de 1929.
3.—*Las vísperas de España* (1937), págs. 115 a 120.
El ensayo está firmado en Madrid, Navidad de 1923.

B) TRADUCCIONES

1.—*Fuga di Natale.* Trad. al italiano de Mario Puccini, en *La Stampa*, Turín, 10 de febrero de 1930.
2.—*Fuga de Natal.* Trad. al portugués de Ruy Ribeiro Couto, en *Boletim de Ariel*, Río de Janeiro, enero de 1935, pág. 95.

VI. *Fronteras*

A) EDICIONES ANTERIORES

1.—"Un agricultor andaluz", "Un *egipcio* de España", "La Gracia", "Durango", "Éibar", y "Zaldívar" se publicaron por la época en que se escribieron en la revista *Unión Hispanoamericana,* Madrid, 1919 en adelante.

2.—"Deva, la del fácil recuerdo", fragmentos en la revista *Deva,* III, nº 3, págs. 11 a 12; 16 de agosto de 1923.

3.—"El paraíso vasco", en *Social,* La Habana, 1923.

4.—"Roncesvalles", en *Revista de Revistas,* México, 28 de octubre de 1923.

5.—"Viajes a la España de Castrogil", en *Dos o tres mundos (op. cit.),* págs. 175 a 178.

6.—"Noche en Valladolid", revista llamada *1931,* La Habana, 1931, nº 43, págs. 37 a 38.

7.—"Rumbos cruzados", el fragmento "Castilla: Italia", en *Fábula,* Buenos Aires, 2 de diciembre de 1936.

8.—*Las vísperas de España* (1937), págs. 121 a 215.

El presente texto es, pues, para algunas páginas, una segunda, y para otras, una tercera publicación. Las respectivas fechas van de 1918 a 1926; pues hay dos notas ya escritas en París: "Castilla: Italia", 1925 y "Viaje a la España de Castrogil", febrero de 1926.

B) TRADUCCIONES

1.—*Voyage dans l'Espagne de Castrogil,* trad. al francés de Francis de Miomandre, en *Paris-Amérique Latine,* París, febrero de 1926.

2.—*Roncesvalles.* Trad. al alemán de R. Kaltofen, en *Luxemburger Wort,* Luxemburgo, 21 de septiembre de 1938 y *Sonntagspost,* Lucerna, 25 de marzo de 1939.

3.—*Nacht in Valladolid,* trad. al alemán de R. Kaltofen, en *St. Galler Tageblatt,* St. Gallen, 25 de abril de 1938, y en *Luxemburger Zeitung,* Luxemburgo, 27 de mayo de 1938.

VII. *De servicio en Burdeos*

A) EDICIONES ANTERIORES

1.—*El Sol,* Madrid, junio y julio de 1919.

2.—Los cuatro últimos fragmentos, en *Nosotros,* Buenos Aires, abril de 1937.

3.—*Las vísperas de España* (1937), págs. 217 a 253.

B) TRADUCCIÓN

Auf den Spuren Goyas ("En busca de Goya"). Trad. al alemán de R. Kaltofen, en *Neue Zürcher Zeitung*, Zürich, 9 de enero de 1938. Reproducción en *Tagesbote*, Brno, 10 de febrero de 1938.

VIII. *Huelga*

EDICIÓN ANTERIOR

1.—*Las vísperas de España* (1937), págs. 255 a 268.

PRÓLOGO

EL MATERIAL *de este libro pertenece todo a una época anterior a la guerra española, época que abarca más o menos mis diez años de Madrid, desde 1914 hasta 1924; desde los comienzos de la guerra europea hasta los comienzos de la dictadura militar; período que podría designarse, con el título de un libro de Luis Araquistáin, "entre la guerra y la revolución". Buena parte de estas páginas ha aparecido antes en folletos de edición limitada. Mi propósito ha sido el reunir en un volumen de fácil acceso todo el material heterogéneo —estampas, memorias y viajes más o menos— que anda disperso y a riesgo de perderse en pequeñas ediciones de muy escasa circulación, añadiendo a la vez algunos capítulos inéditos. Dejo fuera de este volumen toda aquella parte de mi labor madrileña que forma ciclos bien definidos y ha de ser objeto de otros volúmenes:* Visión de Anáhuac, El suicida, El cazador, Calendario, El plano oblicuo, *libro de suprarrealismo "avant la lettre" que, aunque publicado en Madrid por cuidados del inolvidable Luis Bello, data de la primera época mexicana; las cinco series de* Simpatías y Diferencias, *los* Retratos reales e imaginarios *y demás papeles afines de periodismo literario; los ensayos de historia literaria ya dispersos en prólogos sobre el* Cid, *el Arcipreste de Hita, Lope, Ruiz de Alarcón, Quevedo, Gracián, ya aparecidos en repertorios técnicos,* Revista de Filología Española, Revue Hispanique, Boletín de la Academia Española, *o ya en volúmenes especiales como las* Cuestiones gongorinas.

A raíz de mi llegada a Madrid —en las condiciones que dejo descritas en "Rumbo al Sur"—, me relacioné con la gente del Ateneo (Secretario, Manuel Azaña), que más tarde me honraría nombrándome Secretario de su Sección Literaria; me relacioné con el Centro de Estudios Históricos, donde me cupo la suerte de trabajar durante cinco años bajo la dirección de D. Ramón Menéndez Pidal, y rodeado de la compañía y consejo de Américo Castro, Federico de Onís, Tomás

Navarro Tomás, Antonio G. Solalinde, Justo Gómez Ocerin. Mi fraternal amigo Enrique Díez-Canedo me puso en contacto con los señores Velasco y Acebal, que me acogieron tan gentilmente en la colección clásica de "La Lectura". Más tarde se hizo cargo de estas ediciones Domingo Barnés, quien aceptó el plan de ciertos "Cuadernos Literarios" que inventamos una tarde Díez-Canedo, José Moreno Villa y yo, con el fin de dar salida a ciertos nombres nuevos, ante la superabundancia de libros traducidos que por entonces aparecían. En estos "Cuadernos Literarios" vino a publicar Azaña su primer libro. Cuando Azaña y Cipriano Rivas Cherif crearon La Pluma, *tuve el privilegio de trabajar con ellos. Mi caro y admirado Juan Ramón Jiménez me llevó a la Editorial Saturnino Calleja, para ciertas labores de traducción y preparación de clásicos populares, donde disfruté el caballeroso trato de Rafael Calleja. Con Juan Ramón colaboré más tarde en la revista* Índice. *En sus pocos números, esta revista congregó a los más jóvenes: Federico García Lorca, José Bergamín, Dámaso Alonso, Jorge Guillén, Antonio Marichalar, Antonio Espina. La noble amistad de José Ortega y Gasset me valió desde el primer instante, asociándome primero al semanario* España, *después a* El Imparcial *y finalmente a* El Sol, *donde mucho tiempo redacté una página de "Historia y Geografía", en los días de Manuel Aznar y Félix Lorenzo. Yo necesitaba un colaborador para los asuntos geográficos, y me acordé entonces de Juan Dantín Cereceda, cuyos trabajos ya me habían prestado grandes servicios en México, en mi cátedra de Historia de la lengua y la literatura españolas (Escuela de Altos Estudios). Dantín Cereceda era, a la sazón, catedrático en Guadalajara y, desde las páginas de* El Sol, *se fue acercando a la Universidad Central de Madrid. Nicolás M. de Urgoiti, gerente de la Papelera Española, fundó la Editorial Calpe —después reunida con la Espasa— cuya "Colección Universal" inauguré con cierta prosificación del* Poema del Cid *que ha corrido con fortuna. Colaboré un poco en las empresas americanistas de Rufino Blanco-Fombona, quien, entre otras cosas, me brindó la ocasión de presentar a Fray Servando Teresa de Mier en la "Biblioteca Ayacucho". El director de la "Biblioteca Nueva",*

José Ruiz Castillo, con quien me amisté desde los días del semanario España, *también me publicó alguna cosa y me encargó, en los últimos años, el cuidado de las* Obras *de Amado Nervo. Don Ramón del Valle-Inclán, que fue mi vecino en el barrio de Salamanca, me tomaba algunas veces consigo, y juntos solíamos emprenderla hasta el Café Regina. Él me daba consejos sobre la manera de presentar los libros a la imprenta. Cuando ya me encontraba yo en París, en horas aciagas para él, fui el intermediario de la solicitud mexicana para este amigo de nuestro país, invariable y puro. "Azorín", mi primer amigo de España, a quien conocía desde mi llegada a San Sebastián, se acordó un día de mí, desde la Subsecretaría de Instrucción Pública, que desempeñó pasajeramente, y me llevó a Burdeos en su compañía, de lo que queda memoria en este libro. Y aun el viejo traductor de Anatole France, aquel Luis Ruiz Contreras en cuya casa se habían juntado por primera vez los escritores del Noventa y Ocho, tuvo tiempo todavía, allá a mi llegada y cuando nadie me conocía en Madrid, de asociarme a algunos de sus trabajos.*

Mi propósito al hacer estas evocaciones no es trazar el cuadro completo de la vida literaria que presencié en Madrid (mucho más habría que contar), sino sólo explicar las principales circunstancias de la elaboración de este libro.

Devuelto por 1920 al servicio exterior de mi país, aunque tuve que alejarme un poco de la literatura militante, nunca perdí mis contactos. La expresión de mi gratitud para mis compañeros de España —en que asocio a muchos otros que no tengo tiempo de nombrar— sería inagotable. Ellos saben que ninguno de sus actuales dolores puede serme ajeno y que siempre iluminará mi conciencia el recuerdo de aquellos años, tan fecundos para mí en todos sentidos. Aprendí a quererlos y a comprenderlos en medio de la labor compartida, en torno a las mesas de plomo de las imprentas madrileñas. La suerte me ha deparado el alto honor de encarnar, para la España nueva, la primera amistad del México nuevo, aunque la más modesta sin duda. Este honor no lo cederé a ninguno.

Buenos Aires, 14-IV-937.

CARTONES DE MADRID
[1914-1917]

A MIS AMIGOS DE MÉXICO Y DE MADRID, SALUD:

GAUTIER, *pintor antes que poeta, se quejaba de que nuestra civilización fuese poco colorista. Después de él, han fracasado las últimas teorías literarias del color: ¿hay cosa más desacreditada, en efecto, que las teorías del color local? Buscamos ahora la realidad algo más allá de los ojos. Los mismos pintores han comenzado a desdeñar el dato naturalista de los ojos, y ya los cubistas se precian de ver con las manos, con el sentimiento muscular de la forma. No sin cierto regocijo, como el estoico, parece gritar nuestra civilización: "¡Perdí los ojos!"*

El primer ataque a los ojos, a la objetividad visual, comienza con el descubrimiento de la escritura: en cuanto la línea cobra una intención jeroglífica, gana para el entendimiento lo que pierde para la sensibilidad. Recorred las salas de los museos: veréis que, invariablemente, la pobre gente ha dejado de ver los cuadros por leer los letreros que aparecen al pie. No se perdería mucho si se suprimieran los letreros. De igual modo, los hombres no se conforman con que los veamos; quieren, sobre todo, que los leamos.

No dudo que compartáis este sentimiento, al menos de un modo relativo. No dudo que os parezca ligero este cuaderno de notas y rápidos trazos, testimonio de lo más superficial que he visto en Madrid. ¿Necesito aseguraros que no pára en esto mi interpretación de Madrid? ¿Necesito explicaros que sólo he querido reunir, en este cuaderno, esos primeros prejuicios de la retina, esos primeros y elementales aspectos que atraen los ojos del viajero? Poco a poco, me fui convenciendo de que el ibis o la flor de loto eran letras y que, juntas, tenían un sentido que era menester descifrar. Mientras tanto, me entretuve simplemente en mirarlos. Tampoco respondo de algunos resabios amargos de este primer

gusto: consideren mis amigos que muchas de estas notas están hechas a media noche, rodando solo por esas posadas de Madrid, sin saber a lo que había venido y bajo el recuerdo de las cosas lejanas.

Madrid, mayo de 1917.

I. EL INFIERNO DE LOS CIEGOS

Santa Lucía nos libre
del mal de gota serena...

EL MENDIGO y la calle de Madrid son un solo cuerpo arquitectónico: se avienen como dos ideas necesarias. La calle sin él fuera como un rostro sin nariz. Él es su cariátide y a la vez su parásito: le da consistencia y vive de ella. Es su parte más sensible, la que le comunica emoción. Como una supervivencia medieval (en aquellos siglos el pueblo cantaba la *Danza de la Muerte* y los nervios eran más duros), os sale al paso para sobresaltaros.

Hay un manco por Alcalá que pide limosna ofreciendo el fuego a los fumadores. Atisba, contraído de atención, el instante oportuno y, cuando alguien lleva el cigarrillo a la boca, frota el fósforo en su muñón de palo. El margen de probabilidad es mínimo: un segundo de vacilación, un soplo de viento, y la dádiva está perdida. Aquella viejecita, que pudiera ser una reliquia sagrada, canta tonadas ligeras a la puerta de los cafés. Otro, con un grito agudo y destemplado, acata terriblemente la fatalidad:

Las verdades no las quiero;
los consejos me hacen daño...

Hay ciegos guitarristas, murgas de ciegos, ciegos cantores, recitadores o meros implorantes; ciegos salmistas y ciegos maldicientes. Hay, en fin, los "oracioneros vistosos" de Cervantes: los falsos ciegos.

Con una crueldad castiza y rancia, el ciego de la calle de Carretas arroja su amargura a la cara de los pasantes en esta frase escueta, evidente:

—No hay pena como haber visto y no ver, hermanos.

(Dante la hubiera incrustado en sus tercetos.)

A unos los acompañan niños, mujeres; otros van solitarios, dando tropezones como para localizar al ente caritati-

vo. A otros los guía la bestia fiel, la única de que se ha olvidado Buffon: el perro del ciego.

La ceguera ¿es hija del sol? Parece que la cultivara esta raza como una exquisita flor del mal.

> Ciegos bien como vestiglos,
> del mundo non vemos nada.

Así rezan las coplas que les componía el Arcipreste de Hita, siglo XIV.

II. LA GLORIA DE LOS MENDIGOS

Es LUGAR común entre los no conformistas españoles que el daño fundamental de la patria viene del procedimiento picaresco. Encarna, dicen, en la perniciosa listeza del político, en la espontánea sofistería del pueblo y hasta en su "teologismo" hereditario. Pero donde sin disputa este arte de engaño adquiere relieve mayor y aun tintes trágicos, es donde se aplica al más aguzado de los fraudes, a la más absurda paradoja práctica: al hábito, perpetuado en el arrabal, de no comer.

Cuando el héroe de la gesta llama a todos "los bachilleres pobres", o cuando el poeta moderno increpa a los "muertos-de-hambre de toda la España", tratan ambos de encauzar para algún objeto superior aquella energía gastada en regatearse el sustento. Pero la picaresca perdura, y la picardía suprema sigue practicándose alegremente. El hambrón se echa migas en las barbas para hacer creer que ha comido, y trae los pantalones raídos bajo la capa. A la Novela Española, imagen de esta trabajosa vida, han podido llamarla, sin hipérbole, la epopeya del hambre.

Hay un día, sin embargo, en que el pícaro se cansa: agótase la artimaña, se rinde el orgullo; la existencia, ruda, quiebra con su empuje a los muy sutiles. La mentira ya no aprovecha, y entonces resulta más útil la verdad. Del pícaro fatigado ha podido provenir el mendigo.

Implorar la caridad de la gente puede ser cínico, incómodo; pero es honrado y —lo que equivale a la honradez en el cielo de la razón pura— es directo. El acto de mendicidad es la esencia de todo acto utilitario. Tal vez lo que llamáis vuestro trabajo, el trabajo que os gana el sueldo, no es más que un sortilegio picaresco en redor de esta idea desnuda: pedir. Así, el trabajar para comer tiene, ante el mendigar, las ventajas sociales y las desventajas éticas que suele tener la mentira ante la verdad. Cabe, pues, considerar al mendigo como una decadencia social, mas como una rege-

neración ética del pícaro. Si en las calles de la ciudad veis un mendigo por cada fullero de antaño, será porque el pueblo se corrige.

Y el impulso de mendicidad desborda el disfraz con que, a veces, quieren solaparlo: el vendedor callejero no os vende propiamente su especie, sino que exige vuestra limosna, tratando de imponeros, en cambio, el billete de lotería o el periódico. Se ha visto al labrador dejar bueyes y arado para alargar la mano al caballero que pasa por el camino: he aquí un símbolo que quiero ofrecer a los fisiócratas. Porque bien puede ser la tierra la fuente misma de la riqueza, mas el acto primordial del lucro consistirá siempre en pedir, en mendigar.

Lo entendió muy bien don Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza. En *Las paredes oyen*, he encontrado los siguientes versos que me comprueban:

Porque ¿dónde encontrarás
hombre o mujer que no pida?
Cuando dar gritos oyeres
diciendo: *¡lienzo!* a un lencero,
te dice: *dame dinero*
si de mi lienzo quisieres.
El mercader claramente
diciendo está sin hablar:
dame dinero, y llevar
podrás lo que te contente.
Todos, según imagino,
piden; que para vivir
es fuerza dar y pedir
cada uno por su camino:
con la cruz el sacristán,
con los responsos el cura,
el monstruo con su figura,
con su cuerpo el ganapán;
el aguacil con la vara,
con la pluma el escribano,
el oficial con la mano,
y la mujer con la cara.

III. TEORÍA DE LOS MONSTRUOS

YA SE sabe que Goya pintó monstruos y que antes los había pintado Velázquez. Este hombre de fuerte razón se conformó con las monstruosidades anómalas (si vale el pleonasmo), de esas que se ven de tarde en tarde, y las retrató tan a conciencia como si fueran dechados de belleza. El otro, calenturiento, descubrió la monstruosidad cotidiana y la trató a golpes nerviosos, como a verdadera aberración. Mientras para Velázquez resultaba un juego de la naturaleza, el absurdo fue para Goya el procedimiento constante, más o menos disimulado, de la naturaleza.

En efecto, este género de humorismo blasfemo y cruel es tardío: no viene del Renacimiento. Entre un pintor y otro pintor hay todo un latido filosófico.

El paseante de los barrios bajos tropieza, acaso, con una teoría de deformes. Comienza por contemplar, a lo Velázquez, con aristocrática atención, un monstruo, dos monstruos, tres. Ve pasar enanos, hombres con brazos diminutos o con piernas abstractas, caras que recuerdan pajarracos y pupilas color de nube. Al cabo, la frecuencia de la impresión se dilata en estado de ánimo. Ya no cree haber visto algunos monstruos, sino una vida monstruosa. Ahonda de Velázquez hacia Goya. La existencia misma va cobrando entonces aspecto de fracaso, la línea recta gesticula, el mundo está mal acabado. Y nace así un pesimismo hueco y sin dogma: un pesimismo de los ojos, del tacto, de todo el sentido muscular.

Hay pueblos que tienen fortaleza de Rey: ríen de los deformes y les hacen representar escenas de travesura. Pasan junto al mal sin dolerse. Sienten la herida y la equivocan por cosquilleo. Cualidad infantil es ésta; porque el amor de lo absurdo forma parte del apetito destructor, y todos los niños son como Goethe niño, que arroja por el balcón de su casa toda una alfarería de cocina. Despedazar el juguete y reír de la negación, he aquí la conciencia infantil.

Ni la roja sensación del infierno despierta esos perezosos sentidos. La mula de Rabelais destroza al monje que la cabalga, y ríe el pueblo como príncipe que ignora el dolor. Los yangüeses aporrean al hidalgo... ¡Oh Guignol, Guignol! Nadie quiere tomar en serio a Polichinela.

IV. LA FIESTA NACIONAL

POR ALCALÁ, y como si fueran a la Plaza de Toros, suelen desfilar los cortejos rumbo al cementerio. Van gentes a pie, coches de alquiler, coches de hotel y hasta carretas de basura. El hijo del pueblo, que los ve pasar, no se atribula ni tiembla: se descubre, contempla familiarmente el féretro, y aun parece que se le oye lanzar aquella salutación elíptica en que se refleja su alma franca:

—¡Buenas!

Como quien saluda al vecino: ¡Buenas! El muerto es el amigo invariable. Todos los días se piensa en él y a diario se le mira pasar por las principales calles, que acaso le están dedicadas. ¡Buenas! Es el muerto de siempre, el mismo de ayer, el de mañana.

El cortejo llega al cementerio; pero, de regreso, se detiene en las Ventas. Allí la compañía se alegra, y hay guitarras. Es la juerga sorda, la juerga fúnebre, tan característica. (A la memoria del lector ¿no acuden las coplas grotescas de *La mala sombra?* Hay allí unas palabras llenas de verdugo y de camposanto.) Y la procesión es continua, como una fábula perenne y sin moraleja: mientras unos van con el muerto, otros vuelven con la guitarra.

Considerar la muerte con ojos familiares ¿dónde se ha visto? Para el pueblo estoico, ir al cementerio es como una fiesta popular.

Francisco A. de Icaza, docto en novelística española, me ha dicho:

—Asociar el amor y la muerte lo han hecho siempre los hombres; pero asociar la muerte y la risa, sólo un pueblo: por desdén al dolor, por desdén al trajinar de la vida. En la novela italiana del Renacimiento, hay historias de travesura que repiten en mil formas el motivo del fraile alegre y de la monja casquivana. En Francia, los asuntos meramente literarios se entretejen con los galantes. Sólo en

España hay una literatura cómica de la muerte, y libros dedicados a narrar dichos agudos de los agonizantes. Y la tradición no se ha borrado.

Y aquí tres cuentos.

Ventura de la Vega, en el tránsito, reúne a sus deudos e íntimos para revelarles el secreto de su vida. Todos esperan terribles cosas:

—¡Me carga *el* Dante! —les confiesa.

Luis Taboada, moribundo, llama a su hijo:

—Ve —le dice— a la Parroquia de San José, y di que me manden los Santos Óleos; pero que sean buenos, que son para mí.

Y el novillero. El novillero que acosaba día y noche al "Lagartijo" pidiéndole la alternativa. Murió una tía de éste a quien él tenía por segunda madre. Pidióle el novillero la alternativa por el alma de su señora tía, y cedió el torero, como sensible. El primer toro que toca lidiar al nuevo matador resulta toro de bandera, que lleva la muerte en los cuernos. El padrino le ayuda, le prepara el toro:

—¡Tírate ahora! —le grita.

Y el ahijado se perfila; sabe que no podrá, da por segura la cornada y, resuelto a todo, vuelve un instante los ojos al maestro: advierte entonces el brazal negro, el traje negro y oro de "Lagartijo" que recuerda el luto reciente y, antes de arrancarse, todavía tiene tiempo —¡y ánimo!— para decir, jugando la vida y el vocablo:

—Maestro, ¿qué se le ofrece para su señora tía?

He aquí un pueblo que no teme a la muerte. Más aún: se hombrea con ella. La muerte, a veces, le hace reír. Las desgracias de Don Quijote, las villanas burlas de sus huéspedes, hacían reír a Cervantes: evoluciones de la sensibilidad, ha dicho sutilmente "Azorín". "Guzmán de Alfarache" ve venir a uno que sale de la posada destemplado de risa. Oíd lo que imagina: "Sospeché si fuego del cielo consumió la casa y lo que en ella estaba... o, por lo menos... que, colgada de los pies en un olivo [la ventera], la hubiesen dado

mil azotes, dejándola por muerta: *que la risa no prometió menos*."

¿Que la risa no fue para menos? ¿Así, cínicamente, para deleite de los propios infiernos?

He aquí un pueblo que no teme a la muerte. Más aún: se hombrea con ella.

En los caprichos de Goya, en los dibujos de atormentados, de enfermos, de coji-mancos, hay unas palabras de burla espesa y buenota, llenas de cruel compasión:

—Pronto acabarán tus males. . .

—Ya te vas a morir, ¡qué bueno!

Y en sus cuadros negros, aquellos viejos de cara zorruna parecen sonreír con una alegría imperdonable: la alegría de sentirse horribles; de ser pesadillas, endriagos; de ir de juerga a los camposantos; de danzar toda una noche en ronda con los muertos.

¡Oh, mantos de murciélago, buitres-chambergos, manos leñosas, rostros picudos, nubes pestilentes!

V. EL ENTIERRO DE LA SARDINA

PONGAMOS un paréntesis a la ley social. Bajo el disfraz, que autoriza todas las franquezas, en la boca hueca de la máscara ríe el carnaval, rito higiénico de los desahogos.

En el poema de la Edad Media, Don Carnal se presenta matando y desollando reses. En las modernas prácticas madrileñas, el Carnaval se despide, hoy miércoles de ceniza, con el simbólico Entierro de la Sardina.

Pasemos de largo por la Castellana, sin reparar en las familias que se aburren oficialmente desde las tribunas o en las carrozas floreadas (¡oh triste carnaval sin música!). Hay que vadear el Manzanares: Madrid se realiza fuera de Madrid. He aquí el puente de la Reina Victoria, allí la Fuente de la Teja. Estamos en una pradera de troncos altos y derechos con ramos en las puntas: la Pradera del Corregidor. A lo lejos, las vidrieras del Palacio Real llamean de sol, por entre las varas de un paisaje de Isser. Hay una humedad olorosa y el día es anuncio de la primavera.

Acuden de todas partes los alegres grupos, las comparsas, en cómica peregrinación que evoca los cuentos de Chaucer. El columpio y el tío-vivo ostentan su amable frivolidad. Vibra en el aire y esmalta el suelo el papelillo de siete colores. De cuando en cuando, riegan el espacio los cohetes caudales.

Tañendo un cencerro, pasa el viático de la Sardina, con un figurón a la cabeza que no se sabe si es hombre o bulto de harapos. Síguenle unos muchachos pintarrajeados que se han improvisado disfraces con los tesoros del basurero. Aquí y allá, en el dominó de Pierrot, arde el amarillo canario. Las chulitas llevan trajes de hombres: torturado el seno en la camisa viril, andan con unos pasos equívocos, desequilibrados por el tacón alto, y en los tubos de los pantalones casi desaparecen sus piececitos de empeine respingado. Bajo la gorra asoman las bolsas del cabello; tras el antifaz, os espían unos pecadores ojuelos.

Unos hacen ronda, otros se persiguen. Aquellos dos paletos, luchando, repiten la suerte diabólica llamada por los conceptistas del siglo XVII "zancadilla de horca". Algo tiene de las piruetas del jiu-jitsu que estuvo a la moda antes de la Guerra. Sólo imaginarla es un tormento, y la hallo descrita en ciertos romances de guapo donde se cuenta que mataron a uno

con zancadilla de horca,
pues, con los pies en el aire,
los brazos le fueron soga.

Por entre la multitud, va trastabillando un hombrecito inmaculado —un dandy extraviado seguramente—, a quien una curiosidad peligrosa atrajo hasta estas regiones del infierno. Tropieza, pide excusas, y va suscitando a su paso mil y un incidentes de cortesía.

El espectáculo, en efecto, es crudo y castizo, y hay que prevenir el ánimo; hay que saber aguantar el arañazo de la maldición castellana; hay que saber celebrar las insolencias del granuja aplaudido y los chistes del rufián contento.

El genio grotesco de la raza estalla aquí en todo su vigor. El hombre del pueblo ensaya alambicadas posturas y hace resorte de su cuerpo. Aquí el grito loco y lírico, la palabra sin contenido racional, tecnicismo de la extravagancia. He oído a un muchacho gritar a otro que llevaba una máscara de burro:

—¡Eh, tú, cabeza de ópera!

Dejo la exégesis a los maliciosos.

Pero nada es mejor que acatar, en sí misma, esta ideación deshilachada del hombre que se regocija. ¿Ni quién seguirá las cabriolas que hace con el alma y con el cuerpo este pueblo genial? Aquí los saltos animales de la risa y las sacudidas y el pataleo; aquí la gracia bronca, el gesto muñeco y la canción del *taratachumba.*

De pronto, rasgan el aire las cornetas acatarradas, los gañidos de la gaita y el latir del tambor. Y la danza, entonces, como en un organismo único, tiembla a un tiempo mismo en toda aquella red humana tendida por la pradera. El gaitero, que tiene una inquietud divina, se balancea, entornando los ojos de pestañas rubias.

La riqueza del carnaval plebeyo consiste en que es una creación. Aquí no se ha comprado el disfraz, ya hecho, en los almacenes, ni el que se disfraza quiere repetir siluetas de la historia. Aquí la mascarada ha brotado, como del ombligo de la tierra, del montón de los despojos, del bagazo de la ciudad, de la basura y del estiércol. Así es: del saco del trapero surge la creación del Carnaval. Y he aquí cómo esta sutilísima industria de recoger lo que otros tiran —fábula del sabio más sabio, o del más pobre, que todo es uno— halla por fin su justificación plena y estética el día en que el chico del arrabal, con un chispazo del fuego hereditario, se encaja hasta las orejas el hongo desgarrado, mete las piernas por las mangas de su blusa, se envuelve en un trapo habido de limosna, y llega botando y girando hasta la Pradera del Carnaval.

El mendigo, o no se viste de nada, sino meramente de fantasía —y entonces engendra monstruos que hubieran desconcertado la imaginación febril de San Antonio—, o descubriendo por su cuenta la paradoja del poeta inglés ¡se viste de mendigo!

Y la escena se desarrolla como en el cuadro de Bosco el flamenco, cuyo recuerdo, mientras la presenciábamos, estuvo acosándonos como una avispa: míranse, bajo el carro, todas las alimañas que horadan la tierra y devoran las semillas, con sus hocicos en punta de alfiler y con sus ojitos de chaquira. Pero la alimaña va transformándose al trepar por la masa de heno que cabecea en el carro. Ya arriba, hay unas figuras humanas que tocan instrumentos de música. Y el carro, los hombres, las bestias y los monstruecillos se desarrollan bajo el ojo de llamas. Así, desde la fragua del carnaval plebeyo, donde se mezclan en borrasca los desperdicios de la vida, nos ha parecido mirar la escala que liga el monstruo al hombre, y a éste lo confunde con el misterio.

Todo el día ha cantado esta gente, todo el día ha bebido y ha bailado, y aún vuelve por la noche alborotando las calles y revoloteando en torno a los faroles. Y si la fuerza de las razas se mide por su resistencia a la alegría... ¡oh España! ¡oh España!

VI. EL MANZANARES

Del Manzanares —río sin agua— hace siglos que se burlan las gentes. Todo el que deja un trago en el vaso se acuerda de hacerle una limosna al Manzanares. Quevedo, en uno de sus romances, le decía:

Manzanares, Manzanares,
arroyo aprendiz de río...

Cuando la novela picaresca evolucionó, el héroe cedió el puesto a la heroína: ya no fue el *Lazarillo de Tormes,* fue la *Teresa de Manzanares,* hija de las lavanderas del río.

En el siglo XVII, el regidor Juan Fernández hizo olvidar este lavadero de Madrid por otro que estableció hacia el sitio donde hoy se encuentran los jardines del Ministerio de la Guerra. Tirso de Molina lo recuerda en gorgoritos poéticos de dudoso gusto —jugando con la imagen del amor y de la burbuja de jabón—, en *La huerta de Juan Fernández,* comedia famosa:

¡Bendito sea el regidor
que, entre floridos matices,
condujo jabonatrices
para que se lave amor!

En aquella huerta, como en el Jardín de las Damas, lugar de charlas literarias, se comentaban los nuevos libros y las nuevas representaciones.

Pero los amantes eran fieles al Manzanares, y el Sotillo seguía siendo rincón de enamorados. Las citas, concertadas acaso en las Platerías, allí se cumplían. Allí fingía sus fantásticas bodas aquel imaginado embustero, en cuyos labios era la verdad sospechosa.

En el paisaje fino y exquisito de Madrid, el Manzanares, a la hora del crepúsculo, haciendo, al peinar las juncias, un órgano de agua casi silencioso, pone un centelleo de plata. Por su orilla se remecen las lavanderas, los brazos metidos

en la espuma, al arrullo de la tradicional canción. Goya, en uno de los rasgos más amenos de su pincel, ha copiado la pradera de San Isidro, por donde circula el Manzanares.

Estos ríos sedientos excitan el sentido simbólico: parecen imagen de una vida que se ha desangrado, pero que no quiere acabar...

No divaguemos: el Manzanares es un río inútil. Hay que utilizarlo y canalizarlo. En estos días azarosos, mal anda la cuestión de transportes, mal las tarifas del ferrocarril. Las casas parlantes, las Cámaras, zumban de discursos. El castellano se queja con razón, porque para llevar a un puerto sus productos necesita hacerlos rodear, a veces, hasta fuera de España, a menos de gastar el duplo. ¿Y qué hace, en tanto, el Manzanares? Canta, borbota y pone un centelleo de plata en el paisaje de tierra morada.

El hombre ha conservado aquel instinto del niño, que donde ve correr el agua quiere echar barquitas de papel. ¡Ay, ríos navegables de Francia! ¡Si fuera otro Sena el Manzanares!

Es inútil: hay que canalizarlo. Quevedo, el caballero de la metáfora, diría que le van a poner muletas. En verdad, desde los tiempos de Felipe II, por lo menos, se habla de canalizar el Jarama, el Tajo, el Manzanares. Hasta hoy sólo se hizo lo que decía el poeta (a quien cito aproximadamente de memoria), cuando Herrera, el del Escorial, construyó la puente segoviana: en vez de echarle agua al Manzanares, le cargan con puentes tan pesadas que le están quebrando las costillas.

VII. MANZANARES Y GUADARRAMA

APROXIMADAMENTE, reza así el proverbio madrileño: *Nueve meses de invierno, y tres de infierno.* Lloremos sobre los tres meses de infierno: lloremos como llora el cielo sobre ellos (agua, nieve, hielo), en un largo arrepentimiento que dura lo que una gestación. El corto verano de sangre empaña con plebeyos hálitos el alma madrileña. ¡Quién tendiera un manto de nieve, de nieve perenne, sobre la meseta de Madrid!

El paisaje es fino, el aire claro. Velázquez, en los fondos de sus retratos, sorprende el espíritu de Madrid. Graciosa es la gente que se tiende por la pradera en ese paisajito de Goya... En los corredores de Palacio, desde el Balcón de la Armería, se puede admirar el Madrid posible.

Entonces, ¿por qué hay almas rudas y voces roncas? ¿Por qué hay chiste insulso y carcajada procaz? ¿Por qué hay, subrepticia, sorda, inequívoca, una corriente de odio a la belleza? ¿Por qué una gran parte de la gente tiene siempre "el aire de estar de vuelta"? ¿Por qué el provocar en ellos una nueva curiosidad —gusto de la vida— es incomodarlos, "darles la lata"? ¡Oh, meses de infierno! ¡Vísceras y estiércol y sangre sobre la tierra! ¡Ola de la vida perezosa, ola chocarrera, Manzanares, maldito seas! ¡Parodia escasa, agua picaresca, maldita seas!

No faltan las siluetas elegantes, las líneas sobrias y los ademanes justos. Muchos sabrían llevar con dignidad el guante suspendido ligeramente por el índice, como el propio Baltasar Carlos. Por eso en inglés es frase hecha que todo español es un *gentleman.*

No faltan (¡oh, no!) los mejores, los hijos de su invierno. Y entonces, al paso de su vida van resonando sus pensamientos como un par de espuelas de plata. "Cervantes, Gracián, Goya, Larra", anota "Azorín".

Pero ¿y los demás? ¿Por qué el paisaje fino de Madrid no crea necesariamente hijos superiores? ¡Persuádelos, Guadarrama, cumbre de diamante! Transfórmalos entre frías

ondas de espíritu. Castígalos con saetas de hielo. Aclara los ojos, afina las narices, alarga los dedos, apresura los pasos y los pensamientos, aprieta los músculos y enciende, por dentro, renovados estímulos. Persuádelos, Guadarrama, cumbre de diamante.

—Pero ¿y la tos? —se preguntará—. ¿No es Madrid ciudad de la tos (y de los ciegos)? ¿Y no es Guadarrama el culpable?

—No. La tos no es tan madrileña como española (también la canción). Heine, a la entrada de España se encontró un día con la Locura. La Locura era un mendigo viejo, que estaba en un puente del Norte. ¿Qué hacía, con una guitarra entre las manos? Cantar y toser, como España. Y en España pudo escribir "Clarín" su trágico *Dúo de la tos*. Y además, ¿no lo saben ustedes? La tos proviene de la articulación profunda de la "*j*" española. No hay sonido igual en lengua europea; y en América, ya se sabe, la articulamos algunos milímetros más adelante, lo que basta para no rasgar el galillo.

—Pero ¿y el fango? —se preguntará—. ¿No es Madrid la ciudad del fango (y del sol) durante el invierno? ¿No tiene la culpa el Guadarrama?

—Pero —se contestará— ¿y la exquisitez incomparable de arrastrar la seda por el fango? Esto, sin contar con lo mejor: que el fango engendra las ruedas de los coches.

VIII. ESTADO DE ÁNIMO *

EN LA Residencia de Estudiantes se dan conferencias para los jóvenes. Una vez, Eugenio d'Ors les aconsejaba *(Aprendizaje y heroísmo,* 1914) el amor a la propia obra, al trabajo que nos ha tocado cumplir, y definía con estas palabras la aspiración de la joven España: queremos formar una aristocracia de la conducta. Poner orden en la acción y en el entendimiento parece ser la nueva divisa. Otra vez, Zulueta explicaba el sentido del heroísmo, en alocuciones líricas e ingeniosas. Otra vez, Federico de Onís *(Disciplina y rebeldía,* 1915) expuso —recordando a nuestro Rodó— sus experiencias y meditaciones sobre ese minuto sagrado en que escoge la juventud sus caminos. Y habló de las crisis de las edades humanas, que ya preocuparon a Gracián.

Nada hay aquí más castizo que la predicación ética. En España, la moral y la mística se amansan y se vuelven caseras. Libro representativo es *La perfecta casada* de Fr. Luis de León; y también el de Ramón y Cajal sobre los métodos de la investigación biológica, donde los consejos casi técnicos alternan con los paternales, y tras de hablar de una ley científica se habla de la elección de mujer. ¿Dónde, sino aquí, se pueden dar libros semejantes? ¿Imagina el lector a un sabio francés tratando de tales cosas el día de su recepción académica? Baroja opina que esta rumia de ideas morales es producto de las mesetas.

—No lejos de Madrid —asegura— he hallado a dos pobres hombres de bordón, chaqueta y chambergo, discutiendo sobre el libre albedrío en plena llanura de Castilla.

—Pasa por nosotros un hálito de vida franciscana —me decía, hace un año, Ortega y Gasset.

* Ver *Obras Completas,* tomo IV, Apéndice bibliográfico, nº 8 *a.*

IX. EL DERECHO A LA LOCURA

Los PINTORES delirantes han negado hasta hoy a Madrid la comunión de la locura. Picasso ¿se acordará de España? ¿Piensa alguna vez en Castilla? [1] No: en sus cuadros nunca he visto las colinas moradas, las mesetas claras donde se destaquen, entre los revuelos de la capa negra, las caras de rapiña y de éxtasis. (Recordaréis que Zuloaga, cuando pinta retratos de gente "europea", pone siempre al señor de frac —para recordar que no es español—, pero sobre el fondo invariable de la meseta castellana o las colinillas cantábricas, bases geográficas de su alma.)

Cuando el mexicano Diego Rivera expuso en Madrid cuadros cubistas, hubo que pedirle que, al menos por respetos de policía, no exhibiera en el escaparate sus pinturas. Cierto retrato que estuvo expuesto en la callecita del Carmen por milagro no provoca un motín. ¡Dioses! ¿Por qué no lo provocó? ¡Sus amigos lo deseábamos tanto! Adoro la bravura de Diego Rivera. Él muerde, al pintar, la materia misma; y a veces, por amarla tanto, la incrusta en la masa de sus colores, como aquellos primitivos catalanes y aragoneses que ponían metal en sus figuras. Pintar así es, más bien, desentrañar la plástica del mundo, hundirse en las fuerzas de la forma, acaso intentar una nueva solución al problema del conocimiento.

Y con todo, y aunque los críticos hablaron bien claro, había lugar a esperar que el público fuera cautivado, aun sin saberlo. Que, al enfrentarse con los cuadros, obrara el resorte de la raza. A sus ojos se desplegaban las telas como retos, como acertijos, como aventuras peligrosas. Y ¿quién será el caballero español que no se sienta atraído por el reto, por el acertijo y por la aventura peligrosa? ("Levantarse han las tablas, y entrará a deshora por la puerta de la sala un feo y pequeño enano, con una fermosa dueña que, entre dos gigantes, detrás del enano viene, con cierta aventura hecha

[1] Escrito hace muchos años. Hoy Picasso pinta y vive para su España.—1937.

por un antiquísimo sabio, que el que la acabare será tenido por el mejor caballero del mundo." *Don Quijote,* I, XXI.)

Además, algo de español tiene en sus orígenes el cubismo, dejando aparte la nacionalidad de Picasso y el españolismo del Greco y sus humanas columnas vibratorias. Ha poco, Eugenio d'Ors lo decía: ¿quién más español que don Francisco de Quevedo y Villegas, ni quién más cubista? Él, Gracián, todo el conceptismo, y aun el mismo Góngora —aunque éste por procedimiento distinto— nos dan ejemplo de esa visión rotativa y envolvente que domina, que doma al objeto, lo observa por todos sus puntos y, una vez que ha logrado saturarlo de luz, descubre que todo él está moviéndose, latiendo, arrojando comunicaciones —como los átomos del filósofo materialista— a los objetos vecinos, y recibiéndolas de ellos.

No se sacia el observador con la silueta de un instante si no es para fines de "sutilización". Quiere, a la vez, todas las siluetas posibles del objeto, dentro del espacio infinito. ¿No es así, en efecto, como nos impresionan las cosas, como viven en la imaginación y el recuerdo? El pintor se arriesga, pues, a desdeñar el dato naturalista, por inexistente; y así, de la fisonomía —tal el caricaturista— sólo conserva los signos expresivos: la rueda de un ojo, la cruz de las cejas y la nariz, el corazón de la boca; mientras que, por sucesivas representaciones o curvas de natural elocuencia, arroja sobre la tela algo como un jeroglifo del movimiento o como su esquema geométrico y, en los instantes de intuición, algo que es ya el ansia de moverse.

Ese gran acertijo estético, la novela picaresca, nos ofrece ejemplos constantes de visión íntegra y dinamista. Mateo Alemán —representativo, si los hay— sabe que un objeto en movimiento se multiplica: por ejemplo, unos justadores le aparecen con "sus lanzas en las manos que, vibradas en ellas, parecían juntar los cuentos a los hierros, y cada asta cuatro". Los ejemplos abundan y están al alcance de todos. Yo escribo ahora lejos de mis libros y los aludo por recuerdos y notas. Paréceme que Gracián ha trazado el movimiento de un hombre que se arroja por un balcón, mientras caen, flotando, unas hojas de papel por el aire: no sé si en el *Político,* si en

el *Discreto*, más bien creo que es en el *Héroe*. Y en el terreno psicológico, ¿no pertenece al mismo género de audacia o de verdad el trazo siguiente? Le han robado a 'Guzmán de Alfarache' su capa. Veamos lo que hace: "Busqué una cañita que llevar en la mano. Parecióme que con ella era como llevar capa... Servíame de sustentar el brazo para dar aliento a los pies." Unos objetos, unas emociones, unos sentidos influyen en otros, dando una impresión total, envolvente, de nuestra actividad psicológica.

Pero Madrid no quiso recibir la comunión de la locura.

¿De suerte que en la tierra de Goya el delirio está hoy prohibido? Y si, como quiere Wilde, los pintores impresionistas han inventado las brumas del Támesis ¿no habremos de creer que Madrid es hijo de Goya? ¿De dónde pudieron salir esos mancos y cojos, ciegos, bizcos, tuertos, gigantes, enanos, mudos, corcovados y patizambos?

Madrid, corte a un tiempo mismo severa y fácil, no quiere consentir la locura.

—¡No poder salir por esas calles vestido de Harun-al-Raschid! —me dice Ortega y Gasset en un rapto de espontaneidad.

Y en verdad, mal haya ese realismo prudente que sólo os permite mostrarme la mitad de la cara. Obligado está, quien vive entre cautos, a girar en derredor de ellos con todo el recato de la luna, que sólo nos deja ver su hemisferio muerto, su hemisferio convencional. Y ¿quién duda que lo mejor se lo deja en el hemisferio invisible?

Personalidad es elección. La elección supone variedad y supone contradicción. Donde no hay un sí y un no ¿cómo escoger? Donde se os impone un hábito externo de conducta, no hay, por cierto, personalidad. Y todo nuevo hábito es, en principio, una locura.

Y mi corazón ha estado siempre con el que inventa un hábito nuevo, un nuevo ensayo biológico que imprima, para siempre, una transformación en la especie. Bernard Shaw habla con deleite de las agitaciones domésticas, producidas en una familia burguesa y amiga del encierro, por una hija que sale aficionada al teatro y a los espectáculos. Para estas

gentes tenemos una frase rancia y sabrosa: la hija "les salió novelera". De hoy más, no habrá quietud en la casa; señor padre descuidará su reuma y señora madre tendrá que abandonar la cocina. ¡Oh, ráfaga salutífera, oh aire fresco! *La hija les salió novelera.* El golpe del viento ha abierto de pronto la ventana. (Fuga de microbios por los rincones. No nos cabe el corazón de alegría.)

Hay que ser descontentadizos y exigentes; sólo renovándonos vivimos. El modisto de la Rue de la Paix sabe que el amor se disolvería si él no inventara, para nuestras mujeres, el nuevo modelo de la estación. Por la Castellana, a la hora más vaga de la tarde, flotan unas figuras ligeras de mujer: todas vestidas con las exigencias de la estación, todas renovadas por la primavera, parecieran recién llegadas, recién exhaladas al mundo, nuevas y nunca vistas. Ésas no son, ésas no son las mujeres del otoño ni del invierno: son unas mujeres traídas por la primavera y por el verano, nacidas de sus flores. Sin ellas se acabaría el amor. Sin ánimos nuevos de locura, pararía la tierra, cerrarían sus ojos las estrellas. ¡Las estrellas! A riesgo de que se adormezcan, hay que sorprenderlas todas las noches con iluminaciones nuevas.

—Un nuevo escalofrío has inventado —decía Victor Hugo a Baudelaire. No se puede hacer mayor elogio.

Inventad un nuevo escalofrío. ¡Ea! ¡Valor de locura, que nos morimos! Esta noche, al volver a casa, romped dos o tres jarros de flores, ordenad que abran las ventanas y enciendan a incendio todas las luces. Y cuando el ama, toda azorada, os pregunte qué fiesta es ésa, le diréis:

—Hoy celebra un nacimiento mi alma: ¡le ha nacido, le ha nacido una hija novelera!

X. ENSAYO SOBRE LA RIQUEZA DE LAS NACIONES

La riqueza de los pueblos depende del tipo de su moneda. El franco ha creado en Francia la virtud del ahorro; el *sou* ha creado la *tirelire*. El hábito hace al monje y, como la atmósfera se pliega a las rugosidades del suelo, así el espíritu a la materia.

A moneda grande —el dólar—, pueblo rico y derrochador. El yanqui gana mucho y gasta mucho; lleva el dinero en los bolsillos del pantalón, para que resuene al andar; su dinero es místico y cabalístico: hay tanto dinero, que se enfurece de comercio, como la abeja de amor con la abundancia de machos; el suyo no es el dinero lento y disciplinario del francés. El yanqui asegura que gana el dinero por magnetismo, por religión, por estafa, por apuesta. El francés, por constancia y por sacrificio: grano a grano, hincha la gallina el papo.

La unidad grande hace que el gasto parezca pequeño. Considérese que diez dólares son cincuenta francos. Para gastarlos, esfuerzo cinco veces menor que para gastar cincuenta francos. Lo del proverbio griego: el desliz del pie del gigante es carrera para un enano.

Si, por el contrario, la unidad fuere, más que pequeña, diminuta —el real portugués—, crearía un concepto absurdo de las dimensiones, torciendo las armonías e irritando, sin objeto, la imaginación. ¿Quién podría medir a palmos la cintura de la tierra?

Mas cuando —última hipótesis— la moneda es llanamente mediana, como el peso mexicano, entonces el pueblo está condenado a la pobreza: gana poco y gasta mucho. Todos los términos medios juntan los defectos de los extremos.

La peseta es tanto como el franco. España ¿por qué no está rica? ¿Por qué está la peseta enferma? (La guerra le ha dado una salud pasajera, engañosa.) ¡Largo de explicar!

La compra-venta no puede ser causa de la riqueza: es un mero círculo vicioso. Si gasto con la mano derecha lo

que gano con la mano izquierda, quedo como antes. Si ahorro, es para gastarlo mañana o pasado; y, en algunos siglos, la misma moneda ha rodado toda la circunferencia dialéctica sin enriquecer a nadie, aunque dando a todos un instante de regocijo; pero esto será enriquecimiento del alma, que no del cuerpo.

No, el verdadero medro y la pérdida verdadera no vienen del precio de las cosas, no vienen de la ley económica o del acto necesario. ¡Toda la ciencia económica se rige, precisamente, por una ecuación: oferta= demanda! El medro para unos, la pérdida para otros, vienen del acto gracioso, imponderable: la propina. No gasto en mis compras, que mis ventas me equilibran de ellas; gasto en las propinas al comisionista, al vendedor, al interventor, al portador, al cobrador. (El medro multiplica los entes: nuevo principio de Occam.)

Y como existe una clase social para la que ya no hay propinas, ésa paga el precio de la vida. ¿Cómo? Con la riqueza que inventa. En el principio, el dinero brota de la frente: las clases creadoras piensan el oro, y el oro llueve en propinas hacia los bolsillos de la gente.

¡Y España no recibe propinas! ¡Y los que debieran pensar el oro, dejan de pensar, por inútil! Lejos de nos, decía aquel sabio, lejos de nos la peligrosa innovación de pensar. Si el de abajo exigiera propina, se oxigenaría el ambiente económico; habría que pensar mucho arriba, y se enriquecería la nación.

Queréis darle algo al mozo en los toros:

—Basta, ya me ha dado su compañero —os dice, empobreciendo al país.

Tenéis que cambiar un billete para dar la propina a un cochero:

—¡Por mí no vale la pena que usted se moleste! —y echa a andar el caballo.

¿Que vais a ver pueblo a cierto café de los arrabales? Y el camarero, confuso de recibir una propina excesiva, se sonroja visiblemente, cree que os ha robado y, tratando de corresponderos, lanza en vuestro honor, en el piano eléctrico, esa desesperante rapsodia de Liszt. . .

Volvéis de la calle desganado, la salud quebrantada a

los destemplados resuellos del Guadarrama; coméis mal, casi nada. Y aunque el gasto ordinario está hecho, vuestra cocinera se empeña en no recibir más que el precio de lo estrictamente ingerido.

Así no se va a ninguna parte. Si esos políticos quieren enriquecer al pueblo —es irremediable— que lo prostituyan.*

Pero ¿y la limosna española? ¿No hace aquí funciones de propina? ¿No es, por ventura, en España donde vive de limosna todo el que quiere, aun cuando lo pueda ganar? ¿Donde, como dice Acevedo, darían limosna hasta al Hércules Farnesio, si les alargara la mano?

No, limosna no es propina. El mendigo se come la limosna; vive, también, en el seno de la compra-venta, y gana su vida tan legítimamente como cualquiera. El que exige propina, en cambio, es un camarero, un médico, un presidente de la República, que se ganan ampliamente la vida con su oficio, y en cuya casa la propina —innecesaria— va formando pilas y torres, atestando ringleras, hinchando medias de lana y engordando el forro secreto del sillón.

* Recordemos la fábula de las abejas, de Mandeville, siglo XVIII.—1955.

XI. VOCES DE LA CALLE

Como la pipa de Mallarmé engendra un viaje, así me resucitan las ciudades en un ruido, en una tonada callejera.

¿No es Kipling quien habla de los olores del viaje? El tufo de camello en Arabia, el vaho de huevos podridos en Hitt, junto al Éufrates, donde Noé rajó las tablas para el Arca; de pescado seco en Burna —todos reducibles a los dos olores elementales que poseen lo que el inglés llama *universal appeal:* el olor de la combustión y el de la grasa que se derrite; el de aquello en que el hombre cuece sus alimentos, y el de aquello en que los guisa. Habláis de eso —observa Kipling— y la compañía comienza a roncar, cual los gatos con la valeriana; cada quien recuerda sus experiencias y, como se dice en los libros, "la conversación se hace general".

El oído posee la misma virtud de evocación. Los gritos de la calle contienen en potencia una ciudad, como el S. P. Q. R., o como el pellejo de la res de Cartago.

—*Haricots verts!*

Miro una humanidad opulenta, roja, rubia, los lomos doblados, empujando el carro de verdura por aquellas avenidas de París. Oigo las coplas de los cantadores de mi calle: el del lunes, picante, oportuno, la voz gruesa; el del jueves, escuálido, inservible, con un cuchillito de voz que taladra el tímpano:

—*On dit, on dit...!*

El del sábado, un muchacho de insolente cara, a quien lleva de la mano su madre, y que echa unos alaridos agrios como si escupiera astillas de metal. El órgano del jorobadito que hace llorar, gimiendo en la niebla sus dulzuras. El tirolizante que vibra sus maravillosos ecos en medio de la indiferencia de París, como aquel tamborilero de Provenza que dice Daudet ("Tu-tu, pan-pan!"); y el declamador patriótico de los últimos días, anciano severo, cano, barbado, verdadero Miembro del Instituto, vestido de negro y con dignidad:

Sonnez clairons, sonnez cymbales:
On entrendra siffler les balles!

En tanto que pasea la calle —la izquierda en el corazón y la diestra en alto—, le abollan la chistera unas monedas de cobre arrojadas desde los balcones por invisibles manos.

En otro tiempo, por las calles de mi país, seguí atentamente las modificaciones de cierta tonada popular, al pasar de una esquina a otra. En mi casita del Fresno era rotunda, ondulante; en mi casita del Cedro, caricaturesca y angulosa; más allá, se opaca, se funde con otra, muere al fin.

Monterrey, toda mi ciudad de sol y urracas negras, de espléndidas y tintas montañas y de casas bajas e iguales, toda vive en aquellos gritos de sueño y mal humor, vaporizados en el fuego de las doce:

—¡Chaaaramusqueroooo!...

Y aquel encantador disparate:

—¡Nogada de nueeeez!...

San Luis Potosí es un toque de cuerno: cuando visité esta ciudad, los conductores de tranvías usaban unos cuernecillos del tamaño del puño. Oigo el cuerno y, en una curva de rieles, veo un tranvía que aparece y desaparece... San Luis, ciudad fría: la niebla sobre la alameda, confundida con las humaredas de la estación, en que los pájaros se ahogan.

El último día de Veracruz me persiguió por toda la ciudad el grito de un frutero. Allí resuena la voz como dentro de una gran campana; la tierra es de cobre bajo el sol... Tráfago del puerto.

Madrid está llena de canciones: por cada una de mis ventanas miro otras quince o veinte, y en todas hay una mujer en faena, y de todas sale una canción. La zarzuela de moda impone coplas, estropeando a un tiempo la espontaneidad y la tradición. Todo este año me ha rascado las orejas *El amigo Melquiades*.

XII. LAS RONCAS

Blusas rojas, pañuelos verdes al cuello; la falda, como quiera.

Esas hembras de voz tan ronca, de fáciles cóleras, son todas hembras, todas conscientes de la maldición. Andan con un ritmo animal, pisan el suelo de verdad, usan unas alpargatas planas. De allí que la cadera, siempre en juego, sepa quebrarse graciosamente; pero casi siempre se desarrolla en exceso con los años, y esas mocitas terribles de quince se pierden al crecer.

Mujeres trompos, mujeres ánforas. Siempre van a la fuente: qué sé yo si quiebran el cántaro. El botijo les es natural, como el espejo o la manzana a la diosa. Lo han criado en sus curvas, lo han brotado de sus cinturas; lo abrazan al pecho y se balancean, mirando fosco, como si abrazaran a un amante. Cuando van a llenarlo a la fuente, todo el mundo puede pedírselo y echar un trago al aire. Entonces hacen corro para comadrear, hablan de tarabilla, carcomiendo todas las palabras, a pie quebrado, transformando las consonantes para tropezar menos en ellas, con instinto y con natural majeza.

Y hablan ronco, ronco, echando del busto una voz tan brava que nos desconcierta y nos turba. Y aguantan, si las miramos, y hasta gritan algo: acuden al reclamo siempre. Y contestan el requiebro, prestas, en una lengua hueca y convencional que las defiende mejor que los pudores.

¿Qué quieren? Quieren que nos maten. ¿No es eso amor? Quisieran devorar al macho, apropiárselo íntegro, como la hembra del alacrán. Cercenarle la cabeza, como la araña, al tiempo de estarlo embriagando: mascullarlo, desgarrarlo, echarlo a la calle a puntapiés, tembloroso todavía de caricias.

XIII. CANCIÓN DE AMANECER

ME DESPIERTA el luminazo de la ventana: un cielo resueltamente azul: un ángulo de muro encalado que se tuesta en oro. Es tan temprano, que el cuerpo se resiste aún y, durante algún tiempo, el sueño entra y sale por los ojos, antes de abandonarnos. Suben los rumores por el vano: cloquear de gallinas, mugir de vacas, patético ensayo de una mula que no puede hallar término medio entre el relincho y el rebuzno; rechinidos de campo, voces roncas de mujeres y sonoros bajos de voz viril.

Oigo entonces lo que sólo entonces he oído: caricias de una madre a un pequeño. Por esas calles del pueblo no es fácil sorprender ternuras: vense mujeres con hijos colgándoles por la cintura y los brazos; pero maldicientes, rabiosas:

—¡Hay que ver! ¡Hay que ver la guerra que dan los críos!

Y mojicón por aquí, cachete por allá, infierno de chillidos y cólera. La mujer del pueblo vive aquí de la cólera. Ellos son más mansos en el trato. Ellas, broncas, iracundas siempre. Y hasta para acariciar al hijo ¡tanta aspereza! ¿Sabéis lo que se oye por esos arrabales?

—¡Te voy a pegar en el culo!

Ésta es la caricia que muchas mujeres del pueblo dedican a sus hijos. En el trato con los niños, se oye sin cesar esta palabreja, que parece consagrada al mundo infantil.

Mi vecina, en cambio, es toda de miel al amanecer. La hora sin trabajo, la hora de su corazón. Oigo los besos, y oigo unas palabras tan dulces que me hacen pensar en mi tierra:

—¡Mi rey, mi ángel! ¡Mi rey, mi ángel!

Y al fin —cuando ya no cabe en el pecho la ternura— brota una canción. No es bella su voz; pero es de animal exacto; funciona bien, y produce con precisión todas sus notas, con una claridad de tímpano. Es la más hermosa

canción de España. Me llegan algunas frases destacadas: un lenguaje claro, giros bien casados, bien cocidos, vieja lengua del pueblo, con unos gerundios que danzan y unos espesos relativos... Si quiero recordar la tonada, zumba vagamente a mis oídos, y al fin se escapa.

Canta, canta la clara voz. El sueño entra y sale. Abro los ojos. Cierro los ojos. Bailan unas moscas en la luz.

XIV. LA PRUEBA PLATÓNICA

AMARÁS un objeto bello, una flor, un crepúsculo, una mujer o una canción, y el amor general de todos los objetos particulares hará que los ames sin desearlos, con perfecto desinterés: la flor se está bien en su tallo; el crepúsculo, en su tarde de otoño; la mujer, en su sabroso misterio; la canción, en la vaguedad del aire. Y entonces irás descubriendo que amas en las cosas algo superior a las cosas: la belleza en sí. ¡Dichoso, bienaventurado mil veces quien pudiera contemplarla directa, pura y desnuda! Amarás entonces una idea: la Idea. Los sentidos te habrán sido tránsito para llegar a lo que sólo se gusta con el alma.

Así predicaba a Sócrates una mujer de Mantinea, cuyas doctrinas recoge Platón piadosamente. Y como el pasar de las esperanzas abstractas a las realizaciones concretas no sea más que el paso de la juventud a la madurez, este retorno al cielo abstracto (un cielo ya no de esperanzas, sino de recuerdos) es como un retorno a la juventud, un retorno eterno a la virginidad. No ya la virginidad frágil, palpitante, de los primeros días, anhelosa de desgarrarse. Sino una virginidad firme y dura, como el cristal, transformación definitiva de todas las fuerzas sensuales en espíritu.

Por eso el recuerdo de la adolescencia puede caer cerca del recuerdo del romanticismo, al menos en aquellos de sus aspectos que evoca el canto *A Teresa:*

> ¡Una mujer! En el templado rayo
> de la mágica luna se colora...
> Mujer que nada dice a los sentidos...
> Es el amor que al mismo amor adora...

Calle de Alcalá o de Toledo. Mujeres rudas o finas. Todas hermosas. Una tras otra, con una frecuencia desesperante. Ritmo inagotable, melodía de ojos y cabelleras, marcha infinita de los pies. Un mareo, una fuga general de deseos, hasta que no os quedáis fríos y perfectos, como el

mismo cristal. No conozco mejor prueba de la escala platónica que el ver desfilar por Madrid las mujeres bellas. Cada una pone una nota propia al concierto:

Cada una tiene su aroma,
una es cisne, la otra es paloma.

¡Oh Lope, terco enamorado! ¿No ves ese tropel de mujeres? Bien dijiste tú que con las plantas pisan los deseos: añicos los están haciendo, conforme pasan. Pero bien decías también que "es triste caso andar a conocer voluntades nuevas, nuevas sábanas, nuevos alientos y, por decirlo a lo pícaro, nuevos *tómalo, mi vida*". El cansancio nos va ganando: cada una tuerce en un sentido nuevo nuestros apetitos, y al fin os invade una somnolencia, una resignación, un amor general de la belleza de todas, sin deseo concreto que lo perturbe. La última que se acerca os consuela de la que se acaba de alejar. Y por eso Torres Naharro, poeta del siglo XVI, le decía al Amor:

Ya las saetas que envías
no tocan las carnes mías,
unas sobre otras cayendo.

Y un siglo más tarde, Góngora se quejaba:

Tan asaeteado estoy,
que me pueden defender
las que me tiraste ayer
de las que me tiras hoy.
Si ya tu aljaba no soy,
bien a mal tus armas echas,
pues a ti te faltan flechas
y a mí donde quepan más.
Ya no más, ceguezuelo hermano,
ya no más.

Es así también como la sensualidad del Boccaccio, ya fatigada, se redime de la venenosa Venus Terrestre a los encantos de la Venus Urania. Las siete ninfas florentinas deshilan, en torno a la fuente, las madejas de sus historias, y el rudo cazador Ameto se va enamorando de la última que habla, como verdadero hijo de los sentidos.

Al cabo, de los siete amores nace como una celestial resonancia. Las siete ninfas deseadas resultan ser las siete virtudes, y baja entonces por el aire, con las palmas abiertas, Aquella del cuerpo luminoso, coronada de astros, de quien todos nos acordamos, y a la que estamos anhelando volver.

XV. EL CURIOSO PARLANTE

En estos días de preocupaciones internacionales, el Ayuntamiento de Madrid, con amable inspiración, ha levantado un monumento a Mesonero Romanos.

Hoy todos somos cosmopolitas. Estamos en Lovaina, en Reims, en Dunkerque; junto al cañón o en el aeroplano, con los defensores del fuerte, con nuestros hermanos de las trincheras; en todas partes, menos en la ciudad que habitamos, para la que ya no tenemos ojos. Mesonero Romanos sólo tuvo ojos para su ciudad, y es como un genio tutelar de Madrid.

Poseía el instinto del castor: construir ciudades. Durante el día proyectaba nuevas plazas y calles, y fundaba cajas de ahorro. Por la noche, describía las escenas sorprendidas durante el día. Era el hombre municipal. Y no hay que burlarse de la emoción municipal. ¿No es ella la prenda de toda humanidad que ha aprendido a edificar su morada? En cuanto el nómada planta en el suelo su cayado, su hembra deja caer al hijo que llevaba a la espalda, y nace el anhelo municipal. Todos, todos lo hemos padecido: quien nunca haya firmado alguno de esos memoriales en que los vecinos piden el pavimento moderno o el alumbrado eléctrico para su calle, que arroje la primera piedra.

Cierto: hay una casta de hombres para quienes la ciudad en que viven no tiene existencia real, ni la calle donde está su casa, ni aun su casa misma. Han perdido los ojos. Se ocupan constantemente en devolver al caos todos los objetos que la energía espontánea de las retinas había logrado discernir. Son sociólogos: el mundo se les disuelve en leyes generales. Son incapaces de averiguar y de retener los datos que más de cerca les incumben, si no es para hacerlos desaparecer prontamente, reintegrándolos en el cuadro del universo. Saben que hay causas, productos y seres sociales; pero nunca saben lo que sabía Mesonero Romanos: que su barbero se llama Pedro Correa y es natural de Parla, tiene veintidós años, y su padre era sacristán del pueblo. No son curiosos. Posible

es que lleguen a escribir buenos libros, pero su trato personal será siempre cosa abominable.

El "Curioso Parlante", en cambio, todo lo ve y todo lo cuenta, vagando por esas calles —cualidad genuina—. Andar callejeando como los perros y detenerse a hablar por las calles como los propios 'Cipión' y 'Berganza' ¿no es de españoles? Españolería andante le ha llamado a eso un cronista, al observar cómo Canalejas ("a quien acabó de matar un desdichado") murió perpetuando la tradición castiza de callejear llanamente, sin otro fin que el de tomar sol. Y en España se escribió aquel entremés de *Los mirones*, donde unos estudiantes se asocian con el desinteresado objeto de sorprender y referir sucesos callejeros.

En Madrid todo sitio público tiende a convertirse en Casino y Tertulia, en centro de curiosos parlantes. A veces, estos casinos no tienen más que un socio: en los bancos de los paseos, por ejemplo. Mas no importa, porque la tertulia va implícita en el curioso parlante, que la trae a cuestas por dondequiera, a modo de nuevo misterio teologal.

El extravagante autor de *El doctor Lañuela,* aquel Ros de Olano, amigo de Espronceda (uno de los muchos "raros" de la literatura española), cuando llegó a cazador jubilado, porque, de viejo, lo jubilaron sus piernas "sin sujeción a tal o cual artículo de la ley de caza", acostumbraba reunirse con otros viejos cazadores en la armería de su amigo Arenas, para hablar de sus buenos tiempos. He aquí un ejemplo de tertulia entre varios.

Pero otras veces —nos cuenta en sus *Episodios militares* —"llego desde mi casa a los jardinillos de Recoletos, me siento a la espera: cato que pasan gentes y, llevado por el hábito de apuntar con la escopeta a todo animal silvestre, cierro el ojo izquierdo, atisbo con el derecho, y veo cómo me pasan por la mira piezas de caza urbana. . . la codorniz junto a la chocha, la perdiz con el sacre, el pollo de alcarabán con las torcaces, y hasta la garduña, al rastro de la liebre y del conejo". Y he aquí un ejemplo de tertulia de un hombre solo. Porque este curioso parlante no está solo en verdad; y, desde el banco de Recoletos, sigue sumergido en plena charla de casa Arenas, ponderando el equilibrio de un arma, el olfato

de un perdiguero, y estos y los otros hechos hazañosos de su cinegética juventud.

El "Curioso Parlante" resulta, pues, representativo de su ciudad en toda la fuerza de la palabra. Hay que ir a él para conocer a Madrid.

En un museo que nadie visita —el Museo de Artillería— existe un plano-relieve de Madrid en la primera mitad del siglo XIX. El trazo de la Villa y Corte no ha cambiado, por más que la alarguen aquí y allá los barrios nuevos. Aún es posible dar con el Madrid de Mesonero Romanos. Está, salvo la demolición de algunas iglesias y cuarteles, intacto y como emparedado vivo dentro de la nueva ciudad: lo ampara un buen genio; perdura, como los libros en que Mesonero lo describe.

XVI. VALLE-INCLÁN, TEÓLOGO

Súbitamente. Don Ramón María del Valle-Inclán ha pronunciado, en el Ateneo, una conferencia teológica sobre el "quietismo estético". Súbitamente: ¿qué conexión puede tener el asunto con la hora actual, como no sea una conexión negativa y paradójica? ¿Acaso la reciente exposición de pintores le hizo volver sobre las contiendas del dinamismo y del quietismo? Él, por lo menos, no lo confiesa. Habla como si viniera de otro mundo: ¡como si no supiera lo que nos está sucediendo! Es decir —insisto—, súbitamente. Habla para negar el movimiento, ¡y todo, ante sus ojos, está moviéndose, pintándose y borrándose, como los juegos de niños en la arena que decía Heráclito! Acaso ese mismo estrépito lo ensordece; acaso el movimiento absoluto que nos embriaga ha acabado por asentarse en su ánimo con una impresión de constancia, de quietismo.

Una conferencia teológica. ¿Qué nos importa, en efecto, el pretexto estético a que el conferenciante se acoge? Estético tiene que ser siempre su procedimiento, literarias sus alusiones, artísticos sus recuerdos, porque todos hablamos el lenguaje de nuestro oficio. ¿Qué nos importan sus fugaces definiciones del clasicismo, ni qué sentido pueden tener? No es eso lo importante. Tampoco lo es la falsa combinación que ensaya entre dos o tres teorías modernas, y ya viejas, y dos o tres teorías antiguas y eternas. En rigor, lo que nos seduce es el "teologismo" nativo de su discurso. En esta nación de teólogos armados, el Manco de Madrid cumple un sacerdocio renovando el prestigio de las argumentaciones sobre el Paracleto. Y, por geometría, por matemática, con constante referencia al punto, la línea, el círculo y la esfera, emprende —*coram populo,* ante un auditorio de Ateneo— la exposición del misterio del Espíritu Santo, la homilía de la Trinidad y la definición de los Pecados Mortales.

En el Ateneo. La sala está llena y hay más mujeres que hombres, como sucede ya siempre en este mundo. (¿Por qué, amigos míos, por qué?)

Don Ramón es una figura rudimental, de fácil contorno: el mirarlo incita a dibujarlo: con dos circulitos y unas cuantas rayas verticales queda hecha su cara (quevedos y barbas); y con cuatro rectas y una curva, su mano derecha (índice, cordial, anular, meñique y pulgar). Cara y mano: lo demás no existe, o es sólo un ligero sustentáculo para esa cara y esa mano. De hecho, nada más necesita el maestro definidor: la cara es el dogma, y la mano es el comentario.

Habla bien, conoce la nigromancia española. Es galante: ofrece la teología en bombonera. Pero no sólo hace de abate florido, no: una vez traspuesto el preámbulo, sus ojos comienzan a centellear, su voz se torna cálida, y su mano de cera, más elocuente aún que sus palabras, dibuja y discorre continuamente una curva rítmica, isócrona, trascendental. La mano va y viene. Por momentos, el índice parece alargarse para apoyar un corolario que se quiere escapar. Otras veces, se despliega aquella larga aleta de pez y azota el aire, o bien se ostenta como un plano de proyección para las ideas. Lanzadera metafísica, la mano va y viene. La cara es fecunda como una cifra, y la mano desenmadeja las infinitas connotaciones de la cara.

Afronta el absoluto sin caer en el ridículo. Cuando habla de la muerte, lo hace con conocimiento personal, asumiendo la responsabilidad de haber estado muerto algún día. Aconseja olvidar, después de aprender y conocer, para no conservar más que el olor del conocimiento. Hagamos —decía el quietista Miguel de Molinos en el siglo xvii— como la nave que, llegada a puerto, olvida el oficio de la vela y del remo. Busca nuestro teólogo una ilustración a la doctrina: se acuerda de Velázquez. Lo imagina trabajando en su galería de Palacio, a toda hora de la mañana y de la tarde. No pinta la luz accidental, la que pasa, la que no existe; no pinta el acaso dinámico del momento, y ni repara en "el flemón que le salió aquel día al buen señor". Pinta lo estable, pinta la luz general, pinta el día, pinta el tiempo. Y, para llegar a esta comprensión de lo estático y

lo perenne —así como el místico árabe, tratando del éxtasis, aconsejaba entregarse al movimiento giratorio—, él aconseja mirar las cosas en el recuerdo, evocándolas con razón quieta de amor.

Afronta la definición de los enemigos del alma: el mundo perece con los ojos que lo contemplan, es una creación de la luz. La carne perece con la carne. ¡Pero el Demonio! El orgullo, el amor y el aborrecimiento, los pecados anteriores al hombre, anteriores a Adán, son los únicos que nos eternizan. (Por el auditorio ha corrido un temblor. No se oyen aplausos, sino resuellos agitados.)

Afronta la definición de la obra creadora. Compara al hombre con el animal porque, como éste, produce imágenes que se le parecen; pero lo compara también con el ángel porque, como éste, produce acciones. Y aquí, al hablar del sexo de los ángeles y establecer que toda obra de arte es un andrógino, nos ha recordado a Anatole France cuando glosa a los filósofos griegos y a los Padres de la Iglesia; pero también nos recuerda (él no se asombrará de oírlo) al Padre Feijóo.

Afronta la definición de la magia. ¿La magia? El conferenciante vacila... lleva la mano a la frente, como si se acomodara la tapa de la cabeza (un nuevo escalofrío ha corrido por el auditorio) y dice con voz sofocada:

—¡Voy a ver zi puedo ezplicarme!

La magia es, en uno de sus aspectos, aceleramiento de la vida, nueva carga dinámica en el dinamismo de la vida: Don Illán el Mágico ha visto desfilar la historia en un segundo, y en el reflejo de unas redomas hemos leído todos nuestros años por venir.

Valle-Inclán el Mágico nos ha hecho vivir varios siglos de vida intensa en media hora:

> Tengo la sensación de que siento y que vivo
> a su lado, una vida más intensa y más dura.

Después de la conferencia, a la vez que una emoción de linda y preciosa finura, nos llevamos el sabor de algo áspero, bronco y hasta salvaje. ¿Qué ha sido ello? Lo diré: ¡la manga vacía!

La manga vacía. Como esos despertadores que vibran y brincan al disparo de una potente maquinaria, aquel frágil ropaje humano ha vibrado y ha brincado también sacudido por una idea más grande que él. Entonces, al abrirse la mano derecha como un ala, al desarrollarse el brazo derecho como un remo en una tempestad, el muñón izquierdo se ha erguido, tremolando al aire —con una elegancia ya sangrienta— una manga vacía.

XVII. GINER DE LOS RÍOS

Se le recuerda como un viejecito pequeño junto a una estufa: como un viejecito siempre joven. Un alma fina de rondeño, una aristocracia nativa disfrazada con un traje vulgar. Es tan suyo, les pertenece tanto o es tanto lo que ellos le deben, que resulto intruso al evocarlo.

Era un krausista derivado de Sanz del Río, un profesor de Filosofía del Derecho, un escritor, un liberal. Pero nada de eso es importante: era un hombre de temple apostólico. ¿Su fuerza? La sonrisa. Desconfiad —hallo en el libro de mis proverbios— de la puntualidad de aquellos que adelantan el reloj, y desconfiad de la energía de los que se encolerizan. En efecto, la amabilidad es la mayor fuerza y la mayor disciplina.

Era hacendoso: aseaba él mismo su cuarto. Era un religioso; más bien un místico, pero a la manera española: cargado de ideales prácticos y positivos. La buena tradición española quiere que la práctica y la mística broten juntas, como en la actual filosofía pragmatista. Santa Teresa fundaba monasterios y los sabía regentar. ¿Qué dice a sus hijas de devoción? Oídla: "Entre los pucheros anda el Señor." ¿Qué entendía ella por acercarse a Dios? Algo como realizar una empresa, como llevar a buen término una campaña, como ganar una partida de ajedrez. "Daremos mate a ese Rey Divino", grita en un momento de entusiasmo. Y San Ignacio de Loyola es un personaje militar: es el militar. No es nuevo esto de que la tarea guerrera se avenga con la mística. James ha dedicado una hermosa página a definir el misticismo militar: el soldado no tiene, no debe tener bienes terrenos; vive con el pie en el estribo y parte al menor llamado, sin mirar los riesgos, "como una flecha del anhelo". Porque el misticismo es condición de la vida activa.

En otro siglo, a este viejecito ágil le hubieran llamado San Francisco Giner. Y él mismo comprendía lo místico de su misión. Dicen que él ejercía el sacramento de la pa-

labra, y que su función social era hablar. Hablaba —o mejor conversaba— de la mañana a la noche; y en los pocos ratos perdidos, quizá para aprovechar las ideas que el cansancio engendra de rechazo, escribía sus libros. (Pero los libros no debieran ser más que memoranda de la acción.) Hablaba para consolar a los afligidos: así, como suena y sin literatura. He oído a más de uno decir, cuando corrió por Madrid la nueva de su muerte:

—¿Y a quién llevaremos ahora nuestras dudas íntimas?

Y muchos son los que aseguran deberle todo lo que han llegado a ser.

Ministraba la confesión laica. Era bueno por profesión. ¿Sonreís? No creéis en la profesión de ser bueno? Pensáis todavía que el hábito no hace al monje? Rezagados andáis. Mas, tranquilizaos, era también bueno por espontaneidad generosa.

Ni siquiera le faltó sublevarse, como a buen santo español. Después de ganar una cátedra en la Universidad, renuncia a ella para unirse a los perseguidos. En el éxito no se adiestran los hombres; hay que probar antes el fracaso. Y así, de uno en otro ejercicio espiritual, prueba éxitos y fracasos, acatando plenamente el sabor de la vida. Desde el sesenta y ocho, con la revolución triunfante, influye en la enseñanza pública. Era su destino, era jardinero de almas. En setenta y cinco, con la restauración monárquica, vuelve a unirse a los perseguidos, y salva —huyendo como Noé en su Arca— la cultura romántica. El ministro que lo perseguía tiene un nombre medieval y eclesiástico: Orovio. Orovio hace encarcelar en un castillo de Cádiz a Francisco Giner, presa de la fiebre. Francisco Giner rechaza el auxilio que le ofrece Inglaterra, porque "el gobierno español sabe lo que hace". Orovio flaquea: el santo es excarcelado, pero se le destituye de su cátedra. Vuelve el santo a Madrid: funda la Institución Libre de Enseñanza.

Y he aquí como tampoco le faltó fundar una orden. No sé bien si es una orden monástica, pero me parece que es una orden de caballería; aunque tal vez ambas cosas paran en una. Y de aquí proceden los nuevos caballeros de España. Los hombres del noventa y ocho —pléyade improvi-

sada y callejera, hija de su propia desesperación— acaban por coincidir más o menos con él, que representa lo orgánico, lo institucional. La inmensa devoción del santo produce frutos por mil partes. "Influyó siempre —leo en un periódico— de una manera interna, pura e ideal en muchos movimientos y en muchas instituciones que nadie creería relacionadas con él." Las instituciones que de él proceden directamente forman sin disputa el grupo avanzado de la cultura española.

Este hombre se ha multiplicado como una divinidad indostánica, para asilarse en el corazón de todos sus adeptos. Y desde allí funda y reforma. Porque —hay que subrayarlo—, como buen místico español, era descontentadizo. (En el fondo de la mística, ¿no es verdad que alienta la herejía? Las prudentes madres superioras prohiben, por eso, a las pupilas, que cultiven el éxtasis.) Después del Concilio Vaticano, Francisco Giner se aparta de la Iglesia Católica.

Si Francisco Giner no está precisamente en el origen de todas las orientaciones actuales, es indiscutible que todos los hilos han pasado por sus manos. Su influencia personal es tan honda que abunda quien le deba hasta algunos de sus ademanes más habituales, y aquella manera de exclamar: "¡Por Dios, por Dios!" En las dos o tres conquistas de la gente nueva, él ha intervenido. Es a saber: en la política, sustitución de la listeza por la honradez; en la ciencia, sustitución de la fantasía por la exactitud; en el trato humano, abolición de lo público teatral. (Los hombres se salvarán por la intimidad, por el trato de hombre a hombre.) En la instalación de la vida, sustitución del color local por la adecuación y por la higiene. ¡Cuánto hemos pensado —visitando los pabellones, los jardines, la biblioteca de la Residencia de Estudiantes— en el quevedesco pupilaje del Dómine Cabra que, aunque segoviano, podemos imaginar situado hacia la calle de Jácome Trezo, donde en fuerza de ayunar, al Buscón y a su señor don Diego se les poblaba el estómago de alimañas!

EN EL VENTANILLO DE TOLEDO

I. FORMA Y SONIDO

El Ventanillo se abre, sobre un remolino de tejados, frente a los montes de Toledo. Al fondo, la Ermita de la Virgen del Valle, de rosa pálido entre las sombras azules de las rocas, el verde nuevo de la primavera y el pasto desteñido al sol. La Ermita deja caer una vereda en zigzag. La curva del Tajo se adivina —allá donde la cascada de casucas se hunde hasta confluir con los pies del monte y sobresalen unos árboles altos. A veces, desde la Ermita escapa un repiqueteo loco, que viene como a desflecarse en las rejas del Ventanillo.

Una arquitectura de baraja sirve al Ventanillo de pedestal: los tejados se encaraman unos sobre otros como barcos apiñados por la resaca, dejando apenas escurrir, por las hendeduras, tortuosos hilillos de calles. Los montes, al frente, llenan el horizonte hasta medio cielo, y acogen y multiplican los ruidos de la ciudad.

La ciudad se pone ceniza a medio día. "Dan ganas —dice Eugenio d'Ors—, dan ganas de bañarla toda en purpurina." [1] La ciudad se pone ceniza a mediodía, salvo los reposos verdes de algún patio sembrado, tal jardín de azotea, tal sombra de yerba libertina crecida entre los tejados de barro, y dos o tres árboles lanceados que ahogan, entre el follaje esmeralda, corimbos rojos. A la izquierda y a la derecha, altos edificios monásticos y vetustas iglesias arquean el lomo, y alzan los brazos intentando en vano levantar la tela caída —irremediablemente caída hasta mojarse las puntas en el agua— de la ciudad. Duermen las veletas. Por los techos ambulan gatos, huéspedes naturales de la noche toledana, perdidos ahora bajo el fuego del mediodía. Y todo aquel universo de formas, colores, sones, ráfagas, apunta, como a una boca de concentración, al Ventanillo: centro del mundo, aéreo camarote de tres pasos por cuatro, que se encarama, travieso, sobre la onda cristalizada y poliédrica de tejados.

[1] Ver la rectificación de Ors en las "Notas bibliográficas".

La piedra se tuesta bajo el sol. Hierven los rumores. Acaso, de lejos, zumba el río sus endecasílabos clásicos. Dominan los cantos de las golondrinas y las voces de los niños. Se oyen, a ratos, los pregones; y el cuerno del carbonero suena por entre las calles, torciéndose al capricho de éstas como para untarse en las paredes. El órgano llega en jirones —suave humo tornasolado. Los gallos, atentos al tiempo, centinelas del meteoro, maestros de las horas, descargan clarinadas largas. El rebuzno pánico del asno bombea y electriza el aire. Tejen su danza las campanas, y su minueto señorial se prolonga en ondas que el monte multiplica y borra en alas. Y todo ruido que sobresale, o se parte en dos con el eco, o fulgura en un vago halo de resonancias que pronto lo vuelven atmósfera.

En el orbe cristalino y vibrátil voltea el alma, henchida de olvido. Y, de pronto, estalla como cohete, da en el campanile de la Ermita y estremece frenéticamente la campana.

II. LAS DOS GOLONDRINAS

BENEDICTINE y Poussecafé —las dos golondrinas del Ventanillo— están, desde el amanecer, con casaca negra y peto blanco. A veces, se lanzan —diminutas anclas del aire— y reproducen sobre el cielo, con la punta del ala, el contorno quebrado, la cara angulosa de la ciudad.

Benedictine vuelve la primera, y se pone a llamar a su enamorado. Dispara una ruedecita de música que lleva en el buche. La ruedecita gira vertiginosamente, y acaba soltando unas chispas —como las del afilador— que le queman toda la garganta. Por eso abre el pico y tiembla toda, víctima de su propia canción, buen poeta al cabo.

Al fin, vuelve Poussecafé a su lado. Salta como un clown en el alambre, salta, salta. Salta sobre Benedictine; vuelve al aire. Y Benedictine sacude las plumas, y dispara otra vez la ruedecita musical que tiene en el buche.

Toledo, 1917.

III. EL RECUERDO DEL VENTANILLO

AL VENTANILLO se llegaba por una callecita estrecha y en declive. Tan en declive y accidentada, que habría que bajarla rodando, si no fuera por su estrechez misma. Porque podía uno apoyarse con las manos en las dos paredes a un tiempo. En el fondo, donde hacía recodo la calle, se veía la puerta nº 13, nuestra puerta. La callecita era oscura, pero la casita luminosa, porque se asomaba como un mirador a la vertiente del Tajo. De modo que, al abrir la puerta, al revés de lo que siempre sucede, la luz del día brotaba del interior y alumbraba la calle. El Ventanillo era nuestro refugio para pequeñas vacaciones de dos o tres días. Lo he aludido en el *Reloj de sol* ("La Cucaña"), contando cómo conocí a Eugenio d'Ors.* Entre Américo Castro, Antonio Solalinde, José Moreno Villa y yo instalamos el Ventanillo. El más fiel de todos ha sido Castro. En mi tiempo, apenas había las cosas indispensables, y uno que otro objeto de lujo, como una inmensa tinaja de barro en cuyo vientre escribimos:

Tinaja de Chindasvinto,
la del muy turgente flanco:
otros prefieren el blanco,
pero yo prefiero el tinto.

Alusión, seguramente, al buen vinillo de Buena Vista —cultivo de la tierra— con que solíamos rociar las no menos buenas perdices estofadas que comíamos en la Venta de Aires. La Venta de Aires (que los incautos llaman Venta del Aire, sin reparar en que su nombre le viene del nombre del ventero, el claro varón Dionisio Aires) se encuentra al otro lado, en la Vega, no lejos del Cristo célebre por la leyenda que aprovechó Zorrilla (sin duda la imagen de un "descendimiento", que ya tiene descolgado un brazo de la cruz), y no lejos de un cementerio completamente becque-

* Ver tomo V de las *Obras Completas.*

riano, donde rezan unos cipreses probos y oscuros que dan abrigo a nidos de pájaros, en su complacencia de gigantes. Pero volvamos al Ventanillo y tengamos por cierto que no vamos a dar esta vez el largo rodeo por la calle del Hombre de Palo —recuerdo del ingenioso Juanelo, el del artificio que subía hasta Toledo el agua del río: vestigio de las artes mágicas que, en otro siglo, ilustraron a la Imperial Aldea. No: ese camino está bueno para una primera vez, para el que no sabe. Nosotros, los habituados, sabemos que lo más corto es cruzar la Catedral, de la Puerta del Reloj a la Puerta de los Leones, y que así salimos directamente sobre el callejón del Vicario, donde está el Ventanillo. La Catedral viene a ser la antesala del Ventanillo: sencillamente. Y si el vinillo de Buena Vista se ha trepado a la cabeza, no importa: ya sabemos que el piadoso callejón del Vicario nos ofrece, al alcance de la mano, sus dos paredes. Tal vez nos espere allí el gran toledano ante el Eterno, Ángel Vegue y Goldoni. Tal vez Américo Castro habrá dado caza a dos o tres modismos o pronunciaciones hasta hoy tenidos por andaluces, y que van resultando, puesto que se cosechan en el propio campo de Toledo, más bien popularismos o modos de hablar de toda una clase española: esto ilustra y corrige un poco lo de los "andalucismos" de América, rectificación a la que mucho han contribuído los trabajos de Pedro Henríquez Ureña.

Años más tarde, el Ventanillo fue recibiendo otros huéspedes, y los primeros nos dispersamos. Sé que fue creciendo en gloria y en lujo. Sé que Bagaría decoró las salas con la leyenda y hazañas de San Baltasar, bajo cuya advocación se abrió el Ventanillo. Este culto de San Baltasar tiene otra explicación pintoresca. La misma noche del año nuevo que he recordado en el *Reloj de sol** se me ocurrió, para divertir a los compañeros de excursión —todos filólogos y humanistas—, desenterrar una vieja y chistosísima oración que encontré citada hace muchos años en el libro de nuestro Vicente Riva Palacio, *Los ceros, por Cero,* y me puse a recitarla en medio de la oscuridad, ahuyentando con voz cavernosa el sueño de los que empezaban ya a adormilarse:

* *Obras Completas,* tomo V.

Era tanta la pujanza
del Señor San Baltasar,
que una vez llegó a ensartar
ciento cincuenta en su lanza.
¡Oh lanza, divina lanza,
lanza, lancita, lanzón:
échanos tu bendición
y la bienaventuranza,
amén!

A partir de ese día, Américo Castro se apoderó de San Baltasar, no quiso ya nunca abandonarlo, y lo estableció como patrono en la cofradía del Ventanillo, que hoy no puedo recordar sin saudades.

*Río de Janeiro, 1930.**

* Publicado primeramente en *Verbum*, Buenos Aires, 1932. Hay tirada aparte en 7 págs.

HORAS DE BURGOS

I. EL SECRETO DEL CARACOL

EL CAMPO que danza en redor de la locomotora es un juguetillo de colores, un ajedrez irregular, verde, oro-rubio y ororojo; lejanías y profundidades violáceas, tierra toda ruborizada. El campo se hincha de pezones. Sobre los conos del suelo estallan, aquí y allá, unas estrellas de árboles altos que lanzan sus rayos a lo largo de los caminos. Las antenas de la Catedral van electrizadas al zenit. El campo, ameno y elegante, entra triunfalmente por la ciudad. Y hay un secreteo entre dura piedra y yerba blanda, donde lo monumental adquiere ternuras, se reincorpora en la vida y se cambia edades con ella. El pasado se abre, y el presente se hunde en su seno. De pronto, pierden el sentido las brújulas que hemos traído de la Corte. Fatiga da pensar que esta Burgos es un astro preso en la red de las administraciones civiles y militares, un estribo de un organismo, un círculo inscrito en otro círculo. Animal perfecto, con su alma y su casa a cuestas, Burgos —caracol acampanado ha siglos— deja tras sí la baba brillante del Arlanzón, y empina en un éxtasis los cuernos de sus torres. Cuando la visita el turista —aventurero ya sin amores ni terrores, viajero ya sin roce humano— el caracol se amedrenta, se recoge todo en la Catedral. Y el turista, que sólo ve el caparazón, habla doctamente de la piedra enroscada y de la piedra derecha. Pero, al saberse otra vez secreta y sola, la Catedral deja chorrear hacia afuera una vida flúida, abundante; una exhalación que va más allá de las veletas y ciega, al rodar, los ojos de los puentes: el alma de Burgos. Se la oye retumbar en la noche con profundidad y confianza.

II. METAMORFOSIS

Olvido la historia de la ciudad. Pido el secreto al sentido de la orientación. Los pies, vagabundos, me traen y llevan, y voy descubriendo con los ojos íntimas conexiones: —El mendigo empotrado en el pórtico, que acabó por convertirse en santo de granito a fuerza de lluvias y fríos.— La paloma adormilada en el arco del Sarmental, donde la sal del muro poco a poco digirió su alma ligera, dejándola forma quietísima. —El vertebrado fabuloso que se desecó, dragón de la historia, vuelto escalinata de las calles irregulares. —Una selva primitiva, con primitivos hombres velludos, a la entrada de la capilla del Condestable, hechas pilares las raíces de antaño, y toda la selva alzada en vilo y reducida a miniatura mediante una rara química de la piedra: paraíso de follajes y pájaros visto por el revés del anteojo. —El coro de los Apóstoles, que se quedaron meditando hasta que cristalizaron las llamas de las cabezas, y el brazo en escuadra —la flecha del índice alerta— ya no pudo desarticularse ni abrirse. —El perfecto acorde, rueda exacta de música, primero vibrado en el aire y luego cuajado de arquetipo, en las aspas de querubines que giran sobre el altar mayor de San Nicolás. —El frontal de Silos; llamas azules, llamas azules de todos los colores, y rostros lívidos en do-re-mi-fa-sol-la-si. —El Cristo de la Catedral, al que le han torcido el pescuezo, como a una pobre gallina, y le han puesto unas faldas verticales y duras. Bajo las frías patas de leño, el triste pavo místico incuba, a hielo puro, tres huevos. —Las estatuas yacentes, emperadores fósiles; sueños de hielo gris; sueños de la pareja Gulliver entre profetas, santos y virtudes liliputienses; enormes cortezas humanas arrastradas por las hormigas. (En la Isla de Sacrificios —isla de arenilla con árboles en sombrilla— yo he visto un carapacho de cangrejo vacío, que se iba solo por el suelo sobre las patas militares de todo un hormiguero en acción.)

III. LA LUZ ROJA INTERIOR

¿De dónde ha brotado esta alegría de Burgos? Tanta, que ya no hace falta gritar. Alegría sin chiste en la conversación ni bulla en las plazas. Alegría de contemplación y de luz. Ríe el sol por los arcos del claustro bajo, que desde afuera se columbra hondo y pequeñín como escondite. Los niños saltan por la calle, siguiendo los carros regadores; en el aire frío, duro y lustroso, aprieta el ánimo ver cómo se mojan las piernas. El ritmo de la comba y del corro adquieren variaciones inacabables y, acompañados de tonadas y letras que van dictando las figuras, están todavía cerca de la danza y casi del auto pastoral. Los militares son otros juguetes más: muñecones, Papa-Moscas y Martinillos caídos de los relojes de otras catedrales invisibles. Hay ráfagas de carnaval religioso de la Edad Media. Y si me dejo guiar como las veletas, los aires me llevan —de noche— a la calle alta y penumbrosa donde brilla, por entre rejas, una lucecita devota. Es la Virgen de la Alegría, frágil corazón anichado. La lucecita es rubí perfecto, coágulo luminoso de sangre. Una limosna, viajero; una moneda en el cepillo de la Virgen. Y sientes caer en tu frente, para toda la vida, una primorosa gota de sangre de la alegría de Burgos.

IV. LAS TRES HIPÓSTASIS

OLVIDO la historia de la ciudad y divago por las calles con alegre miedo. Limpia, galanteada por sus fuentes —a las que el municipio regala con trozos y molduras de edificios deshechos—, amplia y perfumada de árboles por donde se notan las tijeras de algún peluquero francés, coquetea un poco la ciudad, a la que no le pesan sus ruinas. Reyes de piedra raída, como en los parques de Madrid, hunden la cabeza en las borlas verdes de los paseos, alternando con florones y bancos. Manchones de verdura perenne, un relámpago constante de agua, y un aire purificado, como si se evaporaran en su frescura los átomos irritantes de la tradición y toda la tos erudita que ellos provocan. En la Cámara de los Reyes de Castilla —adusto y casto nombre de Burgos—, un minuto de galanteo. Burgos: joven y vieja y muerta: enjoyada a veces como cortesana, a veces solemne como reina, fría como asceta, cálida como mujer: la vida de Santa María Egipciaca en un solo rapto del tiempo.

MARÍA PECADORA

(Y fue maravillosa cosa
que de la espina salió la rosa.)

No visteis tal como ésa,
ni reina ni condesa.

Redondas tiene las orejas:
blanca leche de las ovejas.

Ojos negros y sobrecejas;
alba frente hasta las cernejas.

La faz tenía colorada,
tal como la rosa granada.

Boca chica y por mesura,
muy hermosa la catadura.

Su cuello era, y su petrina,
tal como la flor de la espina.

De sus tetillas es bien sana;
tales eran como manzana.

Brazos y cuerpo y todo lo ál,
blancos —blancos como el cristal.

En buena forma fue tallada:
ni era gorda ni muy delgada.

Viste con un primor galano,
lleva una calandria en la mano.

La llaman calandria triguera:
¡no hay ave mejor cantadera!

María asceta

Toda se muda de otra figura,
que no tiene paños ni vestidura.

Perdió las carnes y la color,
antes blancas como la flor.

Y sus cabellos, que eran rubios,
tornáronse blancos y sucios.

Y sus orejas, que eran albas,
Estaban negras y pegadas.

Entenebridos tiene los ojos;
perdidos tiene los mencojos.

La boca tiene empelecida;
en redor, la carne muy denegrida.

La faz muy negra y arrugada,
del viento frío y de la helada.

La barbilla y su griñón
semejan cabo de tizón.

Tan negra era su petrina
como la pez y la resina.

En su pecho no había tetas,
según creo que estaban secas.

Brazos luengos, fríos dedos:
cuando los tiende semejan espetos.

Si las uñas son convenientes,
es que las corta con los dientes.

Cuando una espina la hería,
uno de sus pecados perdía.

Santa María

De María se ve la figura
sin mortaja ni cobertura.

No está cubierta de otro vestido,
sino del cabello que le ha crecido.

Sus crines más albas que mies,
ésas la cubren hasta los pies.

Y queda desnuda un momento
cuando las crines mece el viento.

Debajo, se mira la carne
quemada de sol, seca de hambre.

El rostro yace contra Oriente;
los ojos, flojos hermosamente.

Yace la Santa en tierra dura:
cava un león su sepultura.

(Y fue maravillosa cosa
que de la espina salió la rosa.)

V. JARDINES CAROLINGIOS

ME LLEVA el lazarillo del viento. Del Versalles del Espolón, entro a la Plaza Mayor bajo el arco de Santa María. Y ¿qué descubro? Sí: Madrid nos tiene acostumbrados a buscar el CAROLUS III dondequiera que las piedras se componen con armonía y que la verdura tiembla en el suelo o salta en pirámides al aire. ¿De modo que es Carlos III quien ha creado las avenidas y parques de Burgos? ¿Las ha reformado a su gusto, por lo menos? Por fortuna hemos convenido en olvidar la historia: podemos creer lo que convenga a nuestro sistema de emociones. En medio de la Plaza Mayor, la iniciativa privada devuelve a Carlos III el agradecimiento de Burgos, en una estatua verde como los jardines y los estanques. Hay un revuelo de capa sobre un cuerpo oblicuo; una mano en la cintura, y la otra perdida en el conjunto; y el rostro se resume en un corvo pico de guacamayo, cómico, monárquico y jactancioso. Muy siglo XVIII y muy moderno, inventor del verdor perenne, el maestro del despotismo ilustrado luce el balanceo torero del cuerpo. Caricatura por gran estilo, el Guacamayo III de la Plaza Mayor de Burgos, o está bailando una gavota, u oyendo recitar una oda en esdrújulos (novedad de su tiempo), o pacientando ante la exposición de una ley agria y larga. Aranda, Floridablanca (y aun Jovellanos, que más parece haber sido ministro suyo que no de su triste sucesor) dan a sus cuidados de gobernante un atuendo literario, y le han hecho pensar ya en tantas cosas, y hasta en la autonomía de América. De entre ceja y ceja, frente y boca, sale un bufonesco creciente: eso es la cara. Caricatura —y caricatura sin intento, que es lo mejor— de un arte y de una época. Y es una fortuna ignorar el nombre del artista, e imaginar que el siglo mismo organizó de pronto el torbellino de sus asuntos, para producir este gran motivo amable, grotesco, legislador y poeta, bailarín y jardinero, europeizador de España, ministrero, razonador, insigne —guacamayo en suma.

VI. EL CATOLICISMO PAGANO

En la capilla del Condestable, nos enseñan el retablo de las Once Mil Vírgenes.

—De las Once Mártires Vírgenes, querrá usted decir. Es una mala lectura del texto. La *M* no vale *Mil*, sino que es una abreviatura de *Mártires*. Así el suceso se comprende mejor. Memling, en la célebre arquilla de Santa Úrsula que se custodia en Brujas, pudo reducir a once las once mil vírgenes por necesidades de pintor, y de una manera simbólica; pero el resultado es que acertó con la verdadera lección del texto.

—Yo soy de Burgos —me objetan— y aquí he vivido siempre. Le aseguro que son las Once Mil Vírgenes. ¡Si lo sabré yo, que me traían aquí desde criatura! Por cierto que la austeridad de ahora ha acabado con una graciosa costumbre de antaño. Ya se ve que la Iglesia se pone cada día más seria.

—Verdad es —confieso—. Ya vemos lo que aconteció con el Teatro. Antes, eran los sacerdotes quienes hacían las óperas, dentro del templo mismo; uno se vestía de ángel con unas alas doradas, otro de diablo con unas barbas negras. Pero un día la Iglesia se cansó, y echó a la calle al Teatro a puntapiés. Y la Comedia se salió primero a los atrios, y luego anduvo de plaza en plaza o recogida de caridad en las casas de los señores. Al fin logró alzar casa propia. Y casi otro tanto ha sucedido con el juego de pelota. ¿Se imagina usted a los obispos jugando a la pelota en el atrio, como en otros siglos? Y para mayor fantasía, figurémoslos con mitra y capa pluvial, y hasta con cayado para dar al voleo. Todo cambia, y hoy en todas las iglesias de España hay, por esos pueblos, unos grandes letreros: SE PROHIBE JUGAR A LA PELOTA.

—Algo parecido acontecía en esta iglesia cuando yo era mozo. En ciertas festividades religiosas, aquí mismo, frente a las Once Mil, ponían una reja baja y metían a un

pastor, a un chico, con sus ovejas: esto representaba la ofrenda al Señor. Pero nosotros, los muchachos, no dejábamos en paz al pobre pastor: quién le tiraba de las orejas, quién le pegaba una cola de papel. Él, como gañán, juraba en voz alta, sin respeto a los sacramentos. Y las ovejas no paraban de balar, BEÉ, BEÉ, en plena iglesia. Y más allá, la ofrenda del vino: se depositaba la bota sobre ese bloque de piedra que está junto al sepulcro del Condestable.

— Y qué, ¿bajaban a beber las once mil vírgenes?

—Eso no lo sé yo. Yo era pequeño; no me fijaba en nada.

VII. EL TRATO

La vendedora de hoces nos mira con sorna, nos examina.

—Estos señores —concluye— tienen cara de segadores, sí que me van a comprar hoces.

Y después se disculpa:

—Como una está aquí sola en la calle, no tiene más diversión que hablar con la gente que pasa.

Burgos no es una ciudad museo, de esas que viven del visitante. Burgos es un gran centro agrícola. Los implementos de labranza y de siega se venden por las calles. —Queríamos, a toda costa, comprarle algo. Pero ¿cómo comprar una hoz y guardarla en un maletín de viaje, escarnio a la degollación natural de las camisas? Salvo cuando abraza el haz de espigas como una mano cariñosa, o cuando, enlazada con el martillo, es un grave símbolo civil, una hoz es algo terrible: no hay arma de más ferocidad: se encorva de malas intenciones y tiene la geometría del crimen. De aquí que sean incompatibles el Creciente y la Cruz. Al fin compramos una pizarra de afilar la hoz, y una "zoqueta" de esas que protegen la mano del segador, en traza de zueco diminuto.

Despachábamos, en el estanco, una correspondencia abundante: a Madrid, a San Sebastián, a París, a Costa Rica, a La Habana, a Lima, a México, a Nueva York, a Minneápolis. Mientras escribíamos sobre el mostrador nuestras docenas de tarjetas postales, la estanquera y su madre discutían con dos vecinos a propósito de un tiesto de flores. Uno de los hombres, tipo del pueblo, ponderaba las bellezas de su jardín en unos términos de poesía natural, sangrienta, turbadora, que nos hacían levantar la cabeza de tiempo en tiempo. Y de pronto, aquella mujer:

—Callemos, que estamos interrumpiendo a estos señores.

Y callan todos. ¡Si nos interesaba mucho más oírlos a ustedes! ¡Siga usted hablando de esas rosas como para senos

de mujer nueva! ¡Que aguarden los amigos de Minneápolis, de París, de Lima, de Madrid, de México, de Nueva York, de San Sebastián, de La Habana, de Costa Rica! De veras que esta gente tiene la hospitalidad risueña y gozosa, a flor de labio la cortesía, y la parla en oro!

VIII. EL MAYOR DOLOR DE BURGOS

HACE varios siglos, un hijo de la ciudad, desterrado de la Corte del Rey, venía a Burgos acompañado de sesenta pendones. Hombres y mujeres salían a verlo:

> Burgueses y burguesas a la ventana son,
> llorando de sus ojos a fuerza de dolor.
> Todos, a una, viéndolo, dicen esta razón:
> ¡Oh Dios, qué buen vasallo si hubiese buen señor!

Aquella gente hospitalaria le hubiera abierto al punto sus casas. Así lo esperaba el caballero. Con gran sorpresa suya, hasta la posada pública le han cerrado. En vano daba voces y andaba llamando por la calle. Nadie le abría, ni le respondía siquiera. El caballero aguijó, acercándose todo lo que consentía el caballo, y sacando el pie del estribo dio un golpe en la puerta. Todo inútil. No se sabía qué pensar. Y es que no osaban decirle lo que acontecía: tanto era el dolor de todos, entre la hospitalidad y la obediencia. Al fin se dejó ver una niña de unos nueve años, y la voz más inocente de Burgos gritó así:

—¡Ya, Campeador, el de la valiente espada! Te cansas en vano. Sabe, pues, que anoche ha llegado carta del Rey, armada con su sello e insignias. El Rey nos ha prohibido hospedarte, pena de perder la casa y la hacienda, y además los ojos de la cara. Si te empeñas, ya lo sabes, te empeñas en ver nuestro mal.

El Cid, silencioso, espoleó otra vez el caballo, seguido de los suyos; santiguóse como es debido al pasar frente a Santa María, y luego cruzó el Arlanzón.

IX. LAS MARIPOSAS

Al buscar, a espaldas de la ciudad, lo que queda del solar del Cid, salimos a una alta pradera, donde las niñas juegan la comba al compás de una tonada que ya no recuerdan los chicos de Madrid. Abajo se hundían en torrentera las casas y se alzaba, viva, la Catedral. Las niñas, suspendiendo el juego, se acercan a saludarnos:

—Sigan ustedes su paseo, caballeros; vayan ustedes con Dios.

El señor marqués las interpela gravemente:

—¿Habéis ido hoy? —(Quiere decir: ¿habéis ido hoy al Catecismo?).

Y después les dio unas cuantas monedas para cerezas. Las niñas desaparecieron revoloteando, mientras nosotros bajábamos hacia la ciudad. De pronto nos salieron otra vez al paso. Corrían sobre nosotros y nos cercaban, amontonadas y en racimo como vuelan las mariposas; traían una cesta colmada de cerezas, y nos ofrecían las primicias. El señor marqués no tiene hijos. Su cara, algo morena y chupada, parece más bien fría, más bien dura. Es tan entonado como un embajador de España en los buenos tiempos, y a veces tan llano como un labrador cualquiera. Entre mucho oropel, hay algunos granos de oro legítimo. Yo vi correr una lágrima por las mejillas enflaquecidas del señor marqués, al tiempo que aceptaba algunas cerezas y distribuía otras, con un gesto de sacerdote, entre las manecitas tendidas. Las niñas desaparecieron revoloteando, llevándose a las alturas del aire el cesto colmado de cerezas, como vuelan los ángeles con la corona en las apoteosis de los Reyes.

X. EN EL CAMPANARIO

El chico del campanero es una mezcla de fantasía y realidad, como parece que conviene a su oficio. Ha colgado de columpios las torres, no le basta mecerse en los badajos y voltear con las campanas. Tiene la mirada penetrante del gavilán, porque siempre mira a la humanidad de arriba, como se descubre a la presa.

—Allí está Santa Águeda —explica—, antes Santa Gadea, donde el Cid tomó la jura al Rey, aquella jura que le hizo al Rey tan poca gracia; allá está la Casa Consistorial; de aquel lado queda la Casa del Cordón, una joya; del otro, el Monasterio que vino a fundar Santa Teresa con San Juan de la Cruz...

Hasta aquí habla de memoria, sin fijarse en lo que dice y repitiendo lo que le han enseñado, señalando al azar y mirando para otra parte. Pero de repente ve cosas que sólo él sabe ver:

—¡Vea usted! —grita—. Mire, junto a San Juan, donde va la borrica. ¿Ha visto usted?

Yo no he visto nada, pero no me atrevo a decirlo.

El chico habla de las campanas como si fueran sus hermanas menores, o más bien las "hermanas Maricas" de sus bellaquerías, porque pone en ello un chiste grueso. Nos lleva de una torre a otra. Los reyes de piedra nos contemplan. A una, echan a volar las palomas de las dos torres, pasan sobre la hornacina y se posan en las últimas flechas.

—¡Qué majas! ¡Qué majas!

Y cuando nos parece del todo entregado a un éxtasis contemplativo, el muchacho, con instinto de gato, habla de atrapar a las palomas.

—¿Y después? —pregunto.

—¿Después? ¡A la cazuela!

Sube hasta las torres una ola de vida picaresca, y hasta parece llegar a nosotros un vago tufo de aceite de cocinar.

Un golpe de sol, sobre la distante Cartuja, nos devuel-

ve a la alegría de los ojos. Recobro el sentimiento de que estoy en la Catedral, joya diminuta en el recuerdo porque la concibo bajo especie de amor. La hornacina fulgura plácidamente, gran tuerca de oro sobre la cruz labrada del templo.

XI. LAS CIGÜEÑAS

Las cigüeñas telegráficas, luciendo y bañándose en el sol de la tarde, hacen signos de una torre a otra, de una a otra ciudad. Les contesta desde el lejano Escorial la cigüeña de Théophile Gautier; les contestan las cigüeñas de Ávila, las de Segovia y Santiago, las de Cáceres y Plasencia —todas las cigüeñas que practiqué en España. Ellas forman, por sobre la vida de los pueblos, una diadema de aleteos que suenan más hondo que las campanas. Flechadas en las agujas de las torres o extáticas como figuras de piedra, abren de súbito el ángulo de las alas o calcan, sobre el horizonte de la tarde, su cruz de ceniza. Góngora diría que escriben letras japonesas. Castañetean con el pico, repiquetean los crótalos, sueltan su estridor de carracas. De tanto vivir a la intemperie se han quedado afónicas. Se quieren caer. De tal modo las arrastran las alas, de tal modo les vienen grandes, que aterrizan siempre, bamboleándose, más allá de donde calculan, y todavía dan unos saltitos para matar la inercia del vuelo. A veces se juntan en parejas; se "empuñan" una a otra el pico con el pico; la una dobla el cuello hacia arriba como la interrogación cuando empieza, la otra dobla el cuello hacia abajo como la interrogación cuando acaba; y así, en vasos comunicantes y en suerte de estrangulación, oímos caer como un chorro de piedras, volcado de ánfora a ánfora: —El himno de amor de las cigüeñas rueda como un motor por el aire.

XII. EL CASTILLO

Por las tabernas de San Esteban del Castillo hay mujeres feas para soldados. A medida que trepamos la loma, el alma se limpia. Arriba ya, en el arruinado San Gil, la boca se llena de viento, y de luz los ojos. Los muchachos de San Gil juegan con la burra Simona. Un artesano barbudo pasea, en blusa, con su perra Clarina, y tiene el aplomo y las anchas espaldas del cazador de Goya. Raya el horizonte con sus silbos. Su perra —su bien— enreda en torno al obrero, y le crea un imperio de saltos y ladridos donde reina él, lleno de futuro, ancho de respiración sobre las ruinas. —Al bajar las lomas, al amparo de las ruinas mismas, en unas verdaderas cuevas, gente anónima se guarece. Allí suelen tejer el cáñamo de la provincia, que venden después en toda España. Anda el pedal, zumba la ruedecilla, vibra y va cundiendo el hilo blanco. Allí se esconde, allí vive la madre de Roque Álamo, un panadero que se fue a México, del que no se tienen noticias desde hace muchos años. Esta mujer ha criado a doce y tiene ahora ocho hijos dispersos. Su hombre, de setenta y nueve, es segador. Ella lo espera tejiendo, como Penélope, abuela común de las casadas. Nos convida a ver su interior:

—Pasen ustedes a ver la casa del pobre.

Aquí hay un conejo, allá un cordero. ¡Oh estupor! Es un cordero de égloga: come flores y bebe miel. Pero ¿qué ocurre en esta humilde morada?

—Somos pobres; esto nos ocurre, hijos.

Hay flores amarillas y azules, amapolas encarnadas. La madre de Roque recuerda los buenos tiempos, cuando le gustaban las sayas del color de las flores.

Seguimos bajando la colina, y de pronto nos ataca, en forma de un destacamento de mendigos, una horda de carne seca y de harapos que sale del fondo de la Edad Media, vociferando y alzando los puños no sabemos si para amenazar o pedir. Nos liberta la sacristana de San Esteban,

haciéndonos entrar por una puerta y salir por otra, como en el estrambote obligado de los cuentos de mi niñez. Todavía nos siguen unas cuantas mujeres con la cría a cuestas y los senos desnudos.

En la prisa, me saltan a la conciencia estas líneas que hay a la entrada del cementerio:

Medido está tu tiempo y presuroso vuela:
¡Ay de ti, eternamente, si lo pierdes!

Y se me confunden con la frase de la viejecita que mora en las grietas de la tierra:

—Somos pobres; esto nos ocurre, hijos.

XIII. PAUSA EN SAN JUAN DE LAS GOLONDRINAS

CIELO transparente y apasionado. Plaza de San Juan —dejados atrás un arco y un puente, un hililllo de agua y una procesión de casas grises—; aparecen las golondrinas. Van y vienen, y se balancean como corpúsculos negros en el agua del aire. Va a ser de noche.

XIV. EN EL HOTEL

TOCAN Albéniz al piano. En el cuarto vecino, un padre le repasa a su hijo la lección de física, explicándole por centésima vez lo que es la energía potencial. Abro la ventana: ya es de noche. Se oye ahora el jugueteo de una flauta. El subir y bajar, el corretear pirotécnico de las notas me recuerdan al clown inglés de tantos circos. Es don Luis, huésped antiguo y admirado, que divierte a la servidumbre y a la gente de casa, sentado a la puerta, tocando en la flauta de su bastón, un bastón de sorpresa traído especialmente de Londres. Don Luis es cazador y humorista; recuerda sus aventuras del campo, cuenta la inevitable hazaña cinegética. Habla de las ranas, de los quinclones, que por la noche tejen así sus diálogos sustanciosos:

—¡Juan!

—¿Qué?

—¿Ya cenaste?

—No.

—¿Ni tú?

—Ni yo.

—¿Ni tú?

—Ni yo.

XV. LOS MONASTERIOS

En Miraflores, hechos cartujos, logramos asistir a las vísperas. Tras de los antiguos misales, nos acechan veinte ojos curiosos, y salen los cuartos crecientes de unas caras gordas, rojas, apopléticas. ¡Si se creerán que venimos a rescatar el retablo hecho con el primer oro que se trajo de América! —Los cartujos, en el aire de sus jardinillos bien cultivados, en la limpieza de sus hábitos blancos, en el atletismo constante del madrugar y del asistir —subiendo y bajando escaleras—, a todos los oficios, cobran una salud brusca y ofensiva de arrieros, de mozos de cuerda. Un día se mueren de aburrimiento o de beatitud, y sus despojos van a dar a un rincón del huerto, donde se confunden y cuchichean, ladeadas unas sobre otras, las cruces de palo. Allí, con gustosa malicia, en un comadreo de buenas vecinas, se ven hincharse las coles, las berzas, las esponjadas legumbres del convento. Hay uno —el hermano Bernardo, que en el siglo y cuando era periodista se llamaba "Tarín"— que es el cartujo de la tarjeta postal: flaco, alto, de marfil con barbas de plata, de ojos de acero; el cartujo para abrir la puerta y prevenir favorablemente la primera impresión. Mundano como un repórter, habla del *Menosprecio de Corte,* de Fray Antonio de Guevara, figurándose cándidamente que es un libro místico, y os deja un recuerdo muy siglo XVIII venido a menos. Cuando topamos, de manos a boca, con la estatua de San Bruno, estamos a punto de apartarnos para cederle el paso. Y el Procurador, complacido, nos repite el chiste que suele decir a sus huéspedes:

—Sólo le falta hablar, pero no habla porque es cartujo.

Después, a las Huelgas, claustro de mujeres que rondamos desde afuera, como si nosotros mismos fuéramos malas ideas y tentaciones. Recuerdo que aquí, en los albores del siglo XIX, estuvo Fray Servando Teresa de Mier, regiomontano famoso. Entre las persecuciones de todos, Burgos

supo serle hospitalaria. La abadesa de las Huelgas, señora de horca y cuchillo, era prima suya. Fray Servando pudo ganar crédito entre la engreída nobleza de Burgos, y daba lecciones de literatura. Más tarde, como se ve siempre perseguido en la Corte, toma una mula y vuelve a Burgos, a ver si sus amigos le dan dinero para irse a Francia. El alcalde cae sobre el mesón y lo pone preso. Un religioso le proporciona una cuerda. Fray Servando se descuelga por la ventana y se refugia en el Hospicio de los Comendadores del Rey. Mi tierra natal tiene una gran deuda con Burgos, y en especial con estas vírgenes nobles del Monasterio de las Huelgas. —Pendones arrebatados al moro cuelgan en la bóveda de la capilla. Tras la poderosa reja revestida en cortinajes negros, cantan las once mil vírgenes de Burgos.

XVI. ENVÍO A JOSÉ MARÍA CHACÓN Y CALVO

ALHAJITA es la Catedral, alegremente hermosa. No agobia, sino enamora. Juntos fuimos a verla, y nos la trajimos para siempre —juguete labrado— oculta en la palma de la mano, apretada contra el corazón.

1918.

Los fragmentos sobre María Pecadora, María Asceta y Santa María son una modernización y arreglo sobre algunos pasajes de la *Vida de Santa María Egipcíaca,* poema anónimo de origen francés que, en el siglo XIII, trajo a la poesía española el primer retrato de mujer.

LA SAETA

Nada me gusta más que los libros de pocas páginas.

JUAN PABLO, *Viaje del Rector Florian Faelbel.*

I

Jesú mío, por favó,
te lo pío de rodilla,
que l'eche la bendisión
a lo soldáo de Melilla.

ESTAMOS en Sevilla, frente a la Parroquia de San Román. Es la una de la mañana, y regresa lentamente la procesión del "Cristo de la Bofetá". Corre un airecillo vivaz, que difunde por toda la ciudad el aroma de los azahares. La luna se enmadeja entre nubes, y relumbra, de tiempo en tiempo, sobre las espadañas más altas.

(¡Las espadañas! Sevilla: campamento de espadañas. Recorramos de día la ciudad, con la vista hacia el índice de la Giralda. Descubriremos como una nueva Sevilla graciosamente encaramada en la otra; una Sevilla de campanarios, de espadañas llenas de azulejos de colores, donde las cigüeñas cuelgan sus nidos grises y destacan sus perfiles extáticos. Las grandes casas de Sevilla tienen todas un apeadero junto al ancho zaguán: uno como pasadizo empedrado, adonde llegaban los coches y entraban las caballerías andaluzas gastando la herradura en las guijas. Sitio oscuro y fresco, para saltar de la calesa asoleada y sentir la primera hospitalidad del techo propio. Los señores de Sevilla venían del campo, vivían en el campo, y sólo llegaban a Sevilla como a una estación de vida social. Sevilla toda era, pues, a modo de inmenso apeadero. Y la espadaña, en la alta Sevilla, en la Sevilla de los pisos más altos, venía a ser el recuerdo mismo del campo, la señal distante que evoca, a plena luz del sol y al último oro de la tarde, la vida campestre —desde donde la campana lanza voces al cortijo distante. Sevilla-apeadero. Sevilla-campamento de espadañas.)

II

En la calle e la Amargura
Cristo a su madre encontró:
¡no se pudieron hablá
de sentimiento y doló!

SE AGOLPA la multitud frente a la puerta de roca, que abre su conjugación de arcos negros sobre la fachada encalada, donde se disimula tal ajimez, o aquel borroso encaje de piedra. Hablamos de las antiguas saetas. Un viejo granadino, de cerca de ochenta años, comenta:

—Yo conocí al buen cantaor Cipriano. ¡El Cipriano! No me hable uté de aquel hombre. *¡Qué pena tenía aquel hombre, cantando!*

(He recorrido la ciudad, entre dos y tres de la mañana, en busca de la saeta antigua, clásica, y acompañando al Maestro Falla que andaba como con sed de oírlas. A la salida de la Macarena, la Niña de los Peines nos hizo beber un chorro de voz, en cante flamenco de quiebra y fuga. "Esto no es, no es la saeta —me decía, febril, el Maestro Falla—. En Sevilla han retorcido la saeta por contaminación del flamenco." Y echamos a correr hacia San Lorenzo, para atrapar la salida del Jesús del Gran Poder. Tras él venía Nuestra Señora del Mayor Dolor y Traspaso, como una palomita herida. Pero en esta procesión silenciosa de hombres descalzos no dimos aún con la saeta pura del Maestro Falla. Y Falla me tiraba del brazo, y seguimos rumbo a la Campana. La madrugada era un inmaculado cristal de hielo. Un frío místico nos calaba todos. Bordeamos la calle de las Sierpes, que olía a flores y a cera ardiente; tibia, balsámica, pequeñita, iluminada y cariñosa como un Nacimiento para los niños; e irrumpimos frente a las Casas Consistoriales a tiempo que el Centeno —hijo predilecto de la melodía— entonaba, a pleno temblor de alma, sus inolvidables saetas. Sobre el silencio de la plaza espaciosa, su voz creció como un ala inmensa envuelta de aire.)

III

La corona der Señó
no é de rosa ni clavele,
qu'é de junquito merino
que le traspasa la siene
a ese cordero divino.

LOS NAZARENOS, de blanco, de amarillo, de azul, de negro, con el alto capirote inquisitorial y el tétrico lienzo tendido por la cara, el ropón recogido sobre el brazo y el cirio color de fresa galleando por el costado a guisa de espada bajo la capa, han ido llegando poco a poco, con la cruz de la cofradía y el estandarte gremial, donde aún se ostentan las iniciales de Roma: S. P. Q. R. De lejos, los cucuruchos telegráficos embrujan la noche, van y vienen, se cruzan, se organizan en procesión de lanzas.

(Último vestigio, las cofradías sevillanas, de la gran sabiduría medieval —a la que tenemos que volver— que organizaba la vida en torno a los gremios y a los oficios. Creo estar ante los cuadros del viejo pintor de Bruselas: cofradía de los panaderos, cofradía de los tenderos y —¡oh milagro!— cofradía de los silenciosos. Masónicamente secreto el rostro, los pies desnudos para que sientan la verdad de la tierra. El aprendiz, el oficial, el maestro, cargando cirios. Delante va el Hermano Mayor, con el bastón de plata. Devoción y silencio. Religión y trabajo. Consagración ideal de una vida a un menester, por tradición de herencia y familia. Creación de razas excelentes en un oficio —sumo ideal del arte. Mutuo amparo de los hermanos que, a su vez, se amparan en la fuerza divina: la Virgen aprende a hacer milagros para su pintor y su albañil. Sentido municipal del gremio. Sentimiento de las libertades populares, fuerza de la ciudadanía agremiada. Oh Roma: S. P. Q. R.)

IV

Debajo de palio va
la etrella má relusiente;
sus ojo paresen fuente
llorando su soledá.

Y LA saeta sube, como del unísono corazón de la muchedumbre —leve burbujilla de alma— para reventar en el seno de la Virgen. Y el inmenso monumento avanza, con un ritmo humano que puntea el tambor: gran cofre de cirios, bajo el palio remecido de bordadura y encajes. Tiembla la diadema de la Virgen, centellean sus joyas —las joyas de la cofradía, y las que le prestan las mujeres devotas: las joyas acariciadas todo el año para esta noche exquisita. Centellean sus joyas hasta más abajo de la cintura. Cuelga de sus hombros el largo manto de pavo real, pesado de oro y azul como la noche. Y se escalonan sus manos sobre el pecho, articulados delicadamente los dedos como si tañeran una guitarrita diminuta.

(Frente a las tabernas hay un alto y el monumento suelta un hormiguero de hombres: los forzudos "gallegos" —gallegos de Sevilla— salen de las faldas del "paso" implorando la limosna del vino. Beben, y vuelta a andar.)

(El vino —áspero amigo del pueblo y médico de su alma tan herida— es, por Semana Santa, propia transfiguración de la Preciosa Sangre, que nadie niega al pobre ni al triste. Cuando al día siguiente, por la mañana, después de esta noche de trasiego, vuelva la Macarena a San Gil apurando por la cara sensible las perlas de las lágrimas, su pueblo va a celebrarla con danzas y cantos casi gentiles, en que resucitan —como en *La novia de Corinto*— legítimos anhelos del mundo casados con cosas divinas. Entonces oiréis la saeta que se canta con el vino en la mano: arrodillaos ante el raro misterio. Es el pánico del amor de la Virgen, que se apodera de pronto de la gente. Y he aquí que un hombre, un poseído, le arroja un vaso de vino al pecho, que salpica

de escupitajos sangrientos el rostro lleno de imploración. Alguien, a nuestro lado, cuenta la historia: "Es ése —nos dice—, el que camina detrás, descalzo y con grillos. Al pobre hombre le dio como una alferecía del gusto de ver a su Virgen, y no supo lo que hizo. *Y, para no matarlo, dijeron un sermón en que la Virgen lo perdonaba y él escogía esa penitencia.*" Y hay, en las palabras del hombre oscuro, una compasión, una grave y misteriosa conciencia del temor divino, que me dan como en síntesis y en secreto la clave sentimental de todas las religiones.)

V

¿Adónde vas, hermoso clavé,
caminando, buen Jesú?
Tré vese te vi caé:
¡ya no puede con la crú,
siendo tú el del Gran Podé!

LAS CÚPULAS de azulejos se han cuajado de estrellas. La primavera cae desde los balcones con luz. El clavel, en los cabellos de las mujeres, acalla sus gritos de sangre y parece un signo de inocencia. Así le agradan más al Señor.

¡Oh Gide! Las mujeres de *La puerta estrecha* adoran a un Dios adusto y malo, enemigo de su misma creación. ¡Oh Gide! Yo no puedo ya perdonarlas, junto a las mujeres de la Callecita Estrecha de Sevilla, que se componen y cantan para merecer el amor de Dios.

(Pero ¿que es lo que se oye, Maestro Falla, al lado del puente de Triana, celebrando el paso del Cachorro? Eso es una antigua y verdadera saeta. Una gitana vieja la canta. Está de rodillas, con los brazos en cruz: parece que se ha olvidado de todo. Sorda criatura de la tierra, salió con desgarbo, como de una cueva escondida, de algún pasadizo de Triana donde vive y posa, porque no tiene más abrigo en el mundo. Su oficio es merodear un poco —es honrada, la pobre—, y otro poco, tramar enrejado para las sillas, que le pagan de mala gana. Hace tiempo hizo donación de sus trenzas a la Virgen de la Esperanza, y así lleva una melena corta e híspida. Se ha abierto paso a la fuerza entre la muchedumbre. Y ahí está, miserable andrajo transfigurado en serafín de canciones, que parece que se ha olvidado de todo. Nos dice que ella canta la verdadera saeta antigua: que lo que hoy se oye son burlas o, en su pintoresco lenguaje: "zon zátira, zeñó"; que sólo ella sabe, en Sevilla, lo que hay que decirle a Cristo y a la Virgen; y que cuando ve venir al Cachorro en las procesiones, entonces cae de rodillas sin querer, y se pone a manar saetas como sin saber lo que hace, porque se olvida de todos y de todo.)

Semana Santa de 1922.

FUGA DE NAVIDAD

I

HACE días que el frío labra las facetas del aire, y vivimos alojados en un diamante puro. No tarda la nieve. La quiere el campo para su misterioso calor germinativo. La solicita la ciudad para alfombra de la Noche Buena. Resbala el humo por los tejados: la atmósfera, con ser clara, es densa. Los fondos de la calle truenan de nubes negras, pero en lo alto hay una borrachera azul vértigo. De día, suben las miradas. De noche, bajan las estrellas. Nada hay mejor que el cielo, de donde cuelgan ángeles y juguetes para los niños.

II

El ardiente pino, festejado árbol de las hadas, llena la cabeza de ínfulas y lazos, balancea en las manos unas velitas verdes, rojas, azules. Trepan por sus piernas arañas de oro y tenues creaciones de ala de insecto: figuras inútiles y vistosas, sacrificios de una sola noche, tejidos a punta de alfiler en largas veladas proletarias. La no sofisticada pobreza hace del juguete un ente vano: casi ya ni para jugar sirve. Revienta ante los ojos como rosa de pestañas metálicas, o en ruedecillas naranjadas y púrpura. Flores de un jardín sensitivo; querubines de ojos de chaquira y seis pétalos de esmeralda; cruces y bicruces casi de aire de color. Un reflejo, una geometría de luz, un signo frágil de alegría: nada. Entrecerramos los ojos para verlo.

III

Como en los primitivos: el Belén diminuto, pastel de torrecillas y cúpulas. El tejado elemental, sostenido por

cuatro varas. Adentro, heno y paja, madre y niño, bestias de aliento blando; tres viejos de barba temblorosa alargan las manos. Afuera, la curiosidad se encarama al techo. Séquito amarillo, negro y blanco. Fila de elefantes, caballos y camellos. Pastoreo en el campo. Soldados romanos por la carretera. Y una miniatura de la Biblia: el pozo con brocal, el cántaro. Todo está bien, familia. Hasta el arroyo entre musgo, y el molino. Hasta el pajarito en la rama, lírico y sin objeto: alarde gratuito, caricia.

IV

Salte, pues, el vino dorado, rociando el pavón y el turrón. ¡Alegría del moco de coral y el escobellón hirsuto y galano, cuando —égloga anacrónica, ni griega siquiera— el ejército de pavos, que conduce un pastor sin nombre, rompe por entre las filas de automóviles de nuestras ciudades! Los escaparates sacan el pecho y relucen de tentaciones. La gente asalta los tranvías, llenas las manos de paquetitos. Y los pavos de sabor de nuez se agolpan, azorados, en mitad de las cuatro esquinas, como un islote indeciso, pardo y rojo.

V

No hagamos caso: alguien anda por los tejados. Cerremos bien la puerta. Alguien está dando con los puños. Salvemos la felicidad transitoria. Hijos peregrinos de otro clima, los recuerdos rondan la casa. Por el postigo se ve el camino blanco, surcado de pisadas iguales. A veces, la chimenea crepita, y bailan por el muro las sombras de unos zapatitos gemelos, abiertos de esperanza.

VI

Ese hombre ha salido por la mañana, envuelto en un gabán ligero que baña y penetra el viento de Castilla. Lleva los codos raídos, los zapatos rotos. Como es Navidad, los mendigos se acercan a pedirle limosna, y él pide perdón y sigue andando. Encorvado de frío, bajo la ráfaga que lo estruja y quiere desvestirlo, busca en el bolsillo el pañuelo, todavía tibio de la plancha casera. No posee nada, y tuvo casa grande con jardines y fuentes, y salones con cabezas de ciervos. ¿Lo habrán olvidado ya en su tierra? Tal vez apresura el paso, y tal vez se para sin objeto. Ha gastado sus últimos céntimos en juguetes para su hijo. Nadie está exento; no sabemos dónde pisamos. Acaso un leve cambio en la luz del día nos deja perdidos, extraviados. Ese hombre ha olvidado dónde está. Y se queda, de pronto, desamparado, aturdido de esperanza y memoria, repleto de Navidad por dentro, tembloroso en el ventarrón de nieve, y náufrago de la media calle. ¡Ay, amigos! ¿Quién era ese hombre?

Madrid, Navidad de 1923.

FRONTERAS

—Esta brújula va a perdernos —exclamó el Almirante—. Esta brújula apunta al Sur.

—Lo mismo nos da, señor —replicó el piloto—, con tal de que marque un rumbo fijo.

Viajes de Tadeo Robinsón, explorador del Polo. Maestricht, 1856.

I. RUMBO AL SUR

1

DESDE México me habían cortado el cordón umbilical y, en París, la guerra europea se echaba encima. Uno y otro castillo de naipes se me desbarataban a un tiempo. Fuerza era emigrar hacia el Sur, como en las grandes invasiones históricas.

Hacía días que había yo cruzado el pabellón tricolor sobre mi librería, para —en el peor caso—, como decían los médicos de Molière, *mourir selon les règles.* Hacía días que me había provisto de toda clase de conservas alimenticias, como por lo demás lo recomendaba el Estado a los vecinos. Los hombres inquietos que formaban grupo en las esquinas veían con rencor pasar los coches burgueses, llenos de paquetitos. En verdad, los establecimientos "Maggi" fueron las únicas víctimas de mi barrio, y entonces tuve ocasión de bendecir la providencia de mis botes de leche condensada. Pero estos errores del primer instante pronto se purificaron, orientándose hacia más altas inquietudes.

Todo París resollaba guerra —res venteando el temporal. Hinchadas las narices del tiempo, las sienes del día congestionadas, y una pulsación presurosa, que ya no cabía en los relojes. Los periódicos descargaban extras cada hora, ametrallando con palabras al enemigo. Los hombres, por la calle, se atravesaban con los ojos, como tratando de sorprender, bajo el disimulo de la piel, la gota, siempre sospechada, de sangre hostil.

Y dos interrogaciones pintadas en el aire:

—¿Qué hará Inglaterra?

—¿Qué hará Italia?

Poco después, rumbo a las estaciones, vehículos a todo correr, pesados de hombres metálicos; mientras, por todas las ventanas, las mujeres gritaban y decían adiós, dejando ver unas caras pálidas y unos ojos enrojecidos.

Harta de ser amada por todos, de pronto la ciudad se puso espartana:

—¡Ahora vamos a ver de quién es París!

Los extranjeros huían a toda prisa. En la nerviosidad creciente, la vieja sarna burocrática y policíaca de Europa alcanzó momentos de paroxismo. Un rebaño de viajeros caía en el embudo administrativo, y no acababa de salir nunca. Los trenes, acaparados por la movilización. Detrás de toda ventanilla, un hombre agobiado de trabajo, malhumorado e intratable. Frente a las comisarías de barrio, larga teoría de emigrantes esperando el turno para obtener el permiso de salida, con cestas de bastimento, sillas plegadizas y paraguas, como quien hace día de campo en la calle.

Todos los hispanoamericanos de París pasaron entonces por la casa de México. Nunca ha existido más nuestra Legación en Francia que cuando dejó de existir. Cortado a cercén el Cuerpo Diplomático Mexicano, o más bien considerado como inexistente, la Revolución no quería contactos equívocos, y la notificación del nuevo régimen llegaba al Bulevar Haussmann, por parábola, en un piadoso pliego anónimo, copia al carbón de una copia a máquina de cierto oficio dirigido a una tercera persona. No había, pues, contagio posible: pasteurización completa. Pero, en tanto que los nuevos representantes eran designados y se hacían cargo de los papeles, los antiguos continuaban, mecánicamente, sus funciones. Desde su equilibrio inestable, la Legación mexicana tuvo una idea feliz: proponer a las demás Legaciones de Hispanoamérica (la Hispanoamérica neutral de los primeros días) una acción conjunta ante el Quai d'Orsay, a fin de obtener facilidades para el viaje hasta la frontera española. Aceptado el plan, la acción quedó concentrada en la oficina de México; y allí se formaba todos los días la lista de viajeros para la mañana siguiente y, de acuerdo con la Embajada de España, todos los días se prendía el coche americano a la cola del expreso español.

Cierta mañana —hacía tres días que los aeroplanos y zeppelines bombardeaban París— descubrí, en el patio de la Embajada de España, un campamento de maletas. Un vago

instinto militar, provocado por la electricidad ambiente, me hizo preparar las maletas en llegando a casa. Nuestra tarea, por lo demás, estaba terminada: doblados pacientemente sobre las bombas administrativas, habíamos logrado vaciar a París de hispanoamericanos. Pocas horas después, un telegrama del Quai d'Orsay nos anunciaba para en la tarde la salida del equipaje del Gobierno rumbo a Burdeos.

Y dije a mi cocinera bretona:

—Salgo para Burdeos. No sé si volveré a París. Ni siquiera sé si tendré que abandonar el suelo de Francia. Mi brújula da en señalar el Sur. Me parece, además, que voy a cambiar de oficio. (En el bolsillo del pecho, mi pluma batuta, mi Waterman —Brentano's, Av. de l'Opéra, 40 francos antes de la Guerra— se sintió aludida, y me dio un toquecito en el corazón.) Creo, en suma, que voy a pasar trabajos. A pesar de una carta de M. William Martin, el Crédit Lyonnais no entiende de cortesía y me tiene estrangulada la bolsa con la moratoria general. Pero aquí, en estos cajoncitos estorbosos de mi falso escritorio Enrique VIII, tengo bastante en efectivo para costear un viaje a Bretaña. Diga usted a sus padres pescadores que no olvidaré nunca las hermosas langostas que me obsequiaban, y que usted es la mejor muchacha de Finisterre.

Pero aquella hija de celtas me hizo saber que nos seguiría hasta el fin del mundo, por mucho que yo le aconsejé a tiempo —con la autoridad de Gracián— apartarse de la mala suerte.

Años más tarde, regresó de España a Douarnenez, donde se casó con un pescador de su costa y tuvo hijos e hijas. Habrá olvidado sin duda el español, que aprendió a hablar tan bien y en tan poco tiempo, y no sabrá leer esta página que mi gratitud le consagra. A través de mis personales asociaciones, no puedo encontrar el nombre de Renan sin pensar en ella. Mi memoria se asoma a la ventanilla del tren, y se figura leer, en las sucesivas paradas del camino:

—Renan, Bretaña, Tréguiers, Douarnenez, Rue Docteur Paugam, Anna Quéau.

2

El viaje de París a Burdeos no tuvo más tropiezo que la intervención de cierto personaje que se presentó en los andenes cuando ya todos estábamos instalados a nuestro gusto, y nos obligó —de acuerdo con una listita que traía consigo— a cambiar de sitio y a acarrear nuestros equipajes con nuestras propias manos, porque ya no había un solo mozo de cuerda a la vista: maleta hubo que conoció la honra de viajar un momento sobre lomos plenipotenciarios. A mí me acomodaron en un departamento que decía: "Consulados de México y de Bolivia", porque —como me lo hizo saber con malos modos un profesional de la cortesía— Legación y Consulado eran la misma cosa, y México y Bolivia eran vecinos, no sé si en la geografía o en el alfabeto. Los bolivianos —jóvenes, solteros— huyeron discretamente ante mi aparato familiar, dejándonos dueños absolutos de la plaza.

Se oyó un estrépito como de cien bombas que estallaran a un tiempo sobre la Gare d'Orléans. Nunca he sabido lo que fue. Es mi último recuerdo de aquel París. El tren echó a andar.

Yo dormí bien. Yo duermo siempre. Mientras yo conserve el sueño, mío es el mundo.

Y así salimos de París, presintiendo que íbamos a la ventura, y dejando el piso puesto en el 15 de la Rue Faraday, a dos pasos del mercado Torricelli, barrio de Ternes: una callecita donde la numeración pasa del 11 al 15 sobre el puente del 11 bis, para evitar el 13 fatídico; una callecita cuyos ruidos y pregones he recordado más tarde en los *Cartones de Madrid.*

Don Benito Juárez salvó la República en un coche, como Eneas escondió en el seno los dioses de Troya, como Noé resguardó en un arca la población terrestre. En la primitiva carreta —origen de la ciudad— cabe una tribu. En un coche de Burdeos habité yo con mi familia durante doce horas cabales, horas de enojosa y triste recordación.

Pobre grano de arena perdido en el Sahara de las Na-

ciones, todos los hoteles, las pensiones y las posadas, las casas que disponían de cuartos alquilables, me rechazaban a una, porque todo lo había requerido el Gobierno para aposentar a sus funcionarios y a lo principal del Cuerpo Diplomático. La inexistencia fulminada desde México contra el Bulevar Haussmann me seguía hasta las Avenidas de Tourny, que tantas veces vieron ir y venir mi coche.

Durante quince minutos tuve la ilusión de encontrar posada —espejismo que hizo más sensible mi fatiga bajo aquel sol agobiador. Porque apenas comenzaba yo a libertarme de los ligámenes de cuello, cinturón y tirantes —que el fuego de Burdeos, invadiendo mi coche abierto, me había estampado sobre la piel—; apenas las mujeres empezaban a deshacer sus menudos fardos; apenas mi hijo, tumbado en la cama y semidesnudo, lanzaba al aire un montón de risa para deshacerlo entre un pataleo de regocijo, cuando la voz del destino gritó furiosamente a mi puerta:

—¡Que salgan ustedes al instante, porque la señora no admite niños en casa!

—No tengo más que uno —gemí— y todavía no he tenido tiempo de enseñarlo a llorar.

—*Mais je m'impatiente!...* —gritaba la voz del destino, mientras yo, nerviosamente, anudaba a toda prisa mi corbata.

Y volvimos otra vez a la calle, posada de todos, donde es pecado de las repúblicas el no consentir que los hombres duerman en el suelo. Y fuimos a dar al Consulado. Y nos encontramos con que nuestro Cónsul estaba muriéndose de neumonía y faltaba de la oficina hacía una semana. Pero el Vicecónsul Contreras no se dio punto de reposo hasta lograr la gran merced de que su hospedera —ocultamente y a precios criminales— nos diera habitación en las buhardillas de su casa. Allí nos arrojó, pues, la tempestad, "cansados y con ojeras" —como aquellos náufragos de Cervantes.

Burdeos, congestionada, cogida de sorpresa, apenas podía con tanta gente. Había que hacer cola en los restaurantes. Los precios de la vida eran intolerables. Todos estaban fuera de sí, ajetreados y suspicaces. Todo el que se arries-

gaba a pasar corriendo en bicicleta se hacía sospechoso de espionaje y de fuga. A Maurice Barrès, que preguntaba por una calle, lo cogió su interlocutor por los hombros, y lo entregó a la policía.

—No conoce las calles, y no habla el francés como nosotros —se disculpaba el celoso bordelés, entre la rechifla general.

Cumplí rápidamente la misión simbólica que traía; obtuve por telégrafo las autorizaciones necesarias, y decidí marcharme a España.

Pero no me iré de Burdeos sin recordar el encanto de esas noches irónicas. No me entenderá quien no haya acampado en las buhardillas.

Mi desván, antiguo granero, estaba lleno de cachivaches donde, con dos o tres pases de escoba, conquistamos, contra los insectos y los fantasmas, un rincón bastante para tender en el suelo unos colchones. No había puerta, y la ventana se resistía a cerrarse, y se pasaba la noche bostezando hacia el cielo claro. En la ventana, y sobre la cabeza de la estatua de la Libertad que se columbraba desde lejos, se instalaba una luna roja, de vino tinto, vieja cepa Burdeos. Una luna inmóvil y enorme que nos emborrachaba, e imantándonos el alma, nos dejaba sin sueño a lo largo de las cálidas noches. Nos revolvíamos sin pegar los ojos, chupado el espíritu por la luna glotona, envueltos en un vapor de oro. Pero aquel alimento inefable, aquella emanación de luna, nos hacía veces de sueño. Y la mañana nos encontraba reposados, serenos, curioseando desde nuestra altura los tejados de la ciudad y oyendo unas voces de niños que cantaban en español, allí cerca, en la otra calle, donde se divisaba el escudo de algún consulado americano. Tengo idea de que todo esto pasaba por el barrio de las Arenas Romanas.

Lo cierto es que yo no tenía entonces conciencia de sufrir: me había propuesto obrar sin pensarlo mucho, dejando para más tarde las reflexiones sobre el porvenir inseguro. Ningún trabajo cuesta observar esta disciplina a la hora oportuna. El alma humana está hecha para las grandes luchas mucho más que para las incomodidades pequeñas, y, por economía natural, ella sola cierra sus fuentes sentimen-

tales, sus fantasías indecisas, cuando hace falta convertirse uno mismo en flecha de la voluntad.

La voluntad apuntó hacia el Sur con insistencia —y viajamos. Poco a poco descubrimos el mar. ¡Thalassa! ¡Thalassa! como en los *Diez-Mil* de Jenofonte. La bretona, raza de náufragos, se cogió en éxtasis a la ventanilla y se puso a gritar:

—*La mangeuse d'hommes! La mangeuse d'hommes!*

Y mi hijo la acompañaba con unos gritos inesperados que, en su media lengua francoespañola de entonces, han de haber significado algo muy alegre y vivaz, y que a mí me sonaban al canto de las aves en Aristófanes:

—¡Eto popópa! ¡Eto popópa!

La dulzura del país vasco entró por mis ojos como un cordial. Esa sangre nuestra que es el mar se hinchaba a lo lejos, con voluptuosidades de espacio y de luz clara. Una onda de fuerza subió hasta mi corazón, un ímpetu de fuerte esperanza.

3

Mes y medio en San Sebastián. Casi dos meses. La animación veraniega me dio de España una primera visión risueña y seguramente algo falsa. Pero me hacía falta esa tregua. Había que juntar la voluntad para emprender el asalto de Castilla. En San Sebastián me encontré con Pablo Martínez del Río, que me trajo el aura de nuestras tertulias de México. En Fuenterrabía veraneaba Ángel Zárraga, con quien pasé unas horas atléticas, de carrera y de natación. Ángel me ofreció ayudarme con su experiencia de antiguo madrileño, nombrándome heredero de sus amistades peninsulares. Decidí dejar a la familia en San Sebastián en tanto que yo me afirmaba en Madrid. Así formábamos planes juntos. No olvido, Ángel, buen varón fraternal, aquella excursión hacia el sagrario de Guadalupe, arriba de Fuenterrabía y sus colinas, donde encontramos una bandada de chiquillos vascongados —vascongados como los abuelos de

usted— que, apiñados a beber en la fuente fresca del camino, sólo sabían decir una frase en español, un pregón de aguaducho:

—¡Helao, helaíto, como la ñeve!

San Sebastián se iba despoblando. El otoño, a mansalva, penetraba poco a poco el aire —veneno gris y morado que corría entre la epidermis de la tierra y del cielo. El mar amontonaba en la arena pequeños bosques de algas, cuyo olor yodado saturaba la Concha. Con las mareas altas, las casetas de los bañeros huían de la playa, escalaban las gradas del paseo, y emigraban lentamente hacia sus escondites de invierno. El sol y yo íbamos entrando en razón. Ya estaba templado mi ánimo para la campaña de Madrid. El último día de septiembre de 1914, Zárraga y yo tomamos asientos de tercera, y emprendimos el viaje. Él llevaba consigo su preciosa gata de Angora, y me repetía aquellos versos:

Avec son chat, avec son chien;
avec, pour vivre, quel moyen?

El coche iba lleno de servidumbre de casas ricas, en retorno del veraneo. La gata paseaba con aristocrático descuido, festejada por todos. Pronto me sentí envuelto en aquella atmósfera de chiste rudo y de sólida y grosera bondad. Una criada viajera se asomó en Burgos a la ventanilla, y recogió de manos del ebanista su hermano una preciosa arquilla labrada. Un mozo me enseñó las piernas de una chica dormida, y me dijo, guiñando un ojo:

—¡Menos mal que hay cine!

En no sé qué sitio, la mantequilla de la fonda estaba picada:

—Esto significa que hemos llegado ya a Castilla —descifró Ángel.

Y al otro día llegamos a Madrid con buen tiempo, y nos dirijimos a la calle de Carretas, posada de La Concha, una cueva que se abre frente a la antigua mazmorra de Correos. Allí, recién casado y atónito —atónito ante el trastorno de su vida, ante su viaje repentino y ante su reciente matrimonio que había sido concertado en un parpadeo— nos es-

peraba, con los brazos abiertos y aquella deliciosa facilidad de lágrimas que tenía siempre para las grandes ocasiones, nuestro inolvidable Acevedo.

Y vino el primer día de Madrid: la tertulia del pintor Anselmo Miguel Nieto en el Café Nueva España, y la impresión que me produjo —a mí, hijo de un pueblo donde la cruz no sale a la calle— el ver pasar por Carretas la procesión medieval del Viático sonando sus campanillas lúgubres; y, ya, de noche, aquello de tener que pedirle al sereno que me abriera la puerta, y el recibir de sus manos la candileja para alumbrarme en la escalera; y aquello de saber que al sereno se le llama Pepe, y todas esas minucias que ocupan los primeros compases de nuestra atención en una tierra desconocida.

Por la noche, yo estaba rendido de cansancio. Como aún no preparaban mi cuarto, tuve que esperar en el comedor, donde, entre sueños, oía yo discutir a unos estudiantes sobre si la Fulana "hacía foyer o no hacía foyer" (Ellos pronunciaban "foyer" a la española). A Zárraga y a mí nos habían aposentado en la tras-alcoba de un cuarto con ventana a la calle, de la cual disfrutaba un estudiante cuya salida teníamos que esperar todas las mañanas para poder asearnos. Por cierto que todas las mañanas aparecían sobre la chimenea del estudiante, que acaso cenaba los clásicos pajaritos fritos, unos huesos recién mondados.

Pronto Zárraga se cansó de Madrid y se fue a pintar a Toledo. Acevedo se fue con su esposa a Aranjuez, para alcanzar las últimas rosas de la estación. Y yo, incapaz de quedarme solo en casa de La Concha —donde al instante me sustituyeron a Zárraga por un desconocido—, anduve rodando de posada en posada, cada una más triste que la anterior. El mejor cuarto que encontré empezó a retumbar, de noche, con los gritos de una madre a quien, en la vecindad, se le moría una criatura. Yo estaba reducido a un presupuesto angustioso, y no me era lícito buscar los verdaderos hoteles. Todas estas impresiones tristes iban cayendo sobre mi alma como una acidez corrosiva.

Eduardo Colín, Secretario de nuestra Legación en España, me paseó una noche por los barrios bajos, llenos de

farolitos melancólicos, y me hizo conocer cierto Teatro Madrileño que había en la calle de Atocha y después ha desaparecido: especie de bodega de barco donde el público también parecía formado por fogoneros de tiznados rostros y de pechos desnudos. Allí cantaba un número inacabable de criadas de servir, improvisadas tonadilleras, y el público les gritaba injurias y cosas soeces que ellas acogían con mohines de visible complacencia.

Al fin volvió Acevedo de Aranjuez, y juntos fuimos a instalarnos en una posada de la calle de Argensola, esquina a Génova —casa de los torreoncillos—, donde unos ancianitos franceses nos servían a maravilla. M. Issoulié falleció poco después, dejando a su viuda, como única riqueza, el secreto y la explotación de cierta sustancia para argentar metales —la "Plata Issoulié"— que todavía se encuentra en el estanco de la casa de enfrente.

Mi primer visión de Madrid —que acaso dejé en los *Cartones*— fue muy dolorosa. Y, sin embargo, yo sentía no sé qué caricia en el ambiente, no sé qué amistad, qué compañía, en cualquier persona que abordaba.

Cómo se me reunió al fin mi familia, y lo que dispuse para recibirla con cierta comodidad; mis primeros trabajos, mis fortunas y adversidades de pretendiente en Corte, mi lenta penetración en aquel medio —llevado por la mano de mis amigos y ayudado por todos, en forma tal que bastaría para reconciliar con los hombres al más empedernido misántropo— serán, oh Julio, materia de otra velada, y otra vez te lo he de contar.

1918.

II. NOCHE EN VALLADOLID

LLEGAMOS a Valladolid tan cansados y tan de noche, que no sé si nos conducía la misma Musa del Sueño. Pero, a pesar de la fatiga, no pudimos decidirnos a pasar la noche en las duras camas del Parador del Caballo de Troya; y nos echamos a la calle, andando sin rumbo y disfrutando de cierta frescura que seguramente comunicaban al aire las mansas aguas del Pisuerga.

A veces —Chacón— me viste apartar con las manos obstáculos invisibles: así el que anda entre telarañas. Era que alejaba yo las redes de versos. Los versos de Góngora —que, todavía cortesano incipiente, tanto se quejó de aquella corte; tanta sátira hizo de Valladolid, de las inmundicias del arroyo Esgueva y de la vergüenza con que el Pisuerga sale, en compañía del Esgueva, a besar las manos al Duero— me habían encerrado por todas partes, y no me dejaban dar paso, y casi me enredaban las piernas.

Entre las confusas imágenes del sueño, yo yuxtaponía las visiones de las nocturnas calles con tal o cual otra visión, vivamente grabada adentro, y que, como cosa del cansancio, me bailaba persistentemente en los ojos: aquella mujer, por ejemplo —la más hermosa de España después de la Reina y de la planchadora de la calle de Villamagna—, entrevista en una ventana al pasar por cierta estación de Villodrigo.

Al día siguiente, el buen sol de Castilla nos lavaría la cara, disiparía las telarañas de la noche y nos dejaría como nuevos, capaces de afrontar con sensibilidad despierta la Casa de Cervantes, en cuya biblioteca anidan los chicos del pueblo, los Rinconetes y Cortadillos redimidos o distraídos de su inclinación natural por la lectura. Otra vez tonificados, soportaríamos sin desmayo el espectáculo de los inmensos santos de palo —falange mitológica de un realismo mayor que naturaleza, legión gigantesca y hercúlea, sangrienta y gesticulante, gritadora manada de hombres duros y atormen-

tados, que casi echa de espaldas al visitante del Museo cuando, de improviso, recibe la embestida.

Pero dejo para otra vez el hablar de santos de palo y de la Valladolid monumental. Quiero insistir solamente en una pregunta que me he hecho mil veces y nunca pude contestarme.

Aquella Valladolid nocturna, por donde yo anduve casi en estado de sonambulismo, ¿dónde está? Porque ya no pude encontrarla al siguiente día, ni acerté a identificar los sitios levemente tocados con las plantas ágiles de la pesadilla.

Yo no sé cómo nos orientamos. Sé que la ciudad parecía una cadena de plazas, y las calles meros pretextos para pasar de una plaza a otra. Y vi de repente a don Luis de Góngora bajar de su mula, examinarla de cabo a rabo, o como decía él, del bonete al clavo, y gastarle una broma a un don Diego de Ayala que tenía, por Mil Seiscientos y tantos, la Comisión del Registro en Valladolid. Y vi de repente, en el jardín fresco de la plaza, unos tablados con encañados de flores, y unos caballeros a la jineta que despedazaban, a lanza y a rejón, hasta una docena de toros bravos y mugidores. . . Libreas en colores de arcoíris. Grandes y príncipes y señores caracoleaban los caballos. Los frenos, de oro perulero; y el sol, ya para trasponer, que jugaba luces con los ricos jaeces.

Di un tropezón, se disipó el magnetismo, abrí con esfuerzo los ojos, me encontré en otra plaza, y dije:

—¿Qué rumbo?

—No lo sé. Vamos siguiendo el camino de los árboles. La frondosidad va en creciente Por aquí tenemos que dar con el río. Y luego, cierto olor de agua nos guía.

Chacón, por lo visto, iba despierto, y yo lo seguía dormido, sin sentir mi peso material.

En la Salamanca del buen tiempo, un capigorrón que, para regresar a su tierra de vacaciones, no tenía caballo como los demás, le decía al ventero: "A mí, que me ensillen un Marcial", porque leyendo a su poeta hacía el camino a pie tan lindamente que se le figuraba corto. Yo, entre mi sueño y mi Góngora, perdía la noción del andar, y los versos me iban empujando:

Llegué a Valladolid; registré luego
desde el bonete al clavo de la mula...

Jura Pisuerga, a fe de caballero,
que de vergüenza corre colorado...

¡Oh qué malquisto con Esgueva quedo,
con su agua turbia y con su verde puente!..

¿Vos sois Valladolid? ¿Vos sois el valle
de olor? ¡Oh fragantísima ironía!...

Valladolid: de lágrimas sois valle,
y no quiero deciros quién las llora...

La plaza, un jardín fresco; los tablados,
un encañado de diversas flores...

¿Qué cantaremos ahora,
señora doña Talía,
con que todo el mundo ría
cuando todo el mundo llora?...

¿Qué lleva el señor Esgueva?
Yo os diré lo que lleva...

En Valladolid
no hay gitana bella
que no haga mudanzas
estándose queda...

Cuando la rosada aurora...

Pero ya no pude seguir, porque se me entró por los ojos fuertemente el sitio, el mundo en que me encontraba:

Era a orillas del río, sin duda, porque se oía el rumor del agua, aunque como en el refrán árabe se la oía y no se la veía. Era en un huerto o bosque, cruzado por varias veredas. Había luna llena, y la luna turba y emborracha, sobre todo en el campo, al punto que los caballos tropiezan y se atontan, se enlunan y no saben ya dónde pisan. Así estaba yo.

Aunque era muy entrada la noche, se oían voces de lavanderas, risas y canciones como en los cuentos, y ese chapotear caricioso de la ropa en agua de jabón. Por el camino que cruzaba el huerto, se veía venir una carreta de bueyes.

Los bueyes iban al trote, ligeramente, bueyes alados e irreales. La carreta no rechinaba con aquel lamento de violín que corre por los crepúsculos de Asturias. La carreta parecía, por leve, por callada, por rauda, que no tocara el suelo. Y el carretero cantaba como un bien timbrado clarín.

Y nunca hemos sabido —Chacón— dónde estuvimos aquella noche de Valladolid, ni la canción que cantaba el carretero.

III. UN AGRICULTOR ANDALUZ

Un agricultor en pequeña escala: viaja en segunda. Vuelve de Madrid, donde asistió, de paso, a los funerales de Pérez Galdós. Es joven, y tiene esa suavidad de los andaluces de hoy, que hablan en secreto casi, y con primor.

Cuando nos quedamos solos en el departamento, comenzamos a observarlo. Lee. Lee un libro de Paul Dubois, *La educación musical*... Y, como vais a ver, es un hombre muy aficionado a la lectura. Sus conversaciones no hacen más que repetir sus lecturas, lecturas algo ramplonas si se quiere. La influencia del libro en la agricultura andaluza, diría un teórico. Al fin, más acá de Andújar, levanta la cabeza. Entonces charlamos. Y, en medio minuto —sin atropello, con rotundez, sin dejar, como el castellano, las frases a medias; sin vaguedades madrileñas de expresión ("eso", "aquello", "cosa", "porque ¡claro", "nada", "no pué ser", y otras vaciedades que por allá se oyen constantemente), sin injurias ni malsonancias; sin necesidad de acudir al chiste o al equívoco— nos expone su sistema del mundo.

Nunca ha salido de España, y muy poco de Andalucía. El cuidar de su pequeña propiedad no le absorbe todo su tiempo. Con alguna lectura, mucha conversación, algo de experiencia y cierta claridad natural ¿quién puede pasar de los treinta años sin construirse un sistema, una filosofía, más o menos original —menos, si os empeñáis—; pero muy decorosa y, en todo caso, suficiente para servir de norma en este atropellado caos de la vida?

Oigámosle, y perdonémosle alguna inexactitud en las citas, y la inevitable incoherencia —flaqueo más bien— del sistema, cuando se acerca al intrincado campo de los intereses personales:

—Dicen que los latinos somos unos mutilados; que las otras razas, la sajona sobre todo, valen mucho más que nosotros. Yo nunca lo he creído. Ustedes, que son hombres cultos, habrán leído sin duda un libro de Camille Desmoulins

(sic) en que trata de demostrar la superioridad del sajón sobre el latino. A mí no me convence. ¿Que los sajones tienen más voluntad? Seguramente porque les hace más falta para vencer los rigores de la naturaleza y del clima en que viven. Porque, ya se sabe: el hombre es como lo hace el medio; si no, todos seríamos iguales. Y si ellos tienen más voluntad, nosotros más inteligencia. Y la voluntad, ustedes lo saben bien, no es nada. Porque todo es fatal en este mundo. Lo único positivo, lo único humano, es la inteligencia. ¿Que yo soy más nervioso, más irritable que el sajón? Lo acepto, a cambio de gozar y entender mejor el mundo. El triunfo de los aliados ha sido un gran bien para la civilización. Lo digo particularmente por Francia. Algo lo lamentaría yo por Inglaterra, que es nación dada a conquistas y, en su grandeza, un poco tiránica con las demás. Cierto: confieso que tiene de Roma el don admirable de saber colonizar pueblos.

—Como que Inglaterra debe a Francia, a la conquista normanda del siglo XI, su orientación civilizada. . .

—¡Pues ya lo ve usted! ¡Por ahí, es latina! Y el que hoy tal o cual pueblo no latino sea más poderoso que los latinos ¿qué más da? ¿No es una ley que la civilización vaya recorriendo, como una lluvia providencial, toda la tierra? Primero, en la India; después, en Egipto, en Grecia, en Roma, y de allí, al Norte: La luz del sol no baña a la vez toda la tierra; pero la ha bañado, y la bañará, y eso basta. ¿Que hoy estamos así? ¿Qué más da, si por nosotros pasó la luz y ha de volver?

—Cierto, muy cierto.

—Pero ahora, vamos a otra cosa. Ustedes, hispanoamericanos, ¿qué buscan en España? ¿Creen ustedes en España?

—Los hispanoamericanos de mi edad creen todos, ya, en España. Antes de venir aquí, yo creía —con restricciones, naturalmente— en ciertas grandezas del pasado español y en la fecundidad actual de ese pasado, en la fecundidad posible. Ahora, que estoy aquí, creo en su presente y en su porvenir. Sólo que hay que entenderse. . .

—Bien, bien; pero. . . ¿entonces creen ustedes que España está bien dirigida?

—¿Bien dirigida o conducida? Más bien confiamos en el pueblo español.

—A eso quería yo llegar. ¿No les parece a ustedes que estamos mal defendidos? Nos asaltan graves inquietudes sociales. Yo, pequeño propietario, ¿he de luchar solo, por mi cuenta, con un revólver, contra las cuarenta pistolas de cuarenta trabajadores que pretenden, no sólo algunas ventajas justas y legítimas, sino, además, algo que equivale a aniquilar mis bienes? ¿Quién va aquí a resolver estos tremendos problemas? ¿Maura acaso? Lo he visto, he ido a dar junto a él en los funerales de don Benito: es un hombre como cualquiera, incapaz de eso y mucho menos. Ya lo sabía yo. Aquí no habrá, como en Francia, como en Inglaterra, una mente organizadora que pueda aceptar la transformación y encauzarla otra vez dentro de un régimen de dignidad y felicidad para todos. Aquí, a pesar de los disfraces legales, hay un gran escollo. Carlos III, para consultar sus casos de gobierno, acudía a Aranda, a Floridablanca. En Madrid, todo lo que le llama a uno la atención lleva el nombre de Carlos III. Pues ¿qué si aquel hombre, metódicamente, hubiera escogido al revés sus consejeros?

—En efecto; en efecto. Pero hay que fiar en este pueblo, en este pueblo —digamos— "latino".

—Eso sí: el pueblo latino, latinado. Tenemos la inteligencia, tenemos la tierra más habitable y más dulce a la vida humana. Y todavía cuando se enfríe el sol, seremos nosotros los últimos en morir, refugiados en la última zona de calor. Hay que convenir en que somos privilegiados, somos los dioses de la tierra: ¡somos los semidioses!

Pero el tren había llegado al Carpio, y el pequeño propietario andaluz —tan representativo de una clase, de una época, de una cultura— saltó a tierra y se internó en el pueblo. Era el diputado del lugar común. Iba solo, por su cuenta, con sus lecturas de generalidades casi poéticas, sus juicios improvisados, su adivinación y su inexperiencia, su plasticidad a la inquietud ambiente, su instinto de conservación, su poca fe en los señores de Madrid, a resolver los nuevos problemas sociales.

1920.

IV. UN "EGIPCIO" DE ESPAÑA

El disparate tradicional llama a los gitanos "egicios" (de "egiptanos"); los egipcios del Sacromonte, en Granada; los egipcios de Triana, a la margen del Guadalquivir. Son los morenicos de color verde que canta la mujer fogosa de Cervantes. Andan como perros de la calle, y le rezan, en la parroquia del Patrocinio, al Cachorro. (El Cachorro —diminutivo cariñoso— es un Cristo suave, rubio, dulcísimo, a quien no le hieren los clavos de la cruz; parece, más bien, que flota, con la frente al cielo, sobre las olas; parece, más bien, que va a lanzarse del madero, en un vuelo de vaivenes líricos.)

Pero los "egicios" del disparate tradicional no son los verdaderos egipcios: vociferan, se contorsionan, gestean demasiado; las inundaciones de su Nilo —el Guadalquivir que invade, de cuando en cuando, las calles de Triana— no les sugieren ideas de trabajo, sino de conjuro y brujería solamente. Yo creo haber dado con un verdadero egipcio de España, y aun tal vez, tal vez, con el propio "escriba en cuclillas".

Perfil afinado, clavos largos, y afeitado el resto de la cara; pequeño, hierático, de mirar de estatua; a veces, encoge un poco el hombro derecho, cuando apresura el paso (que es raro), y esconde las manos en los bolsillos. Habla, ya se sabe, en voz baja, de modo que entonces no hace más que mover los labios. Aquí, en Sevilla, se descansa de la gritería de Madrid. En la posada donde paré, apenas oigo las órdenes cambiadas del tercer piso a la planta baja. Así habla también mi egipcio. Y, con todo, tiene tal imperio su murmullo sobre este pueblo de nerviosas orejas, que hasta un monosílabo suyo, apenas perceptible, basta para alejar al importuno vendedor de billetes de lotería o al terco mendigo, para hacer que se descubra un portero que nos sale al paso dispuesto a estorbarnos la entrada, para hacer que se detenga un coche a dos calles.

Mi egipcio parece una pequeña caja eléctrica, silenciosa

y potente: basta oprimir un botón, y se hace la maravilla. Él tiene esa fe en los pequeños movimientos oportunos que deben de tener (me figuro yo) los que manejan las máquinas de electricidad. Ayer me abordó por la calle con una precisión eléctrica, con un tacto de magnetizador, con una extraña sabiduría oriental, tan ligera y justa que casi era ya japonesa: sentí, simplemente, un golpecito leve sobre el omóplato izquierdo, y me detuve como paralizado: era mi egipcio. Acababa de verme pasar, de una calle a otra; oprimió un botón eléctrico, y se trasladó y vino a mí, abreviando las distancias yo no sé cómo. Oprimió otro botoncito eléctrico (uno que yo tengo en el omóplato izquierdo, aunque lo ignoraba, y que sirve para detener al hombre que camina) y, en efecto, me inmovilizó. Y todo en silencio. Y por único saludo y explicación, no hizo más que verme de un modo raudo, especial, bañándome con una mirada suave hasta el fondo de mis ojos.

A veces, mi eléctrico egipcio deja salir un rayo seco:

—La propiedad —dice, porque asegura que todo español, salvo que haya razones muy personales en contra, está por las reformas definitivas y extremas—, la propiedad es sólo cosa moral. No hay más propiedad que el trabajo. La propiedad de las cosas, de los objetos, no tiene ningún sentido divino ni humano. Yo soy dueño de mi alegría y de mi creación directa: nada más.

A veces, él mismo es víctima de su rayo, que lo transporta no sé adónde. Un día, en el Ateneo de Sevilla, en plena conversación (conversación de insinuaciones, de pausas, de miradas; conversación que tiene mucho de aroma y de estado atmosférico, conversación en que los ojos de los sevillanos se hacen vagos y blandos, se van tras de cada transeúnte o de cada objeto que se mueve, como de hombres acostumbrados a ver correr el agua en sus patios) mi egipcio saltó de pronto por sobre una silla, como un muñeco de cuerda, y desapareció de repente.

Mi egipcio andaluz es de marfil, y es de una nobleza de marfil. Pero, a ratos, tiene el rebrillar de los azulejos sevillanos. No sabe él si vive en el presente, o si sólo vive en el recuerdo: él asegura que sólo ve a las personas y a las cosas

cuando han pasado. Él se siente sumergido en un movimiento giratorio que, a la vez, lo embriaga y lo modela: como el barro de los alfareros de su tierra, cuando está al torno. Escribe. ¿Escribe? No.

—Yo no hago libros: dejo que los libros se hagan solos: yo los veo crecer.

Y, en cuclillas, justo, inmóvil con algo de hombre dormido que amenaza siempre despertar; con algo de juez insobornable; con algo también de esclavo —pero esclavo de algún invisible Dios que truena en lo alto de una pirámide— mi egipcio sevillano, mi escriba, abre su libro de apuntes, apoya apenas el lápiz —y eso es todo.

1920.

V. LA GRACIA

¡La gracia! ¡La gracia! Nos acordamos de Castilla con un escalofrío. Parece que nos duele algo y estamos a punto de decir: ¡ay!

La gracia, la gracia. Desde Castilla arriba le llaman gracia a la bufonada y al chiste. Ignoran el sentido griego, andaluz, de la palabra: fuerza ligera, libélula de color, querubín del alma.

Baroja cree que ser gracioso es ser bufón, y encuentra que los sevillanos son poco graciosos. Quiere decir que el sevillano no hace bufonadas como el golfo de Lavapiés. Y es verdad. ¿Qué tiene de común con el payaso del circo este noble pueblo de embalsamadores?

Embalsamadores: reducen el cuerpo a quietud discreta, y le dan una agilidad nueva, semejante al ala de la muerte. Envuelven el cuerpo en perfumes y bálsamos, en un jardín de rosas de aroma. Lo guardan en unas cajas pintadas y olorosas. No temen la voluptuosidad, porque ven muy claro lo que deben a la tierra y al cielo. Su alma flota, al aire con sol, como mariposa azul y dorada.

No temen la ley: no necesitan violarla. Viven en sus interiores luminosos. No temen la regla: encaraman un estilo sobre otro. Y en lo alto de la Giralda —su pirámide— hay un emblema: la estatua de la Fe.

Pero he aquí que la estatua es giratoria. He aquí que la Fe es una veleta. Gran enseñanza, gran lección. ¡Ay, Castilla, ay! ¡La gracia, la gracia!

1920.

VI. DURANGO

AL PASAR por Durango el trencito, lleno de humo, que recorre la línea de Santander a San Sebastián, el viajero ha fruncido el ceño, y más si pasa en día nublado: los peñascos hoscos de la montaña abrigan este reducto de la guerra civil, dándole cierto aire de nido de águila.

Como un rencor inextinto, un arroyo pestilente, de aguas negras, atraviesa el pueblo, lamiendo los pies de unos caserones carcomidos —mitad fábricas y mitad colmeneras de vida pobre— que abren sobre aquella maldición sus galerías de vidrios rotos y sus barandales de palo. La chiquillería de la vecindad, en sucesivos raptos de travesura; las atareadas comadres de la vecindad, en sucesivos raptos de desesperación y cansancio, han ido arrojando al arroyo toda clase de trastos viejos —botellas, latas y zapatos—, a tal punto que el lecho mismo del arroyo puede decirse formado por los desperdicios domésticos. Los chicos meten en el agua los pies descalzos. La gente discurre por las márgenes, sin percatarse de las emanaciones dañinas.

El pueblo, escogido por los bilbaínos como lugar cómodo y cercano de veraneo, es amable a ratos, y se esfuerza por emanciparse de esta maldición de la montaña hosca y del arroyo negro. En vano se alegra con hotelitos nuevos, cuya construcción parece toda concebida en vista del arco bajo el cual ha de cruzar, triunfador, el auto del naviero rico. En vano despliega sus jardines aristocráticos, cercados con hermosa verja de hierro, en torno a las casas de los señores. En vano: hasta nosotros llega, por todas partes, el rumor de cascada que, en dos o tres saltos, alza el arroyo negro. Y, además, ¡ese casi constante desaseo de las calles, que también parece hijo de la vecindad del arroyo!

Aquí y allá, los escudos de antiguas mansiones, cubiertos con velos de luto. Aquí y allá, las viejas casas graníticas, severas, de color amarillento y pardo.

Y, por la carretera principal, en mitad del pueblo, un

abrir y cerrar de cancelas en el "paso-nivel", un continuo señalar con bandera verde o bandera roja para regularizar el tráfico de locomotoras, carros, autos, tranvías. No basta un hombre: tal es el ajetreo. Aquel paso lo guarda un grupo de ancianos, y el de más allá, un grupo de niñas.

Trabajan aquí un barro barnizado de blanco que, aunque no famoso, es curioso. Y como es siempre atractivo ver nacer la forma viviente, entre las manos amorosas del alfarero, entro al azar en un taller, para que mi hijo se divierta.

—¿Forasteros? —me pregunta el obrero, con esa habla abreviada del vascongado, que quiere reducirlo todo a los elementos sustantivos de la oración—. ¿De "fueras" de España?

—Venimos de Madrid.

—¡Ah, Madrid! ¿Cómo están las marquesas?

Sonrío ante esta noción pueril de la Corte, propia de cuento de hadas. Y él continúa, incongruente como su habla:

—Mataron Salvatierra, trae el periódico. Dispararon al coche.

—No sabía nada...

—Sí: el periódico.

Y luego se pone, en honor nuestro, a fabricar un jarro.

El procedimiento es el mismo de los etruscos; el mismo del barrio de Triana, en Sevilla. Sólo que allá mueven el torno con un pedal, y aquí el pie empuja directamente la rueda horizontal que gira debajo del asiento en que está el obrero. Éste coloca sobre la plancha giratoria una bola de barro, y con las manos va moldeándola. La alza como torre, la apaga, la hincha, la hace ondular como hembra acariciada; y ya que está viva, ya que la sentimos despierta en todos sus músculos y nervios, este Pequeño Hacedor le da forma a su imagen y semejanza —es decir: según su sentimiento hereditario de la forma—: la abulta, la redondea, le abre boca, le ahueca la entraña, le pule el borde, le dibuja los labios, y le pellizca un pico gracioso. Y todo, bajo la electricidad de los torbellinos, grata a la antigua filosofía: bajo el impulso plástico del movimiento giratorio, a vuelo y a vértigo de rueda. Ya está hecho: gracias. Mi hijo lo ha visto y palpado todo, con esa inmediatez, esa naturalidad de mu-

chacho pobre, que me hacen bendecir las condiciones en que tuvo que comenzar su vida.

Antes de salir, el alfarero me dice:

—¿Cuál es la calle principal de Madrid? ¿La Puerta del Sol, muy famosa?

—Alcalá.

—¿Y Recoletos?

—¡Ah, Recoletos!

—Ya tendrán allá botijos también, por San Isidro. Y en Vitoria, ahora la Blanca, ¿eh?

(Alude a las próximas fiestas de la Virgen Blanca, en Vitoria.)

Rumbo a la estación, pido algo de merendar en una fonda, y una muchacha me ofrece café, chocolate y —textualmente— "jamón y páno". Así anda ya el español por estas tierras, a trastazos con el vascuence.

Y ya en la estación:

—¿Usted por aquí, amigo Reyes? ¿Y su sobrino, el mayorcito, aprobó sus asignaturas? Y el segundo ¿ha logrado al fin que le pongan pantalón largo?

Yo abro los brazos:

—Ya decía yo que aquel señor que vi bajar del auto, a dos calles, era don Perico Eguillor, mi grande amigo, cuya conversación vale por tantos libros, injerto de irlandés en catalán y vascongado, a quien yo suelo llamar el Chesterton bilbaíno, por lo que me recuerda en lo físico y en lo espiritual a mi otro grande amigo de Londres.

Me invita a almorzar para otro día (es gastrónomo como su doble), y para entonces me prometo fijar otras impresiones de Durango: las iglesias; la cruz, la admirable cruz de Juana la Loca, que me salió al paso en mitad de una calle moderna; la Guadalupana de México, que tiene aquí capilla en Santa Ana...

Y, rumiando estas esperanzas, silba el tren, y partimos.

VII. ÉIBAR

ÉIBAR se extiende, cañada adentro, abrazando la falda de una colina. En un extremo del pueblo, la estación y las primeras fábricas (Orbea, Sarrasqueta); en el otro, un convento de monjas de singular arquitectura y, en un parquecito, el edificio moderno de la Escuela de Armería.

La combinación de trenes desde Zaldívar (donde a la sazón me encontraba yo descansando del mundo) es absurda: hemos tenido que almorzar unas horas antes de la acostumbrada, y ahora, tendremos que pasarnos en el pueblo ¡seis horas!

Para colmo, el eibarrés no cuenta con el extranjero curioso: no lo ha previsto, ni le importa. De suerte que no queda más que andar a la ventura, calle arriba y calle abajo, deteniéndose ante las dos o tres casas de escudo y reja negra, dejándose ir por la cuesta, divagando ante aquel arroyo, divirtiéndose con las perspectivas campestres y montañosas que sirven de fondo a las calles, contemplando el aspecto más bien pobre y monótono de los tenduchos en que se venden las joyas de Éibar.

Como aún no es hora de labores —el eibarrés trabaja ocho horas, es dueño de lo que produce, vive en un áspero adelanto obrero de siglo y medio con respecto a otras zonas de España—, desde la estación, por la calle de la Estación y la de María Ángela, pasando por el mercado de la doble escalinata hasta llegar a la Plaza de Alfonso XIII (donde está el edificio cúbico del Ayuntamiento) y aun más allá, se ven amontonados por las aceras, paseando por las plazas, en los bancos, por el suelo, en los cafés, los "blusas-azules" en muchedumbre. Os miran pasar con una curiosidad sin descaro, y, cosa inaudita para quien viene de Madrid, se abstienen de hacer comentarios y siguen tranquilamente su charla. ¿Cuál puede ser su alegría, en esta cañada melancólica? Ganar dinero, relativamente mucho dinero por semana, y gastárselo con las mujeres de la frontera; pasear en auto,

borrachos y gritando, por las carreteras que hacen cornisa al mar.

Una señora bilbaína nos ha dicho que vale la pena de ver el Ayuntamiento, y que el conserje es muy servicial. En efecto: muy buena persona debe de ser ese viejo gordo y risueño con quien nos hemos cruzado dos veces por la calle, y que las dos veces nos ha dicho: "Adiós", como a viejos conocidos. Lo abordamos, le pedimos que nos muestre el tesoro; él accede... Y el tesoro se reduce a unos salones burocráticos, donde hay hasta media docena de hombres empapelados. He tenido la mala idea de dejar mi tarjeta sobre la mesa del Secretario, y el pobre señor no entiende, se pone de pie muy confuso, y al fin, aludiendo al conserje, dice:

—El señor les mostrará la casa...

Las Escuelas de Párvulos, que están en el mismo edificio, se encuentran cerradas por vacaciones. Sobre la mesa de la Biblioteca Pública (buena tierra pisamos), el último número de la revista *España.*

Pero el amable conserje ("Es muy cariñoso", nos decía, con típico desconocimiento del lenguaje, la señora bilbaína) nos reserva para el fin la mayor sorpresa. A punto de bajar la escalera, nos detiene, y señalando a uno y otro lado, dice con un orgullo que le hincha la voz:

—¡Y aquí hay retrete para caballeros, y retrete para señoras!

Y salimos en busca del Asilo de Inválidos —el "Ásilo", nos ha dicho una mujer— porque sabemos que de allí parte una senda para un alto de donde se domina el pueblo. Nuestro propósito es matar el tiempo, para bajar otra vez a la hora del trabajo.

La gente del Asilo se figura que queremos trepar hasta las lejanas puntas del Urco, y no hay forma de que nos entienda, porque casi no habla español. Al fin nos orientamos solos, y llegamos al mirador. A poco, de iglesia en iglesia comienzan a saltar campanadas. A la otra ladera, en la punta opuesta del pueblo, se oyen tiros y hay como explosiones: pruebas de armas quizá. Más cerca, se levanta un chirrido de acero, en escala cromática que ataca los nervios y se mete, cruel, hasta los huesos. Ha comenzado el trabajo.

Los azules han desaparecido de las calles, como moho que se rechupa. Bajemos al pueblo a visitar las fábricas de armas y los talleres de incrustaciones.

Entre ruedas y bandas de cuero, los pesados dragones de metal vibran y gritan, domados por la mano fiera del obrero que guía sus garras y sus dientes, haciéndoles morder una barra, arrancar un bocado, pulir un contorno, ahondar una canal, perforar un lingote ciego. Demonios al servicio de la geometría racional, los dragones se retuercen, abren fauces dentadas, resuellan lumbre. Dondequiera que el metal cae sobre el metal, un grifo abierto en chorro continuo acude con un líquido lechoso que llaman "taladrina", y que es una mezcla de agua con una grasa especial, para evitar las oxidaciones. Y como toda operación se hace girando y en manera de torno (que es así como el espíritu gobierna a la materia y como Dios mueve los astros) resulta que la taladrina irradia por todas partes, a la vez que el menudo polvo y las limaduras de acero. El polvillo acaba poco a poco con la salud de los hombres que lo respiran y lo tragan. Los despojos metálicos se venden después a las grandes fábricas extranjeras: la pequeña industria es generosa, no repara en desperdicios.

No sé si llegué yo en día aciago. Me pareció que al eibarrés puede interesarle el comprador, pero no el simple visitante. No parece agradarle mucho que vengan simplemente a ver sus talleres. "¿Se puede pasar?" Y se encoge de hombros, y contesta con un gesto poco alentador: "Le advierto a usted que este trabajo es muy sucio, pero, en fin, pase usted." Me hago desentendido del "en fin", y paso. ¡No faltaba más! A eso he venido de tan lejos. Para eso he almorzado antes de mi hora habitual, tragando sin masticar por temor de perder el tren. Pues ¿qué se habrán figurado estos eibarreses? Naturalmente que paso, ¡no faltaba más!

Y resulta que salimos de la visita poco satisfechos, porque nos lo muestran todo de prisa y de mala gana. Y, entre el abuso del vascuence y el embrutecimiento que el trabajo material produce a la larga (y las juergas dominicales por la frontera y otras cosas más por el estilo), estos obreros han perdido el don de expresarse, y quieren que con gestos, con-

torsiones del cuerpo y vagos mugidos, entendamos cómo se fabrica y monta una escopeta o una pistola mecánica.

En los talleres de incrustaciones, el trabajo es más limpio y ameno, aunque tampoco hemos podido gozar del privilegio de verlo todo: lo que les importaba es que acabáramos de admirar el procedimiento y empezáramos a comprar los productos. Este utilitarismo excesivo es parte, sin duda, al escaso desarrollo de las artes locales. El que fabrica una joya sin preocuparse de si ha de venderla, y pone todo su afán en el trabajo mismo, al cabo hace una joya de más valor y la vende a más alto precio.

El procedimiento es sencillo y curioso: sobre la mesa hay un pequeño triángulo hecho con tres listones de madera, que sirve de base a una bola de hierro. La bola tiene cortado un gajo, en el cual funciona un tornillo de presión. En esta abertura, y sujeto por el tornillo de presión, se coloca un taco de madera. Sobre éste, y pegada a él, hay una masa de lacre que envuelve por todas partes, salvo la faceta por labrar, al objeto de acero que ha de recibir la incrustación de oro. Si es, por ejemplo, un gemelo para puño de camisa, sólo deja el lacre descubierta la cara externa de la manilla por labrar. Todo se reduce a obtener un soporte que sea, a la vez, muy sólido y muy móvil. La esfera de hierro, en que va cogido el taco de madera con el objeto ahogado en lacre, se puede mover como se quiera sobre el triángulo en que descansa, y es al mismo tiempo lo bastante pesada para no moverse sin un esfuerzo intencionado.

La obrera —muy joven: yo no creo que en este oficio se llegue a viejo sin tener la vista cansada— trabaja según modelos fijos, y posee unos martillitos y una colección de punzones que tienen en la punta un remate distinto: estrellas, cruces, círculos, rayas, puntos, y hasta dibujos más complicados, como ojos para las figuras animales, fauces abiertas, flores, todo en miniatura.

La obrera comienza por hacer en la pieza de acero una serie de rasguños con ayuda de una navaja: unas rayitas paralelas, muy próximas. Hecho este rayado en un sentido, se hace otro transversal, cruzando el primero, y finalmente un

tercer rayado, que cruza en red la cuadrícula formada por los dos rayados anteriores. Esto da al acero un grano regular, que permite la adherencia del oro.

El oro se aplica en hojas finísimas como el papel, que se cortan previamente según el tamaño aproximado de la labor. Después, el oro se adhiere al acero con la simple presión de los dedos y los punzones. Si se quiere figurar una raya, se aplica la hoja de oro a la superficie de acero, se hinca después el oro con el punzón que figura la raya, y se arranca el resto de la hoja de oro. Lo mismo para la flor o la estrella. Una vez que, cortando hojas y aplicando moldes, se ha logrado reproducir el modelo, se acaba de consolidar la adherencia del oro con ayuda de los martillos. Y aquí, para consumar la alianza y comunicar al acero ese negro mate de las joyas de Éibar, viene la obra del fuego.

Sacada del fuego, la pieza es sometida aún a ciertos perfeccionamientos. Los moldes de dibujos, los que fijan contornos y figuras, han servido, durante la primera operación, para recortar la hoja de oro. Aquí, en la última operación, se usan otros punzones o moldes que sirven para labrar directamente el oro ya incrustado. Son éstos los que producen, dentro de la banda o lista de oro opaco, unas rayitas o puntillos de oro brillante, que hacen el efecto general más agradable.

Finalmente, unas aplicaciones se hacen con oro puro, y otras con una mezcla de plata; de modo que, sobre el negro del acero tostado, resultan unas bandas doradas, y otras más claras y verdosas.

(Todas estas explicaciones son más fáciles de entender teniendo a la vista una pieza de Éibar.)

Lástima que este trabajo primoroso proceda conforme a una rutina estricta y cansada. Los fabricantes hasta ignoran las aplicaciones posibles de su arte, y en toda Éibar buscamos inútilmente —aun en la casa de Arizmendi, que tanto me habían recomendado— unos trinches labrados para la fruta. No conocían siquiera el objeto, fieles al mal hábito español de comer la fruta o el pastel con un cuchillo de carne, sin tenedor que nos salve y nos socorra.

El trabajo de Éibar es, para mi gusto, inferior al que se

hace en Toledo, porque en Éibar los obreros no tienen más inspiración que los modelos chinescos heredados, en tanto que los artífices de Toledo se inspiran constantemente en los motivos que encuentran sus ojos por todas partes. Toledo es un apretado resumen de la historia artística de España: hay restos romanos, capiteles y columnas visigóticos, mezquitas árabes, elementos románicos aislados, monumentos de los tres estilos góticos, arquitectura mudéjar de los seis siglos, sepulcros y capillas platerescas, fachadas y puertas grecorromanas, un churriguera detonante, y algunas construcciones neoclásicas —y todo va a dar a las miniaturas de oro y acero.

El Estado se ocupa naturalmente de las cosas de la fuerza, y no de las cosas del primor. En Éibar hay Escuela de Armería, pero no hay escuela de incrustación y grabado.

La Escuela de Armería, como estaban los alumnos de vacaciones, tenía poco que ver. Hay una sala de máquinas, una sala de ajustes, otra de física y química, otras de dibujo y matemáticas. Por las paredes, además de los modelos y trazados técnicos, hay unos carteles con consejos morales: "Cumple tus deberes, si quieres merecer tus derechos. — Orden, orden: cada cosa en su lugar, y un lugar para cada cosa. —Sed limpios, que la limpieza es esto y lo otro. — Trabajad, porque el trabajo tal y cual." Hay también un museo, donde alternan unas flechas de estilo arcaico y fabricación moderna con escopetas de carga por la culata, fusiles de pistón y antiguos máusers, unas máscaras inglesas contra los gases asfixiantes, un canto rodado encontrado a orillas del río, y un menú de cierto banquete de San Sebastián en honor del Cónsul de Francia. Hay varios modelos de pistola eibarresa, todos fabricados con destino a Francia.

Los alumnos presentan un examen de admisión (leer, escribir y contar); viven en las fondas del pueblo; estudian tres años, y salen para delineantes y torneros de fábricas. Sobre las mesas de los talleres estaban expuestos sus trabajos. Pero para el no técnico, lo importante y curioso hubiera sido ver realizar estos trabajos, ver funcionar las máquinas. La colección de tornillos y tuercas expuesta sobre aquellas me-

sas no pudo conmoverme. Los ensayos de ajuste, con su aire de rompecabezas y acertijos de piezas desmontables, tenían, sin embargo, cierto atractivo de juguetes por destrozar.

Camino de la estación, leo en los anuncios ortopédicos el nombre de Zuloaga. De aquí son los dos ilustres hermanos. El tercero es profesor de la Escuela de Armas, y vivió en México algún tiempo.

VIII. ZALDÍVAR

AÚN PERSISTE la impresión torva que deja Durango en nuestro ánimo, y que la vista del pueblo de Olacueta no basta a borrar, cuando el tren irrumpe, por entre sonrisas de colinas, en un valle placentero y gracioso. Es Zaldívar, el balneario de aguas sulfurosas.

Rumbo a Ermua, y anhelando ya hacia los primores fabriles de Éibar, el tren traza una hoz abierta, y el viajero puede todavía echar una mirada de soslayo al valle de Zaldívar, que figura entonces uno de los paisajes más dulces de España:

El remolino de lomas se prolonga por todas partes, y la tierra, recogiéndose amorosamente, abriga como un ramo de flores los penachos de verdura de un parque. En primer término, a alturas distintas, se acumulan los caseríos del pueblo, sin que falten la Iglesia y la Fábrica, instituciones típicas de la región. Y al fondo, si el aire es claro, se perfilan, grises y azules, los dientes agudos de la sierra, la abrupta peña de Santa Lucía, recuerdo de cataclismos terribles que, a tanta distancia, no nos cohibe.

En la estación de Zaldívar, está la fonda de Eguía, donde preparan los suculentos callos para la merienda. De la estación se baja al balneario por una carretera de árboles en declive, para hacer más fácil la llegada. Apenas arriba de la estación, los labradores hacen pasear sus bueyes sobre las laderas pajizas, cargando el rústico arado con el peso del cuerpo y con unos enormes pedruscos. Al otro lado, los mozos juegan a los bolos al aire libre, y las bolas van a dar con un ruido seco sobre un troncón que sirve de tope.

Carretera abajo, el Hotel Frontón, el más humilde del balneario, el hotel del "tercer estado", sombrío y lleno de ventanas que dan sobre la arboleda. Hay hombres sentados a la puerta. A la derecha está el verdadero balneario, el "Establecimiento", como dicen aquí. Su hotel es el hotel de la aristocracia. A la izquierda y más adelante, el Hotel del

Parque, el hotel de la clase media. Optamos por éste. El mismo arrendatario surte las dos cocinas. (¡Oh tiempos en que los bilbaínos venían a Zaldívar a probar, como una novedad, las mahonesas[1] que preparaba Marcos, el gran cocinero francés! Téngase en cuenta que, en todos los balnearios vascos, las aguas curan el artritismo, pero la estupenda cocina hace cuanto puede por fomentarlo.) En el Hotel del Balneario paran los forasteros. Allí, sin duda, nos harán pagar una infinidad de cosas innecesarias. En el del Parque paran los de la región. Optamos por éste —hay que saber hacer bien las cosas— y nos dejamos conducir, simplemente, por el perro Milichu, que siempre acude en busca de clientes a la estación.

Al paso, en donde se parten la antigua y la nueva carretera de San Sebastián, hay una finca aislada, en alto sobre los caminos, rodeada de un pequeño huerto donde abundan los manzanos, la higuera y el peral blanco y negro. Se adivina la mano de un horticultor experto. Es la casa de Eguilor, horticultor bilbaíno, a quien no debe confundirse con nuestro grande amigo Eguillor.

Mi habitación da al Parque por una ventana y, por las otras, a los contornos: colinas sembradas donde todo el día van y vienen los bueyes, y a veces, los toros y aun las vacas —que aquí se aprovecha todo para el trabajo de labranza— luciendo el gracioso gorro de piel lanuda que protege los testuces de la res de tiro.

El parque —pinos, castaños, encinos, trepadoras, lagos, barca, río, puentes, surtidores, quioscos, columpio, tenis, senderos, niños, pájaros, flores, bancos, césped— es obra de un artista francés, y es, como suele decir la gente, un sueño: un sueño en la hamaca de la naturaleza, perdido entre los regazos de las colinas. De aquel parque brota un sopor sutil que se apodera completamente de los sentidos y que, el primer día, se parece al sueño. El parque es un sueño. Por la noche, el rumor del agua, el croar rasgado de las ranas, el chirrido familiar de los grillos, suenan sobre el fondo sin-

1 Hay que decir mahonesa y no mayonesa, mandan los Tratados. La salsa fue inventada por Richelieu, y bautizada así en recuerdo de su victoria en Port-Mahon, 1756. (En *Memorias de cocina y bodega* puse por error: 1757).

fónico de los sapos. Los sapos sueltan dos campanillazos purísimos, como dos burbujas musicales que revientan entre la sombra, y fingen un tañir de cascabelillos de plata prendidos a la collera de unos bueyes sonámbulos, que araran —invisibles— en mitad de la noche.

El balneario huele, profesionalmente, a azufre, al agua mágica, aunque nunca tanto que moleste. El agua es salada al paladar, pero el mismo dejo de azufre hace, no sé cómo, que su amargor sea más tolerable. Después de bebida, hay que pasearla un cuarto de hora, para que no se acumule y deposite. A la piel, el agua es sedosa, y aterciopela las asperezas del mármol negro de las bañeras, carcomidas por el azufre y los años.

Hace más de setenta, don José María Munibe y Aranguren, undécimo Conde de Peñaflorida y uno de aquellos "caballeritos de Azcoitia", enciclopedistas de la región de quienes nos habla Menéndez y Pelayo en sus *Heterodoxos* —fiel a la filosofía científica y humanitaria del siglo XVIII, la filosofía en que se había educado—, hizo la captación de las aguas de Urgaciya, sin miras de lucro, para el bien y disfrute gratuito de todos los hombres, e instaló el balneario según el estilo de aquel tiempo. De entonces acá, las exigencias materiales han aumentado, y hoy echamos de menos las tersas bañeras blancas, y nos atrevemos con cierta repugnancia sobre las húmedas tarimas por donde acabamos de ver deslizarse alguna araña, achaque inevitable en el monte y, además, síntoma de aseo... Y yo sospecho que, de cuando en cuando, riegan con el agua mágica el balneario, para que cumpla mejor su deber de oler siempre a azufre.

El balneario posee salones de fiestas y de juego, comedores, sala de lectura con un plano de la región (el triángulo Vitoria-Bilbao-San Sebastián) y, por únicos libros, el *Viaje de España,* de Pons, la *Biblioteca Vascongada,* algún drama de Zorrilla, el *Año Cristiano.* Hay en el mismo edificio un estanco que hace de estafeta y mercería (las tarjetas con vistas del sitio son malísimas y no dan la menor idea de sus encantos), y hay peluquero y alpargatero: dos extremos indispensables al buen equilibrio del veraneante.

A la hora de comer, en el Hotel del Parque, nos encon-

tramos con una humanidad francamente triste y fea, tanto como inspiradora de confianza. ¿Cómo, lo que no contenta los ojos, puede contentar el alma algunas veces? Es éste, para mí, uno de los mayores enigmas del universo. Estos hombres, estos hombrones, visten de negro, con boinas azules, y se confunden unos con otros. Son viejos y fuertes. Uno era carretero de Angulema, y ahora ha dado carrera a sus dos hijos y es, pomposamente, moreno y canoso, el gran "señor Andrés", héroe de esta sociedad apacible. Los otros se me han ido borrando: fabricantes de conservas, vinateros, comerciantes de Rentería o de Andoín, que están, en todo conflicto social, siempre del lado de los patronos. Las mujeronas, feas, gordas y viejas, visten también de un modo igualmente insípido; comen mucho; llevan pendientes del cuello y las orejas unas piedras riquísimas, que contrastan con sus zapatos torcidos y de tacón bajo y con sus peinados innobles. Para colmo, hay una enanita. Y la mejor por el trato, dueña de un café de Bilbao, tiene una cara de Medusa. Los muchachos son unos becerros entre rabiosos y atontados. Y todos sueltan ese molino de piedra, de erres, de chés, tés, kaes que, a veces, se me vuelve tan musical y voluptuoso en labios de las muchachas de Deva. El vascuence suena a disparate sagrado y yo lo escucho siempre con recogimiento y temor. Y me prendo, con los ojos, a las dos o tres únicas figuras sobrias, de líneas armoniosas, vestidas de colores alegres, que casi adivino al fondo del comedor.

Después averiguo que esos mal vestidos y mal lavados han abandonado el balneario en espléndidos autos de su propiedad, en tanto que las otras, las que "poseen la línea", se van en coches de segunda.

Sobre las mesas, números de *Euskadi*. En torno a las mesas, charla conservadora. Después de la cena, unos pobres artistas trashumantes que vienen del balneario de Alzola —un maño y una bailarina, él barrigudo y ella muy desmedrada— cantan y bailan y pasan la bandeja a la concurrencia. Otras veces, la fiesta es grata, porque la improvisan las chicas de los comerciantes, lo mejor de la casa, que apenas saben bailar ni tocar el piano, pero que ya se dan maña para

divertirse un par de horas, tímidas a ratos y, a ratos, como arrebatadas.

Pero no he venido yo a eso, sino al reposo perfecto, que no se cuenta ni describe. Yo tengo, arriba, mi balcón al parque, donde me esperan el sueño sinfónico de la nube y la estrella, la sombra del pino y el claro de agua, el consejo del grillo y la insinuación del sapo. Abro mi balcón, destapo mi caja de sorpresas, y entra una ola de música y de sombras.

Al día siguiente, "Azorín" me manda una tarjeta:

"Querido Reyes: ¿Está Ud. en Zaldívar? Conozco el sitio. Zaldívar: *Lugar codiciadero para hombre cansado.*"

IX. DEVA, LA DEL FÁCIL RECUERDO

CONVIENE acostumbrarse a medir el valor de las cosas por su capacidad para perdurar en el recuerdo o en la esperanza; es decir, por su aptitud para ser asimiladas por nuestra alma. Nadie sabe lo que es el presente, verdadero engaño cinematográfico que apenas nace cuando muere, y está compuesto de una yuxtaposición de memorias y previsiones. No todas las imágenes impresionan de un modo duradero la placa sensible de nuestro espíritu, ni se prestan todas a esa misteriosa representación a distancia que se opera en la cámara oscura de la conciencia. No todas las imágenes entrevistas por la ventanilla del tren pueden ser después recordadas o, en un segundo viaje, previstas: sólo las que se agrupan en esos conjuntos o unidades perceptibles que llamamos "paisajes", equilibrios de masas, líneas y colores gratos al espíritu por algún motivo que sabe Platón.

¡Qué fácilmente nos acordamos de Deva en nuestros inviernos de Madrid! ¡Con qué poco esfuerzo la evocamos! ¡Con qué anhelo tan concreto, tan preciso, la prevemos y la esperamos, a medida que se acerca el estío! En nuestra mitología de las estaciones, Deva es la Perséfone, alternativamente perdida y recobrada. Sus rasgos reaparecen tan fijos, tan claros en el recuerdo y en la esperanza, que casi podemos, de lejos, hacer con los paisajes de Deva lo que no haríamos con la esfera del reloj, a pesar de consultarlo tantas veces al día: dibujarlos de memoria. Así Deva logra asumir los contornos necesarios, acomodados a las fuerzas de evocación de nuestra mente.

Esta disposición de sus montes y sus playas, de sus rocas, (donde no pueden faltar las Dos Hermanas, tipo exigido por una como necesidad folklórica de la geología en toda playa vascongada que se respete), de sus carreteras y su ría, el pórtico y el claustro de su iglesia, su fuente y su plaza, sus huertas interiores, acaso también la sombra del Duque de Rivas que vaga por sobre la cima de los árboles, lo que nos

han contado de las antiguas tertulias en casa del "Zapaterillo" —y hasta ese ferrocarril que tanto censuramos como un error de trazo, y que viene a ser un juguete más entre los que sacan los niños a la arena—, todo ello muerde en el recuerdo y se queda vivamente grabado.

La imagen de Deva —podemos decir— se entra por nosotros como por su propia casa. Tiene algo de unidad intocable, de armonía platónica; al grado que nos acostumbramos con esfuerzo a cualquier trasformación que advertimos de un año a otro.

Me figuro que los vecinos de este pueblo sienten amor por cada una de las piedras de Deva. Todo aquí parece dispuesto con un ritmo y una ley especiales. Tal es el destino de las cosas demasiado armoniosas: hechas de una vez, y hechas para siempre, nos negamos a creer que hayan tenido historia, que se hayan desarrollado por etapas, y nos resistimos a la idea de que tengan porvenir, perspectivas de transformación ulterior.

¿Podéis, por ejemplo, imaginar a Deva —nuestra Deva, nuestro refugio veraniego— convertida, dentro de unos años, en bullente puerto de mar, entre el tráfago y los afanes; y a sus habitantes echados a perder con ese endurecimiento y esa discolería de trato propios de las grandes ciudades? Y, por otra parte, ¿podéis realmente situar en el apacible escenario de Deva —donde los caseríos se distribuyen por las colinas con un arte ingenuo de país de Navidad— esas crueles historias de venganzas y brujerías que son el pasado de Bustiñaga? Confieso que yo, a la lectura de las leyendas y tradiciones de Araquistáin el viejo —que tanto hubieran ganado a ser contadas con menos palabras—, tengo la impresión de que me engañan.

No: nos cuesta trabajo pensar que Deva haya sido otra que la Deva mansa y hospitalaria de hoy en día, donde don Fidel pesca sus corrocones, Pepucho organiza sus verbenas, Marichu se viste de gitana, y los niños corretean a la sombra de la alameda. ¡Si hasta el pasacalles es aquí una nota equilibrada en el conjunto armonioso! ¡Si este algo inefable, este sabor de los veranos de Deva, es el precipitado completo de una infinidad de condiciones del ambiente de natu-

raleza y del ambiente humano, del agua y la tierra, como de las costumbres del pueblo —y cada una de estas condiciones parece casar con las demás!

De noche, por ejemplo, suelen tener una locomotora de guardia en la estación, a media caldera y como medio dormida. La locomotora resuella con un silbido constante. Veytia el viejo la cuida toda la noche para que no se le muera el fuego. Pues no me quitéis ese silbidito de la noche de Deva, ese hilo dulce que corre por entre los arabescos o la sinfonía plena del tumbo de las olas.

En mitad de la ría, por ejemplo, hay un barco arruinado, obstáculo de madera y hierros viejos donde, sólo de noche, da señal de vida una tímida lamparita de algún guardián. Pues no me quitéis de ahí ese estorbo, ese fantasma, ese cadáver. Conforme navegamos rumbo a las buenas meriendas de los caseríos de la margen, nos sale al paso, doliente y serio. Estamos hechos a él y, cuando lo quiten, dejará un hueco en el espacio, una zona muerta en el cuadro.

Y ved cómo se produce el milagro: un cohete, unos compases de música suenan a nuestro oído —o simplemente los recordamos— y toda Deva renace dentro de nosotros. Y al tropezar, por Alcalá o San Jerónimo, con otro veraneante de Deva, hay en nuestro saludo un signo de inteligencia tácita, de cofradía secreta. "Éste es de los nuestros", decimos. Y nos ponemos a hilvanar una serie de propósitos —propósitos de reposo, de deportes, de libre y placentero trabajo— para cuando, en el verano próximo, reconquistemos a la Perséfone perdida...

Y Deva intangible, Deva necesaria en todas y cada una de sus partes, Deva armoniosa, Deva la del fácil recuerdo, asciende entonces a la categoría de realidad interior, y se vuelve parte de nuestra alma, y es fruto maduro en la conciencia.*

1923.

* He vuelto sobre estas memorias, con otro intento, en *Los siete sobre Deva: sueño de una tarde de agosto*, México, Tezontle, 1941.

X. EL PARAÍSO VASCO

CUENTA Herodoto que los egipcios vivieron en la presunción de haber sido los primeros habitantes del mundo, hasta el reinado de Psamético, unos siete siglos a. c., tiempo en que se apoderó de su ánimo la duda científica. Queriendo averiguar si eran en verdad los más antiguos, apelaron al argumento del lenguaje más natural al hombre, del lenguaje que hablan espontáneamente los hombres: tomó Psamético dos niños recién nacidos, de padres humildes y vulgares, para que la prueba fuera más pura.

> Entregó los niños a un pastor, para que allá entre sus apriscos los fuera criando de un modo desusado, mandándole que los pusiera en una solitaria cabaña, sin que nadie delante de ellos pronunciara palabra alguna, y que a las horas convenientes les llevase unas cabras con cuya leche se alimentaran y nutrieran, dejándolos en lo demás a su cuidado y discreción. Estas órdenes y precauciones las encaminaba Psamético al objeto de poder notar y observar la primera palabra en que los dos niños al cabo prorrumpieran, al cesar en su llanto e inarticulados gemidos. En efecto: correspondió el éxito a lo que se esperaba. Transcurridos ya dos años en espectación de que se declarase la experiencia, un día, al abrir la puerta, apenas el pastor había entrado en la choza, se dejaron caer sobre él los niños, y alargándole sus manos pronunciaron la palabra *becos, becos.*

El pastor, en un principio, no hizo ningún caso, como hombre rudo. Pero ante la insistencia con que los niños repetían la palabra todos los días, lo hizo saber al rey Psamético, quien vino en persona a presenciar el milagro. Hechas las indagaciones por los sabios de Egipto, la palabra *becos* resultó ser el término con que se designa el pan entre los frigios. De suerte que los frigios eran los más antiguos hombres del mundo, y su lengua, la original.

Mi sabio comentarista se indigna ante esta fábula tan hermosa, y clama desde el modesto Sinaí de una nota al pie de la página: "Déjense estas patrañas a los antiguos: absurdas

son entre los modernos semejantes disputas, cuando la revelación nos enseña que las lenguas han tenido dos veces a Dios por autor y maestro." ¿Y quién se opone, Maestro Teólogo, a que Dios inventara el frigio antes que el egipcio? No: sonriamos de buena gana. Imaginemos al rey Psamético aislando a sus niños para la experiencia, como aislaba Fabre sus insectos, y sigamos nuestra investigación, porque hoy sabemos más que Herodoto. Vais a verlo.

Hasta Leibniz, la Filología (así lo mantenía en España el Licenciado Andrés de Poza) se empeñó en hacer del hebreo —por una superstición escrituraria— la lengua modelo y la madre original de las lenguas: lo que más tarde sería el sánscrito para los modernos partidarios de la unidad de las lenguas, representados en España por García Ayuso.

En 1580, el admirable Goropio tuvo la genialidad de demostrar que el holandés fue la lengua hablada en el Paraíso. Pero también el sabio Andrés Kempe, en su obra sobre la lengua del Paraíso, demuestra con buenas razones que Dios habló a Adán en sueco, Adán —por un descuido sin duda— le contestó en danés, y la serpiente (¡ya lo adivináis!) se expresó en pulquérrimo francés cuando tuvo sus secreteos con Eva.

Cierto que los persas creían —según Chardin— que Adán y Eva hablaron en persa, el Arcángel Gabriel en turco, y la serpiente (¡ya lo adivináis!) en árabe, que viene a ser el francés oriental.

Pero todas estas falsas razones caen por tierra, ante las obras de los beneméritos euscaristas. Leed a Arriet, Ohienart, Moret. Comenzad por el pintor Baltasar de Echave el viejo, quien en México y en 1607 publicó sus *Discursos de la antigüedad de la lengua cántabra vascongada,* donde se hace figurar a "la misma lengua en forma de una matrona venerable y anciana, que se queja de que, siendo ella la primera que se habló en España, y general en toda ella, la hayan olvidado sus naturales y admitido otras extranjeras". El dominico Fray Hernando de Ojea le dice a Echave en su loor:

> Reservó Dios intactas como brasas entre las cenizas las cuatro provincias que hablan aquella primera lengua, cuales son Vizcaya y Guipúzcoa, Álava y Navarra; de las cuales sacó a V.

M. como centella y lucero que sale a deshora, para que dé noticia al mundo del tesoro que allí hay encerrado y de lo que fue antiguamente.

No hagáis caso del Licenciado Francisco Bermúdez de Pedraza que, en su *Antigüedad y excelencias de Granada,* se deja decir que los Apóstoles hablaron en lengua española el día de Pentecostés, porque lo seguro es que hablaron en vascuence.

Continuad con Manuel de Larramendi, en su libro *De la antigüedad y universalidad del vascuence en España* (1728), donde se demuestra que esta lengua es la más perfecta de todas, y una de las primeras que entraron en España después del Diluvio.

Dad un paso más con el *Origen y antigüedad de la lengua vascongada* (1731), del capitán don Juan de Perocheguy, "en que se hace ver que dicha lengua fue la primera que se habló en el mundo y la misma que trajo Túbal a España, en el año 1800 de la Creación".

El Presbítero don Pablo Pedro de Astarloa, en otra *Apología,* publicada en 1803, nos hará saber que ha empleado más de cuatro años en la prolija contemplación de una lengua que debió de ser la primitiva, por lo que la ha elegido como parangón para juzgar a todas las otras.

Y finalmente, el gran Juan Bautista Erro y Azpiroz, en su obra incompleta *El mundo primitivo* (1814), os demostrará que la lengua del Paraíso fue el vascuence —como lo saben bien los lectores del moderno Julio Cejador.

Quedan, pues, firmes las conclusiones a que llegó, hace más de dos siglos, el Cabildo Metropolitano de Pamplona, tras un detenido examen:

1º ¿Fue el vasco la lengua primitiva de la humanidad? Los doctos miembros del Cabildo declaran que, sea cual fuere su íntima convicción sobre este punto, no se atreven a dar una respuesta afirmativa. 2º ¿Fue el vasco la única lengua hablada en el Paraíso por Adán y Eva? Sobre este punto declaran los opinantes que no podría existir duda en su espíritu, y que es imposible oponer a esa creencia ninguna objeción seria ni razonable.

Tenemos, pues, que el Paraíso era la Provincia Vascongada de la Creación, donde discurrían un Adán y una Eva

tales como los concibió el Creador: él, muy jebo, ella, muy chirene.

En Paraíso-Emundía los días pasaban mansamente. Una mañana, andando por Sagardúa-Kale, Adán y Eva se encontraron con la Serpiente. La Serpiente se descolgó de un hermoso manzano que había a la vista: era el manzano prohibido, del uso personal de Jangoicoa-Dios.

La Serpiente conferenció con Eva. Eva convenció a Adán. Los manzanos sonreían desde los collados. Y éste es el origen de la sidra.

1923.

XI. RONCESVALLES

1

NUBES sobre Roncesvalles: los ángeles blancos del Poema suben por el Altobiscar. Nubes del cierzo, volanderas: parpadeos del sol y sombra juegan por el alto valle. El circo de cumbres aparece y desaparece en los arrepentimientos de la luz. Inmensa paz poblada de esquilas: vasta presencia de ganados llena el espacio. Relincho de yeguas y potrillos; balido y canción: pastor y oveja. Ancha respiración del aire; conciencia fresca y confortante del agua vecina: un agua robusta y nítida, un agua evidente —la mejor del mundo. Frío sin daño, templado en la pureza balsámica de los bosques. Humedad rezuman los prados; las cejas y los bigotes "perlean", y los cabellos —tan dorados— de las muchachas. De tiempo en tiempo, acuchilla el sol. El Monasterio y la Colegiata, bajo el techo gris y metálico, hundidos en la geometría del tajo que abrió, entre los montes, Durandal.

2

A dos pasos de los sitios épicos, Burguete: ochenta casas, correo, telégrafo y teléfono. Los cerdos, sonrosados, depilados, gruñendo a lo largo de la carretera, que es la calle única. Pacen los campos de la merindad los ganados. Zumba en las afueras la trilladora, tras de la iglesia; donde hay tres viejos que han llevado vacas a California, y tres mozas con la cabeza envuelta en pañuelos. El filósofo de entre ellos me dice: "Lo que es de todos, no es de nadie. ¿Quién se cuida? La trilladora se descompone cada medio día." Anunciado con tambor de lata, corre un pregón: el Alcalde va a repartir los lotes de helecho. La escuela suelta su explosión de muchachos a medio arroyo. Frente a la casa cuartel, mon-

ta la guardia un carabinero. Llegan, en carros, las legumbres y vinos de Pamplona, única importación del pueblo que, en lo demás, se basta a sí propio con sus establos, rediles y gallineros. En invierno, la nieve suele impedir hasta quince días la circulación de los autos de "La Montañesa", y entonces el correo anda a lomo de mula y todos viven de su despensa. Y el campo, en torno, labrado de agujeros de topo, cuya piel desperdicia el pueblo.

3

Cocina en la fonda, fuego en la chimenea; aparato de vajilla vieja, con paisajes y colorines, colgado al muro; cerco de sillas junto al hogar, tertulia. ¡A matar el tiempo, mientras llega la noche! Noche honda, noche de naufragar en colchones como sin fondo, hasta lo más íntimo de un sueño perseguido en vano hace tanto. El Profesor de Farmacia de Barcelona, hombre navarro, flaco, bigotudo, quijotesco, veranea en los Pirineos con mujer y guitarra. Canturrea en un rincón y se acompaña en sordina, dulcemente. No hace caso de nadie, aunque mira a todos con fijeza: los trasparenta sin duda, taladra después la pared y, con la mente, se sale al campo. El Capitán de Carabineros añora los meses en que fue profesor supernumerario de lengua española en las universidades yanquis. Tiene aficiones y estudios literarios: es comentarista de Cervantes, él también; lee en alta voz, para su asistente, *El zapatero y el Rey*. Escribe para la prensa local. Quiere, a toda costa —¡estos españoles!—, que lo expulsen del Cuerpo y lo dejen de una vez en paz. Hace más de un mes, presentó una instancia al Ministro de la Guerra, en que le pide insistentemente que lo mande procesar; y cita la autoridad de San Mateo, el ex-publicano, "que viene a ser —comenta— ex-carabinero". Victoriano, maestro de posada, es el mejor pescador de truchas del contorno. "¡Parece mentira!", me dice mirándome con orgullo. Quiere enseñarme el arte de pescar truchas, y saca una voluminosa cartera cuatro veces enrollada en sí misma, donde cuidado-

samente clasificados guarda los anzuelos, la mosca artificial grata a Lord Grey, y la pluma que imita el ala de mosco. Estas plumas, de color de acero, de oro, de plata y jaspe, hay que arrancarlas de las zancas de ciertos gallos. Victoriano conserva el historial de sus plumas, y las lleva envueltas en unos papelitos que dicen: "Del gallo francés de Garralda, 1916. —Del gallo rojo de los *ancones*, 1914." El anzuelo, me explica, se echa sin plomada, a que flote en la corriente misma; y se acerca de tiempo en tiempo al remanso, allá por donde la roca hace huecos. "De allí sale la trucha desesperada —hay que oírle decir: *desesperada*— y sin ver lo artificial de la mosca, lanza un mordisco rápido. Casi al mismo tiempo hay que tirar, porque ya ha caído." —Yo me intereso por la cabra que anda en los riscos y por la oveja de los Pirineos, que es negra con camisa blanca. —El ganadero me dice que allí todo es yeguas y potrillos, porque caballo formado, caballo que compran los caballistas valencianos. "Estimados por sus cascos duros", añade. Los sementales del Estado tienen aquí parada reglamentaria. —En este punto se acerca un canónigo de Roncesvalles, fraile agustino, para contarme que hace muchos siglos el Papa confirmó al Monasterio sus derechos a cambio de la renta mensual de un moravecino: es decir, de unos cuantos céntimos; y que otro Papa levantó la excomunión al Rey sobrino de Don Sancho el Fuerte —el que rompió las cadenas—, excomunión a que lo había condenado el Obispo de Pamplona por haber trasladado de Estella a Roncesvalles los restos de Don Sancho. "¿Y con esas historias pasa usted el tiempo?" "¡No señor! —dice con los ojos fieros—. Yo soy cazador. Venga usted por octubre, y venga con dos escopetas. Entonces emigra la torcaz y pasa por estos valles; las bandadas cubren el cielo". —Y yo, deseoso de tener algún éxito: "Yo, señores, también soy navarro por algún lado: mi segundo apellido es Ochoa, Ochoa del Valle del Baztán, con lobos en el escudo. Porque Ochoa quiere decir 'lobo', y vale 'López' (Lupus)". Oigo un murmullo de aprobación, ya estoy en casa. El leño, en el hogar, lanza diminutos petardos. Anochece; casi se saborea la calma. Va llegando —casta y

fiel— la noche rendida. —De vuelta al establo, reclamando al becerro, una vaca blanca, serena, los cuernos en lira —adorno ya, mucho más que arma—, tañe repetidamente el Olifante.

Septiembre de 1923.

XII. VIAJE A LA ESPAÑA DE CASTROGIL

La primera noción de España conforme se desciende del Norte —y a veces, hasta cuando se la aborda de la España del otro mar, pues tampoco faltan descastados— es la España de los prejuicios pintorescos, fácil jeroglifo de panderos y guitarras, navajas, toreros, abanicos.

Más tarde, con ayuda de Goya, España confiesa lo que sufre, y deja ver el terrible sarcasmo con que desprecia su amargura.

Pero en Goya, todavía, como en el Regoyos de la España Negra, hay el humorismo de la figura humana; hay la acción, que empaña de pronto la contemplación; hay la posibilidad de que salte el torero y baile el majo.

E importa, para el mejor entendimiento de la España profunda y cierta, pasarse del torero al toro: el toro, en mitad del campo, en mitad de Dios, es un monolito, una montaña; el toro delante del torero es ya un sainete, trágico si queréis; pero un episodio en suma, una anécdota, algo que mejor se cuenta que se canta.

Y he aquí la España de Castrogil, hosca ya del todo al turista, inasible a la kodak, inútil para el vulgar novelista de exportación.

He aquí, en Castrogil, la España —como dice el poeta— de piedra y cielo; la España hecha planeta mudo, apagada y patética luna, diálogo de plata y carbón; donde hasta los árboles cobran varillajes de hierro, las nubes consistencia de plomo, el agua perfección de cristal de roca.

Rara química, suerte de metamorfosis mineral, tan adecuada para retratar la cara de Niobe de Castilla —de Niobe, la madre sin hijos, que la sal del llanto cuajó en piedra.

No me figuro lo que fue Castilla antes de las tentaciones del Renacimiento. Pero nadie duda que hay tentaciones que resecan y que empobrecen. Y María Egipcíaca, que comienza por pecadora, poco a poco se hace eremita, y pára al fin

en santa yacente —toda enjuta y leñosa como la raíz del árbol caído.

Hasta Castilla llegó un día el beso voluptuoso de Italia, comunicado por la luminosa rada de Valencia, donde eran los guantes y los perfumes más nombrados, nido de la novelística licenciosa de ha cuatro siglos.

Hasta Castilla llegó también la fiebre del oro americano. Y Sevilla, puerto de la novelística picaresca, temblaba de sueños amarillos y velas por la mar.

Y los caballeros del placer de Italia, y los caballeros del lucro de América —señores y hampones, que muchas veces lo eran a un tiempo— no sé qué cruzada emprendieron hasta el viejo corazón de España.

Ello es que Castilla se quedó más pobre y filosófica, algo despoblada, algo sin hombres, pensando a solas, la frente agrietada, el cielo inmenso. Sólo, diminuto punto en la llanura, mancha en la Mancha, animación de la conciencia confusa del paisaje, vemos cabalgar en ella (lanza, escudo, y la bacía de barbero que se antoja ya un halo santo) al tierno y bravo Don Quijote. . .

Las piedras —como en el viaje simbólico de Théophile Gautier, primer testigo de ojos modernos— se fueron cambiando en rocas. Hasta que la meseta metafísica no adquirió esa grandeza mineral, inhumana o sobrehumana, que Castrogil ha resuelto en juegos de austero claroscuro, disparando una y otra vez la retina infalible.

"He aquí —dirá el enemigo—, he aquí el lamentable despojo de la Historia." ¡Oh, no! Mala nueva para los augures de catástrofes: España está toda viva, entera, bajo la piedad del hielo que la protege.

París, febrero de 1926.

XIII. RUMBOS CRUZADOS

1

En San Sebastián, el viajero que llega a mediados de junio, poco antes del veraneo, como no encuentra gente en la playa, piensa encontrarla en la iglesia. Y va al Buen Pastor, y espera en vano.

Pero que dé militarmente media vuelta, y al punto descubrirá el secreto: el Buen Pastor, la iglesia nueva y San Ignacio de Loyola, la vieja iglesia, se miran y se amenazan desde lejos, de una a otra zona histórica de la ciudad, a distancia de seis o siete calles, que es todo lo que divide al pasado del presente. Y las chicas de San Sebastián y los primeros veraneantes —que merecen ser iniciados en el secreto— van todos a la antigua iglesia. El Buen Pastor, de hecho, se abre, como el Casino, en la temporada del veraneo. No conoce, no penetra el alma de San Sebastián quien no ha meditado en esto.

Pasa una procesión de niñas uniformadas, ser en marcha sobre un hormiguero de piececitos: manto monjil que envuelve y sujeta el óvalo del rostro, y pliegues por la nuca que bajan flotando hasta más allá de la cintura. Hay mantos blancos, morados y rojos.

Ésta no es la época de venir a San Sebastián, hay que tenerlo presente. ¿Cómo hemos podido olvidarlo? Antonio Ramos dice que no hay como los versos para apuntalar la memoria. Lord Chesterfield fijaba en la mente de su hijo la fábula de Dido en Cartago con estas conocidas líneas:

Pauvre Didon! Où t'a reduite
de tes maris le triste sort!
La mort de l'un causa ta fuite,
la fuite de l'autre causa ta mort.

Y Antonio Ramos ha compuesto entonces estos versos, para que no confundamos otra vez la estación donostiarra:

Los años de pisar el mosto
pronto vienen, pronto se van,
y por agosto hacen su agosto
los hijos de San Sebastián.

2

Una vez, camino de Italia, llegué a Hendaya en tiempo oportuno para tomar el tren de Burdeos, pero no ya para almorzar. Los trenes no acomodan, todavía, en los ritmos de la naturaleza: es su mayor defecto. En Hendaya tuve que conformarme con una manzana y un pedazo de pan y queso. Y apenas en Bayona fui a comprar unas uvas, chocolate en tablillas, y un poco de agua mineral.

Peor me aconteció otra vez camino de Salamanca. El tren, que salía de Madrid, ni llevaba comedor a bordo ni hacía parada para cenar en ningún sitio del camino: la cosa no estaba prevista. El tren pertenecía todavía a la era de cargar consigo el bastimento. Y en una estación compré un chorizo que se me quedaba por los rincones de la boca en forma de astillas clavadas; y en la de más allá alcancé un poco de pan para suavizar y envolver tanta aspereza; y al fin, en una tercera parada, pude beber un trago de agua para acabar de pasarlo todo.

3

Sucedió saliendo de Burdeos, rumbo a Lyon. Al pasar por Perigueux, telegrafié al jefe de la estación de Lyon pidiendo unas camas para el tren de Milán. Y llegué a Lyon-Vaise, luego a Lyon-Parrache, y luego a Lyon-Broteaux, donde me esperaba el coche cama.

Acaso mi nombre propio indujo al jefe de estación a un error de lesa majestad. Acaso el honesto funcionario semientendía el español, cosa mucho peor que no entenderlo. Ello es que encontré a los altos empleados del ferrocarril formados en fila, y que me instalaron en el mejor sitio de un espléndido vagón que me fue exclusiva y absolutamente

consagrado. Ante la desilusión que mi modesta presencia produjo, aquella gente solemne no quiso dar su brazo a torcer, y lo cierto es que me trataron a cuerpo de rey, como si nada...

Sólo, al recogerme por la noche en mi camarote, oí claramente, en el andén, una voz de protesta:

—¡Y decían que era el Rey de España!

4

Antonio Ramos nos perseguía con sus improvisaciones baratas. Yo le había contado cosas de mis viajes a Burdeos, y se empeñó en obsequiarme con estas líneas, que pongo aquí para recuerdo:

> Esta canción de renovar deseos,
> a tus lunas irónicas la fío:
> vinos y lunas. Para mí, Burdeos
> es una banderola en un palacio,
> un péndulo de oro en el espacio,
> y un barco que se acuesta sobre un río.
>
> Hace unos años —años de rencilla—,
> tu luna vino hasta mi bohardilla:
> yo llevaba, por único pertrecho,
> una familia escondida en el pecho.
>
> Años después, el Día de la Paz,
> tu luna se deshizo como un haz
> de espigas, en un gran deslumbramiento,
> sobre mis sienes y mi pensamiento.
> Yo dormía. Tu luna dijo: "Haz
> un sitio para mí: sólo un momento."
>
> Hoy, que voy como en un viaje de novios,
> a tus lunas irónicas me fío.
> Sí:
> hoy, que voy como en un viaje de novios,
> a tus lunas irónicas me fío.

Cuando, de regreso, pasamos por Marsella, el tábano lo aguijó otra vez. He aquí una evocación de Notre Dame de la Garde y de la colina:

La Virgen, que está de guardia,
prende claveles y rosas
en las faldas olorosas
que amarra el ferrocarril.

Parpadea a punto el faro
del Conde de Montecristo;
siega un barco, alumbra un claro,
y luego enciende un fusil.

Es el negrito marsellés,
que dio por el casco el turbante,
y se ha disfrazado el muy tunante
desde la cabeza a los pies.

Puede que no tenga pies ni cabeza. Pero ¿por qué romper estos versos conversados, versos de surgente natural, versos de mandar un saludo en una tarjeta? Vaya, en fin, el disparate de Niza:

Una tarde, al llegar a Niza,
el mar estaba verde-mar,
y corría por todas partes
sin pensar en más.

Cantaban los vinos del Sur
y, de la Jetée-Promenade,
a cada retumbo de ola
saltaba el vals.

Hicimos de modo que el tiempo
colgara en la puerta su afán,
y entró la noche en oro puro
y en cielo igual.

Hicimos más: sobre la playa,
los cangrejos de carnaval
medían la arena por cuartas,
y la medida era cabal.

Hicimos más: tú estabas de codos,
entregada al balcón del mar.
Hicimos lo que anhelan todos,
sin pensar en más.

5

Entrando a Italia por el Mont Cenis y el Dora Riparia, cambia el color del aire y, de pronto, se pone gárrulo el paisaje. En tiempo de aguas, hay momentos, entre las gargantas montañosas, en que parece que el tren corre sobre un río, como a la llegada de Venecia parece que corre sobre el mar.

Las viñas italianas se ven menos apretadas que las francesas, con amplias veredas para pasear leyendo: ... *Lungo le vigne caminando a paro.* Aparece, de pronto, un arco, muy sobrio, entre olivares.

Y luego, aquí tienen el valor del paisaje: no lo temen. Ved, en Turín, el Po y sus colinillas con casas, y el parque próximo, y los esquifes alargados, y los remeros de calzón corto y camiseta rayada en rojo y blanco. Por la orilla, regresa un cazador que no ha cobrado ninguna pieza. Pero viene contento, porque vuelve cargado de flores. En la boca de la escopeta, ríe una flor roja.

Pero las piedras mismas, en entrando a Italia, ¡se vuelven tan expresivas y elocuentes! Se explica uno las aficiones mineralógicas que el joven Goethe contrajo aquí para el resto de sus días.

Por la noche, al revelar la placa sensible del recuerdo, saco en limpio un especie de abanico de tarjetas postales, y lo que es peor, tarjetas a colores. Tal me deja la entrada a Italia: *pompier,* rotundo, facundo.

6

La primera cosa que me atrae en todos los pueblos que visito, y en las fronteras singularmente, es cierto gesto peculiar de orgullo de raza. Es un gestecillo suigéneris, distinto en cada pueblo, con que se afirma la individualidad frente al pueblo extraño y vecino. La mímica tiene sus fronteras: que los catadores de fronteras me entiendan.

Así, el contrastar orgullos de razas puede llegar a ser

una técnica, una ciencia, inaplicable a fines prácticos por ahora, pero cuyas posibles conclusiones futuras pueden ser trascendentales en la política. ¡Figuraos lo que será el llegar a catalogar y a ensamblar —a machihembrar podemos decir— el modo de preguntar de un pueblo con el modo de responder de otro! ¡Eureka, Eureka! ¡La recomposición de la unidad platónica del género humano, hoy despedazada en las mil figuras de un rompecabezas imposible!

Todo esto pensaba yo al entrar a Italia, raza de buen perfil; donde, cuando quieren ser observados, todos se ponen de perfil. (Desde los coches del tren, la gente curiosea y ríe sin disimulo.)

Quizá otra impresión produzca Italia abordada por otra orilla. Entrando de Francia, resulta silenciosa. El italiano de Turín habla suave, quedito, como hablan los sevillanos.

7

Italia es el único país que conserva la estética del sombrero masculino. Los hay de todas formas, y cada uno escoge el que acomoda a su tipo. Los militares son particularmente afortunados. Aún se ven la pluma del cazador —o del escritor— sobre la oreja, y la cola del gallo negro, deshecha y tornasolada, como de mosquetero; y también la gorra que se encaja doblando graciosamente el pabellón de la oreja. Este sentimiento estético del sombrero llega hasta la anulación de sí mismo, hasta la completa supresión del sombrero, que se sustituye entonces por un peinado en tormenta, en ráfaga, en alboroto, compatible con el bastón y los guantes.

A varios he oído hablar con entusiasmo, después de ocho días de viaje, del inmenso porvenir de Italia. Aunque me complazco yo mismo en esta creencia, como siempre hay que exigir precisiones cuando se anuncia el gran porvenir de pueblos que tienen gran pasado, yo las he exigido. Y todos, más o menos, me han dado esta única respuesta: "¡Esa hermosa juventud!" Y sin duda aciertan. Pero yo siempre he sentido

que han sido llevados a esta alta esperanza por sólo la recomendación de la buena cara, por instinto estético nada más —que no es poco. Los jóvenes italianos de ambos sexos se quedan pintados en los ojos. Esos tipos tan dibujados, tan elocuentes en la belleza o en la fealdad, acabaron por imponer la disciplina del dibujo sencillo y sintético a nuestro Diego Rivera.

Cuando Antonio Ramos me oyó hacer estas observaciones, tiró del canuto de la tinta y escribió, al descuido —improvisador impenitente—, estos renglones:

Nación que miras por la estética
de los sombreros masculinos;
—pluma de escribir en la oreja
de tus cazadores alpinos.

Nación que conservas el dejo
de la ópera de mis abuelos:
—¡oh gran cola de gallo negro
de tus mosqueteros domésticos!

He aquí: de pronto me sales
al paso ¡cuán inesperada!
Mont Cenis, y las piedras gárrulas,
y un arco —muy sobrio— entre olivares...

(La cornisa-resbaladera
me hacía rodar hasta Italia.
¡Soy un catador de fronteras
que contrasta orgullos de razas!)

E iba a continuar seguramente, cuando se dio cuenta de que todos hablábamos de otra cosa.

8

Turín (Augusta Taurinorum) más bien es ciudad para andar a caballo. Sus espaciosas avenidas piden y quieren al jinete, y necesitan el golpe de las pesuñas. Los últimos cochecillos de dos ruedas a todo trote... Los turineses todavía tienen ojos para los caballos, como los sevillanos para el agua

corriente, y como casi todos los pueblos para los fuegos de artificio.

Turín de las galerías y las estatuas y las plazas con grandes baldosas, las calles que son todas acera, y el ir y venir silencioso donde los conductores ni producen colisiones, ni se injurian, ni respetan reglas de circulación que sería inútil respetar; donde la gente de a pie anda por mitad de la calle como en un perpetuo Catorce de Julio.

El profesor Milorad Nedelkovich, de la Universidad de Belgrado, define:

—Turín: gran cuerpo de donde una parte del alma ha comenzado ya a marcharse. Osatura de gran capital, con una vida ya provinciana, pero en un momento de equilibrio o de tránsito que todavía es seductor.

Y el incorregible Antonio Ramos, sin el menor respeto para la Universidad de Belgrado, acude con su flujo de versos:

Plazas de glorias ecuestres
y baldosas de color.
¡Ojos que no se cansaban
de mirar, de mirar el Po!

Estación alpestre,
claro de sol.
¡Ojos que no se cansaban
de mirar, de mirar el Po!

Turín para andar a caballo
con la sombra de Víctor Manuel.
Bajo sus galerías rueda
—agua de siglos— cívico tropel.

Un pedestal la historia planta:
un torso nace y se levanta.
Gracias a Bonaparte, snob.
Gracias a Cavour, escultor.

Y la noción clara de que el ruido es cosa molesta: por primera vez en Europa, veo una mujer que parpadea y tiembla a los golpes de un picapedrero.

9

La naturaleza produce a los hombres por series, como Ford, como Citroën. Si supiera dibujar, os dibujaría el tipo medio de la mujer turinesa, y hasta del *chauffeur* de Turín. Siempre he sentido la inquietud de retratar juntos a ciertos hombres que, notoriamente, han sido cortados por la misma tijera. La Fisonómica insiste en estas semejanzas y quiere fundar con ellas una ciencia, entrando —para justificarse— por el laberinto de las secreciones internas. Pierre Abraham, en sus *Figures,* nos propone una serie de retratos de grandes hombres, y luego pretende resolver el problema de la significación de fisonomías, como si no estuviera resuelto de antemano. Los directores de cine, a pesar de su inmensa e insoportable pedantería, no parecen haberse detenido un instante a pensar en este misterio de los hombres en serie (a veces, el héroe y su rival son iguales), y casi nunca aciertan a dar esa sensación fugitiva de los parecidos familiares.

Los que viajamos entre América y Europa encontramos casi siempre, en Europa, el sosia perfecto de todos nuestros amigos de América.

10

Hay minucias de que nadie hace caso:

1.—En la Vía Roma, de Turín, la librería abierta toda la noche, como Picart, en el Boul-Mich, de París.

2.—Los cuervos que pasean por los techos de la Ópera de París.

3.—En Milán, los balones de hidrógeno para los niños abundan tanto, que hasta se los encuentra dentro del Domo, en plena función religiosa. (Los balones lucían de preferencia los colores italianos: los mismos de nuestra bandera.)

4.—En Florencia, abundan las ventanas de color verde caramelo.

5.—Es de creer que la Luna nació en Venecia.

6.—En los pianos de Venecia, se oía música tan vieja,

tan vieja, que parece música de Circo. ¡No me hubiera asombrado, de pronto, oír hasta el Carnaval de Venecia!

Entre prosaico y lírico —muy a lo de ahora— Antonio Ramos, pensionado de su gobierno, garabateó de repente estos versos, y dejó en ellos su impresión confusa de unas cuantas horas en Milán:

La Scala alterna con la jazz band,
y Marinetti descansa en paz.

Milano no está aquí,
ni está en el cementerio aquel:
esculturas entre no y sí,
hechas en un dos por tres.

Los pensionados del Ejecutivo
buscan en vano a su Cónsul nativo.

Tenor clara de huevo en la garganta,
y en el Corso la tiple sin contrata.

El Castillo Sforzesco, dulce y mudo.
La Catedral en mármol sobreagudo...

Milano no está aquí:
está en su vergel,
donde cada mañana corta Vinci un clavel,
y por las noches borra la Cena con el pincel.

Ese aire entre palacio destartalado y cocina ruidosa que tiene Génova hizo prorrumpir así a Antonio Ramos:

A Génova, tan ostentosa,
le estorban, le estorban
las cuatro patas y la larga cola.

Hormiguero en traza disforme,
se le ve revolverse, torpe,
de la Circunvalazione al Monte.

A Génova, tan ostentosa,
la sustentan —columnas toscas—
los brazos nudosos de Andrea Doria.

Pero sopla el mar y la barre,
y se lleva cargadas sus naves
de hombres hasta Buenos Aires.

Y Génova suda,
y Génova jura,
y Génova bebe,
y no logra ponerse alegre.

El olor de cocina cunde por los palacios.
El fumador se ahuma los mostachos.
Entre los barrios, hechos laberintos,
se oye bullir la cólera de las madres de hijos.

Ya la lona del barco es todo el cielo.
Alguien, a grito herido, entona un desconsuelo.

Pero fue al cruzar la frontera donde la "ecolalia" de Antonio Ramos alcanzó sus extremos, porque tuvimos que soportar los enojos de las aduanas mientras él, en venganza, berreaba sus mal pegadas razones:

¡Oh frontera, Minotauro
que todos los días comes
cerraduras de maletas
y visas de pasaportes!

Eres, frontera, vestigio
de la ofensiva prehistoria,
y a los pueblos, lo que al hombre
el residuo de la cola!

Y todavía al llegar al Hotel de Francia, se enfrentó con su veterana maleta y dijo así:

Maleta:
          fiel, entre las fieles,
que desde América me sigues:
ya —entre cruces y cicatrices—
traes siete sellos de más de siete hoteles.

11

Con toda la aproximación y el error de cálculo que gustéis, Florencia es a Sevilla como Venecia es a Toledo. Florencia y Sevilla son las "otras capitales"; las segundas capitales, las ciudades aristocráticas a las que faltó cierta

rudeza para alzarse con el imperio político. Venecia y Toledo son resúmenes únicos de historia nacional, creaciones casi artificiales aunque, paradójicamente, producidas por el solo acarreo del tiempo. No se puede vivir en ellas. Se asoma uno y las admira, pasea por ellas a gusto, y nada más; como por entre unas bambalinas.

Castilla no puede tener capital moderna. Madrid es todavía andaluz. Madrid es una capital andaluza. Es una Andalucía más precisa, más dura, más sintética. Nada más.

12

Hay un reloj de sol en Durango, y hay un reloj de sol en Elorrio empotrado en alguna adusta fachada, de esas que ostentan escudos de piedra envueltos en luctuosas gasas.

Hay un reloj de sol en el patio del Municipio de la Rochela, maravilla de arcadas y pilares toscanos donde vibran los trofeos y las cifras de Enrique IV y María de Médicis.

Rodríguez Marín sabe de un reloj —"la reloja"— en cierta aldea de Andalucía, al cual los vecinos le pusieron tejado para que no se estropeara a la intemperie: en suma, para que el sol no lo molestara.

Y yo sé de un reloj de sol al que va a haber que ponerle cuerda, agujas y campana y repetición, porque ya todos creen más en la mecánica terrestre que en la celeste, y porque ya el curso de los astros y la gravitación universal comienzan a hacerse sospechosos.

El Duque de Vistahermosa, Jefe del Protocolo y Segundo Introductor de Embajadores de España, ha escrito un libro sobre el reloj: propia ocupación de señores; que así (con permiso de Jorge Manrique),

> que así no hay cosa más fuerte
> que a sabios, emperadores
> y perlados,
> así el reloj los divierte
> como a los pobres pastores
> de ganados.

Mientras Bergson atiza la caldera de la "durada real", todos estamos como cazadores emboscados, dando tajos a la garganta de las Horas con la espada de matar el tiempo; haciendo fuego sobre las liebres de los Instantes con la escopeta de matar el tiempo... El reloj: este gato de las matemáticas.

13

Pero Elorrio tiene también bailes de muchachos en la plaza, al son latiente y triste de tambores y de pitos.

Y tiene, además, un antiguo balneario de los Padres Agustinos franceses —Barrioxioa— que en vano pretende competir con Lourdes, porque sus aguas hasta hoy sólo han hecho muy contados milagros.

Y tiene, además, calles enteras de carácter vetusto, intactas, como las cuajó, las congeló o las puso a dormir la vara del hada, o el anillo prestigioso del genio, hace cuatro siglos. Abundancia de carácter en poco espacio; casas pequeñas y fuertes, de piedra honrada, de escudo cual medallón al pecho, con tal rasgo bélico en el muro que viene a ser como la cacha del cuchillo a la cintura, y con un tejado sobre los ojos a manera de boina vasca.

A esta captación de carácter en poco espacio, corresponde la extraña captación de espacio que la iglesia resuelve, por cierto dentro de unas dimensiones muy moderadas. Recomiendo esta iglesia como acertijo geométrico.

Elorrio es un racimo prieto y pesado.

14

Yo sé que Théophile Gautier tuvo frío en el Escorial. Salió de Madrid en un cochezote de aquel tiempo, y se fue divirtiendo en ver cómo las piedras se iban metamorfoseando en rocas. Hasta que de la última roca, la más maciza y grande, nace el Monasterio de San Lorenzo.

Yo sé que le desesperó aquel trazado de arquitectura en cuadrícula, imagen de la parrilla de San Lorenzo, adivinación de cubismo, obra en fin del mismo Herrera que compuso cierto *Discurso del cubo.*

Yo sé que aquellas piedras chupan y van digiriendo el alma. Yo sé que asustan los nubarrones negros que vuelan sobre la Sierra, mientras los techos de pizarra, heridos por el sol a mansalva, llamean debajo como ascuas vivas. Yo sé que, después de meditar en el Pudridero Real, y tras unas horas de visita, da miedo que lo encierren a uno para siempre dentro de aquellos muros, y entra esa vaga opresión que se apodera de las mujeres cuando bajan a los subterráneos.

Yo sé —amigo Ortega y Gasset— que El Escorial es el credo de piedra que más ha pesado sobre el mundo después de San Pedro de Roma.

Pero, por mi cuenta, he descubierto ternuras y arrullos entre tanta austeridad y grandeza: corredores de yerba donde daban ganas de ser lagartija y tenderse al sol; ventanas desde donde gritan y ríen unos chicos aprendices de fraile que inyectan al monasterio un disimulado y renovado temblor de travesura y de infancia. En el huerto de la Herrería, la égloga de la amapola y del trigo, y las mujeres del pueblo que se peinan al aire libre.

Y luego, unas emociones casi perdidas. ¿Cómo diré? Emociones "preparatorianas": recuerdos de mi Escuela Preparatoria, de mi San Ildefonso de México, sin duda evocados por las combinaciones de patios y arquerías que forman el Colegio Grande, el de Pasantes y el Colegio Chico.

Y aquel patiecito diminuto, casi de juguete y ciertamente amoroso que —con todas las salvedades históricas y estéticas— es un parangón del Patio de las Muñecas en el sevillano Alcázar de almíbar. Sino que en el Escorial hay más almendra, y en Sevilla más miel.

Y en fin, el pabellón rojo de San Mauricio llameando sobre el mar del aire. Y San Mauricio, cien veces él mismo, incorporado en cada uno de los caballeros que forman muchedumbre, y proyectándose como con un chasquido hasta el cielo.

15

Encuentro fácil hacer un poema tipográfico sobre Sevilla. (Atención, tipógrafos: he dicho "tipográfico", y no "topográfico".) Para esto, acostaremos la S del Guadalquivir; pondremos allí cerca la O de la Plaza de Toros (la plaza donde Don José mató a Carmen); y encaramaremos de un modo proporcionado las letras que forman los nombres de la TORRE DEL ORO y la GIRALDA, de manera de recordar un poco la arquitectura de ambas torres. Aquí del regente de imprenta: la A final de la GIRALDA, como vendría a quedar en la punta de la veleta, donde aparece la imagen de la Fe con una flámula, podía llevar un adorno o aspa triangular, algo como una pluma en la oreja. La TORRE DEL ORO se escribiría al contrario, de arriba abajo, porque la T mayúscula figura muy bien el remate de la torre. Todo lo demás se llenaría con letreros que dijeran PATIOS - JARDINES - JARDINES - PATIOS. Por el Norte, dos óvalos, dos caras elementales de vírgenes mártires —Santas Justa y Rufina— haciendo los ojos y la boca con puntitos y rayas. Y por el lado de Itálica y de Camas, unas letras entrecortadas, borrosas por el tiempo, que dijeran: "Éstos, Fabio, ay dolor'"... [Ver *Cortesía,* 1948, pág. 23.]

16

Y a propósito de Santas Justa y Rufina, recuerdo que en la Iglesia Salesiana hay unos mosaicos con imágenes y letreros en que el humilde artesano ha copiado sonido a sonido el habla popular de Sevilla, de modo que bajo la imagen de Santa Justa, se lee: SANTA JUTA.

(Père Mathurin,
Pronnoncez bien!
Pour s'tromper suffit d'un rien.)

También hay un Simón que está diciendo: "Ave María", y que está diciendo también que el artista que lo hizo era "ceceante", porque lo ha llamado valientemente: CIMÓN.

(Ya se sabe, oh Swift, que los andaluces se dividen en dos bandos irreconciliables: los "seseantes" y los "ceceantes".)

17

Estas hermanas siamesas del cielo de Sevilla me han inspirado una pequeña fantasía que anda en otro libro.*

Amo a Santa Justa y a Santa Rufina con igual devoción, con igual amor intelectual.

A la una me la figuro morena, y a la otra, castaña. La una me parece el sistema, y la otra la divagación.

Una es el nombre, y la otra el eco.

Ante las dos sacrifico silogismos de todas las figuras.

Ante las dos emprendo mis juegos malabares con los cuchillos de las ideas.

Amo a Santa Justa y a Santa Rufina en un adulterio de oración; en un bizqueo teológico cuyas consecuencias, para mi salud espiritual, son —¡ay!— harto previsibles.

En mi fuero interno, digo a Santa Justa lo que quisiera decir a Santa Rufina, y viceversa.

Soy como aquel que, en México, servía dos señores, y al Licenciado le llamaba Ingeniero, y al Ingeniero, Licenciado.

¡Oh mártires vírgenes, sin Memling que las inmortalice, en otra nueva arquilla, como la de Santa Úrsula en Brujas!

¡Un Memling que se equivoque al pintarlas, y ponga a Santa Justa los ojos de Santa Rufina, y a Santa Rufina las ojeras de Santa Justa!

¡Un Memling que haga de ellas algo como una paloma de dos cabezas, para que la gente las confunda y se confunda, y tenga que rezar, como yo, a Santa Justina y a Santa Rufa, o a Santa Rujina y a Santa Fusta!

* Ver, adelante, "El origen del peinetón", en *Calendario*.

18

El sol de Madrid es claro y preciso, de diamante puro. El de Sevilla es de oro viejo, a veces algo azafranado —casi como la arenilla de la Plaza de Toros cuando la Feria— y siempre un poco borroso en su dulzura. El sol de Madrid desviste. Envuelve y acaricia el sol de Sevilla. Y con las brumas del Guadalquivir, no es extraño encontrar en Sevilla, por invierno, unas perspectivas nebulosas. Con escándalo de los clásicos, el llorado amigo Izquierdo decía: Sevilla es la "Ciudad de la Niebla". Entretanto, el sol de Madrid se tiende a lo largo de Alcalá para contrarrestar al viandante y, llameando en el fondo, sobre el capirucho de vidrio del Ministerio de la Gobernación, entra a matar como buen diestro, o nos espera resistiendo por todo lo alto, y nos clava el estoque en los mismos ojos. [Ver "Pandero", *Obra poética,* 1952, pp. 116-117.]

Ello es que el sevillano disfruta de los colores más que el madrileño. En la meseta metafísica, Apolo claro mata el color a saetazos. En las vegas de la Tablada —Sevilla es vega del Guadalquivir— entre la luz y sombra del día, un día regido de lejos por la colina de Itálica, cuya proyección crepuscular cobija a Sevilla y le hurta las claridades últimas, Sevilla, más que por sus líneas, vale por sus colores. En tanto, el sutil esqueletillo de las acacias invernales enseña a los madrileños un sentimiento casi japonés del dibujo.

Y así es que Sevilla abuse de los azulejos. Esos azulejos que Montalván, el buen alfarero de Triana, quiere aclimatar hasta en el oficio de rejas, bajando al hierro de su trono.

En Sevilla, el americano siente que ha llegado a la puerta del Nuevo Mundo; que empieza América, y de Nuestra Señora del Buen Aire se parte para Buenos Aires. La visión de Sevilla era la última norma de ciudad que los españoles llevaban en la mente. En el hampa de Sevilla se reclutaban marineros y soldados voluntarios para las Antillas y Tierra Firme. ¡Hasta los patios y los naranjos de Sevilla me recuerdan mi casa de Monterrey!

No entiendo bien en qué se funda la rivalidad entre Sevilla y Granada, si no es porque las dos son bellas. Concibo,

como en el *Diablo Cojuelo,* que se las puede casar en un solo amor a lo largo de todo el año: "El inviernito en Sevilla, y el veranito en Granada."

No hemos dicho nada del encanto erudito de Sevilla, los átomos de literatura suspensos en el aire y que se respiran naturalmente; aquello de haberle gustado tanto a Cervantes; aquel recuerdo constante de Don Pedro el Cruel que, para Sevilla, será siempre Don Pedro el Justiciero; aquella evocación doliente de Alfonso el Sabio, Alfonso el infortunado, que amó a Sevilla como a una mujer y se ató a ella con el nodo, con el lazo en forma de 8 que figura en la divisa de la ciudad, partiendo en dos sílabas la palabra No-8-DO... El pueblo descifra este emblema como jeroglifo, ve en la figura del nodo o nudo una madeja, y lee así: NO-MADEJA-DO; No m'ha dejado, que viene a decir lo mismo, y es lo que el muro o el tronco dicen de su yedra.

A cada paso, la evocación de Cervantes. Parece que don Francisco Rodríguez Marín se hubiera puesto, un buen día, a recorrer la ciudad, con una escala de cartelero a cuestas, y pegando sus papeletas cervantescas por las esquinas: "Aquí se hablaron por primera vez Rincón y Cortado." "Aquí fue el coloquio de los perros Cipión y Berganza." "Éste era el patio de Monipodio." "Aquí fue la Cárcel de Sevilla, donde hoy se juntan a jugar unos señores que no están en la cárcel." "Todas las sevillanas que lean este letrero serán como la cautiva de Cervantes, que tenía socarrado el corazón por un morenico fogoso", etc.

19

En Itálica, el gitanazo que se me improvisó guía me obligó a comprarle unas lamparitas de barro y, en su hiperbólica ignorancia, hasta me hizo ver el Arco de Trajano.

Yo, más que a las ruinas, iba prestando atención a los gritos del pueblo:

—¡Isabei! ¡Isabei!

—¡Niñoooo! ¡Niñoooo!

Y luego, en torrente sin equilibrio, hasta dar con el acento en la sílaba final de la frase:

—Ven - a - ver - a - tu - padre - que - se - ha - puesto - la - chaqueta - larga - y - el - pantalón - cortoooo!

¿Cómo, en pocos años, se ha podido borrar en mí el recuerdo de las ruinas, o confundírseme con el de las Arenas de Burdeos o de París?

Me esfuerzo, y otra escena es la que resucito: la del regreso a Sevilla, a pie, por un campo iluminado de estrellas y un cielo transparente, a lo largo de la vía férrea, y pasando a todo correr los puentes para evitar las locomotoras que jugaban conmigo al ratón y el gato.

20

En el Ateneo de Sevilla inventaron una costumbre. Los escritores y artistas se mezclan fácilmente con los obreros y artesanos. Para el Día de Reyes, se disfrazan tres prohombres de Reyes Magos y hacen, por los barrios pobres, una distribución de juguetes para los niños.

Reciente la muerte de Galdós. Un chiquillo macareno se acerca al Rey del manto blanco y, con un carboncito en la mano y esa precisión exquisita del hombre que ofrece un alfiler, le dice con una gracia sin chiste:

—¿Le pinto a usted una rayita negra en el manto?

—¿Para qué?

—Para que lleve usted luto por Don Benito.

Y tenía la misma expresión pícara y rara del niño que aparece en el gran retrato de Mañara, en el Hospital. (Tan inexplicable, tan inesperado ese niño. Parece una mala idea del viejo converso, que temiera ver brotar del suelo y salir de debajo de la mesa a sus posibles bastardos.)

21

Los ojos hechos a ver correr el agua, el agua de todos sus patios. Y, lo mismo, hechos a ver desfilar la corriente huma-

na, por las calles. Los círculos tienen, en vez de balcones a la calle, grandes vitrinas. Y los socios se sientan detrás, como figurines exhibidos, a ver pasar la gente. Difícil ejercicio para el que no haya nacido sevillano. Allí se están las horas largas, solos, sin hablar, arrellanados en un sillón, siendo a la vez jueces de la calle y espectáculo u objeto de juicio para la calle.

Una vez había un señor muy gordo detrás de la vitrina. La naturaleza pródiga jugaba con los dobleces de sus mejillas y su sotabarba, se encarrujaba viciosamente en sus orejas, se abultaba en sus ojos, se hinchaba como un aeróstato en aquel abdomen, y seguía retozando hasta abajo por los almohadones de las piernas.

Y una sevillana que pasa se detiene frente a la vitrina, da un golpecito en el cristal con el dedo, y pregunta sencillamente (y otra vez aquí esa precisión de alfiler):

—¿Es de aumento?

22

Una noche en Sevilla, allá por las afueras, allá por las murallas, donde la muralla se reviste de yerba como cara mal rasurada; allá por la madrugada en que todo paso es temeroso y las voces suenan a gritos, una mujer borracha que iba de juerga entre dos soldados cantó a desgañitarse esta copla que no quiero olvidar:

A la una de la tarde,
junto a las doce del día,
se revolcaba en su sangre
el hombre que más quería:

¡Ya pagó lo que debía!

23

En Bayona, el río lo crea todo:

Arriba de la ciudad,
cielo y luna engendra el río.

En Bayona gocé de un cuarto con ventana a un mar de tejados. Como había luna, los tejados cantaban. La luna bajaba y subía, rebotaba sobre los tejados, rodaba, hacía montaña rusa. Y, de repente, vino a fijarse en mi ventana, enorme, congestionada y creciente, como esas caras trágicas del cine, que se inflan hasta invadir todo el cuadro de proyección.

Le arrojé un zapatón de alpinista —uno de esos zapatones claveteados que, valga el chiste, siempre caen de pie—; me volví del otro lado, y comencé a fingir que roncaba.

24

Recorred las carreteras de los Pirineos en los techos del auto, y esquivando el bulto cuando las ramas de los árboles quieran arrancaros el sombrero o rasguñaros la frente. Sólo así disfrutaréis de aquel torbellino de abismos, digno ya de nuestra América.

Bayona, para proveerse de ropa de lana; St. Jean Pied de Port, donde se comen los buenos cangrejos; Roncesvalles, donde ensayar algún aire de Olifante; la dulce posada de Burguete, en que hay los mejores platos de España (y nadie lo sabe); Valcarlos, el de beber bajo los árboles vino espeso y negro; un descenso en la barranca de Orive para tomar un baño; y luego, a Pamplona para alcanzar la fiesta de Carlos III el Noble, el que hizo la paz entre los tres burgos; para contristarse un poco ante el romántico y destartalado Museo Sarasate; para sentirse Arcipreste en la Sala Capitular que tiene el más claro, famoso, grande, abierto, generoso, entusiasta y franco balcón sobre la luz del cielo y la paz del campo.

No toméis allí los autos rojos, sino los amarillos, que son preferibles en todo, para bajar todo el valle del Baztán —polvo y calor, borrachera de barrancos en oleajes monótonos o en ombligos y embudos— hasta el delicado pueblo de Elizondo. Allí descansaréis un día y una noche, para así lle-

varos el regusto: "¡Si hubiera yo podido quedarme una semana!"...

Y regresad luego por el ferrocarril del Bidasoa hasta Irún. Y pronto, a San Sebastián o a donde sea, que ya ha de haber un montón de cartas y telegramas ansiosos de respuesta.

Y volvéis a los cuidados de la ciudad, quién sabe si más sabios que antes.

25

Castilla: Italia

La "primavera amarilla", de Juan Ramón Jiménez, bastaría para reconciliar a los de gusto mentido con ese color delicioso que participa del honor del dorado sin las desventajas ostentosas de ser metálico, y que tanto se parece a la luz, a la luz solar.

Esta reivindicación del amarillo me hace falta, antes de juntarlo con el azul —que es color ya penetrado de sombra y de cierto frío—, para que nadie piense que establezco categorías de nobleza entre estos dos hijos del espectro y, por consecuencia, entre las dos manchas del planeta que estos colores, un amanecer de viaje, me parecieron simbolizar.

Poco amigo de la psicología de los pueblos, pero obligado siempre a hablar de estos temas que la Gran Guerra, a pesar de su ya naciente descrédito, volvió a resucitar, no he podido menos de arrastrar conmigo, en mis viajes, entre uno y otro trago tónico de frontera, estas sombras de ideas, estas generalizaciones tan verdaderas como tan falsas, sobre si en tal nación los hombres se dan de tal modo, y en la otra la planta humana crece con estas otras flores y estas otras espinas.

Pero nunca sospeché la sorpresa que me reservaba una de las más modestas y predilectas experiencias del hombre cansado que, al salir de un tren y entrar en un hotel, olvida por un instante el fardo de sus bienes en manos de los profesionales del transporte, deja caer en desorden las sucesivas pieles de víbora con que la civilización lo ha vestido y vuelve,

con una sed cósmica y difusa en toda la epidermis, al elemento primordial de la vida, al agua materna.

La hora del baño, fecunda en meditaciones para los que saben estar solos y aprovechar hasta las pequeñas solicitaciones del aseo personal, me dijo, una mañana de Italia, graciosas palabras de compromiso sobre la psicología (¿la psicología?) de los pueblos —palabras que no sé si entendí.

Porque, en mi Madrid, el agua de la bañera era siempre amarilla, como las llanuras de Don Quijote bajo el santo sol de las tardes; como las desteñidas túnicas de los monjes; como las lejanías "encanecidas de huesos" donde llora el verso de Quevedo; como la Novela Picaresca, ¡tan amarilla!; como el Cristo de Velázquez —llama en fondo negro— o los Cristos escurridos del Greco, que figuran una descomposición de místicas larvas.

Y, en las bañeras de los primeros hoteles que pisé en Italia, me bailó a los ojos el agua azul; azul como los cielos de aquella literatura y como los mantos a que sus pintores son tan afectos (toda la paleta de Venecia y buena parte de la florentina); como los ojos de las "mujeres angelicadas" de Dante; como las afectaciones etéreas de su retórica renacentista.

Y toda una gama de matices y cambiantes entre el amarillo y el azul pudo ser la historia de las relaciones entre ambos pueblos, y sobre todo en la era de sus realizaciones más altas, cuando el beso sensual de Italia hacía palpitar el seno de Castilla.

1925.

DE SERVICIO EN BURDEOS

I. EL VIAJE

VUELVO a Burdeos contento, porque voy en compañía de "Azorín", y aplico al revés la frase de Lope en el segundo libro del *Peregrino:* "...que es insufrible trabajo caminar al lado del que, por lo menos, ignora la lengua latina, cuando no sepa otro género de facultad".

—"Azorín" —digo yo—: usted se preocupa de los "capicúas" en su *París bombardeado.* Vea usted: este vagón es el número 626.

A poco de arrancar el tren, momento típico en la literatura y en la sensibilidad de "Azorín", éste me muestra las luces de Madrid y me dice:

—Las luces de Madrid. Ahora la gente está en las fondas, los cafés, los teatros. Y nosotros nos vamos a Francia, en este tren.

Se despierta y se afeita a las cuatro de la mañana. Conoce mucho el camino: va presintiendo los paisajes. De cuando en cuando, cae una cita de Gautier sobre España.

—Eso le gusta mucho a Baroja —y sonríe.

Una cita de Victor Hugo sobre Pasajes, y sobre las cumbres, donde no hay un solo ruiseñor, que el poeta romántico llama: "nidos de ruiseñores".

—Eso le divierte mucho a Baroja.

Arriba de Miranda de Ebro, me dice:

—Verá usted cómo, al entrar en tierra vascongada, cambia hasta el color de la atmósfera.

El campo de Burgos —lomas de verdura con racimos de árboles— comienza a mudarse en unas como sobrepuestas cumbres de rocas. A poco, hay ya cimas entre nubes, verdura compacta, hondonadas donde se miran caseríos, cascadas.

—He aquí el paisaje de los románticos. En Castilla, los pueblos se destacan sobre el azul del cielo; en tierra vasca, sobre el verde azul de la montaña. Note usted que aquí hasta la máquina hace menos ruido.

Hay, sin embargo, muchos túneles donde, al paso del tren, aúlla la piedra.

En alguna estación hemos visto una locomotora que se llama "Hernán Cortés". "Azorín" me dice que hubo una "Moreno Nieto", y otra "Tirso de Molina", sobre la cual "Clarín" hizo un cuento. El mismo "Azorín" escribió un artículo cuando los acorazados franceses fueron bautizados con los nombres de Renan, Descartes y La Fontaine. Como alguien alegara que el nombre de La Fontaine parecía impropio en un acorazado, "Azorín" recordó que La Fontaine había dicho: "El mejor derecho es el del más fuerte."

—Nunca se pasa el Bidasoa sin emoción —me dice "Azorín"—. Vea usted: es cosa de un instante: ya fue.

Y mata la expresión de su cara, que es, en él, la señal de emoción más viva.

Almorzamos en el Eskualduna, mirando el mar, donde un barco adelanta, formando una ceja de espuma por la proa. Después, asistimos a la distribución del pan en Hendaya. Se ve, a lo lejos, el contorno de Fuenterrabía, donde los exagerados románticos franceses encontraban ya sabor de cosa oriental.

Volvemos al tren. Ya tarde, pasamos un pueblo cuyo reloj tiene una inscripción que dice: *Ultima necat.*

—Baroja lo recuerda mucho.

Y pide un vaso de agua de Vittel.

—¿Ha probado usted el agua de Vittel?

—Sí, y hasta la he tomado por régimen.

—Tiene en la etiqueta un hombre gordo parecido a Sainte-Beuve.

—Sí; y una divisa digna también de Sainte-Beuve: *Qui s'y frotte, s'y pique.*

II. LA PAZ

Me tocó presenciar la llegada del Gobierno de París a Burdeos, el año de 1914; y hoy, 28 de junio de 1919, me toca presenciar, en Burdeos, los regocijos de la paz. Este gran día me parece que, de no pasarlo en París, hay que pasarlo en Burdeos, segundo corazón de Francia.

En las ventanas ondean los pabellones aliados. Anoche, a mi llegada, había en la ciudad un aire de fiesta. La gente se gastaba bromas por la calle. Frente a un café, una prestidigitadora improvisada hacía maravillas con la "moneda china": "Juego limpio, señores: aparece y desaparece." Hay en el aire ansias de cantar: entraban por la ventana abierta.

A las cuatro, comienzan, en Queyries, las salvas de artillería. El señor alcalde de Burdeos se interrumpe un instante y me dice, pálido: "¿Oye usted? La paz se ha firmado." Y el comercio cierra sus puertas.

Por la noche, animación en las avenidas, retreta de antorchas. Los soldados, marchando al son del clarín, agitan unos farolillos venecianos. Las mujeres se agolpan para apagar las velas que unos chuscos llevan encendidas. Los estudiantes americanos bailan en ronda o corren las calles cogidos de la mano. Desfilan, con banda a la cabeza, las tropas de guarnición. En lo alto del Teatro encienden luces de bengala. La Casa Municipal arde en fuego vivo.

Un viejo que se siente muy viejo tiene la feliz idea de hacer que su nieto grite por él. El chico se le ha encaramado en los hombros, y va soltando alaridos patrióticos. El grupo simbólico recorre, entre aclamaciones, las avenidas de Tourny. Todos comprenden que aquel viejo del 70 ha perdido a su hijo para salvar a su nieto.

Una expansión de buen humor nada tumultuoso. Ni furia, ni atropello. Unas horas de asueto nada más. Los hispanos miran con sorpresa tanta mansedumbre, tanta regularidad en esta multitud que anda suelta por las calles y no rompe un vidrio ni arma escándalo.

¿Por qué, hasta en la alegría, tal gravedad profunda? Inconscientemente, asocio el fenómeno con los nombres de las calles, que he comenzado a leer sin darme cuenta: *Esprit des Lois, Montesquieu, Piliers de Tutelle,* consejos de civismo y mesura que parecen imponerse al simple transeúnte. Aceptaron, sin extremos, la guerra. Durante la guerra, según el testimonio de la literatura de trincheras (al revés de lo que pasa en la correspondiente literatura alemana), la queja, el lamento, estaban prescritos del argot del poilu. Hoy aceptan, sin estremecerse, la idea terrible de la paz. Tienen lo que llamaba Gracián "ensanches de ánimo", vastos espacios de alma donde rueden las alegrías y las penas.

Además, en la Biblioteca Municipal, de puño y letra de Montaigne (letra pequeña, caligráfica y regular) he leído no hace muchas horas: "El goce profundo tiene más de severidad que de alegría."

III. PIEDRAS

Es BURDEOS ciudad monumental, abierta en avenidas y parques, abierta al cielo, abierta al río, donde se mecen embarcaciones llenas de gallardetes y flámulas. Y, como otros barcos inmensos, salen al paso, desde el fondo de las anchas calles, unos edificios de piedra negra y plateada.

En Castilla, la piedra comulga con el sol: amarillea casi siempre. Es de oro en Salamanca, y se pone cenicienta en Toledo. Pero adelantemos hacia el Norte: la piedra comienza a ennegrecerse, contrastando con las zonas ahumadas unos toques claros, metálicos. Ya en Burdeos, los edificios parecen hechos de carbón y de plata.

—Conviene no generalizar —me dice el Rector—. Note usted que, en Tolosa, hay el tono rojizo de Salamanca; advierta usted que, en Rohan, la piedra es menos oscura que en Burdeos; recuerde usted que, en París, el Louvre, con ser más antiguo, es más claro que este edificio de la Rectoría, que data del siglo XVIII, y cuyo patio, acero oscuro y carbón, admiramos desde esta ventana.

Negra y plata es la iglesia Catedral de San Andrés, del siglo IV y de los años de ochenta. Y la Santa Cruz, del siglo V. También la famosa San Miguel, donde están las momias conservadas naturalmente por la tierra calcárea; y la de San Serenín, de los primeros siglos cristianos. Igual color o descolor en aquellas construcciones del siglo XVIII, que se descubren por su altura moderada —como todo en aquella época—, por estar concebidas a la medida del hombre y dibujadas en generosas plazas: tales las casas de la Aduana, por toda la avenida del muelle.

De carbón y plata son las puertas monumentales que aparecen aquí y allá: unas —góticas, de arcos bajos, torres redondas, flechas puntiagudas—, buenas portadas para libros de caballería. Otras, según el canon de los Luises de Francia: columnas, festones, alegorías, pequeños partenones —buenas portadas para libros históricos.

Ahora mismo, al alzar la vista, contemplo, bajo la lluvia, que es una redecilla fina y gris, la fachada oscura del Gran Teatro, sobre la cuál se destacan, esbeltas, las columnas blancas. El suelo, de lluvia, se ha puesto negro. Arriba, lanzan destellos las pizarras mojadas.

Este llover de Burdeos ha dado lugar a dos o tres frases hechas. Todas las nubes de Francia vienen a deshacerse en Burdeos. No hay más que tomar la lluvia a risa y vengarse de ella con palabras.

Subc desde la calle el grito de un vendedor de periódicos:

—*Bordeaux-Midi*, avec la pluie!

Y Burdeos, como un gran barco salpicado de olas, deja ondear, al aire, las banderas de sus edificios. De pronto, en la fresca ráfaga del viento, la calle misma es un ancho puente de navío; los pregones de los vendedores, charla marinera; la bocina del auto, un toque de maniobra. Y sale de mí, confusamente, el impulso de desplegar la vela. —Ondean las banderas.

IV. LA DESPEDIDA DE LOS AMERICANOS

A LOS cuatrocientos estudiantes americanos, el alcalde de Burdeos ofrece una fiesta de despedida. El Hôtel de Ville, antiguo palacio episcopal, tiene un jardín público muy francés, muy provinciano, donde andan la luz amarilla y la luz verde. Hay fuentes, estatuas, setos de flores, árboles, rejas; sillas y bancos donde vienen a sentarse unas ancianitas vestidas de negro; donde hacen labor las niñeras y las madres jóvenes, mientras corretean los niños.

Al fondo, está el pabellón de arte moderno, ocupado ahora por la Exposición Española: la anuncian las colgaduras con el león bordado, las banderas amarillas y rojas. El jardinero municipal ha tenido una cortesía exquisita: junto a la Exposición, hay un parterre con los colores de España.

Toca la banda en el jardín, y la multitud se agolpa en las rejas, porque hoy se ha cerrado la puerta al público.

En un salón blanco y dorado, el presidente de la Cámara de Comercio se dirige a los americanos. Habla en francés y en inglés. Lleva unas barbas de profeta. Su mesa tiene celebridad europea. En su casa se sirven los mejores banquetes de Francia. Se llama Monsieur Gaustier, no hay que olvidarlo.

El alcalde despide a los americanos en nombre de la ciudad. Usa una barba puntiaguda; es moreno; tiene una mirada penetrante. El pellizco de los lentes le ha dejado exangüe el entrecejo. Me cuentan que lleva siete años de alcalde, porque durante la guerra este funcionario no puede ser removido. Allí sólo un cargo es inamovible: el del gato del Hôtel de Ville. El gato anda por el jardín. Ahora acaba de saltar a la ventana, para ver el espectáculo desde afuera.

El profesor Armstrong, de la Princeton University, responde por los americanos. En el uniforme militar, alto, flaco, de pecho hundido, bigote cortado y gris, espejuelos de oro, se sacude un poco, como para sacar del cuerpo la voz, con gran trabajo. Habla en francés, lentamente, con visible

esfuerzo material, pero con notable seguridad sobre lo que ha de decir. Es sutil, amable, risueño. Un poco predicador. Muy psicólogo. Dice que americanos y franceses han aprendido a conocerse: ni todos los franceses eran ligeros, ni todos los americanos eran acróbatas. Es poeta: "En medio de vuestros dolores —dice— habéis tenido para nosotros sólo sonrisas." Pero, en el fondo, y a pesar de su pecho hundido, Mr. Armstrong es también algo acrobático: habla largo, largo... Tenemos amigos comunes: conoce a los instructores de español que el Centro de Estudios Históricos de Madrid acaba de enviar a los Estados Unidos. Me habla de Federico de Onís; recordamos al pobre Jaén y sus conferencias sobre España.

Después del *lunch*, el concierto, en la Sala de los Matrimonios. Un señor rojo y carirredondo, tipo del burgués comunicativo, de bigote y barba en forma de cruz de puñal, habla a los estudiantes americanos de que allí mismo se casó él, y lo cuenta y lo repite otra vez a cada grupo que se le junta, como si se tratara de una hazaña digna de memoria. La salita tiene forma de teatro. En el fondo del escenario, hay un tapiz de 1792 —*Le mariage civil*— que causa los entusiasmos de algunos estudiantes. No han visto en todo el Louvre —dicen— nada más bello: la costumbre del superlativo, único recurso de ponderación para una mente rudimental. Yo los invito a ver, en la Exposición Española, los tapices de Goya...

Pero he aquí que las mujeres de Francia salen a bailar danzas antiguas. Una de ellas tiene un nombre ilustre en el siglo XVIII, que todavía recuerda Verlaine; se llama Camargo.

La Gavota de Armida, el minué del Bourgois-Gentilhomme, el Tambourin de Rameau: las trenzas de los brazos, los compases de pies menudos, el ramo de flores —moviente— de las caras.

> *Mme Germaine Boularé* —dice el periódico— *la toute gracieuse bordelaise, qui, une fois de plus, a fait apprécier le charme et la beauté de sa voix, la finesse de sa diction; M. Sterlin, de l'Opéra de Nice, ténor exquis, ont ravi l'assistance...*

Y por la noche, a solas, me sorprendo tarareando el aria de Fortunio, injerta en el dúo de Lakmé.

V. CHEZ DUPRÉ

UNA FONDA bohemia, pero adonde va toda clase de gente. En la caja hay un joven que habla español a su modo; hay una señora morena, de empaque y volumen españoles. La servidumbre: mujeres feas, pequeñas y grandes, morenas y rubias, caras anchas, ojos vivaces, muy activas, que hablan a gritos, con todos los acentos del sur. Oigo decir *demén matén*, y en vez del *matnó* de París, el *mentenán* de Burdeos.

Henriette es la preferida. Tiene unas cejas espesísimas y es de una fealdad muy simpática. Es grande, fuerte y sirve con una solicitud de *nurse* para quien todos los clientes fueran como otros tantos niños lisiados. A veces, al dar el agua o el vino, al traer la enorme barra de pan, al dejar un plato o cambiar el cubierto —siempre a toda prisa y con precisión—, le pasa la mano al cliente por la cabeza, lo acaricia en el hombro, sonríe, dice cosas amables, aconseja pedir el plato del día. Cuida y protege a sus clientes como un pastor a su ganado. Tiene piedad de la humanidad, se ve a las claras, y una como adivinación del dolor de todos: hace pensar en la Madelón.

Hay que esperar el turno. En aquella sala tan pequeña, el patrón se las ha arreglado para disponer una docena de mesas y mesitas, dejando todavía paso al servicio y a los que "hacen cola".

—*Attention, messieurs!*

Y pasa una mujerona de aquéllas, con una catedral de platos a cuestas. Siempre teme uno que le caiga algo encima.

Sombreros, impermeables y paraguas sufren inexplicables cambios de sitio, como no sea una humorada del servicio. Todos los días hay una discusión; siempre teme uno que algo se le pierda. Pero el patrón y la pareja de la caja presencian sonriendo la disputa, seguros de que todo acabará bien, bajo el apacible fuego del vinillo bordelés. Y en

efecto, a nadie se le pierde nada. Simplemente, todo —quién sabe por qué— cambia de sitio.

En la mesa próxima, Monsieur Capeaudeau y Monsieur Capdepon discuten acaloradamente, con voces de bajos profundos. Y es que come uno tan cerca del vecino, que los frotamientos son inevitables.

Las "estrellas" del restaurante encandilan a los soldados yanquis. Cruzan por el aire flechazos de fuego.

Una señora, al lado nuestro, sonríe discretamente para indicarnos que entiende lo que estamos diciendo. ¿Quién, en Burdeos, no entiende algo de español? Le ofrecemos azúcar —azúcar traído de España, y tan apreciado en estas duras jornadas de la sacarina líquida— para endulzar el *petit suisse.*

Y cuando ya la animación parece que va a decaer, he aquí que se abre la puerta e irrumpe, gritando y corriendo, un vejete alegre que trae en la mano, más que periódicos, trozos de periódicos. Es un loco o es un filósofo. Provoca una risotada general. Después, amenaza con ponerse a cantar. Bien está la broma, pero no el propasarse. Y Henriette, nuestro ángel guardián, arremete contra el pobre filósofo, lo empuña, lo sacude un poco, y de dos empellones lo planta en mitad de la calle. Y atraviesa, tan risueña y tan fea, la salita del restaurante, en medio de una ovación.

—*Attention, messieurs!*

(El que prefiera otra atmósfera, no tiene más que pasarse a la fonda de enfrente, a la *Fonda de la Perdiz,* donde la comida cuesta tres veces más sin ser mejor. Y todavía se está allí muy lejos del *Chapon Fin,* con su aire de gruta submarina, sus precios respetables y su sólida fama.)

VI. ESPAÑA EN BURDEOS

"Azorín" recuerda el consejo de Montaigne:

—Hay que aprender la lengua, no en las academias —me dice—, sino en los mercados del pueblo.

Y emprendemos un viaje de investigación por esos mercados. El trabajo ha comenzado a la una de la mañana, y son ya casi las diez: en el mercado hay inmensas zonas vacías.

"Azorín" va a inaugurar dentro de unos minutos la Exposición Española —es Subsecretario de Instrucción Pública—, y con la levita y la chistera tiene un aire grave, insólito, entre escandinavo e inglés.

No hablamos una palabra. Nos acercamos, simplemente, a los puestos de las vendedoras. Queremos oir buen francés del pueblo.

Y de pronto, con la rapidez de la intuición, adivinando nuestra habla a pesar de que no hemos despegado los labios y a pesar del disfraz ceremonioso que lleva "Azorín", una mujer, al pasar, nos grita en correcto castellano:

—¡Aquí hay sardinas frescas, señores!

—"Azorín": ¡bueno está Montaigne con sus consejos! Alejémonos de este mercado, donde por lo visto podremos aprender español, pero no francés.

Y al otro día, y al otro y al otro, cada vez nos convencemos más de que el pueblo de Burdeos habla español. Y el que no lo habla, lo entiende. Lo entiende a través de su *patois* familiar. (M. Bouchon, de *La Petite Gironde,* ha podido sostener un diálogo conmigo, él hablándome en *patois* y yo hablándole en español.) De suerte que, mientras la Universidad de Burdeos y el rector M. Thamin a la cabeza procuran, desde hace diez años, el estudio de las cosas hispánicas —que ha adquirido singular importancia a partir de la fundación del Instituto Francés de Madrid—, el pueblo bordelés, por sus medios naturales, no se siente lejos de España.

Hay aquí más hispanistas de lo que esperábamos. Y lo

curioso es que ellos se ignoran entre sí. M. Thamin, amigo de Unamuno, conoce, por las conversaciones de éste, cuanto pasa en la España joven. M. Maxwell, Procurador General y Presidente de la Academia, ha viajado mucho por España, y colecciona en su hermosa casa platos y jarrones de Cataluña. M. Courteault conoce, en Burdeos, todos los escondrijos donde se metían Goya y los emigrados españoles de hace cien años. M. Cirot, cuyos trabajos sobre historiografía y filología española son clásicos, se sorprendía de oír hablar corrientemente en español a M. Maxwell. Viven estos hispanistas unos junto a otros, y no saben que tienen aficiones comunes.

—Habría que fundar un Instituto Español en Burdeos —me dice M. Thamin.

—En Burdeos, mejor que en París —añade alguien—. Allá, es verdad, hacen su "semana española"; pero acto continuo hacen una "semana negra" y luego otra "amarilla" o de otro color. En París todo se pierde en la abundancia misma de las cosas, y hay que dosificarlo en modas pasajeras, para que a todo le toque el turno. Aquí, un Instituto Hispánico (que también se refiriese, claro está, a la América española) tendría una importancia central. Aquí se conoce el español. —Y dirigiéndose a mí—: Todo el mundo entendió sus conferencias en español, con el simple auxilio del breve resumen en francés de que usted las hizo preceder.

Yo no sé si la vecindad del mar moraliza o "inmoraliza", pero hace elásticos a los pueblos. La gente de Burdeos, acostumbrada hoy a ver, lado a lado, marineros yanquis, soldados senegaleses y oficiales nipones; acostumbrada a oír, en estos días, por sus muelles y sus avenidas, todas las lenguas de Babel, "alarga la oreja" al español como a cosa conocida y próxima. Tal vez sea el momento...

VII. ESTUDIANTES

Los exámenes del bachillerato preocupan a la gente menuda. La prensa publica todos los días la noticia de los aceptados. En la Universidad, entrando por el vestíbulo de la Facultad de Letras, se ven, a una parte, los estudiantes yanquis, que ya comienzan a hacer el equipaje, y a otra parte, los jóvenes del bachillerato comentando el último examen. Al fondo, la tumba de Montaigne, con la yacente estatua de piedra.

Los estudiantes norteamericanos llevan unos tarjetones bajo el brazo: el escudo de Burdeos a colores, recuerdo del alcalde. En una mesita, venden a tres francos el número final de su semanario: Voilà! En la portada del número, hay una poesía caprichosa que comienza así:

Vwalla, the Vwalliant Vwarrior...

Hay fotografías del consejo de redacción, de M. Thamin, de M. Cirot; y a falta del retrato físico, el retrato moral de Mr. Armstrong. Hay vistas de la ciudad con esta leyenda: "Sitios por donde hemos vagado." Hay artículos bien intencionados, sobre la conveniencia de contar, allá, en los Estados Unidos, cuál es el verdadero carácter del pueblo francés, sin exageraciones de propaganda y sin perdón para los groseros prejuicios. Hay sección atlética, noticias de clubs, directorio general de los estudiantes; y una página humorística que, jugando con la pronunciación figurada anglo-francesa, se llama: *E'cootie!* (*Ecoutez*).

En sus cuatro meses de Burdeos, la Universidad les ha organizado no menos de veinticuatro cátedras diarias.

Al otro lado del túmulo de Montaigne, los estudiantes franceses se proponen cuestiones sobre la geografía de la Lorena o el teatro de Racine. Han creado todo un código de supersticiones de buen agüero. He aquí los principales artículos:

Para tener éxito en el examen es necesario:

1º que el número del turno sea divisible por tres;

2º llevar en el bolsillo una moneda horadada, de las que llaman monedas chinas;
3º saludar por la calle a una señora encinta; y
4º tocarle los pies a la estatua de Montaigne.

VIII. VINOS

—USTED, "Azorín", en sus páginas sobre la *Andalucía trágica,* advierte que el andaluz tiene una manera especial de probar el vino, arqueando los hombros y combando un poco la espalda, como si el pecho se dispusiera a resistir la arremetida. Vea usted, ahora, el gesto del buen bebedor de Burdeos: toma la copa por la base, la remueve para comunicar al vino un movimiento de rotación, y después la acerca a la nariz, no a los labios. Luego, con suficiencia, exclama: "Este vino está *bouchonné;* que destapen otra botella."

—Y en los banquetes, el vino se sirve con su papeleta bibliográfica, como los buenos libros. El escanciador cuida siempre de ir diciendo al llenar la copa: *Château Guiraud, 1914! Château Pavie (St. Emilion), 1906! Château Kirwan (Cantenac), 1900! Château Mouton-Rothschild, 1898!* Como todos los pueblos que beben buen vino, el bordelés no necesita embriagarse.

—Stevenson, comparando un día al inglés con el francés, lo explica de otra manera. El inglés —dice más o menos— se embriaga; el francés, no. Todo depende del modo de catar el vino, o mejor dicho, del sitio sensible de la boca. El francés prueba el vino con la punta casi de la lengua. El inglés, con la base del paladar.

—¿De modo que el inglés, para llegar a satisfacerse, necesita tragar mucho vino y embriagarse, mientras que al francés le basta con poco?

—Yo no lo creo, porque hay un pueblo en la tierra, sobrio entre los sobrios, que acostumbra beber en botijo, echando el chorro de vino desde lejos y recibiéndolo en la garganta. Esto se llama beber a la española, beber *à la regalade.* Según esto, los españoles vivirían en perpetua embriaguez. Y es bien sabido que este pueblo, como los griegos prudentes,

mezcla su vino con dos partes de agua, metafóricamente hablando —a menos que la mezcla de agua no sea metafórica, y el vino resulte "bautizado", como decían los clásicos. Por lo cual Ruiz de Alarcón pondera las excelencias de la Venta de Viveros, donde el ventero es cristiano y el vino es "moro" o sin bautismo.

IX. MAGIA Y FEMINISMO

El señor Maxwell escribe actualmente una obra sobre la magia para la biblioteca de filosofía científica del Dr. Le Bon. Me pide informes sobre las tradiciones de la Cueva de Salamanca y la nigromancia medieval de Toledo. Hablamos de Don Illán el Mágico, y del Diablo engañado por su aprendiz. Éste, más ducho que el maestro, escapa dejándole entre las manos una sombra artificial de sí mismo.

—Yo no sé por qué, esto de engañar al más sabio me recuerda el cuento del Prometeo —le digo—. Prometeo ha juntado en una piel de vaca todos los huesos de dos vacas, y en la otra piel ha juntado toda la carne. Puesto a elegir la que prefiere para el sacrificio, Zeus, entre las risotadas de Prometeo, escoge la de los huesos.

La llegada de Madame Vogée d'Avasse cambia el giro de nuestra conversación. Madame Vogée d'Avasse me pregunta sobre el feminismo en América y en España, y le contesto dos o tres lugares comunes.

—Es —me dice el señor Maxwell— el capitán del feminismo en Burdeos. No contenta con revolucionar a Francia, ahora, ya ve usted, parece que se dispone a revolucionar a España y a América. La señora es un grande orador.

—"Oratriz" —rectifica ella—. ¿No ha leído usted lo que dice hoy de mí *La France du Sud-Ouest?* "Orador" es mucho para mí: parece que, hasta ahora, sólo merezco los laureles de oratriz. Usted no participa de mis ideas, pero es que sólo conoce usted un aspecto de la cuestión.

—¡Al contrario! —se apresura a decir el Sr. Maxwell—. Yo estoy encantado: ¡en vez de ser vuestros esclavos, seremos vuestros iguales, eso es todo!

—¡Oh! Los hombres podrán entonces vivir tranquilos: la mujer sabrá defenderlos.

Considero atentamente a aquella dama nerviosa y frágil, que así se ofrece a defendernos. Escribe sus señas en una tirita de papel, apunta las mías, me da una cita para San Sebastián, y toma nota de todas las vulgaridades que acabo de decirle.

X. CORPUS BAJA DEL CIELO

EL 2 de julio era día nublado y lluvioso. Aterrizó en Blanquefort un aeroplano que hacía el viaje París-Madrid, y al cual el estado atmosférico de los Pirineos impuso un alto obligatorio. Lo conducía el Teniente De Romanet, de la escuadrilla de las Cigüeñas a la que perteneció Guynemer. El Teniente llevaba al pecho un largo registro de aeroplanos enemigos tumbados. Esta vez, a bordo del suyo, conducía un pasajero, un periodista español, Corpus Barga, quien después contó sus impresiones de viaje en unos artículos donde todo era nuevo para la literatura: la escena aérea, la vertiginosa emoción y la lengua misma en que todo estaba expresado. Inolvidable su descripción de esas inútiles contracciones del cuerpo, desamparado de la gravedad; de esos esfuerzos para mantener el equilibrio apoyándose, por ejemplo, con la frente en el aire; de aquellos tropiezos y caídas del avión en los hoyos del aire. Estos artículos fueron recogidos y publicados después por varios amigos, a iniciativa de Juan Ramón Jiménez, centinela alerta de la poesía. Señalo el curioso tomito a la gula de los bibliófilos.

Corpus, pues, saltó del aeroplano, se arrancó las gafas, y lo primero que vio fueron los carteles que anunciaban mis conferencias del Anfiteatro Montaigne, y fue a reunírseme. Poco después, buscando un sitio donde hubiera cómoda comunicación telegráfica para saber cómo andaba el techo de nubes sobre la sierra fronteriza, transportábamos el aeroplano de Blanquefort a Merignac; almorzamos en el campo, y acabamos con unos tragos de lo fuerte en la *popotte* de los soldados. Corpus ha descrito el momento de arrancar el vuelo, y las palabras rituales y peligrosas que el Teniente y su mecánico se cambiaban: *Contact* — *Coupez* — *Contact* — *Coupé*. (Por cierto que el esfuerzo del grito hacía más bien decir: "contaque".) Pero no quiso contar de aquella terrible maldición francesa que De Romanet —tan sobrio habitualmente, tan recto y varonil, tan leal— soltaba delante del

motor, que daba siempre en fallar dos o tres veces antes de decidirse al vuelo: *Eh! Bordel de Dieu!*

De Romanet acabó por enamorarse de España, y puso un pisito en Madrid, calle de Goya. Años más tarde, en unas pruebas de altura, su aeroplano dejó simplemente caer las alas, como esos gusanitos voladores que aparecen en Río de Janeiro los primeros días estivales; y así se hizo añicos el noble caballero entrevisto por mi amistad.

Lo que Corpus Barga ignora seguramente es que yo, desde ese día de Burdeos, lo siento siempre llegar a mí como desde el reino de las nubes. Algún tiempo después convivíamos en París. Cada vez que él se me acercaba, venía de algún viaje y se disponía a partir nuevamente, siempre llovido del cielo, inasible y demasiado ágil. Hasta de la conversación se me iba otra vez al cielo, por mil callejones de inteligencia que la vida de París había practicado en su espíritu: hombre vuelto panal y horadado por mil abejas mentales, todo él aéreo y celeste. Y, para colmo, cuando yo menos lo esperaba, todavía se me apareció sobre el cielo del Brasil, montado en el inmenso puro de Eckener. De ahí, como el zeppelín no continuaba el viaje, saltó sobre un aeroplano y se me fue hasta Buenos Aires. Quise atraparlo a su regreso: sólo pude divisarlo de lejos, arriba del mástil de un avión, de donde me cuentan que se pasó a un albatros, a una cigüeña, a una cometa, por cuya cola se dejó deslizar hasta una calle de Berlín. Él no sabe que con tanto andar de un ala en otra se me ha vuelto mitología: va a ser el primer sorprendido cuando averigüe, por esta página, que yo lo busco todo el tiempo en las torres y en las veletas; espero que caiga cuando hay huracán y cuando truena, y doy sus señas a los guardias del Pan de Azúcar para que me avisen cuando lo vean pasar.

(La nota anterior fue intercalada en 1931.)

XI. EN BUSCA DE GOYA

En Burdeos vino a morir Goya. Por aquí anda su fantasma seguramente. Beruete nos ayudará a darle caza.[1]

Los pintores y escultores que vinieron a inaugurar la Exposición Española me aseguran que han descubierto la verdadera casa en que vivió Goya, Rue de l'Église Saint-Seurin; y que, por más señas, todavía se conserva allí un retrato del Abate Marchena *(arcades ambo)*.

Y me llevan a uno de esos hotelitos particulares que abundan en Burdeos, donde un matrimonio de obreros, cuya vida doméstica hace el menor ruido posible, ocupa el piso alto; y el bajo —con sótano, y comedor y jardín en hondo—, una parejita de hijas de la ciudad, que ellas, a lo popular, llaman siempre "Bordox", pronunciando así todas las letras. Las chicas se pasan el día cantando y tocando el piano, e improvisando meriendas de amigos en el jardinillo, que preside un inesperado busto en mármol de la Gioconda. Tienen cama en la sala, y arriba de la cama, en efecto —cosa más inesperada todavía—, el retrato de un sacerdote.

No: ni es Marchena ése, ni hay razón para suponer que aquí haya vivido Goya, antes de ocupar la casa en que murió, donde está la placa conmemorativa.

Pero callemos, que lo que querían los pintores y escultores era oír a Renée y a Hermine cantar aquello de

C'est la chanson la plus jolie
que chantait mon premier amour,

y aquello del *Petit bicot de Montparnô.*

Goya era un emigrado, no un desterrado. ¿Qué buscaba Goya en Burdeos? ¿Por qué, a la edad en que todos procuran el acogimiento del techo patrio y aun del pueblo natal, Goya se salía de España para unirse, voluntariamente, a la

[1] El rico volumen de Ramón Gómez de la Serna es de 1928.

caravana de los desterrados? ¿Era Goya un afrancesado, a quien la reacción fernandina y la indignación popular obligaban a cruzar la frontera? No ciertamente. Goya ni siquiera fue un político. Veía las cosas sociales con esa indiferente sensualidad de ciertos artistas plásticos, y le daba lo mismo retratar a Carlos IV que a Fernando VII, y a Lord Wellington que al General francés Nicolas Guye. El mismo Moratín, aunque encantado de tal compañero de destierro, no podía menos de considerar aquel viaje como cosa descabellada y maniática. Goya, octogenario, estaba ya completamente sordo y vivía aislado en el mundo de sus pesadillas. En vano, por seguir la moda de sus amigos, había querido aprender francés. ¡Demasiado tarde! Además, era aragonés hasta los huesos.

Huyó el Rey José, y con él se desterraban los amigos de Goya. Cayó Napoleón. El Congreso de Viena armó una trampa contra las ideas revolucionarias, trampa que ofrecía la paz ciertamente: la paz de la mordaza, Metternich maniobra sobre Europa. Fernando VII, desde Valencia, desgarra la Constitución liberal y disuelve las Cortes. Goya que, aunque había pintado para el gobierno francés —y aun figuró en una comisión que dictaminó sobre los cuadros que habían de llevarse de España a París, y que, con loable malicia, escogió los peores—; Goya, pues, que, aunque no había podido menos de seguir pintando bajo el régimen de la invasión, no había contraído ningún compromiso bochornoso, quedó otra vez en su sitio de pintor del rey. Pero el pintor de Carlos IV no era grato al triste hijo Fernando VII. Cuentan que éste lo recibió mal: "Te perdono —le dijo—, aunque debería mandarte colgar. Sigue pintando."

La Sociedad de Goya, la de sus amigos, no existía ya. Él, retirado a una casita del Manzanares ("La Quinta del Sordo", la llamaba el pueblo), veía de lejos el Palacio Real, donde ya flaqueaba su valimiento; veía, tal vez, pasar la afición por sus retratos entre la gente cortesana. Los retratos de esta época de Goya son, sobre todo, retratos de amigos privados.

Su mujer había muerto ya. Su hijo, casado, estaba fuera de España. Pidió una licencia por razones de salud, y por junio de 1824 se le presentó, en Burdeos, al asombrado Moratín. Tenía 78 años.

> Llegó, en efecto, Goya —escribe Moratín en una de sus cartas— sordo, viejo, torpe y débil, y sin saber una palabra de francés, y sin traer un criado (que nadie más que él lo necesita), y tan contento y deseoso de ver mundo.

Tras una breve estancia en París, vuelve a Burdeos. En una ocasión (1826), regresa a España, donde fue muy bien recibido; pero pronto está otra vez en Burdeos. Moratín temía que se le muriera en tantas idas y venidas. ¡Lejos estaba de sospechar que ambos morirían el mismo año!

> Goya —continúa Moratín en sus cartas— ha tomado una casita muy acomodada con luces del Norte y Mediodía y su poquito de jardín: casa sola y nuevecita en donde se halla muy bien.

En esta casita, vivían con él una parienta suya, Leocadia, viuda de Isidro Weiss, y la hija de ésta, María del Rosario, que eran ya todos sus amores.

> Doña Leocadia, con su acostumbrada intrepidez —sigue Moratín—, reniega a ratos, y a ratos se divierte. La Mariquita habla ya francés como una totovía, cose y brinca y se entretiene con algunas gabachuelas de su edad. Goya, con sus setenta y nueve pascuas floridas y sus alifafes, ni sabe lo que espera ni lo que quiere: yo le exhorto a que se esté quieto... Le gusta la ciudad, el campo, el clima, los comestibles, la independencia, la tranquilidad que disfruta. Desde que está aquí no ha tenido ninguno de los males que le incomodaban por allá; y, sin embargo, a veces, se le pone en la cabeza que en Madrid tiene mucho quehacer; y, si le dejaran, se pondría en camino sobre una mula zaina, con su montera, su capote, sus estribos de nogal, su bota y sus alforjas.

Poco a poco, estas inquietudes fueron calmándose. Y aunque, como he dicho, todavía volvió a España por una corta temporada, lo hizo ya como quien va a negocios o a refrescar pasadas memorias. Se sentía ya todo un vecino de Burdeos.

Allí sus amigos eran Moratín y Manuel Silvela (ambos vivían juntos en el colegio que Silvela fundó en Burdeos),

Muguiro el banquero, cuyo retrato pintó Goya valiéndose, según dicen, de una lente de aumento, por la poca vista que le quedaba; Goicoechea, el pintor Brugada, Jacques Galos y el Impresor Gaulon, a quienes también retrató.

Goya pintaba mucho, sin corregir lo que pintaba. Pintaba alguna vez sus recuerdos: los toros de España, las mujeres de España; y, sobre todo, parecía evocar aquel paradigma de manolas, aquella hermosa figura que se le había quedado como en las manos, en el hábito de reproducirla una y otra vez: la Duquesa de Alba.—Pintaba, y paseaba otro poco.

Imaginémoslo por esas calles con su levita, su plastrón blanco, su sombrero Bolívar, rumbo a la Rue de la Petite-Taupe, donde el aragonés Braulio Poc tenía instalada una chocolatería que era la tertulia de los españoles. Estos grandes hombres, cortesanos y funcionarios venidos a menos, formarían un cuadro semejante al de aquellos haitianos, generales o ministros en el destierro, que encontramos entre las páginas de Anatole France, reunidos en la fonda el "Gato Flaco". Goya se sentía fanfarrón: aseguraba que, en su juventud, había matado toros, y que todavía con sus ochenta años y la espada en la mano, a cualquiera se le ponía delante. Charlaban. Tocaban guitarra.

María del Rosario había salido con aficiones para la pintura. Quería dedicarse a miniaturista. Goya la hacía concurrir al taller de Antoine Lacour. Pero el viejo mal podía aprobar las enseñanzas de un discípulo de David. E iba de aquí para allá, por el taller, dando señales de impaciencia.

> Sus cualidades excepcionales —escribe a un amigo— las malogran esos maestros amanerados que siempre ven líneas y jamás cuerpos. Pero ¿dónde encuentran líneas en la naturaleza? Yo no distingo más que cuerpos luminosos y cuerpos obscuros, planos que avanzan y planos que se alejan, relieves y concavidades.

Un día, su hijo Javier le anunció su próxima llegada. El pobre anciano temió morirse de alegría, y se puso a arreglar sus asuntos de dinero con consejo de Galos, Muguiro y Goicoechea. Aún pudo disfrutar algunos días de la compa-

ñía de su hijo. Murió el 16 de abril de 1828, en la casa de la Cours de l'Intendence donde está la lápida conmemorativa.

Y así, el que vino de Fuendetodos, se fue a donde todos, en su mula zaina, con su montera, su capote, sus estribos de nogal, su bota y sus alforjas.

XII. EN BUSCA DE MARCHENA

Y MIENTRAS las muchachas cantan, yo sueño: la pobre estatua de Gambetta en Burdeos me recuerda que aquella ciudad es el refugio de Francia cada vez que Francia está amenazada. La estatua yacente de la Universidad me recuerda que aquí vivió Montaigne, el que supo no ser güelfo ni gibelino. De suerte que el extranjero avisado llega a Burdeos como al término de una peregrinación espiritual, donde le salen al paso, por una parte, el emblema de la patria severa y, por otro, el emblema de la razón emancipada. Burdeos es también tierra de hospitalidad y acogimiento: al comenzar el siglo XIX, las convulsiones de España arrojan sobre el sur de Francia una ola de emigrados. En el equipaje del Rey José, entre los afrancesados de la política, salen de España algunos afrancesados del pensamiento, a quienes es menester juzgar sin pasión. Entre ellos, marcha a su fin el dulce y desdichado anacreóntico Meléndez Valdés. Algunos tocan Burdeos. En Burdeos vivía, por 1826, don Leandro Fernández de Moratín, reformador del gusto y creador del teatro de costumbres. Y también anduvo por aquí el Abate Marchena, aquel personaje fantástico que pasa por la literatura como un cometa desorbitado.

El Abate Marchena es un ejemplar muy expresivo. Representa muy bien su raza, por cuanto, siendo muy grandes sus talentos, era todavía mayor su inquietud. Propagandista de la irreligiosidad del siglo XVIII, entre la monotonía creciente de su época hereda y perpetúa el espíritu temerario, indisciplinado y aventurero que, como decía Menéndez y Pelayo, "lanzó a los españoles de otras edades a la conquista del mundo físico y del mundo intelectual". Moratín, con amable frase, decía de él, que "padecía prontitudes". Era un legionario de la España audaz, y se arrojó un día a someter el mundo.

En octubre de 1793, fue preso en Burdeos en compañía de algunos girondinos a quienes se había afiliado. Lo ence-

rraron en un calabozo que tenía el número 13. Los presos se divertían en molestar a un pobre benedictino, el cual en vano se empeñaba en reducirlos a la religión católica. Por llevarle la contra, Riouffe, uno de los presos, inventó una religión nueva, a cuyo burlesco dios llamaron Ibrascha. En esto, Marchena cayó enfermo y estuvo a punto de morir. Pero, a las exhortaciones del piadoso benedictino, respondía siempre: "¡Viva Ibrascha!" Con todo, por las noches se dedicaba a estudiar la *Guía de pecadores,* de Fray Luis de Granada.

Viendo Marchena que todos sus compañeros subían al cadalso y que él se iba librando, escribe a Robespierre: "Tirano: te has olvidado de mí." Así jugaba con la muerte.

Y así jugaba, también, con las letras y las antigüedades. Porque otra vez inventó que había descubierto un fragmento inédito de Petronio, autor de la más pura latinidad, y compuso y aderezó el fingido fragmento con una facilidad pasmosa, anotándolo convenientemente entre picardías de cepa rancia. Poco después, cierto profesor alemán cuyo nombre la piedad silencia, en la *Gaceta Literaria Universal,* de Jena, demostraba, con abundante crítica, la autenticidad del documento. Marchena tuvo para reír varios años.

Más tarde, volvió a Burdeos. En Burdeos aparecen impresos (y si os fijáis en los títulos y cuestiones tendréis un esquema de las lecturas de aquel tiempo) su traducción del *Emilio,* su *Compendio del origen de todos los cultos,* su traducción de *Las ruinas,* de Volney: su compendio del *Manual de Inquisidores,* de Eymerico; sus *Lecciones de filosofía moral y elocuencia,* antología caprichosa esta última, publicada para rivalizar con otra que, en la misma Burdeos, acababan de imprimir otros dos emigrados españoles: la *Biblioteca Selecta,* de Manuel Silvela y Pablo Mendíbil. Así, pues, hasta la controversia literaria española venía a refugiarse a Burdeos.

XIII. EN BUSCA DEL PADRE MIER, NUESTRO PAISANO

No sólo de la España peninsular, también de la "Magna España", de las Américas Españolas, llegaban de tiempo en tiempo a Burdeos algunos prófugos políticos, precursores de la independencia, a veces paradójicos y exaltados, al tipo del Abate Marchena

Tal era Fray Servando Teresa de Mier, oriundo de Monterrey, ciudad septentrional de México, quien dio en sostener que el Cristianismo había sido predicado entre los indios de América, mucho antes que por los españoles, por Santo Tomás, bajo el nombre de Quetzalcóatl. Pero aparte de sus absurdas discusiones teológicas, andaba propagando la necesidad de libertar a las colonias americanas. En Londres discutía de igual a igual con Blanco White, alma profunda y combatida que es otro símbolo de la época; y convencía a Javier Mina, a Mina el Mozo, de que había que pelear en tierras de México contra el absolutismo español.

En Bayona, Mier penetra un día en plena Sinagoga y —según él cuenta— se enfrenta con el predicador y, a pocas vueltas, lo obliga a confesarse vencido. Los rabinos, entusiasmados, le ofrecían sus hijas en matrimonio, pero él continúa de frente como Ulises ante las tentaciones de Nausícaa.

A Burdeos llegó el pobre teólogo a pie, en compañía de unos zapateros españoles, desertores de los ejércitos. Allí se hizo amigo de Simón Rodríguez, el maestro de uno de los hombres universales que han nacido en América, el maestro de Simón Bolívar.

> Mis zapateros comenzaron inmediatamente a trabajar —dice Mier—, y ganaban dinero como tierra, mientras que yo, lleno de Teología, moría de hambre y envidia.

Y aquí esta reflexión en que se nota el regusto de Rousseau:

> Entonces conocí cuán bien hicieran los padres en dar a sus hijos, aunque fuesen nobilísimos, algún oficio en su niñez, es-

pecialmente uno tan fácil y tan necesario en todo el mundo. Esto sería proveerlos de pan en todos los accidentes de la vida.

Mier traía unas recomendaciones del Embajador Azara y del botánico Zea, "porque en medio de todos mis trabajos y miserias, nunca me faltó la atención y correspondencia de los sabios de la Europa". El Cónsul, por quedar bien con Azara, a quien necesitaba "para que le aprobase sus cuentas", mandó al secretario que lo alojase. Éste lo alojó, sí, pero haciéndole pagar, diz que por orden del Cónsul, veinte duros que él se embolsó. ¡Y todavía encima, el muy bribón, pretendía convertirlo al ateísmo con la obra de Freret, "como si un italiano no hubiese reducido a polvo sus sofismas"! De todos modos, Fray Servando encontró los medios de sustento, gracias a la generosidad de D. José Sarea, Conde de Gijón, natural de Quito. Este caballero "traía empleado todo su dinero en azúcar de La Habana, en la cual pensaba ganar mucho. Y, en efecto, no la había entonces en Burdeos".

No la había entonces en Burdeos, ni la hay —sino sacarina turbia y líquida— a la hora que se redactan estos apuntes (julio de 1919).

El señor Conde "tiraba el dinero como si estuviese en América". Juntos se fueron a París, y allí el protector se disgustó con el protegido, que quería reducirlo a prudencia y cuidarle un poco las manos. La prudencia no era popular entre aquella gente.

XIV. LA CRISIS DE LOS EMIGRADOS

En el rápido cuadro anterior, descubrimos desde luego dos o tres figuras delirantes, verdaderas víctimas del fuego que abrasaba a España y a América: Blanco White, que se destierra y cambia de religión, de patria, de lengua, y en quien la duda y la creencia se libran tremendas batallas; el Padre Mier, que viene a ganar soldados para la causa de la emancipación colonial, y a quien hay que representarse como un hombrecillo elocuente que escapa de los calabozos de la Inquisición descolgándose por las ventanas; el Abate Marchena, gran prestidigitador de la crítica y pícaro de la inteligencia. En los hombres de esta especie, la vida es generalmente superior a la obra escrita. Y lo contrario acontece con las figuras sobrias del cuadro: con el poeta Meléndez Valdés y el comediógrafo Moratín, hombres de tragedia más contenida, pero que ardían también, aunque a fuego lento. Sobre todos ellos, truena Goya, Júpiter tempestuoso.

La invasión napoleónica, que hizo sacar a España el pecho, llevaba a todas partes la expansión de las ideas nuevas. Y aun lo que tuvo de mera violencia militar fue fecundo, en Goya por ejemplo, produciendo un alumbramiento acelerado de visiones terribles. Pronto las ideas nuevas hicieron presa en los espíritus selectos. La gran mayoría intelectual se inclinó hacia Francia. Las nuevas ideas habían precedido, como una atmósfera, el avance de las águilas napoleónicas y habían ganado, de años atrás, a las clases cultas de Europa. Unos pocos encontraron dentro de sí mismos recursos suficientes para distinguir el problema nacional a una parte, y a otra las simpatías ideales. El vigor de un espíritu se mide por la capacidad para establecer entre las ideas la misma distancia que media entre los hechos a que tales ideas corresponden. No todos contaban con este poder "discriminativo", que es uno de los más seductores privilegios de la inteligencia. Muchos se confundieron; y entre las seducciones revolucionarias y la abominación del absolutismo, acaso el

sentido nacional sufrió ofuscaciones. Otros, finalmente, aunque distinguían con toda nitidez lo uno y lo otro, arriesgaron la partida política; querían, para España, las libertades francesas, y con una vaga confianza en la mecánica de la sociedad —que no siempre es compatible con la estricta prudencia— aceptaron la invasión a cambio de la emancipación.

En la segunda serie de sus *Episodios Nacionales*, Pérez Galdós nos hace asistir al proceso de la vida de un afrancesado. Su héroe, Salvador Monsalud, que al principio, simple mozalbete descaminado, nos resulta, vestido con el uniforme de los invasores, una figura nada simpática, se va ennobleciendo paulatinamente (cuando ya no hay invasores, ¡claro está!, porque aquel pasado no lo redime nunca) y acaba, en las pruebas de su existencia ulterior, por revelar condiciones de verdadera superioridad. Al fin, dentro de la evolución de su conducta, hasta sus errores parecen explicables. Los orígenes de muchas cosas bellas son cenagosos. No conozco examen más profundo, en su sencillez narrativa, sobre los problemas de un español de hace cien años.

HUELGA

(ENSAYO DE MINIATURA)

DISCULPA

LE HE quitado a un hombre el corazón. Como se mutilan ranas para descubrir los verdaderos oficios de los nervios, le he quitado a un hombre el corazón, y he puesto a mi hombre a contemplar una huelga desde su ventana.

De paso, me parece que el sujeto perdió en fuerza de comprensión. El don de referir los efectos a sus causas resulta un tanto obliterado.

Pero, sobre todo, advertí con encanto que, cuando dejó de sentir con el alma, todavía sentía con los ojos.

No dudo de la utilidad de mi experiencia. Ella permite abordar bajo nueva luz la clásica teoría de la "estatua con sentidos", de Condillac.

I. TESIS

¿HAN VISTO ustedes? La pereza es el verdadero motor de la vida. Todo se mueve, porque todo cae. Vamos hacia abajo. La huelga es el verdadero equilibrio. Lo más natural es no trabajar: por eso no se puede impedir una huelga.

II. ALEGRÍA

¡ALEGRÍA casi conventual de los días de revolución! El tiempo se endominga de sol, de nubecitas blancas y cielo azul, de airecillo zumbón, de gente ociosa por la calle.

Todos se hablan, unos a otros, de la ventana a la calle, de la calle a la ventana, y de ventana a ventana.

Los chiquillos juegan y revolotean, y nadie los cuida.

Todos sonríen, más o menos disimuladamente. Porque nada hay comparable al orgullo de contar noticias, y al alivio de recibirlas.

No va uno a su trabajo. Como si fuera domingo: un domingo en que tampoco hay que llevar de paseo a la familia.

Puede uno pasarse el día en la ventana, viendo cómo el aire forma y enfila hacia el horizonte sus manadas de nubes.

Y hay una dorada perspectiva de seis o siete domingos sin intervalo: una semana de domingos —cosa edificante. Lo que podría ser para la beata un rosario que sólo tuviera las cuentas gordas: un rosario de "Padres-Nuestros" arreo.

III. JUGUETES

PASAN, a dos o tres calles —cosa infantil—, unos soldaditos con espaditas plateadas, montados en unos caballitos que mueven, incesantemente, un hormiguero de patas.

Pasan, de tarde en tarde, diez o doce muchachos de gorra y blusa, riendo y requebrando a gritos a las criadas de la vecindad.

Al anochecer, la gente se burla de la torpeza de unos faroleros improvisados, que no saben encender el gas.

Llevan unos varejones —en lenguaje técnico, "farolillos"— tan largos, que no hay medio de manejarlos con soltura. Unos varejones blancos, nuevos, que estaban escondidos en algún sitio, esperando la hora de ostentarse.

Por lo visto, la vieja guardia de faroleros ha escapado llevándose la vara consigo, como escapan los cohetes.

Pero los faroleros nuevos son más sociables que los antiguos. Andan en grupos, en conserva, y charlan todavía con la gente. Todavía les agrada el trabajo nuevo. Son aficionados, no técnicos. Hasta son galantes.

—Rica: déme usté un mechón de pelo para estopa, a ver si así enciende el farol.

IV. LOCURAS

Y SE hacen infinitas locuras.

Alguien inventa que se va a suspender el servicio de agua, y ya están las amas llenando bañaderas, lavabos, vasijas y vasos, que no queda dónde lavarse.

Otro dice que se va a acabar el pan; y entonces compran tanto pan en casa, que no hay manera de acabárselo. Y se queda, al fin, sin que nadie se lo coma, duro y díscolo, como mujer de quien no se hace caso a tiempo. Se pone más duro que los dientes.

V. PAN DE "MUNICIÓN"

EL PAN se reduce a su forma sustancial de hostia cultivada, de hostia grande.

Porque no se hacen ya alcachofas, ni panecillos, ni largos, ni barras-de-viena, ni parís, ni trenzas, ni rajados, ni flautas, ni castillas, ni piñas, ni bizcochadas, ni cuernos, ni hogazas. Sólo hay libretas de pan candeal.

Y, para mayor encanto, no lo hacen los panaderos, ¡sino los artilleros!

¿La artillería? ¡Oh sin igual delicia! ¿Os imagináis un cañón, apostado en una bocacalle, cargado con harina y fuego, y escupiendo sobre la regocijada muchedumbre tortas de pan?

VI. ¿TRUENOS?

¿TRUENOS? Muy lejos. Pero es de buena educación hacerse desentendido. Un truenecito. . . ¡nada!

VII. HEROICIDAD

A VECES, yendo por las calles, vemos correr gente. Por un instante, sentimos un vago terror.

¡Pero es tan instantáneo, dura tan poco el peligro! Mucho menos que el miedo a la extirpación de una muela, una vez que abrimos la boca. ¡Ea, bien vale arriesgarlo! —nos decimos—. ¡Que nos extirpen esa muela picada, con corona y todo!

VIII. SENTIMIENTO ESPECTACULAR

Los periódicos y la gente hablan de algunos muertos y heridos. Es que, teniendo un arma en la mano, la tentación es grande. Y apedrear tranvías es un instinto como el de apedrear conejos. Aparte de que el vidrio y la piedra son enemigos de suyo. Todos los cantos están clamando por caer sobre todos los tejados de vidrio.

Salvo en el crimen pasional, los demás delitos no tienen relación con la ética; son amorales, inocentes, casi extraños a la noción del bien y del mal. Yo tengo un cañón: frente a mí se yergue una torre. ¿Cómo desistir de hacer blanco? Yo tengo unos buenos puños que Dios me dio: hacia mí se adelanta un guardia, etc.

Muchos desmanes se cometen por el puro gusto de hacer blanco. La prueba es que se siente alegría al oír un disparo: ¿Le dio? ¿No le dio?

Y es lástima que la gente sufra cuando la hieren o se muera cuando la matan. Porque sería tan agradable ensayar...

IX. EL MÁRTIR

Como el descuidado del cuento, un pobre impresor de proclamas, en vez de arrojar sus papeles por el balcón, se tiró él mismo de cabeza.

Es el verdadero mártir. El revolucionario sincero. Todo lo revoluciona: lo hace al revés.

Veo su monumento en la fantasía: un hombre con los pies al aire, como ese fatídico telégrafo de señales de Goya, pero con el cuello quebrado y la cabeza medio hundida.

En el zócalo del monumento, unos bajorrelieves: dos muñecones de la Civil, montando la guardia; barbas de oso, el disparate cubista en la cabeza, la X de cuero limón sobre el pecho, y los fusiles boca abajo, a la funerala.

X. LA HEROÍNA

PERO aquella propagandista, en vez de tirarse por el balcón al verse sorprendida, arroja sobre los tejados cien mariposas de papel: los "documentos comprometedores" de estilo.

Y ya estamos en actividad. A impulsos del viento irónico, vuelan y vibran las hojas de papel. Desde la calle, los guardias pican espuelas, en imprevisto y raudo deporte. Quieren coger al vuelo, quién con la mano y quién con la punta de la espada, una hoja larga. Pero la hoja se encarruja, coquetea, sube, baja, se desliza por entre los dedos del uno, se posa en la cabeza del otro y llamea allí como penacho, vuela de nuevo cuando la van a atrapar, danza la zarabanda en el aire, y al fin cae —a una inconcebible distancia— en un imposible charco que hay frente a la oficina de Salubridad de la otra calle. Como un alcatraz sobre la presa, una hoja de acero entra en las aguas turbias y mal pesca la hoja de papel (gongorismo de la realidad).

Sobre los tejados, agentes en traje de paisano se escurren —diablos cojuelos—, ruedan y se dan sentones, a caza de las inquietas mariposillas que giran por planos en declive y se esconden en las canales o se suicidan por las bocas de las chimeneas apagadas.

Y allá, en lo alto de la boardilla, una mano flaca, nerviosa —no femenina, sino feminista, asexuada—, arroja incesantemente papeles, papeles, papeles. Toda una conspiración de papeles.

¡Señor! ¡Que haga falta el papel para cualquier cosa! ¿Por qué no hacer las revoluciones de memoria y sin escribir, como en aquellos tiempos?

XI. ¡LA KODAK!

Lo trágico, lo imperdonable es la Kodak. La Kodak nos ha revelado —eternizándolo por ahora— lo que no hubiéramos querido saber:

Dos guardias tiran de los brazos de un hombre, como si quisieran desarticularlos de las clavículas, "desenchufarlos".

El pobre hombre —imagen de la improvisación— se había echado a la calle en camisa, víctima de la Idea.

Más que resistir, las piernas parece que se le doblan.

Y en segundo plano, con toda la inestabilidad y la torpeza del gesto sorprendido a medias, hay una mujer arrodillada, los brazos abiertos, implorando.

Ya no puede haber alegría en la tierra: ya la Kodak fijó y coaguló el dolor flúido, la gota de sangre del instante.

Reactivo abominable del tiempo, su gota casi imperceptible (chischás) congeló todo el aire, todo el ambiente, cogiendo vivos a los hombres que circulaban por él.

Y los guardias, para siempre simbólicos, se quedaron para siempre arrancándole los brazos al descamisado de la Idea. ¡Oh, Bella-Durmiente-del Bosque a lo policíaco!

Y el descamisado se quedó, para siempre, contraído, en la actitud del que teme que se le caigan los pantalones.

Y la Dolorosa callejera se quedó, arrodillada, con el compás de los brazos midiendo el aire.

Y todos se adormecieron con los ojos abiertos.

¡Oh Kodak! ¿Para qué dar fijeza plástica a las especies fugitivas? Los iracundos y torrenciales discursos de Lessing pasan por mi mente.

Y contemplo —exasperado de no poder "darle cuerda" para que ande— al nuevo Laocoonte.

XII. CORTE TRANSVERSAL

HAGAMOS un corte transversal en la charla de las comadres. Como los que aparecen en los libros para hacer ver las capas geológicas, o las madrigueras del topo, o los escondites del escarabajo sagrado.

O como esos que —tras la vidriera de la tienda— nos permiten saborear con los ojos las lujosas zonas del jamón.

Helo aquí:

—. . . a la madre y a los nueve críos. . .

—¡Duro!

—. . . Dos de Mayo.

—. . . iban corriendo.

—. . . era una oreja.

—MIEDO.

—. . . llevaba un pimiento en la narí—

—. . . echando tiros pa toos lados!

—. . . la panadería de Romanones.

—Él se presentó solo, y ahora dicen . . .

—. . . y también el Director de la Cárcel Modelo.

—. . . se han apoderado de la Plaza de Toros.

—¡Si ése ha sido policía honorario toda su . .

XIII. SUSPICACIA

Todo el que anda a caballo en estos días, con traje civil, se acredita de policía honorario.

XIV. UN DESCANSO

Un soldado a la puerta.

El caballo se rasca una pata con la otra. Hace silbar la cola. Piafa. Sacude la cabeza. Se balancea como barquilla en resaca. Culpa de las moscas —y del instinto lírico del caballo: bailarín trágico.

El dragón, cargado a la derecha, tiene una pierna tiesa y la otra quebrada, y charla por el flanco izquierdo con las mujeres, los niños y los perros.

Y toda aquella masa morena vibra como juguete eléctrico, rechina a cuero, campanillea a cobre y a cadenillas, conforme baila, sin salir de un sitio, el caballo: árbol mecido por el viento.

Se echa de menos el ruido mecánico del máuser, el abrir y cerrar la cámara, el disparo igual y metódico, que puntúe y ajuste toda aquella masa de ruidos duendes.

—Oiga, militar: mi señor, que tome usté este vaso de vino. (Goethe mandaba cerveza a los soldados franceses, por amor a la estampa histórica.)

—Fresquito está. Se agradece. (Se limpia con la manga dura y terrosa.)

—Y ahora ¿qué?

—¿Ahora? Hasta mañana sin dormir. Como ayer. ¿Hay mucho jaleo por aquí?

—Regular.

—¿No hay quién quiera venir conmigo, entre todas estas señoras? Bueno: ¡hasta más ver!

—¡Adiós!

(Toco-toco, toco-toco, toco-toco:
Toquetá-toquetá-toquetá . . .)

—¡Mírale: allá va! ¿Ves aquella nubecita de polvo?

XV. LOS RELINCHOS

Se han poblado de relinchos las calles, el campo y los desmontes vecinos. ¡Gran fiesta para los caballos! Casi ni les ha faltado la alegría de los dioses: comer carne humana.

Los relinchos.

¡Potros piafantes de la vida! En la mitología y la pintura, el mar y la luz y los vientos y los santos vienen a caballo.

¡Potros piafantes de la muerte! En la superstición y la pintura, la guerra y la peste y el diablo y las cosas fatídicas vienen a caballo pisando cráneos.

Los relinchos.

Hay relinchos que van al paso, de gran parada; otros, incómodos, que trotan; relinchos ligeros, que galopan; y relinchos desgarrados que huelen a viento y a pólvora. Dejan regueros de chispas en el aire. Hay relinchos extáticos, de estatua de bronce que canta con el sol.

Los relinchos suben desde la calle burguesa, como llamaradas de selva virgen. O como recuerdos del vivac. (La tienda, la noche, los dados sobre el tambor.) Suben, y rompen con sus pezuñas las vidrieras, y se andan por toda la casa. Nos abren el corazón con sus tajos metálicos.

Cohetes del alma del caballo, unos corren por el suelo como buscapiés. Otros suben, rectos, y estallan como una palmera momentánea de oro.

Los relinchos.

Madrid, 13-VII-1917.

NOTAS

1.—Cartones de Madrid

Dirigían, en México, la colección "Cvltvra", Julio Torri y Agustín Loera y Chávez. Todos los capitulitos de este libro fueron escritos en mis primeros días de Madrid, y la mayoría de ellos publicados primeramente en *El Heraldo de Cuba,* de La Habana, a partir del 11 de febrero de 1915. "El entierro de la sardina" apareció en *Las Novedades,* Nueva York, 25 de noviembre de 1915.

La edición mexicana, con una reproducción de Goya en la cubierta, tiene un sabroso carácter de obra de aficionados.

Al reimprimir estas páginas, sólo me permito algunos retoques indispensables, aunqúe, si me entregara a mi impulso, se me ofrecerían otras correcciones de sentido.

José Ortega y Gasset me ha dicho que no interpreté bien sus palabra en "El derecho a la locura". Como "hay una justicia", yo pagué mi error viendo cómo cierto intérprete de Rivera aprovechaba liberalmente las observaciones y aun las citas clásicas que allí aporto al tema del cubismo.

Al releer estas páginas, se me ocurren referencias a otros libros en que toco asuntos semejantes. A propósito del "Estado de ánimo", donde empiezo hablando de la Residencia de Estudiantes, me acuerdo de cierto pasaje que le dediqué en la 5ª serie de las *Simpatías y Diferencias: Reloj de sol.* Además del artículo sobre "Valle-Inclán, teólogo", me he ocupado del gran gallego universal en la 2ª serie de las *Simpatías y Diferencias* ("La parodia trágica", "Bradomín y Aviraneta"), en la 4ª serie: *Los dos caminos* ("Metamorfosis de Don Juan", "Apuntes sobre Valle-Inclán") y en la 5ª serie ("El ramonismo en la actual literatura española", "Algo más sobre Valle-Inclán"), etc., etc.

A punto estuve de juntar con los *Cartones* cierta silueta de Codera y Zaidín que aparece al final de los *Retratos reales e imaginarios,* y cierta fantasía sobre "Los huesos de Quevedo" que está en *El cazador.* Pero al fin no vi las ventajas de pasarme la vida haciendo y deshaciendo la tela de mis propios libros.

Y como no quise caer en un anacronismo, tampoco me resolví, en las "Voces de la calle", a añadir una referencia a los pasajes en que Proust rozaría, más tarde, el mismo tema.

2.—EN EL VENTANILLO DE TOLEDO

Debo un desagravio a Eugenio d'Ors, a quien hago decir que dan ganas de teñir a Toledo en purpurina. Su rectificación y el diálogo en verso que entre nosotros produjo han aparecido en mi Correo Literario, *Monterrey* (Río de Janeiro, 1932, nº 9, pág. 6, y nº 10, pág. 6), todo lo cual se reproduce a continuación para comodidad del curioso:

EL COLOR DE TOLEDO

I

"...esa continua asistencia de la memoria, signo de la más alta nobleza. *Noble* es el que *se acuerda*. *Noble* es lo que *se acuerda*.

"Yo debo serlo menos, puesto que las palabras citadas por usted en su *Ventanillo de Toledo* se me habían olvidado ya. Al verlas reproducidas ahora, a la vez que el aura tibia de la emoción, se ha despertado en mí un vientecillo de exigencia en la precisión minuciosa. Según mis impulsos —y siempre en vanidad de mis capacidades para mirar y para discernir ópticamente: *videns gloriosus* como soy yo, ya que no *miles gloriosus*— me parece imposible que yo haya manifestado ganas de 'bañar todo Toledo en purpurina'. Debe de haber aquí una ligera confusión; porque lo que yo sí tengo presente es haber experimentado varias veces, en presencia del colorido total y *único* de Toledo, precisamente en esta hora del mediodía en que, según dice usted muy bien, la ciudad se pone ceniza, es la sensación de conjunto de estar ante una variedad concretísima del dorado —el matiz oro-gris, un poco verdoso—, propia de lo pintado con purpurina, en contraste con el otro matiz oro-pan-de-oro que dan otros panoramas de ciudades españolas, el de Salamanca por ejemplo.

" 'Voici —una vez más— des détails exacts' (Stendhal en Roma). Quizá no estaría de más recogerlos, puesto que goza usted de *órgano* impreso propio, en aras de la vindicación de mi honor, gravemente comprometido por algo que, en mi sentir, significa acusación peor que la del crimen: la de tener unos ojos que en estas cosas se confundan. Quizá sabe usted que el más grave sambenito que mi rencorosa revisión ha impuesto a la sombra del siglo XIX consiste en el de haber sido una época en que el común de los hombres *miró* tan mal, que se pudieron vender en el comercio, so color de 'marcos dorados', marcos pintados con purpurina."

EUGENIO D'ORS.

Madrid, 9-IV-1932.

II

A EUGENIO D'ORS, pensando en su carta, en el centenario de GOETHE y en la taracea toledana de òro y acero:

XENIA A XENIUS

La xenia, XENIUS, te diga
lo que callar no está bien
(*Videns gloriosus* también,
JUAN LOPE DE GOETHE obliga):
—Todo ese oro con liga
de Toledo la ciudad
no engasta en promiscuidad
un solo acero de olvido,
que ese oro está vencido
al oro de tu amistad.

A. REYES.

III

MERCEDES A MONTERREY

Mercedes a MONTERREY,
si, con probidad amiga,
mi fama de veedor
salva queda y sin mancilla.
Y que nos valga Tu Nombre,
siracusana Lucía:
"La vista y la claridad",
la claridad y la vista.

XENIUS.

3.—HORAS DE BURGOS

Escrito en Madrid, en 1918, está dedicado al escritor cubano José María Chacón y Calvo, con quien hice el viaje a Burgos y que publicó, mucho antes que yo, una deliciosa crónica paralela.

4.—LA SAETA

Ver los datos bibliográficos en la respectiva "Noticia".

5.—FUGA DE NAVIDAD

Ver los datos bibliográficos en la respectiva "Noticia".

6.—FRONTERAS: inédito en su mayoría. Lo poco que se ha publicado en papeles periódicos nunca se recogió en volumen antes de *Las vísperas*. En "Un *egipcio* de España" anda la vaga imagen del inolvidable amigo José María Izquierdo.

7.—DE SERVICIO EN BURDEOS

El viaje en compañía de "Azorín" a que me refiero en la "Noticia" se hizo con motivo de la Exposición Española en Burdeos.

En las páginas sobre Goya sigo a Beruete, y hubiera seguido a Ramón Gómez de la Serna, si para entonces hubiera ya salido el rico volumen que publicó en 1928. También trae ahí Ramón muchas cosas que completan mi pequeña página de los *Cartones* sobre el Manzanares.

Los cuatro últimos fragmentos proceden de las conferencias que di, los días 3 y 4 de julio de 1919, en la Universidad de Burdeos, Anfiteatro Montaigne.

3.—HUELGA *(Ensayo de miniatura)* es una página inédita de Madrid, 13 de agosto de 1917.

III

CALENDARIO

Noticia

EDICIONES ANTERIORES

1.—Alfonso Reyes // Calendario // Con un retrato del autor por J. Moreno Villa // Madrid, 1924.—1p, 183 págs.—Colección "Cuadernos Literarios" [de E. Díez-Canedo, J. Moreno Villa y A. Reyes].

2.—Alfonso Reyes // Calendario // y Tren de Ondas // México // Edición Tezontle // 1945.—8º, 211 págs. y 4 hs. de índice. Colofón: 6 de agosto de 1945. El *Calendario,* de las págs. 11 a 109.

Al final del índice de la primera, se lee: "Organizado en 23 de octubre de 1923."

I

TIEMPO DE MADRID

VOLUNTARIO

(De un discurso en el Ayuntamiento)

TIENE el gusto de dirigiros la palabra un vecino de la Villa y Corte, que hace ocho años disfruta de su hospitalidad fraternal y su trato incomparable. Confundido durante mucho tiempo entre los trabajadores literarios, ha tenido la suerte de recorrer la vida multánime de la ciudad fuera de los estrictos carriles oficiales, en casas y calles, iglesias y teatros, plazas, jardines y parques, ateneos y cafés, redacciones y bibliotecas, centros de investigación y posadas de estudiantes; porque los azares afortunados le han permitido abarcar un campo de experiencias que va desde el Palacio Real —corona simbólica de Madrid— hasta ese pintoresco caos del Rastro, donde los últimos despojos de la vida urbana parecen precipitarse en un metafísico desorden que es toda una fábula sobre la vanidad de las cosas humanas y el retorno del polvo al polvo. Así, puedo aseguraros que lleva en su propio pulso un poco del ritmo del Madrid actual. Y tampoco me faltó ocasión para andar entre los recuerdos del pasado Madrid —no sólo el de Mesonero Romanos, cuyo esqueleto se conserva como disecado en ese plano-relieve de la Villa que custodia el Museo de Artillería, sino otro más vetusto—, porque yo me consagraba precisamente a buscar por las antiguas Platerías (lugar de citas elegantes durante el siglo XVII) o en la Huerta del Regidor Juan Fernández, o en el Soto del Manzanares, o por la calle de la Victoria, donde vivían en aquel siglo las damas más hermosas, o por los rincones de la parroquia de San Sebastián —donde hoy reposan oscuramente sus restos— a un hijo de la Nueva España, un gran mexicano que se atrevió a competir con Lope en los corrales de la Comedia: don Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza, vecino de Madrid entre 1615 y 1639, cuyo nombre invoco, a manera de santo y seña, al penetrar en la Casa de la Ciudad. Deseo,

pues, señores, que vuestra amabilidad me conceda un solo y único título para presentarme ante vosotros, y es el de ser —de verdad y de corazón— un "voluntario" de Madrid.*

* Párrafo final del discurso "Ante el Ayuntamiento de Madrid", discurso que se publicó después en el libro *De viva voz*, México, Stylo, 1949, págs. 121 a 125, aunque sin reproducir este párrafo. Fue escrito en Madrid, el 20 de octubre de 1922.

JUNTO AL BRASERO

HACE tanto frío, que se acuerda uno de las noches de verano, de una noche de verano al aire libre, en el "Dancing-Bombilla", o en "Casa-Juan", con sus obligados percances.

Al bajar del tranvía, entre la oscuridad de los árboles, los racimos de luz eléctrica que sólo se alumbran a sí mismos. Puebla la noche la música de los pianos mecánicos.

—En cualquiera —dice alguien—. Se aburre uno igualmente en todos.

Y entramos en cualquiera. Pasado el figón, en el patio del organillo, dos muchachas nos asaltan. Hay que comprarles dos tarjetas postales, números de la lotería de juguetes, a real cada una, serie 118, León y Málaga. Al reverso, hay unos retratos: "Carmen de Holanda", "La Suspiro".

En el otro patio, el del tablado, las mesas, donde apenas hay gente. Un joven esbelto, afeitado, con una italiana morena y gorda, y una francesa fina y rubia. A otra parte, los artistas y sus amigos: grupo doméstico, que no tiene nada de teatral.

A poco, las niñas de negro:

—¿Quién tiene Málaga?

—Nosotros. —Nos traen un muñequito desnudo, de ojos saltones y brazos abiertos. Lo guardamos entre los dos sombreros de paja como en un cofre.

Estamos junto a un seto vivo, una alta pared de verdura, por donde dan ganas de meterse, huyendo del teatrillo.

Llegó un poeta pobre acompañando a la estrella: la Corbalán. Comenzaron a llegar los grupos.

Las muchachas de la lotería vinieron a dar a nuestro lado. Las requebraba un camarero cómico, que hacía chistes en alta voz, gastaba confianzas con el público y era, de por sí, un espectáculo (muy feo) de la casa. Nadie se atrevía a callarlo. Tenía imperio. Pero, al servir, servía bien y no pesaba.

Sólo los camareros aplaudían a las pobres artistas. Sus

amigos, una que otra vez, para quedar bien, aullaban algo. La tiple entonces se volvía hacia ellos, coqueta, interrumpía la canción, gesteaba y proseguía.

Llegó una cortesana de la Florida, de negro, vestida de ama de llaves, aunque ella creía que de fiesta, con dos galanes de cincuenta años: su manera de agradarles consistía en molestarlos lo más que podía. (Ella también tendría sus cincuenta. Nunca he visto nada más triste.) Y, durante la representación, zumbaba la voz gangosa, terca, porfiada, diciendo imbecilidades de esas que salen muy bien en español.

¡Oh, dormir, dormir, al fresco de la noche, sintiendo que nos transportan a nuestra cama, desde la Bombilla, sobre la Puerta del Sol, más allá de la Castellana, hasta el barrio de Salamanca!

Mi amigo se ha puesto a sacar caricaturas sobre el mármol de la mesa, con un lápiz que me sustrajo.

Y es lástima que la bailarina, tras de estropear un zorcico, haya echado a perder una miscelánea de juegos de niños que hubiera encantado a Rodrigo Caro: "De Cataluña vengo", "Dónde vas Alfonso XII", "Matarilerileró."

Unas hermanas Garrido, o cosa así, semidesnudas y obesas, carirrisueñas, se dan culadas y marchan como dos muñecas hinchadas de serrín al son de un clarinete descorazonante: es el número de sensación.

Llegan cuatro o cinco con una mujer de miniatura, gorrito verde y carita de musaraña. Ellos, hombrones morenos, color tabaco, zapatos blancos, caras iguales, serias.

Del otro patio, el piano automático nos acuchilla, a veces, con unas notas metálicas, desgarradas.

La voz de gato de la cupletista más flaca del mundo se armoniza un instante, de un modo perfecto, con el aroma del anís, y entonces comprende uno la Bombilla.

El *sportsman* que acompaña a la italiana y a la francesa cruza la pierna, y pone el bastón en equilibrio sobre el pie.

Salió al tablado la mujer de pelo negro y patillas atusadas, grande y pestañuda gata hierática.

Salió la gitana que casi no canta, pero magnetiza y ganguea, vestida con unos colores marchitos al sol.

Hubo un espectador bullanguero que rompió en el patio un frasco de sustancias fétidas, como en días de Ruiz de Alarcón.

Salieron dos hermanas bailarinas que parecen una sola partida en dos. Salió otra tan aburrida que pudo haberse ausentado, y nadie se hubiera dado cuenta.

Apareció la niña chillona y pequeñita, que empieza siendo odiosa y acaba por gustarnos a todos, no sé por qué. Hace callar el aplauso y exclama: "En osequio al respetable público, después de mis números de programa, bailaré el bolero acompañá de Niforo, u sea mi hermano."

El bolero resulta una pataleta rabiosa, tarantela y mal de San Vito, con saltos y contorsiones. Niforo es un chulillo elegante y muy ajustado, que pone gran movilidad de azogue en los alegros y gran rigidez de palo —casi de fakir— en las pausas. Lleva un mechón lírico que le salta a uno y otro lado de la cabeza, como una llama.

Y cuando sobrevino la estrella, la Corbalán, todos echamos a correr, dejándola con el alarido en la boca, para no perder el último tranvía de vuelta.

(¡Horror de la lucha por la vida, empellones, atropellos y moleduras a las dos y media de la mañana!)

TÓPICOS DE CAFÉ

Dos TIPOS de charlas de café: todo Madrid en ellas, por la playa seca de Alcalá:

I

—¡Hola!
—¡Hola!
—¿Y qué!
—Pues na.
—¿Y aquello?
—¡Toma! Pues aquello... Así, así, nada más.
—¡Hombre!
—¡Pues claro!
—Pero ¿y la cosa esa?
—¡Vamos! ¡Quita allá!
—Es que...
—¡Quiá, hombre!
—¡Anda! ¿Y éste? ¿Qué se ha figurao?
—¡Bueno, hombre, bueno!
—¡Pues hombre!
(Da capo.)

Así, a veces, durante varias horas: vagas alusiones en torno a una realidad que escapa a la mente misma de los que quisieran asirla. Una tenuísima corriente de evocaciones pasa cosquilleando el espíritu. No se define nada. Precisar, duele. —¡Oh, voluptuosidad! Rueda, por las terrazas de Alcalá —calle arriba, calle abajo—, un vago rumor de almas en limbo.

II

Otro tipo: la "revisión de valores". Monólogo.

—Este pueblo sólo prospera en la barbarie. Ya se sabe:

la tragedia de la máquina... Mientras las cosas se hacen a la fuerza, aquí estamos nosotros. En cuanto aparecen el instrumento y la máquina, adiós: se pone el sol en nuestros dominios. ¿Qué es lo que sabemos hacer nosotros? Descubrir, en malos barcos de palo, un mundo cuya existencia está científicamente refutada. Es decir: sólo sabemos hacer lo absurdo. Porque aquí todo es al revés. Aquí sólo hacemos bien lo que no supone cultura previa, lo que no implica saber leer. Por ejemplo, matar toros, pintar... y escribir.

Y le centellean los ojos al buen señor.

EL CONSUELO

HAY GENTE humilde para quien la única riqueza es ya casi el don de la palabra. Ha sido tan variable su suerte —siempre siendo mezquina—, que su existencia no tiene verdadera unidad sino en el recuerdo. Hay hombres que viven entregados a los brazos del prójimo, y, apoyándose los unos en la debilidad de los otros, las memorias de su pasado acuden fácilmente a sus labios. Todo su ser queda reducido casi a sus palabras. Relatan, con fechas y pormenores, los sucesos más insignificantes, en una cronología segura; y, si son viejos, son los verdaderos "hombres antiguos", padres de la historia, a quienes consultaba el Rey Sabio antes de mandar escribir una sola página de sus obras.

Sencillos, resultan retóricos por naturaleza; ignorantes, aprenden sabiduría a fuerza de oír, de ver y de hablar. Son maestros de la narración. Elocuencia verdadera, no buscada, como la suya, pocos escritores la alcanzan. La palabra —musa piadosa— los reconforta en sus aflicciones, y cuando los agobia la pena, enjugan las lágrimas para responder a vuestras preguntas y hacer el relato de su vida.

A la muerte de aquel desdichado amigo nuestro, el padre no podía resignarse, y la madre había adquirido la trágica impavidez de una Niobe enteca.

Era la hora sin consuelo; la ácida madrugada esparcía sus luctuosas cenizas. Veíamos desde la ventana la procesión de farolillos en pena y la calle de piedra sorda. En la estancia próxima temblaban los cirios. Y ese soplo helado que nace del miedo de la noche, hasta en mitad del regalado verano, se nos iba entrando por los huesos. En una hora así podemos morirnos, a la solicitación más inefable; parece que basta —en una hora así— el guiño lejano de las estrellas para que se nos escape el espíritu por la boca.

Al fin, con grandes trabajos, logramos hacer hablar al pobre viejo, y lo pusimos a contarnos su vida. Y entonces le oímos todo el arte de la podadera y de la azada, los pre-

ceptos de tratar las vides —como en Virgilio—, y averiguamos también que una piara de cincuenta cerdos se llama "vara"; que el cáñamo de Orihuela es el mejor para hacer alpargatas, porque es el más blanco y resistente; que después de éste viene el de Aragón, y que el peor de todos es el de Italia, tan usado en estos años de decadencia. Pero nuestros afanes fueron largamente recompensados, porque, al salir el sol, todavía vagaba la sonrisa por la cara del viejo, y en sus mejillas se habían desvanecido las lágrimas.

VERDADERA HISTORIA DE TEDDY DE TAMMY-LARRY, DE LOS CONDES DE NUEVA YORK

ENTRE un cadete, una planchadora y yo lo recogimos del suelo. Era sordomudo. No quiso ir a la Casa de Socorro porque allí —gesteó— ponen inyecciones. Lo llevamos a un figón, donde bebió agua y le sirvieron un cocido. Fue resucitando poco a poco. Con ayuda de un papel y un lápiz nos dijo que él era "Teddy de Tammy-Larry, hermano del conde de Nueva York". Por su aspecto, todo podía ser. Pero Tomasa le gritó, desde el fondo del figón:

—¡Que te crea tu abuela!

Después, él, con pintoresca mímica, nos contó esta verídica historia: "Sombrero alto, sortijas y alfiler de corbata, vino, billar, riña, puñetazos, puñetazo en un ojo, manos atadas, soborno y fuga." ¿Habéis comprendido?

No quiso ir al puesto de Policía, porque allí pegan. Quería marcharse a Cádiz, escondido bajo un furgón, en el tren de las nueve y media. A la fuerza, lo llevamos a la Tenencia de Alcaldía. De allí lo mandaron a la Costanilla de los Desamparados, bajo la custodia de un capataz que había sido antes pastor y estaba dispuesto a lanzar su bastón entre las piernas de Teddy, a poco que éste pretendiera escapar. Teddy lloraba y aullaba como un mono. La planchadora, muy contenta: ¡ella le había pagado el cocido! El joven cadete, muy triste, pensando que enjaular pájaros (aun de cuenta) no es una obra de caridad.

Y yo...

CÓMO DESCUBRÍ QUE TEDDY ERA ESPAÑOL

Yo dije:

—Este muchacho es español.

—Sí —dijo el de la blusa, con asnal seriedad—. Cuando usted le escribió unas palabras en inglés, no entendió. Y es raro, porque en Nueva York esa lengua es "muy frecuente".

—Se equivoca usted. Los condes de Nueva York no saben inglés. Además, su empeño de marcharse a Cádiz escondido bajo el piso del furgón, denuncia las aficiones aristocráticas del *sportsman.*

—¿Será un desertor? —dijo el cadete.

—¡Lástima de muchacho! ¡Y tan guapo! —(La planchadora, o Tomasa, o cualquiera de las mujeres.)

—No me cabe duda; es español —respondí sin hacerles caso—. Primero, porque su mímica de sordomudo es de la más pura escuela española. Una mímica inconfundible, no sé si árabe, si más bien torera, si tal vez romana. (Cohen, el filósofo, gustaba, cuando iba a París, de asistir a la Sinagoga, para divertirse en admirar los movimientos de los judíos españoles.) Segundo, porque sabe beber el agua en botijo, a la española. Y tercero, porque se comió el cocido a lo castizo, en los tres tiempos académicos:

a) Cogió la olla, vertió el caldo solo en el plato, y se bebió el caldo.

b) Vertió después el contenido sólido del cacharro; pero volvió la carne al cacharro; y sólo se comió la verdura; y

c) Finalmente, volcó en el plato la carne y, dejando al lado el tenedor, se la comió con los dedos.

(Los "tres vuelcos" de los escritores del siglo de oro.)

Todos admiraron mi sagacidad. Yo, para deslumbrar menos, me volví a otra parte, negligente. Y vi, en el muro ahumado, un enorme mapa de Europa en 1869. "Vísperas del 70", dije para mí, tratando de situarlo en el tiempo.



II

TEATRO Y MUSEO



EL DRAMA

EL DRAMA realista es imposible. Las palabras tienen muchos sentidos. No nos embrollemos: el drama realista es imposible.

Yo soy uno de tantos. Te encuentro en mi vida. Charlamos durante una hora. La urbanidad y demás nos impiden provocar incidentes; nos aconsejan huir y dejar huir. Los tratados de buena cortesía prohiben hablar de cosas importantes en una primera entrevista. Nos despedimos, pues, sin que haya acontecido nada; y el director de escena pasa a nuestro lado sin mirarnos; no le convenimos, no somos su artículo.

Cierto: a veces, por descuido, podrá acontecer algo entre nosotros desde la primera entrevista. Caemos, entonces, en el drama. Pero el drama de los descuidos ¿es realista? No: los monstruos no son la especie. Sería un dibujo excesivamente selectivo, no un retrato; un tamiz tan fino para la vida, que ya la transformaría al cernerla.

Cierto: podrá el drama —rompiendo con una de las llamadas unidades clásicas, la del tiempo— fingir que transcurren días, meses y años de un acto a otro, permitiendo así que, en el corto plazo de la representación, sucedan cosas inverosímiles. Pero ¿es esto realismo? ¿No nos ha causado risa a todos que, en el intermedio, le hayan crecido al muchacho las barbas y los pantalones?

Los griegos resolvían el problema fingiendo que las relaciones entre los protagonistas eran anteriores al drama, y representando en escena sólo el desenlace. Para eso, escogían fábulas conocidas de todos, o cuyos antecedentes el Prólogo se encargaba de recordar al público y... propiamente hablando, repetían un desenlace también conocido de antemano. (Entendido: hay excepciones; sobre todo en Eurípides el decadente que, por eso mismo, a veces necesita acabar sus tragedias con un miserable recurso.) Como hoy el teatro no es un rito, no toleraríamos la repetición de las hazañas ya

conocidas de un héroe o de un dios. Esa necesidad nos la satisface, hoy en día, no el teatro, sino el sacramento de la misa.

Ibsen ha intentado cosa parecida al procedimiento de los trágicos griegos, haciendo con arte que, entre una y otra escena, sus personajes nos cuenten algo de su vida anterior. Pero lo que hay de característico en su técnica es el obligar a los hombres a una sinceridad salvaje. En el trato real, nada acontecería: los hombres huyen unos de otros. Para que suceda algo dramático, Ibsen los obliga a un trato irreal. Como no habría sociedad que resistiera trato tan absurdo, la técnica de Ibsen es culpable de su filosofía: nuestra sociedad es falsa —dice—, puesto que no resiste la prueba de la verdad. (Aclaración: de la verdad no dosificada, no humanada. La verdad es como el arsénico.) Esquema del teatro de Ibsen:

—Buenos días, esposo. Yo vengo hoy a decir verdades. Hace mucho que no te quiero.

—Muy buenos los tengas, esposa. Ni yo a ti. Suicidémonos.

—Pero ¿y nuestro hijo?

Un tercero.—Amigos míos, la verdad sea dicha: vuestro hijo no es vuestro, por lo cual acaba de echarse al mar.

Conclusión: la sociedad es falsa. Nosotros, que sólo estudiamos ahora la técnica del teatro, concluimos: el drama realista es falso.

Bernard Shaw, por camino parecido, resuelve el problema a lo humorista: toma los seres reales y los coloca en situaciones fantásticas. El enemigo descubierto se invita a cenar todas las noches, en familia, en casa de su enemigo; los niños de quince años disputan la mujer —y no con galanteos, sino en juicio familiar y alegando buenas razones— a los señores de cuarenta años; la camarera impide al ama casarse con el novio.

¿Qué hay, pues, en el fondo de la vida humana, que sólo se deja empuñar por el humorista?

LOS GESTOS PROHIBIDOS

MÁS ALLÁ del preciosismo verbal, hay cierto preciosismo de los sentidos que se opone a la representación literaria de nuestros gestos animales. La teoría de las palabras "nobles" y de las palabras "innobles", del admirable Longino, resulta sin duda discutible, por lo que pudiera tener de oculta ponzoña académica. Pero, cuando de actos se trata, ya no de palabras, el concierto es unánime; todos estamos de acuerdo en rechazar la alusión a ciertas pequeñas miserias, sobre todo en lo que el retórico llamaría "estilo elevado": estornudar, toser, "ni hacer otras cosas que la soledad y libertad traen consigo", decía Cervantes.

El genio pantagruélico puede dispensarse ciertas libertades. Y asimismo la Picaresca Española. A su "culta latiniparla", que es su "preciosa ridícula", Quevedo la enseña a decir todas las cosas llanas de mil modos enrevesados, para burlarse de los que huyen del pan, pan: vino, vino.

El bostezo —ese "aullido silencioso", de Chesterton— a lo sumo puede inspirar bufonadas, como la de aquel muchacho de escuela que se entretenía las horas largas en la misteriosa ocupación de echar a volar un bostezo; y el bostezo, por simpatía no bien explicada aún, iba de una en otra cara, hasta que hacía presa en el maestro.

En el estornudo sólo se puede fundar un chascarrillo. Y véase, en cambio, la dignidad literaria del ruido animal que más se le parece: el relincho del caballo, que se oye, como en el piso bajo, en el fondo de algunas comedias de Lope y de Ruiz de Alarcón. Entre otros, un estornudo sublime conozco en la literatura: el de "Zaratustra" cuando se enfrenta de nuevo con la soledad y, cosquilleada por el aire vivo como por vinos espumosos, su alma "estornuda" y exclama gozosa: "¡A tu salud!"

Ya la muerte del Rey don Sancho, herido a mansalva en ocasión de una materialidad tan humilde, es uno de los

rasgos más típicamente crueles, más heroicamente prosaicos, del Romance Viejo.

Fuera de los cuentos licenciosos (como aquel del Conde de Benavente que dijo al que arrastraba la silla: "No le busquéis la consonante"), los gestos prohibidos rondan inútilmente el castillo de la literatura.

Pero el pañuelo —que, aunque evoca una pequeña servidumbre del cuerpo, ha venido a ser el símbolo de las despedidas románticas y se ha ennoblecido en grado máximo con la metáfora de las gaviotas—, el pañuelo que flota con austera belleza en el adiós de las mujeres pescadoras de Arteta —¿sabéis que el pañuelo mismo fue, en un tiempo, cosa prohibida?

Hubo días en que los escritores y el público sentían así. ¿Un pañuelo en la literatura? ¡Despropósito! Y, sobre todo, ¿un pañuelo en un episodio trágico? ¡Abominación! Los franceses del siglo XVIII —Voltaire, Ducis— traducían a Shakespeare, pero lo expurgaban, lo reducían a la peluquería del gusto decente. Cuando Vigny se puso, con ánimo bravo, a parafrasear el *Otelo*, pudo burlarse ingeniosamente de sus predecesores. Y nos describe los aspavientos de la antigua Melpómene ante el pañuelo de Desdémona —este inocente rasgo casero del realismo...

En *Zaïre* —primera adaptación del *Otelo*— el vitando objeto es sustituído por una carta de la heroína que Orosmane llega a sorprender. Más tarde, el púdico Ducis reemplazará el pañuelo por un "bandeau de diamant". Tartufo, al menos, había sentido el pudor de la ausencia del pañuelo, cuando, alargándole el suyo, decía a Dorina:

...Ah, mon Dieu! je vous prie,
Avant que de parler, prenez-moi ce mouchoir.
—Comment!
—Couvrez ce sein que je ne saurais voir... *

* Ver "Estornudos literarios", *A lápiz*, México, 1947, págs. 173-182.

EL ABANICO-ENCICLOPEDIA

(Ensayo sobre el siglo xviii)

La Révolution *a été faite par des voluptueux,* decía Baudelaire. Y alguien observa que los enciclopedistas fueron unos revolucionarios de salón, cuyo propósito era hacer más libre, más generosamente libertino el ambiente de sus saraos exquisitos, pero que nunca pensaron en hacer, de sus paradojas, armas para el pueblo de la calle.

Alternaban el estudio de las ciencias con las novelas licenciosas. El mismo autor de *Les bijoux indiscrets* escribía un tratado filosófico. Otro componía el *Templo de Gnido,* y también *El espíritu de las leyes.*

El siglo xviii fue el siglo de la Razón, de la Inteligencia, de las teorías sobre la Felicidad humana, y de la Voluptuosidad.

Todo él va del Abanico a la Enciclopedia.

El Abanico-Enciclopedia, que descubro entre los ejemplares de una reciente Exposición (el abanico de las efemérides, el abanico calendario, el abanico de las constelaciones del Zodíaco, el abanico de las muertes notables, el abanico de las listas de reyes romanos o franceses, el abanico de los Nueve de la Fama, el abanico de las maravillas del mundo, el de las musas y el de los consejos amorosos), es el producto más cabal de toda aquella civilización.

Como el geólogo lee en el trilobites las vicisitudes de la tierra, podemos leer la historia de un siglo —sus costumbres y sus anhelos— en el Abanico-Enciclopedia.

¿Lo agitáis? El aire se encanta y empieza a producir felices alucinaciones: cunde un aroma olvidado; aparece una sala con candeleros y tapices, gente de calzón corto, pelucas, sonrisas, damas que hojean un libro, bastones, tabaqueras, impertinentes, un diván, una esfera, una lira... ¡Ay! ¡Y aquel fundar la vida en la sólida razón de los hombres! ¡Y aquel acariciar mansamente a las fieras de los Deseos!

CONTRA EL MUSEO ESTÁTICO

HAY QUE justificar el gusto de las señoritas: lo bonito suele ser necesario. ¿Qué idea de la vida pueden darme esos catorce jarrones chinos formados en hilera, y ni siquiera expuestos al mercado? ¿Esos tres mandarines metidos como momias tras de la vitrina? ¿Ese mueble de laca aislado con rejas, precisamente para que no pueda yo abrir sus mil cajones?

Los museos debieran confundirse con la misma vida. El señor mandarín estaría sentado en su sillón, bebiendo su té, junto a su mesa, en la sala de los jarrones. En rigor, a la entrada de la galería debieran proporcionarme un traje de mandarín para que pudiera yo sentirme chino un instante.

El circo, con sus pantomimas y representaciones de la vida asiática o africana (y dicen que americana), es un complemento indispensable del museo.

Queremos quemar los museos y fundar el museo dinámico, el cine de bulto, el film de tres dimensiones, donde el bordador chino borde tapices chinos, y donde el espectador pueda, si le place, ser también personaje y realizar sus múltiples capacidades de existencia. Éste —oh Mantegazza— es el verdadero museo de las pasiones humanas, donde cada cual, a fuerza de ensayos, descubra las dos o tres leyes de su conducta. Queremos el museo-teatro-circo, con derecho a saltar al plano de las ejecuciones.

¡Ir al museo fuera entonces como ir al gimnasio, y ellas y nosotros, todos quedaríamos satisfechos! Se conservaría, pero sin disecar. Porque no todos tenemos aficiones de coleccionador, ni siempre es tolerable ver la vida en restos de naufragio: una mano, un cendal, un anillo, una bolita de cobre, un ojo de vidrio —estúpido, providencial.

MOTIVOS DEL "LAOCOONTE"

SIEMPRE que me exageran el sentido de la estética wagneriana —fusión de todas las artes en el Arte, ideal legítimo mientras no se desequilibra el peso real de las nociones—, acude a mi memoria aquel verso de Díaz Mirón: "un ungüento de suaves caricias, con suspiros de luz musical".

En el principio de las cosas era el Caos. Había quimeras y dragones, elefantes-flores y mariposas con cuernos. Y también suspiros de luz musical.

Las artes, juntas en el origen —acto sagrado, conjuro, plegaria o, finalmente, juego o adorno— se han ido diferenciando paso a paso.

Quedaba la danza mezclada con la música. Pero una sudamericana, Mlle Isabela Echessarry, ha tratado de emancipar la danza, en París. A Carmen le parecía melancólico bailar sin música. Isabela, esta vascongada de la Ópera de Buenos Aires, baila sin acompañamiento de sonido o de ruido.

"La música —escribe en *L'Oeuvre*— sólo sirve para corromper la idea plástica, perturbando la verdad interior que produce el ritmo de los músculos."

Y la crítica recuerda las palabras del Maestro Mallarmé —quien, sin embargo, no prescindía de la música— sobre la danza entendida como escritura corporal o poema emancipado de los instrumentos del escriba.

Las danzas en silencio de la nueva sacerdotisa —"Andrómeda", "El hombre y el fantasma", "El hombre y su sombra"— quieren ser sinfonías musculares, pero con un asunto ideológico, externo a la ingenuidad del músculo. Así, pues, no hemos llegado aún a la danza pura. Las danzas de Isabela ¿no pecarán por lo imitativo? Así como se emancipa de la música ¿no se podría emancipar la danza de todo asunto episódico?

Mientras la danza describa o imite un asunto, no hemos salido de la prehistoria. La danza primitiva es mimética por buenas razones: tiene por fin, siendo operación religiosa, pro-

vocar el fenómeno que se desea: la lluvia, la cosecha fecunda, el cambio de estación, el fin de la peste, el logro del hijo. Y de aquí una mímica trascendental que no siempre comprendería un moderno —educado en la miserable escuela del realismo—. La mímica de la danza arcaica se justifica como único medio de obrar directamente sobre la naturaleza, atrayéndola también a danzar según el tema que la danza ritual propone o sugiere, cuando entregarse a la plegaria no tenía aún sentido por lo mismo que no había a quién implorar. (Pues saben bien los estudiosos de la Grecia arcaica que el origen de las religiones no coincide con la noción, relativamente tardía, de un dios a quien pedir.)

Lo que ahora sueño para la danza pura puede entenderse con el paralelo de la música:

Cuando, en los programas de conciertos, comienzan por explicarme que aquella mañana el joven despertó hastiado de la vida, que pensó en su novia, que por el balcón entraba el tañido de las campanas, que el joven meditó un instante y se acordó de Dios. . . y pretenden que la música vaya diciéndome todo eso "renglón por renglón", me pongo triste, y pienso que con Mozart acabó la música pura. Yo no quiero historias, sino música: ya yo sabré las historias que me forjo con ellas, si es que no soy capaz de alcanzar la cima platónica, donde flotan las especies abstractas, el deleite musical sin amalgama ni liga.

Lo mismo le diría yo a Isabela: valor; lleguemos a la depuración máxima; yo no quiero historias, sino danza. Danzas cuyos temas, en fin, se conserven dentro de la especie filosófica de la Danza pura, del poema muscular, sin descender a la fábula literaria de Andrómeda; porque toda fábula, naturalmente, se expresa mejor con palabras.

Yo no creo, necesariamente, que sean malos todos los cuadros de asunto. Al contrario: en materia de pintura estoy ya por volver un poco a los asuntos. (Y acaso, acaso, amigos, también en materia de poesía.)

Pero confieso que, en materia de música, los "Fragmentos en forma de pera", de Satie —aunque el título sea una desviación irónica y algo escandalosa— excitan mi apetito musical más que la "Sinfonía del joven que tomó el opio".

Y en materia de Danza pura, Isabela —como apenas he empezado a pensar en ella, no temo todavía la exageración "virtuosista", la caída en el vacío técnico—, quiero de una vez ir hasta las últimas consecuencias; y espero que nos presente usted, alguna noche, una danza que no pretenda contar un cuento (el mínimo de cuento posible, puesto que lo absoluto no se puede alcanzar), sino, simplemente, ser danza.

Sea, pues, la danza que se llame: "Himno de los hombros", o "Combate de las rodillas y los tobillos", o "Las sonrisas paralelas de la cara y del vientre", o la "Exasperación de los senos", o bien la "Historia ejemplar de una cintura", o mejor aún, la "Anábasis del tronco".

RUTH DRAPER O LA NUEVA PARADOJA DEL COMEDIANTE

El espectáculo escénico tiene tres elementos principales: la escena, el traje o disfraz, y el gesto. Como Ruth Draper aparece siempre en la misma escena, y siempre se presenta con el mismo traje (apenas cambia, sobre la estabilidad de la *robe*, el tema voluble de los mantos), tiene que "crearlo" todo con el gesto. De paso por España, Ruth Draper descubrió —en un cartel de Pastora Imperio— la verdadera fórmula de sus programas. "Pastora Imperio en sus *creaciones*", decía el programa: "¡Creaciones! —exclamó Miss Draper—. Ésa es la palabra: Ruth Draper en sus *creaciones*."

De pronto, parece una señorita más, que se ha destacado del grupo, en el salón, para divertir con un monólogo a sus relaciones sociales. Un instante después, nos damos cuenta de que estamos ante una actriz extraordinariamente dotada, y descubrimos los dos misterios nuevos de su arte.

El primer misterio, la creación del paisaje mímico: un escenario creado por los ademanes, como una alucinación engendrada, a nuestros ojos, por pases magnéticos, con el vaivén de las manos. Ruth Draper representa, crea con las manos, con los pasos, con la cabeza, con el porte del cuerpo, un jardín. Se trata de un acto en un jardín. Todos los movimientos de Ruth Draper son los propios de una mujer en un jardín. Otra vez, el acto es en el bar de una estación, junto al brasero, entre los clientes de la madrugada que apuran el café, en espera del campanillazo trágico que anuncia la catástrofe del kilómetro tantos. O en la sala de una modista francesa, que tiene dos tonos de voz inconfundibles y gimnásticamente alternados: uno, medio y untuoso, para la cliente, y otro chillón, agrio, enérgico, para las obreras. O en un rincón de los Balkanes, donde dos hombres se disputan una mujer. O en una calle de Turquía, donde una mendiga implora la caridad.

El segundo misterio —el más importante—, la creación

del interlocutor invisible. Ruth Draper no recita monólogos: representa diálogos, llevando una parte de la conversación, y confiando la otra al silencio, a la sombra. Y la sombra y el silencio se cargan, poco a poco, de vida; nacen de ella los compañeros imperceptibles de sus dramas en miniatura; de suerte que aquí, al revés del misterio griego, es el héroe quien engendra su coro, y en torno a él parece que resuena el silencio.

Pasa esta mujer tan singular por Madrid, dejando un rumor de lenguas extranjeras (francés, inglés, dialectos eslavos) y el recuerdo de su teatro casi vacío, donde algunos la escuchábamos con atención, deseando para la excelencia completa de su arte lo único que en efecto le falta: el encontrar un verdadero poeta que le componga sus dramas.

LA IMPROVISACIÓN

I

ESTAMOS en un restaurante de Londres —el Savoy— y hay doce a la mesa. El anfitrión es un hombre con un algo de Dumas, padre, y otro poco de Maurice Donnay: cabeza enorme; a la izquierda, un ala de cabello negro; a la derecha, un ala de cabello blanco; monóculo y bigotillo negro, cortado; labios voluminosos, que se han comido la nariz.

(Consúltese: Michel Georges-Michel, *Ballets Russes, Histoire Anécdotique* —un libro deshecho, agobiado bajo un título muy ambicioso, pero lleno de sugestivos toques.)

En torno a este hombre, dondequiera que va, se produce siempre una tempestad artística. Es Diaghilew. Y puede asegurarse que la empresa de danza que dirige, con ser ya tanto de por sí, es mero pretexto para atraer todas las vivientes voluntades estéticas que andan dispersas por el mundo.

Siempre tiene doce a la mesa y, mientras come, seguramente sin molestar un punto a sus huéspedes, sin que éstos se percaten siquiera de que ha hablado de otra cosa que de música o de pintura, arregla tratos con el agente italiano, Barrocchi, llegado en el último avión de Roma; y, volviendo apenas la silla, despacha con el encargado de trasladar las decoraciones —Kamichof, un tímido gigante.

Después, se levanta, sale tranquilamente, como si no estuviera haciendo nada. Y no lo volvemos a ver hasta el ensayo general, en un escenario revuelto, junto a la divina Karsavina, que protege sus zapatillas de reina con unos calcetines de lana.

Durante el ensayo, sin respeto para la música de Stravinsky, dos obreros clavan ceniceros en el respaldo de las butacas. En un rincón, sin hacer caso a nadie, Bakst, el pintor de *Jerezarda,* construye, a golpe de tijera y pincel, unos juguetes mágicos, de cartón, que han de revolucionar el arte decorativo, lo mismo entre los clásicos de la Rue de la Paix,

que en el Faubourg Saint-Honoré, donde acampan los avanzados.

Y así, todo sucede entre estorbos, entre paréntesis, al lado de las actividades accesorias, mientras se recibe a las visitas, en el comedor y hasta en el baño.

Y con todo, la maravilla se realiza, y el ballet nace —puro— como la fecha de su arco.

II

Amigo José Vasconcelos: educar es preparar improvisadores. Toda educación tiende a incorporar en hábito subconsciente las lentas adquisiciones de una disciplina hereditaria. Se vive improvisadamente.

No quiere esto decir que debamos emprender las cosas sin conocerlas. Todo lo contrario. El oficial de Estado Mayor tiene que levantar diseños y planos topográficos sobre la cabeza de la silla, al trote del caballo. Para eso, es fuerza que se haya avezado, largos años, entre los estuches mecánicos, al trazado y al cálculo. De aquí un gran respeto a las técnicas, un consejo de practicarlas incesantemente en todos los reposos de la acción —de la improvisación—. Y de aquí, también, un gran respeto a la memoria, la facultad retentiva que transforma en reacción instantánea las conquistas de varios siglos de reflexión, y el consejo de propiciar constantemente a esta madre de Musas.

Y, un día, el milagro se produce: al dejar caer el lápiz, brotan los planos exactos; al dejar caer la pluma, corren los versos bien medidos: *quidquid tentabam scribere versus erat*.

Todo arte consiste en la conquista de un objeto absoluto, lograda en medio de las distracciones que por todas partes nos asaltan, y contando sólo con los útiles del azar. Sé quien estudiaba el teatro griego entre los desmayos del amor, y casi leía los libros en los brazos de una mujer. Ése improvisaba atención.

Pero ¿qué no es improvisación? Oh, Pedro Henríquez, tú me increpabas un día:

—No corriges —me decías—; no corriges, sino que improvisas otra vez.

La documentación es necesario llevarla adentro, toda vitalizada: hecha sangre de nuestras venas.

III

Se levanta una cortina; es Stravinsky, otra vez: llega de Suiza, por unas horas. Trae consigo el manuscrito de *Nupcias*, portento de música en acordes, con tibios arrullos de marimba, y un sobresalto de resonancias continuas que amedrentan y dejan ocioso el hililllo de la melodía.

Se levanta otra cortina: es Diaghilew, que vuelve de Londres, por unas horas. Trae en la mente, en el ánimo, en el ritmo de la respiración, esas danzas cruzadas que concibió el maestro coreógrafo.

Marchas gimnásticas de mancebos, bajo los ojos extáticos del novio; marchas gimnásticas de doncellas, entre las trenzas caudales de la novia; pétrea inmovilidad de los padres, secos árboles con barbas de heno y cuencas profundas de ojos, los brazos plegados, las arrugas hechas a cuchillo. Y, al fin, ese paso solemne y grave de los novios hacia el lecho nupcial, como si entraran en una tumba. Es la borrachera triste de Eros, la más intensa. Hermosas bestias cazadas por la naturaleza, los esposos se aproximan temblando... Salta el corazón, entre pulsaciones de marimba. Y, de pronto, se oscurece la luz.

Stravinsky y Diaghilew están en mangas de camisa, al piano; en tanto, el coreógrafo Massine anota y anota, vibra junto al velador, trepida por dentro, baila con el alma. Circulan el "cherry" y el té. Los gajos de limón aplacan la sed.

Silencio: estos hombres improvisan. Movilizan, por unas horas, todas las potencias de su ser. Todo lo traen consigo, porque no se viaja con bibliotecas. La memoria enciende su frente. Y, al dar las ocho, todo debe estar concluído. Se besan el bigote, a la rusa, y uno vuelve a Londres y otro a Suiza.

III

EN LA GUERRA

GUYNEMER

"¡Hilas, Hilas!": gemido del viento en Tróada.

VUELVE a nuestra memoria el nombre radiante de Guynemer, as entre los ases.

Héroe representativo de la Gran Guerra, aviador casi niño, combatiente solitario, hijo predilecto de la victoria elegante, maestro de geometría celeste, primogénito de la raza de hombres del aire, diminuto corazón perdido de pronto en la luminosidad del éter sonoro. Y un día, hastiado del cielo material, del cielo metafórico que no le dejaba romper para siempre las ligas con la tierra, se arroja a morir entre las nubes y, en vuelo de transfiguración, desaparece.

El nombre mismo de Guynemer suena como a grito de guerra. Entre los versos de la Canción de Rolando, se le oiría como en su sitio: *Montjoie! Guynemer!*

Era celta. Raza misteriosa la celta; gran vencida de la historia se la ha llamado. Raza de alma extremada y aventurera, capaz de melancolías heroicas y de gritos líricos inmortales. Raza de ardiente fe; la única que presta dinero reembolsable para en la otra vida, sobre el juramento de la oración.

Nació Guynemer la Nochebuena de 1894. El día de la movilización Guynemer tenía diecinueve años, y un aspecto frágil, femenino. Dos veces lo rechazaron: no parecía duro para la guerra. Pero es que él no iba a hacer la guerra grosera, sino una guerra casi etérea, voladora; guerra de saeta y de insecto, de libélula, de saltarela.

Al fin lo aceptaron como aprendiz mecánico. En marzo de 1915, comenzó a volar. El 13 de junio partió hacia la línea enemiga. Dos días después, los obuses lo saludaban ya, en el aire, como a veterano conocido. Sus notas nos dicen que no experimentó ninguna emoción, fuera de la curiosidad satisfecha. ¿Era, pues, un hombre de hierro?

No: era de pluma, era un pájaro. Hijo de una familia unida, vivía entre mujeres y como en su blando regazo: la

abuela, la madre y dos hermanas se ocupaban de sus materialidades, lo acariciaban, le suavizaban la senda —buenas hadas—, de modo que el niño héroe tenía esa dulzura, esa delicadeza que tanto desconcertaba, al principio de su carrera, a sus camaradas. Le llamaban *Mademoiselle.*

Cuando comenzó a volar en la heroica escuadra de las Cigüeñas (22 muertos, 23 desaparecidos), aseguró que no se dejaría coger vivo por los contrarios. Partía en persecución del enemigo, ebrio de trepidación y retumbos, mirando estallar aquí y allá las estrellas momentáneas de la granada; se lanzaba como gavilán sobre la presa, que casi chocaba contra ella; el humo lo envolvía un instante, y las baterías lo cercaban en collares de truenos; el latido de su motor se injertaba en la palpitación de su sangre. Y súbitamente, el contrario se desgajaba entre llamas, en fantástica caída vertical de aspas y ruedas, por el camino de Luzbel.

Y Guynemer volvía, casi saltando de entusiasmo en el aire, como un chiquillo regocijado; volvía de jugar a la guerra. Y el triunfo sin crueldad, el triunfo de alarde, el triunfo sin sangre, el triunfo de la velocidad, de la puntería, del ojo certero, de la visión justa como la del ave a todo vuelo, el triunfo del reflejo exacto, del pestañeo oportuno, el triunfo del movimiento único, le entraba hasta el alma en bocanadas de gozo, con un estremecimiento que se comunicaba, abajo, a la hormigueante trinchera.

Al llegar, hacía cantar su motor. Y cuando cruzaba sobre las trincheras, acostumbraba piruetear un rato, saltar de onda en onda, rizar el rizo; era un mensaje que mandaba a la infantería: "Soy yo, Guynemer. Podéis estar tranquilos. Por ahora os he barrido el cielo."

Sus cartas a la familia, sus lacónicos apuntes, rebosan una vivacidad, un ánimo chistoso y ameno de *gamin* de París. "¡Divertidísimo! —escribe. . .— Hoy he hecho caer a tres en nuestro campo: un récord. ¡Tres en una tarde! Ha habido que juntar los pedazos. Los de ellos y los míos. Mi aparato, hecho una criba. A mí me están componiendo en el hospital: dos o tres huesos, nada. Sé que ayer el pueblo me ha ovacionado en París. ¡Señor, lo que es el don de la ubicuidad!"

El 11 de junio de 1917, a los veintidós años, lo hicieron oficial de la Legión de Honor. En cuanto recibe la insignia, corre, como el chico del premio, a echarse en brazos de sus padres, que de lejos contemplaban el acto.

Al verse lleno de honores, aunque enfermo, convaleciente, se empeña en volver cuanto antes a sus "deportes", como él dice. "No piensen —explica a su madre, que trata de retenerlo—, no piensen que ahora, porque me han premiado, los abandono. Los pobres se aburren en las trincheras: yo soy su única distracción, cuando salgo de cacería."

Y en efecto, vuelve al campamento de las Cigüeñas. Pero esta vez va inquieto y nervioso, poseído del dios. Expliquémoslo poéticamente: lo que así excita su pulso, lo que tanta palidez comunica a su semblante de niño, es su voluntad de transfiguración, su anhelo de saltar más allá. Su mano tiembla, y parece que el héroe empieza a volar con cierto desmaño: es que ha descubierto su camino y, como todo artista en la era de la superación, olvida un poco la técnica y hace como que se equivoca a veces. Respetemos el instante sagrado.

Es el 11 de septiembre de 1917. Guynemer va a combatir una escuadrilla enemiga, ayudado por otro avión. El otro procurará desviar la patrulla, y Guynemer irá entonces cazando, uno a uno, a los contrincantes. Es la estrategia clásica de los Horacios contra los Curiacios. Así se hace.

Ya el grueso de la escuadrilla contraria acude, engolosinado, tras el avión del teniente Bozon-Verduraz, que fue el testigo del milagro. Ya el capitán Guynemer —¡veintidós años como veintidós águilas al viento!— se enfrenta con el único avión enemigo que se le atreve.

Estamos en el claro cielo de Bélgica, sobre Poelcapelle. ¿No oís una campana muy honda que se confunde, en el espacio, con el estridor de los aviones? Bozon-Verduraz evoluciona y, cuando vuelve al sitio primero, Guynemer ha desaparecido. En vano lo busca y lo busca en las asfixias del aire raro. De Guynemer no queda rastro en el aire ni vestigio en la tierra. ¡Estalló el espíritu puro sin dejar humo ni cenizas! Los soldados alemanes tampoco han podido encontrarlo. Uno de sus aviadores asegura haberle visto

muerto, la cabeza doblada, y las manos, mecánicamente, gobernando todavía el motor, hacia arriba, hacia arriba.

¡Oh ejemplo de superación! "Las fuerzas humanas tienen un límite", le había dicho su santa madre. "Sí —contestó él—. Un límite que hay que superar. Mientras no se ha dado uno entero, no ha dado nada."

Era el niño Guynemer como un amuleto de la infantería; meteoro trocado en constelación, vino a ser un signo estelar. El viento de Bélgica sabe articular una voz (¡Guynemer, Guynemer!) cuando va sonando por las torres. ¿Qué ha sido de Guynemer? ¿Se ha desposado con las sirenas del aire, hecho aire él mismo? ¿Desapareció hacia el sol, por la sutil tangente de luz, en el último relumbre de su nave volátil? ¿Fue a aterrizar en una estrella, castigando los ijares de su hipogrifo? ¡Oh capitán, oh héroe! De los labios de un pueblo tu nombre sube como un resuello de triunfo. Palpita tu corazón, claro astro, en el fondo de las noches de Francia.

EN EL FRENTE

VOLVÍA de Verdun. La tierra estaba llena de hoyos, suave y deleznable como la ceniza de mi cigarro. En Fleurus, los mismos vecinos —ya de vuelta— discutían si la iglesia había estado aquí o más allá.

Almorzamos en un café en ruinas. No teníamos cubiertos. De entre los escombros logramos sacar un cuchillo, una cuchara, un tenedor con tres dientes y medio, una cacerola y una vasija. Los soldados lo lavaron todo en las propias aguas del Marne.

A veces, al escarbar, topábamos con alguna mano de esqueleto. Y más allá, un letrero: "Alemanes desconocidos." (Los que no llevaban papeles ni brazalete: la joya hermosa de la muerte.)

A medio almuerzo, aparecieron tres soldados yanquis, con las cantimploras vacías, pidiéndonos de comer y de beber. Suponían que éramos los dueños del café.

Venían del ejercicio. Al asaltar, sin sombrero, en mangas de camisa, silban estrepitosamente. Traen la alegría de los silbidos pintada en el rostro.

—Somos de la *YMCA* —dijo el oficial.

Y a poco, éstos y otros, se reunieron frente a una casa y se sentaron en el suelo. De la casa salió un joven que distribuyó unos papelitos entre ellos. Todos se dispersaron leyéndolos: eran prescripciones de la *YMCA* encaminadas a a evitar los contagios, tan fáciles entre los solaces de la victoria.

INTERROGATORIO

CADA dos o tres días, vuelta a la misma pregunta y a la misma respuesta. Los oficiales decían su nombre y el número de su regimiento, pero se negaban a decir dónde habían sido movilizados, concentrados, destacados: "Nos lo prohibe la ordenanza."

Habíamos recogido algunos casquillos de artillería que no eran de cobre sino de hierro.

—Sí —dijo un preso que era sargento artillero—. Todavía tenemos mucho cobre, pero algo hemos de hacer también con el hierro que sobra.

La explicación no nos convencía.

—Los infantes prisioneros —le dijo uno cambiando el tema— se quejan de la ineficacia de la artillería en el último encuentro.

—Pues son injustos —dijo el artillero, exaltándose—. Harto tuvimos que luchar, y más con esos malditos casquillos de hierro que se oxidan tanto y hay que estar arreglando siempre...

Y paró en seco, comprendiendo que se había vendido: no les sobraba hierro, no; sino que ya comenzaba a faltarles cobre.

Y miraba a todos con unos ojos desesperados que parecían decir. "Que no lo sepan en mi patria, que no ha sido con intención."

RANCHO DE PRISIONEROS

CUANDO daban de comer a los prisioneros recién traídos, fatigados, torpes y hambrientos, aquellos soldados de cuarenta años, ya sensibles a las incomodidades del cuerpo, ya conscientes de las limitaciones del alma, se quedaban apoyados en el fusil, mudos, sin cambiar entre sí un guiño ni una mirada. Se entregaban al espectáculo: pensaban, pensaban. . .

Y veían comer, en silencio, al enemigo: fríos, absortos, como se mira comer a los animales del jardín zoológico: al mono y al elefante, al ciervo y al avestruz, al zorro, a la oca. Así, con una sensibilidad renovada, virgínea, miraban comer al Hombre —que nunca hasta entonces habían visto comer.

LA "CAVE", O DE LA NUEVA REFUNDICIÓN SOCIAL

MI AMIGO vuelve de París. Cuenta, entre otras cosas, lo que presenció en un té del filólogo Wilmotte. Asistían, además de éste, Gonzague Truc, una partera, Marcelle Tinayre, y un médico negro, el doctor Wanya, gran personaje de ébano y barbas desordenadas, que fue mucho tiempo servidor de Menelico y ahora se dedica a estudiar las enfermedades que contraen los negros en París.

¿Quién pudo mezclar esta sociedad tan abigarrada?

—*La cave, mon cher ami, la cave* —ha dicho Wilmotte. "En tiempo de bombardeo, los vecinos de todos los pisos íbamos a dar, juntos, al sótano.

"Y el sótano nos hizo amigos a los de arriba como a los de abajo."

El sótano es el crisol donde se funde y refunde la nueva sociedad de París —¡y del mundo!

IV

DESCONCIERTO

EL BUEN IMPRESOR

El sino del impresor *amateur* es la desdicha.

Tenía que imprimir una Doctrina Cristiana que empezaba con la frase "Dios hizo el mundo en siete días"; y quería a toda costa emplear en el libro sagrado la mejor capitular que tenía: una hermosa mayúscula de misal, vestida de rojos y oros vivos, con ángeles azules y festones de flores, bandas y columnas simbólicas, pájaros vistosos.

Ahora bien, el libro empezaba por "D", y la mayúscula historiada era una "F".

El impresor se decidió a tocar levemente el original, e imprimió así:

"Francamente, Dios hizo el mundo en siete días."

(Y es lástima que no fuera erudito en doctrinas heterodoxas, porque pudo haber puesto, con mayor sentido: "Finalmente, Dios hizo el mundo en siete días." ¡El principio del fin!)

EL CAOS DOMÉSTICO

No hay cosa en todos nuestros cuerpos que no haya sido otra cosa y no tenga historia.

QUEVEDO

LA CASA, la casa entendida al modo clásico, la casa como organismo perfecto, la casa como administración de la vida cotidiana requiere, cual todo organismo, un desahogo, una salida, es decir: un sitio reglamentado y admitido de desorganización. Como la razón es una de las maneras de la sinrazón, así lo ordenado, lo metódico, es una de las formas del caos. En el fondo del universo hay el caos. En el principio fue el Caos —dice Hesíodo. La casa, nexo organizado de existencias, tiene su caos: su centro de vértigo y de confusión; su centro original desde donde se despliega la vida doméstica, y que es, al mismo tiempo, el sumidero de esa vida. Es el Ombligo de la Casa, es el Caos Doméstico.

La existencia, en su función inmediata, es una invisible corriente que desgasta las formas: las caras se arrugan, los dientes se caen; quiébranse los muebles; arruínanse los edificios, sécanse las plantas; se mueren los pájaros y desaparecen los amigos. . . ; ¡ay!

Las torres que desprecio al aire fueron
a su gran pesadumbre se rindieron. . .

Y cada minuto es el cadáver del minuto anterior, y la vida se desenvuelve en una degradación de muertes: surge de la muerte y torna a la muerte: del polvo, y al polvo.

Esos trozos desmenuzados de vida —producto a la vez que origen de la vida—, sillas sin patas, frascos vacíos, muñecos rotos y criadas viejas conservadas por caridad, tienen su natural recinto en el caos doméstico.

El caos doméstico es, en su aspecto objetivo, un cuarto donde se amontonan, en informe masa, los testimonios fracasados de la ingratitud. Porque toda actividad es ingrata: su símbolo es el ave de presa, que come la carne de la víc-

tima y arroja después el plumón. Esos objetos excremenciales, que han rendido ya su provecho, tienen, en la casa perfecta, su cuarto, su templo. Ahí yacen las fuerzas originales, la simiente de las metamorfosis que engendrarán nuevas vidas: las mitades de muebles que se juntarán para formar otro completo, las cortinas que se convertirán en colchas, el mantel que se abreviará en servilleta; la ropilla que primero fue gregüescos, nieta de una capa y bisnieta de un capuz. Ahí yace la casa en potencia. De ese sitio brota, a ése vuelve, en una evolución circular.

Pero, subjetivamente y en el más sutil de sus aspectos, el caos doméstico es una invisible fuerza que solicita constantemente los objetos y trata de absorberlos. Como las trombas y remolinos del mar, espía, acecha, atrae y anonada. Notaréis que desaparece un paraguas, que desaparece un sombrero. . . A nadie culpéis. Antes considerad la pérdida con un silencioso respeto: es que el caos doméstico los ha absorbido hacia su ombligo vertiginoso. Pasados seis meses, pasado un año, en el cuarto a donde el caos doméstico tiene su santuario encontramos el puño del paraguas, el ala del sombrero. No preguntéis quién los ha destruído; es la invisible potencia que funde y refunde constantemente las formas de la casa: su centro vivo, su alma, su cuna y su sepulcro.

Y en el santuario del caos doméstico ¿quién ha de presidir sino el *Fundidor* del drama ibseniano? Me explicaré:

> *El Fundidor:* Tú que conoces el oficio, ya sabes que los moldes no dan siempre el resultado apetecido. Por ejemplo: cuando te salían los botones sin atadero ¿qué hacías de ellos?
>
> *Peer Gynt:* Los arrojaba a la basura.
>
> *El Fundidor:* Bueno que tu padre Juan Gynt, famoso derrochador, lo hiciera; pero el Maestro ten entendido que es muy económico. Cuida de conservar sus riquezas y procura no despreciar el trabajo defectuoso mientras le pueda servir de materia prima. Tú, que estabas destinado a lucir como botón en la levita universal, saliste del molde sin atadero. De consiguiente no queda otro remedio que echarte al cajón de los botones averiados y confundirte en la masa.
>
> *Peer Gynt:* ¿De modo que para obtener nuevos productos me fundirás con Pedro y Juan?
>
> *El Fundidor:* Claro está. Y no eres el primero. Figúrate

que en la casa de moneda hacen lo mismo con el dinero de busto borroso.

¿Y quién ha de ser aquí el *Fundidor* sino el Ama, el *monstrum horrendum,* el dios bestial que reina a cuatro patas sobre las existencias mutiladas y las existencias en germinación del cuarto de los desperdicios?

EL EGOÍSMO DEL AMA

TRÁTASE de aquella concepción castiza que Fray Luis ha definido en *La perfecta casada.* De aquella mujer hacendosa que madruga y hace mañaneros a los hijos, distribuye el pan, ordena la servidumbre, guarda en su cofrecillo los dineros que sobran del gasto diario, trueca en sonrisa el ceño que el marido trae de la calle, no deja telaraña en los rincones ni brizna debajo de las camas; teje, como Penélope, para huir los malos pensamientos, y, sobre todo, nunca, nunca olvida las llaves del armario.

Digna compañera de la otra concepción castiza: el "varón perfecto", el estoico católico que anda por las calles con cara de justiciero, de preferencia perdiendo el tiempo o diciendo refranes y adivinanzas morales; y que, cuando vuelve a casa, echa cien cerrojos a la puerta, reza el rosario, habla de sus abuelos con voz cavernosa, dice desatinos, tose, terquea, come, bebe, duerme, se baña poco (que las abluciones son de gentiles), y al fin muere, no sin imponer mil obligaciones póstumas a sus descendientes, y dictar, entre los hipos de la agonía, un testamento de muy mala retórica y de dudosa validez jurídica.

Trátase de aquella mujer ministro, de aquella mujer cocinero y mujer bestia de carga (tan lejana de la mujer muñeca y de la mujer *office-boy*); de la providente matrona en redor de cuyo recuerdo revolotean las metáforas de la abeja, de la araña y de la hormiga. Trátase del *ama.*

Como tiene el ama que adivinaros los menores deseos, es analítica. Os espía constantemente. Os persigue con su solicitud, como el gato negro de Poe. Acaba por interesarse más en sus análisis, en sus previsiones y espionaje que en vuestra comodidad. En fuerza de altruísta, se hace egoísta. No le importa que gocéis; le importa saber si gozáis. Al comer, os destruye la síntesis de los sabores con el escalpelo de sus interrogaciones. De antemano quiere saber si ha acertado o no. Si ha acertado, no aplaude vuestra satisfacción,

sino su acierto. Como os sentís constantemente vigilados, la sopa no os sabe a nada, el vino se os cuela sin tragarlo; el pan desfila por las termópilas de vuestra garganta sin dejar memoria de su paso. El ama os destruye todos los regocijos sencillos de la casa, porque os interroga angustiosamente con sus ojos, con su cara, con sus manos nerviosas, con todo su cuerpo anhelante. Las primordiales manifestaciones de la vida implican un elemento profundo de olvido, de inconsciencia; y, como el espía nos obliga a espiarnos, mezcla, enturbia el fondo de nuestro ser con un esfuerzo constante de conciencia: nos "acordamos" de que estamos comiendo o bebiendo, nos "damos cuenta" de que olemos una flor, o estamos asomados al balcón, o derrumbados en la butaca... ¡ay! nos acordamos de que estamos viviendo, y ¡oh, ama tirana! eso es peor aún que morir.

Desde que pisáis los umbrales ya sois juguete de una corriente magnética de interrogación. Si está mal la casa, ¿qué iréis a decir y a pensar del ama? Si está bien la casa, ¿por qué no lo habréis dicho ya? ¿Para cuándo dejáis la recompensa? Porque el ama ignora, inocente, que el estado natural de los hombres es la perfección; que al llegar a casa sólo percibimos las cosas malas, que nos son extrañas; las buenas no, por lo mismo que nos son connaturales y —metafísicamente— habituales. El ama entonces, recordando que también, y a pesar de todo, es muñeca, hace un gracioso mohín, e incurre en las envenenadas preguntas:

—¿Qué me notas?

—¿Qué hallaste sobre tu mesa?

—¿Nada nuevo viste al entrar?

He dicho envenenadas preguntas. Bajo ellas se encubre la incesante guerra con que nos persigue lo Femenino Eterno.

—Sordo, ciego, necio —quieren ellas decir—, piel de elefante, epidermis sin sensaciones, centro muerto sin conexión con el mundo, páramo viviente: miras, y como si no miraras; oyes, y como si no oyeras; vives, y como si no vivieras ... (y toda la fórmula de la excomunión).

DEL ÚLTIMO INDIVIDUALISTA

El último individualista se quejaba y decía:

—Impuesta, ni la felicidad; a fuerza, ni la gloria.

—Ya no puedo hacer una limosna si me da la gana: he de esperar a que esas instituciones de beneficencia me pasen su recibo mensual. No le doy mis céntimos al hambre o a la desesperación de aquella cara, sino al impersonal cepillo o al cobrador profesional.

—Ya no puedo escoger novia por amor o por interés: el gabinete de eugenesia tiene que decidir en mi matrimonio, de acuerdo con algunas conmensuraciones y análisis previos. Me caso con una receta de farmacia, que no con una mujer.

—¿Escoger oficio? ¡Locura! Otros me lo tienen ya designado, según mi expediente de vocaciones. Y —¡oh verdadero origen de la tragedia!— yo sé que me obligarán a cantar de barítono, cuando me siento nacido para tenor.

—¿Educar una madre a su hijo? ¡Disparate! Los espartanos se educan en el gimnasio municipal: así, al menos, no les hablarán del coco a los niños. Cierto; pero, francamente, querer educar a los chicos fuera de casa es querer cocer los panes al sol. Dejaos de fábulas, dejaos de tratados y de cartas; no hay educación como el ejemplo paterno. Además, en el gimnasio los educan para el gimnasio; por ejemplo: les enseñan a marchar a compás, cosa que nunca van a hacer después en la vida. Al contrario, en casa, los educamos para la sociedad humana, múltiple y confusa como ella es; por ejemplo: les enseñamos a reñir con la mujer, cosa que no les será del todo inútil.

—Ya no puedo ni comer lo que me apetece. ¿La carne? ¡Horror! ¡Qué asco! Además, es uno de los enemigos del alma. Además, pobre animalito. ¿El café? No; que tiene cafeína. ¿El vino? Quita allá, que tiene vinino (veneno).

LAS PARÁBOLAS DEL INDIVIDUALISTA

TRAS una pausa, el último individualista continúa sus quejas:

—Decís que el individuo es el pecado original de la sociedad. Y yo os digo: fiaos en el alumbrado público, y pronto os dejarán a oscuras.

—Y decís que el individuo es el verdadero microbio, y que la asociación de los individuos es la salud. Y yo os digo que, en vuestro higiénico pavor del microbio, os ha de pasar lo que al elefante higienizado. He aquí cómo fue:

PARÁBOLA DEL MICROBIO Y DEL ELEFANTE

Pues, señor: éste era un elefante, al que un sabio recogió de recién nacido y consiguió criar en su laboratorio mediante una fórmula complicada. Los padres del elefante habían vivido siempre en la selva, desgajando árboles con la trompa, sin cuidarse de lo que comían ni de dónde dormían. Pero el sabio acostumbró a su elefante a alimentarse con elefantina químicamente pura. Virgen de microbios, el elefantino crecía tan gracioso como una bailarina africana, y tan sonrosado como los desnudos de Rubens. Su piel, como la seda oriental, se gastaba con la mirada.

Pero ¿qué sucedió a aquel vástago de los hercúleos individualistas de la "jungla"? Que tropezó un día con cierto microbio, el primero de su vida. El microbio le hizo una monería en la trompa, hincándole su sutil aguja. No preparado para semejantes combates, el pobre elefante sucumbió.

—Yo os lo aseguro: a fuerza de fiarlo todo al "grupo", acabaréis por no hacer nada por vuestra cuenta, ni rascaros ni nada. Cada uno descansará en el otro, y todos aguardaréis a que los demás os cultiven vuestro propio jardín. Y pasará lo que aconteció cuando la Sociedad del Clamor Unísono, que nos cuenta Holmes, un médico norteamericano.

PARÁBOLA DE ¡BOO!

Alguien soltó la idea de que si todos los hombres gritaran al mismo tiempo, el clamor llegaría a la Luna. Los periódicos acogieron la idea. Se constituyó la Sociedad del Clamor Unísono, la cual determinó un plazo de diez años y fijó la hora para lanzar el consabido clamor. Había que dar tiempo a que se educaran las gentes.

Se hizo una adecuada distribución de cronómetros entre las sucursales de todo el mundo. La exclamación en que se convino, previa encuesta y agitación de los partidos políticos (pues había, como en las teorías de la onomatopeya, la escuela "Guá-guá" y la "Bó-bó"), resultó ser "Boo", por una mayoría apreciable.

Un año antes de llegar el plazo, no se hablaba más que del ruido que se iba a oír. Un sabio propuso una nueva era: antes del ruido y después del ruido (A.-R., y D.-R.). Se creyó —pues a esta pequeña experiencia podían seguir otras—, se creyó cercana la hora de la fraternidad universal.

Llegado el momento, todos los hombres abrieron tanto las orejas para mejor oír el clamor, que nadie se acordó de lanzar el reglamentario "Boo", con excepción de un habitante de las islas Fidjí y de una señora de Pekín. De suerte que nunca, desde el día de la creación, la Tierra había estado tan silenciosa.

—Si me queréis creer —concluía el individualista—, que cada vecino limpie la nieve de su puerta y ande por la noche con una linterna en la mano; que cada cual cumpla sus deberes personales, y nunca estará mejor la república. En efecto: el secreto de la política consiste en procurar que la suma no sea inferior al conjunto de los sumandos; consiste en contrariar el viejo proverbio latino, y hacer que los senadores sean varones cuerdos, a fin de que el senado nunca pueda ser una mala bestia. Y esto sólo con mis reglas puede obtenerse.*

* Sobre el microbio y el elefante, ver *Marginalia*, 2ª serie, México, 1954, pág. 202; Epílogos de 1953, nº 26.

DEL PERFECTO GOBERNANTE

YA SE entiende que el perfecto gobernante no era perfecto: estaba lleno de pequeños errores para que sus enemigos tuvieran donde morder. De este modo, todos vivían contentos.

El pueblo tampoco era perfecto: lleno estaba de extraños impulsos de rencor. Cada año, el gobernante entregaba a la cólera popular una víctima propiciatoria por todos los errores del año.

Había dos ministros: uno de la guerra, otro de la paz. El ministro de la guerra era muy prudente y metódico, porque en esto de declarar la guerra hay que irse con pies de plomo, y en esto de administrarla, con manos de araña. El ministro de la paz era muy impetuoso y bárbaro, a fin de dar a los pueblos ese equivalente moral de la guerra, sin el cual, durante la paz, los pueblos desfallecen.

El gobernante procuraba que todas las ruedas de su gobierno giraran sin cesar, porque el uso gasta menos que el abandono. De tiempo en tiempo, al pasar por las alcantarillas, dejaba caer algunas monedas, que luego distribuía entre los que habían bajado a buscarlas.

Un día advirtió el gobernante que los funcionarios no cumplían con eficacia sus cargos: el servicio público era para ellos cosa impuesta, ajena. Entonces dejó que los funcionarios se organizaran en juntas secretas y sociedades carbonarias, con el fin de mandarse solos.

Desde aquel día, el servicio público tuvo para los servidores del Estado todo el atractivo de un complot. Ellos encontraron en el desempeño de sus deberes los deleites de los Siete Pecados, y el pueblo prosperaba, dichoso.

DIÓGENES

DIÓGENES, viejo, puso su casa y tuvo un hijo. Lo educaba para cazador. Primero lo hacía ensayarse con animales disecados, dentro de casa. Después comenzó a sacarlo al campo.

Y lo reprendía cuando no acertaba.

—Ya te he dicho que veas dónde pones los ojos, y no dónde pones las manos. El buen cazador hace presa con la mirada.

Y el hijo aprendía poco a poco. A veces volvían a casa cargados, que no podían más: entre el tornasol de las plumas, se veían los sanguinolentos hocicos y las flores secas de las patas.

Así fueron dando caza a toda la Fábula: al Unicornio de las vírgenes imprudentes, como al contagioso Basilisco; al Pelícano disciplinante y a la misma Fénix, duende de los aromas.

Pero cierta noche que acampaban, y Diógenes proyectaba al azar la luz de su linterna, el muchacho le dijo al oído:

—¡Apaga, apaga tu linterna, padre! ¡Que viene la mejor de las presas, y ésta se caza a oscuras! Apaga, no se ahuyente. ¡Porque ya oigo, ya oigo las pisadas iguales, y hoy sí que hemos dado con el Hombre!

LA NORMA

Des paroles inconnues chantèrent-elles sur vos lèvres, lambeaux maudits d'une phrase absurde?

MALLARMÉ

HAY PALABRAS que se deslizan y nos abren el corazón como una espada fría y sutil. A veces convidan a la locura, y a veces a la prudencia. Se caen de la portezuela de un coche; ruedan desde una ventana a la calle, articuladas entre un suspiro y un bostezo. Y nadie las advierte. No hacen más ruido que el de un guante que se deja caer.

Yo he oído a dos niños preguntarse si las mariposas tejen nidos como los pájaros; pero —efectos de la mala literatura— la pregunta me pareció artificial, hecha para los museos de frases. Y me desvié con indiferencia.

En la edad en que erais tan locos que hubierais callado al jilguero para hacer sonar el cascabel; cuando la petulancia del primer bigote quiere pasar por virtud, yo oí, al azar, un "¡Efectivamente, efectivamente!", pronunciado con todo el aplomo del que todavía quiere tener aplomo, del que quiere echar la primera amarra al barco de la vida, y que valía de por sí todo un madrigal.

Pero nada vale lo que sorprendí ayer tarde.

Por la calle han pasado dos señoras, charlando. La más joven dice a la más vieja:

—Cambian los colores, cambia todo; pero lo que queda siempre es el azul marino.

EL ORIGEN DEL PEINETÓN*

DÍA DE feria. La catedral, oscura y desierta. Santa Justa y Santa Rufina bajan de la peana: un salto, un vago fru-fru de sedas. Nadie las ha visto. Y salen por esas calles de Dios . . .

Como tantas mujeres, una de ellas saca un espejito del seno, y se van arreglando por la calle. Pronto los mantos son mantones, y se las tomaría por dos guapas mozas de Sevilla. Al paso oyen piropos.

Pero se han olvidado del halo, y sobre el casco de sus peinados se ve, desde lejos, un resplandor.

Y la gente:

—Son dos reales hembras.

—Pero ¿qué llevan en la cabeza, que brilla tanto?

—Es que se han puesto un peinetón.

* Ver, antes, "Rumbos cruzados", nº 17.

DEL HILO, AL OVILLO

TENÍA razones para dudar. Volvió a casa inesperadamente.

La casa estaba desierta.

En el vestíbulo, una madeja de lana, abandonada, yacía en el suelo; era la lana con que su mujer estaba tejiendo no sé qué, por matar el tiempo . . . o por tener pretexto de andar siempre con los ojos bajos. Bien lo comprendía él.

—Todo está muy claro —se dijo—. En la lucha, o lo que sea, la labor ha caído al suelo.

Pero la madeja se desarrollaba hacia el pasillo en un infinito hilo de lana azul.

—Sigamos el hilo —pensó—. Por el hilo se saca el ovillo.

Y, saltándole el corazón, empuñó el revólver.

El hilo azul corría por el pasillo, entraba en el comedor, salía después por la otra puerta . . .

Y él lo seguía de puntillas, anhelante, guiado en aquel laberinto de dudas y pasiones por el hilo azul. En su conciencia había una sombra impenetrable, cortada por un hilo azul infinito.

El hilo seguía su camino misterioso. "En el otro extremo del hilo —pensaba él— está la ignominia. ¿Tal vez el crimen?" Y tenía miedo de sí mismo.

El hilo atravesaba un salón y, ya agitado por evidentes palpitaciones, se escurría por debajo de la puerta del fondo.

Y vaciló ante aquella puerta: ¿sería mejor desandar el camino y llevarse a la calle, como robado y a hurto, el secreto de su felicidad? ¿Sería mejor ignorarlo todo? El hilo, fiel, le ofrecía el camino de la fuga.

Al fin, haciendo un esfuerzo de serenidad, seguro de que el revólver no se dispararía solo en su mano crispada, abrió la puerta . . .

Hecho una bailarina rusa, en un verdadero océano de lana azul, sobre el tapiz de la alcoba, luchando con manos y

patas, el gato —un precioso gato blanco, verdadera nube de candor— se revolcaba, gozoso.

Junto al gato, en el sillón habitual, sin una sonrisa, inmóvil, ella —siempre enigmática— lo contemplaba sin verlo.

EL COCINERO

Un gran letrero: —"Cocina"— llamaba la atención del transeúnte. Junto a la puerta, los sabios hacían cola, como en los estancos la gente el día del tabaco. Cada uno llevaba una bandeja, con toda pulcritud y el mayor cuidado. Sobre la bandeja, un capelo de cristal. Y bajo el cristal, una palabra recién fabricada en el gabinete, mediante la yuxtaposición de raíces y desinencias de distintos tiempos y lugares.

El cocinero —hombre gordo y de buen humor— iba cociendo aquellos bollos crudos, aquellas palabras a medio hacer, con mucha paciencia y comedimiento.

Metía al horno una palabra hechiza, y un rato después la sacaba, humeante y apetitosa, convertida en algo mejor. La espolvoreaba un poco, con polvo de acentos locales, y la devolvía a su inventor, que se iba tan alegre, comiéndosela por la calle y repartiendo pedazos a todo el que encontraba.

Un día entró al horno la palabra "artículo", y salió del horno hecha "artejo". "Fingir" se metamorfoseó en "heñir"; "sexta", en "siesta"; "cátedra", en "cadera". Pero cuando un sabio —que pretendía reformar las instituciones sociales con grandes remedios— hizo meter al horno la palabra "huelga" y se vio que resultaba "juerga", hubo protesta popular estruendosa, que paró en un levantamiento, un motín.

El cocinero, impertérrito, espumó —sobre las cabezas de los amotinados— la palabra flotante: "motín"; y mediante una leve cocción, la hizo digerible, convirtiéndola y "civilizándola" en "mitin". Esto se consideró como un gran adelanto, y el cocinero recibió, en premio, el cordón azul.

Entusiasmados, los sabios quisieron aclarar el enigma de los enigmas, y hacerlo deglutible mediante la acción metafísica del fuego. Y una mañana —hace mucho tiempo— se presentaron en la cocina con un vocablo enorme, como una inmensa tortuga, que apenas cabía en el horno. Y echaron el vocablo al fuego. Este vocablo era "Dios". . . . Y no sabemos lo que saldrá, porque todavía sigue cociendo.

EL TRUEQUE

SÍMBOLO: producto de la economía intelectual. Símbolo —común denominador de valores—: la moneda. A cambio del esfuerzo que nos ahorra, nos hace perder el sentido del valor directo de las cosas: lo que vale, junto a la montaña, la nube; o junto al suspiro, la maldición: cosas que un salvaje nunca ignora.

Los hombres de la era del trueque han de haber sido muy perspicaces, profundamente analíticos, muy sensibles al peso, dimensión, sustancia y calidad de las cosas; unos artistas consumados.

¿Cómo había yo de adivinar, por ejemplo, que cuatro tarjetones para unos retratos de familia me iban a costar lo mismo que un paraguas, que ocho tomos de la *Home University Library* con sobrepecio de guerra, que cuatro "archivadores" de cartón, que un par de zapatos no muy finos, que ciento sesenta pasteles, que ocho kilos de azúcar, que ciento sesenta postales y que dos sacos de herraj para el brasero? *

* Ver "La *bernardina* y el trueque mudo", en *Marginalia,* 2ª serie, México, 1954, págs. 112-116.



V

TODOS NOSOTROS

1. UN PROPÓSITO

Hemos dado algunos en suspirar por los días de la Enciclopedia, echando de menos en los escritores el estudio de ciencias definidas, y lamentando tal vez que las nociones artísticas del estilo no se contrasten siempre —oh Buffon— con la observación de las realidades metódicamente analizadas. Yo vuelvo los ojos a mi *alma mater*, a mi Escuela Preparatoria, orbe armonioso de conocimientos generales; tiemblo de pensar que la ciencia me deja atrás; examino con curiosidad, y casi con emoción, los libros de Einstein; discuto por las noches, con mis vecinos, para identificar esa y la otra estrella, y tengo por amigo predilecto al doctor en insectos y alimañas, Fabre, el de Aviñón, cuya lectura recomienda tanto Julien Benda, este intelectualista de ceño fruncido y mal humor.

No es aventurado pensar que en esta afición me acompañan muchos. No es aventurado esperar que el gusto por las lecturas científicas acabe por imponerse otra vez. Ya el antiintelectualismo llegó a sus extremos. Ya el romanticismo, vuelto simbolismo y decadentismo primero, y al fin futurismo y dadaísmo, tocó sus límites, se deshizo solo, cumplió su misión providencial. Los mismos cubistas de penúltima hora representaban ya un tanteo hacia la síntesis clásica. Picasso y nuestro Diego Rivera están ya de vuelta con lo conquistado. Hemos aprendido muchas cosas y podemos tornar a la tierra natural de donde salimos. Conocemos ya muchos secretos. La magia negra del espíritu se nos ha hecho cotidiana. Como Chesterton volvió, por el camino de las audacias religiosas, a la más perfecta ortodoxia, henos otra vez, a fuerza de impulsos hacia el despeñadero subconsciente, por el camino real de la razón. La razón es lo mejor que tenemos los hombres: temblemos de nombrarla. Gustemos de conocer, de estudiar, de entender. Basta de absorberlo todo por los tentáculos del misterio. El instinto trabaja en nosotros, a pesar nuestro: no vale la pena de preocuparnos por él a toda hora. El instinto

sólo exige cuidados de higiene. Pero la parte racional que hay en nosotros, ésa se cae a pedazos, se cae sola, si no nos curamos de restaurarla día por día. Yo, por mi parte, vivo asqueado del abuso de sentimentalismo que me ha precedido: acabemos con ese caos blanducho, con ese cieno que hay en el fondo, con esa pereza, ese desorden... Cosa sagrada el sentimiento: vivimos de rodillas ante él. Pero ¿no es verdad, Jean Cocteau, soldado de la extrema izquierda de Francia, no es verdad que el arte no debe ser un perpetuo chantage sentimental? Algunos, aquí y allá, en todo el mundo, hemos comenzado a entendernos a guiños de ojos. Vamos a hacer una cruzada por lo que hay de superior en el hombre. Vamos a conquistar, a fuerza de brazo si hace falta, el respeto para las alas. Hemos dado algunos en suspirar otra vez por lo que hay en nosotros que nos acerca al ángel. Fray Luis de Granada hace decir, llorando, al abad Isidoro: "Lloro porque me avergüenzo de estar aquí comiendo manjar corruptible de bestias, habiendo sido criado para estar en compañía de ángeles y comer con ellos el mantenimiento divino."

2. UNA LECCIÓN

CON TODO, seamos cautos, y todo sea por mesurada manera.

¿Habéis reflexionado en la vida de Mme du Deffand? Es una caricatura intensa del siglo XVIII, y una cruel lección para los creadores del hombre artificial. El demonio de la razón —el orgullo de la razón— se había apoderado de aquellas generaciones. Cuando Voltaire declaraba: "El hombre es por cierto un animal superior, pues es el único capaz de satisfacer sus necesidades cuando no las siente", formulaba —puede decirse— la máxima de su tiempo. Sin duda que el intento de innovación —engendrador de nuevos "hábitos" en la Naturaleza, como diría, más tarde, "nuestro" Lamarck— es una de las consignas que el hombre ha traído a la tierra. Ya he dicho otra vez que, por este camino, el hombre ha inventado la sonrisa,[1] que es madre de la libertad. Pero sepa bien el innovador que esta bufonada trascendental del querer humano expone al hombre a los eternos castigos. Mme du Deffand torció la vida. A última hora, la vida se vengó de ella con una venganza blandamente sentimental. Mme du Deffand (el Voltaire hembra) —cuentan sus biógrafos— se acuesta a las seis de la mañana y se levanta a las cinco de la tarde. Es mujer, y se burla del sentimiento. El sentimiento le repugna como cosa tegumentosa y anterior al orden humano. A los treinta años está agotada. Con todo, por milagro de debilidad hercúlea, vive más de ochenta. No conoció el amor oportuno. Había sido educada —lo menos posible— en un convento de París. El gran Massillon desistió de inculcarle nunca el respeto de lo respetable. "Denle un catecismo de a cinco sueldos", se limitó a aconsejar con despecho. Un día la casaron con el marqués aquél, y el marqués, al poco tiempo —el pobre—, tuvo que echarla de su casa. En la corte corrompida de la Regencia, ella es el personaje a la moda. Sin hogar —sin aquel remedo de hogar siquiera, con que solían contentarse los hombres del Setecien-

[1] *El suicida, Obras completas,* III.

tos—, las aventuras de su vida no admiten la excusa de la pasión. "Yo no tengo temperamento; en mi vida no hay novela", confiesa. Enviuda, es rica, intriga en la corte, ensaya la religión en vano y no le importa la patria. Pero le preocupan los cuidados del cuerpo, la digestión, la siesta, el resfriado. "El claro de luna os enternece, y por eso creéis amarme", le dice a uno de sus amantes, al presidente Hénault. Y a otro, a Pont-de-Veyle: "¡Es admirable! En tantos años, ni una nube en el horizonte, ni una disputa. ¿No será, amigo mío, porque, en el fondo somos muy indiferentes el uno para el otro?" Y el caballero, desengañado: "Muy bien pudiera ser, madama." De la Naturaleza piensa lo que aquel personaje de Wilde, que encontraba más confortable el sillón fabricado por el más modesto obrero de Morris. Sólo le entusiasma la lectura y, cuando perdió la vista, se hacía leer mientras conciliaba el sueño —es decir, de seis a nueve de la mañana—, por un inválido veterano. ¡Oh sutil! Ya ciega del todo, asiste a los saraos y teatros y, heroica en su frivolidad, no pierde función de pantomima . . .

¡Pero la venganza! ¡La venganza! . . . Las furias acechaban en la sombra. Mme du Deffand tenía setenta años y estaba completamente ciega cuando le fue presentado un hombre de cincuenta, un gentleman seco e inteligente, que es como una viñeta simbólica de su siglo: Horace Walpole. Y he aquí que se apodera de ella un extraño amor; he aquí que le nace un fuego insaciable, mezcla de ternura maternal y pasión tardía. Walpole, que temía al ridículo más que al infierno, la llama al orden constantemente. Y de aquí esa correspondencia apasionada en que se ve combatir a Mme du Deffand contra un sentimiento del que ella misma había hecho donaire, y que el mismo objeto de su amor le censura . . .

Estaba ciega, y alargaba —ansiosa— las manos.

3. EL OTRO EXTREMO

PERO ¿y la educación sentimental, oh Flaubert de nuestra ferviente adolescencia? (*Una madre:* "Mi hijo es muy sensible; vais a verlo. Hijito mío: ¿sabes que mamá se te va a morir?" Y el niño llora.) ¿Y el pecado de enseñar a leer a los niños en un libro lacrimoso y doliente? Otra vez he escrito contra el *Corazón,* de Amicis, en que las más inocentes travesuras tienen consecuencias de pecado mortal:

> De aquellas páginas lacrimosas, donde siempre hay niños que sufren y criminales voluptuosidades de dolor; donde un chico no puede arrojar una bola de nieve sin que, precisamente, le estrelle los lentes a un anciano y lo deje ciego, conservamos, para toda la vida, un recuerdo casi ensangrentado... El niño travieso, de Mark Twain, entra en la despensa, en la oscuridad de la noche y, a tientas, junto al frasco de veneno encuentra siempre el de mermelada. En Amicis asistimos, invariablemente, al envenenamiento del niño que quiso probar la mermelada.[1]

¡Corazón! La palabra me pone en guardia, como al alienista un atisbo de enajenación en su paciente. ¡Corazón! Este misticismo de las vísceras no me entusiasma, cierto. Y aun creo que pertenece a esa era equívoca del pudor humano, en que los sociólogos han descubierto, por ejemplo, que la imagen del pie —hecho tabú— sirve para aludir a ciertos secretos sexuales. La pobre Margarita María, en su contemplación anatómica, ve por todas partes la copa sangrienta del corazón, y se vuelve cada vez más inútil. En la enfermería, todo lo descuida. La destinaron a la cocina, pero tuvieron que quitarla de allí porque todo se le caía de las manos. El "cordicocolismo" de la Alacoque no está lejos de la aberración de aquel personaje de Poe que, magnetizado por los dientes de su prima Berenice, acaba por arrancárselos en un momento de ausencia mental. Tal actitud es, antropológicamente, anterior a la adoración de los ojos de Atenea —o San-

[1] *Simpatías y Diferencias,* "El cine: La educación sentimental", *Obras Completas,* IV.

ta Lucía— que, por lo menos, son los signos de la inteligencia. Me encanta Góngora cuando dice:

> La más bella niña
> de nuestro lugar,
> viendo que *sus ojos*
> a la guerra van,

donde otro hubiera dicho "su corazón". Y aplaudo a Sainte-Beuve cuando hace notar a Lamartine que abusa mucho —en el prefacio de sus *Confidencias*— de la palabra "corazón", al explicar el dilema en que se vio de vender la tierra de sus padres, que eran su corazón, o el manuscrito de sus *Confidencias,* que era también su corazón al desnudo; por lo cual le faltó el corazón para firmar el acta de aquella venta, y consintió en el desgarramiento del corazón que era el aceptar la venta del manuscrito.

"Y cerré los ojos... y escogí con el corazón."

No conozco nada más triste, comentaba el severo crítico, que esta prodigalidad de corazón derramada con el fin de ocultar lo que el autor no hace más que estar ostentando. Y añade que, en cambio, podía haber tenido mayor recato para hablar de su madre y de su propia hermosura.

Y hay un paralelo instructivo: por una parte, el rapto casi sensual con que Lamartine habla de la belleza de su madre; y, por otra, aquella piadosa palabra de Racine —hombre sensible, éste sí— al evocar el recuerdo de su padre:

... *et Toi que je n'ose nommer.*

PSICOLOGÍA DIALECTAL

1

ADVIERTO, desde que piso tierra de España, que se apodera de mi mente un esfuerzo de traducción. ¡Y soy un discípulo de las disciplinas lingüísticas del siglo de oro! ¡Cuánto mayor no será el esfuerzo para cualquier hijo, plenamente dialectal, de mi pueblo!

La pluma en la mano me obliga a un lenguaje en cierto modo internacional. Pero, en mi primera reacción verbal ante los fenómenos de la vida, yo siento que siento en una lengua levemente distinta de la peninsular.

En esta levedad del matiz está el conflicto. ¿No habéis notado que los italianos nunca logran completamente hablar con pureza en español? Dígase lo mismo del portugués, del brasilero. Como su lengua se parece a la nuestra, les salimos a medio camino, para entenderlos, y les basta con traducirse a medias. Así, muchos de los míos pasarán por España sin percatarse de que no sentían, del todo, en peninsular.

2

Me ocurre pensar que esta desviación dialectal puede servirnos de índice para ir construyendo una teoría de nuestra sensibilidad diferente, americana, y hasta —en mi caso— mexicana.

¿Qué es un dialecto? Una descendencia en vías de emancipación. (Que puede, claro es, prosperar o no.) El hijo que alcanza la mayoridad es, a los ojos del padre, un dialecto de la familia. Se le parece: se diferencia apenas. De este "apenas" nace —irremediable— la guerra entre el padre y el hijo, que es el fermento de la historia.

Interroguemos al hijo nuevo: el dialecto es el porvenir.

Y mejor que mejor si buscamos aquellos cristales de la

lengua —frases hechas, monedas de la expresión corriente— que han perdido su equivalencia o nunca la tuvieron en el seno de la lengua madre.

3

"¡Ahora que me acuerdo!" —o, más literal: "¡Hora que me acuerdo!"— se oye gritar al mexicano. Busco el circunloquio español que reproduzca el estado de ánimo en que este modismo germina. Lo busco en vano. Quiere decir algo muy complejo: significa, en suma, un cambio de régimen de la conciencia; vuelco brusco, más de la voluntad que de la razón, para aquel que, cogido en un orden o proceso de ideas, y subyugado por el gradual magnetismo de éstas, se emancipa de pronto; "se acuerda" de que sus estímulos verdaderos llevan otro rumbo, opuesto casi siempre al que se ha dejado imponer.

"¡Hora que me acuerdo!" es grito de desesperación o de entusiasmo, inmotivados mientras no se baja a los lechos de la subconciencia.

"¡Hora que me acuerdo!" grita el que, entregado a las lágrimas, oye de pronto, dentro de sí mismo, borbollar una surgente vital que lo empuja a reír sin causa.

"¡Hora que me acuerdo!" grita el que se dispone a morir o a matar, después de haber soportado un trecho a los enemigos que lo cercan.

"¡Hora que me acuerdo!" denuncia un tesoro de fe, una mística energía —que nuestra escéptica madre peninsular ha perdido un poco*— para entregarse a la providencia o la buena estrella.

"¡Hora que me acuerdo!" anula, de súbito, cualquier provocación exterior que nuestra ley interna no haya sancionado.

"¡Hora que me acuerdo!" ahuyenta el temor de la muerte y de la otra vida.

* Así se escribió originalmente. Pronto hubo que rectificar: estas generalizaciones sobre la "psicología de los pueblos" son siempre muy aventuradas.—1952.

"¡Hora que me acuerdo!" devuelve su eficacia teológica a la resolución de los hombres bravos.

"¡Hora que me acuerdo!" es el salto de nuestro leopardo contra la jauría de miserias que lo están acosando.

"¡Hora que me acuerdo!" es la carga de caballería del alma.

4

Pero hay más: estas humildes palabras —que el último maleante pronuncia, antes de jugarse el todo por el todo "entre los tiros de la policía", como en el poeta— esconden la electricidad de un logogrifo divino: a la hora de optar por la línea absoluta de la conducta; a la hora de confiarse, todo, a la perfección sin compromisos, nuestro hombre dice que se "acuerda". "Se acuerda", como Platón.

Luego la imagen de lo perfecto es cosa gustada en otra vida. Luego hubo, antes, una hora en que pactamos con Dios, y en que recibimos el bautismo de su Verdad. Luego ser puro, ser nítido, ser directo, ser absoluto, ser perfecto, es "acordarse".

Y así, entre la confusa yerba de los dialectos, recogemos —insospechada— una estrella que se había caído del cielo incorruptible.*

* Se me ocurre relacionar esta página con "El imperio dialectal de la *se*" (*Simpatías y Diferencias, Obras Completas,* V) y con "Aduana lingüística" (*La experiencia literaria,* Buenos Aires, 1942, págs. 163-171). Además, algún pasaje del artículo "José Moreno Villa en México", *Marginalia,* 1ª serie, México, 1952, p. 28), donde, años después, me veo confirmado por las observaciones que, a su vez, hace Moreno Villa respecto al habla mexicana.—1953.

ENTRE HUMORISTAS

SOBRE la poesía como estado juvenil de la mente se ha dicho todo. Pero el humorismo ¿es también una juventud, una transición? Me resisto a creerlo. La juventud es seria, como la pureza de su ideal, y el humorismo tiene de malicia madura lo que le falta de entusiasmo heroico. Odiseo —cuadragenario— es sufrido y sutil, tiene famosas humoradas. El joven Telémaco es tan sólo recto y valiente. El humorismo participa de la cachaza y del gusto por la comodidad, propios de los años obesos. El humorismo es sanguíneo, duerme la siesta, anda todo el día en pijama y pantuflas y, a veces, se muere de congestión (Fatty, Chesterton).

¿Concebís al humorista joven? A menos que sea de edad indefinible, superior al tiempo y su contemporáneo y, aunque siempre grato y simpático, muy lejano del perfil amplio y gravemente juvenil de un Apolo. ¿Un humorista joven? Sí, cuando tiene, como el personaje de Queiroz que gusto de evocar, veinte siglos de orgía literaria en el alma, o cuando tiene una carita de ratón (¡ya sé por quién lo dices!) que lo mismo puede convenir al joven que al viejo. No, si se conviene en que el humorismo es una plenitud burguesa de los cuarenta años, como casi define alguno. "Desafío a ese joven —decía Flaubert, refiriéndose a Leconte de Lisle—, desafío a ese joven a que me haga reír."

Pero es que hay otro humorismo heroico, metafísico, romántico, trágico: el de Heine, que es perenne juventud, pálida esbeltez, pobreza sin lecho. Al contrario del humorismo del Arcipreste de Hita, que recuerda la situación —casi oficial y administrativa— del clérigo barrigudo que se arregla con el ama. (Aquí prescindo del enamorado de doña Endrina, y supongo que el Arcipreste es "el otro".) Hay un humorismo que come y duerme, y ése sazona con los años. Hay un humorismo que reza y canta, y ése no sazona, sino que galvaniza la vida en un frío de acero, de espada.

MAL DE LIBROS

HAY MAL de libros como hay mal de amores. Quien se entrega a ellos olvida el ejercicio de la caza y la administración de su hacienda. Las noches, leyendo, se le pasan de claro en claro y los días de turbio en turbio. Al fin, se le seca el cerebro.

Y menos mal si da en realizar sus lecturas, y el romanticismo acumulado por ellas lo descarga sobre la vida. Pero falta componer el otro Quijote: la *Historia del ingenioso hidalgo que de tanto leer discurrió escribir.* Leer y escribir se corresponden como el cóncavo y el convexo; el leer llama al escribir, y éste es el mayor y verdadero mal que causan los libros.

Montaigne se quejaba de que haya pocos autores: la mayoría no son sino glosadores de lo ajeno. Schopenhauer lamenta que sean tan escasos los que piensan sobre las cosas mismas: los más piensan en los libros de otros; al escribir, hacen reproducciones; otros, a su vez, reproducen lo que aquéllos han hecho, de modo que en la última copia ya no pueden reconocerse los rasgos del bello Antínoo.

Tales autores, a imitación de la deidad antigua, no pisan el suelo: andan sobre las cabezas de los hombres; que si tocaran la tierra, aprenderían a hablar.

VI

YO SOLO

LA TÉCNICA Y LA IMITACIÓN

(Análisis de un sentimiento confuso)

UN DÍA, en las Mantequerías Leonesas, admiré la sabiduría de un hombre. Yo, que no sé comprar nada, procuro aprender de los que saben. Mi hombre se acercó a pedir un cuarto de kilo de jamón.

Por aquí comienza mi asombro: no tengo la menor idea de los pesos ni las dimensiones, de lo que puede ser un metro ni un cuarto de kilo de nada, de nada. A veces quiero pasar por conocedor: se me antoja cualquier golosina por la calle. Entro en la tienda, vacilo. Cuando el vendedor, con su firmeza habitual y su aire terrible, me pregunta de qué clase la quiero, y si ha de ser tanto o tanto más, soy tan miserable como el estudiante sometido a un interrogatorio de exámenes. Ignoro las marcas, las clases, las categorías comerciales de las cosas. Y en cuanto a las proporciones numéricas, mi temperamento es completamente algebraico: intuyo la filosofía de las dimensiones, pero nunca acierto con las cantidades aritméticas: nunca sé decir lo que mide una pared o el número de habitantes de una ciudad. En cambio, pocas veces yerro al apreciar la mayoría o minoría relativa de las cosas, la tendencia a crecer o disminuir, el progreso o la decadencia.

¿Cuánto, cuánto podrá ser un cuarto de kilo de jamón, y para cuántos puede bastar? Y estudio atentamente la conducta de mi héroe.

Pero mi héroe advierte que apenas han comenzado a cortar la pieza y exclama:

—No lo quiero. Apenas va por la punta. Tiene todavía más grasa que carne. No hay magro. No lo quiero, no. ¿A qué hora irá por la mitad?

—A media tarde más o menos —dice el vendedor sin inmutarse, y como habituado a que le hagan observaciones semejantes.

—Pues volveré —dice mi héroe. Y yo creo que, en efec-

to, volvió a media tarde, y encontró el jamón tal como le convenía, y lo compró y se lo llevó a su casa, y se lo comió.

Y medito, con verdadero asombro, en esta serie de actos tan sencillos. Y me siento incapaz de haber hecho otro tanto.

Nótese, en efecto, la cantidad de nociones estáticas y dinámicas que implica la conducta de este comprador maravilloso, espejo de compradores de jamón.

1º El jamón consta de dos partes (véase la rectificación más adelante): la carne y la grasa.

2º La carne es preferible a la grasa.

3º Dada la forma geométrica del jamón, y la distribución de sus capas, la grasa es más abundante que la carne hacia la punta, y la carne va siendo más abundante que la grasa a medida que la pieza se va cortando hacia la base. Esta proporción es de una necesidad geométrica seductora, dado el ensanche cónico del jamón. Mucho se podría decir de la elocuencia de este fenómeno.

4º En consecuencia de lo anterior, cuando apenas se ha comenzado a cortar (a vender) un jamón, no hay que comprar. Hay una relación de tiempo entre el buen estado del jamón y la rapidez de la venta. Esta relación es conocida, empíricamente, por el práctico que corta el jamón. (Y aquí, en mi conciencia, veo girar, engarzados en un mecanismo de relojería, unos relucientes discos de acero, y veo caer en una bandeja de cartón encerado unas rebanadas finísimas como hojas de papel, y apetitosas como hostias evanescentes.)

Me aprendí la lección, y otro día quise yo aplicarla.

—¿Cómo? —exclamé con aplomo—. ¿A un conocedor como yo le ofrece usted ese jamón? No lo quiero. Apenas va por la punta. ¿A qué hora irá por la mitad?

El vendedor aceptó mi reprensión, como si fuera la cosa más justa y merecida del mundo.

—Vuelva usted a primera hora de la tarde —me dijo simplemente.

Cuando volví, ya se había acabado el jamón.

Pero si mi fracaso actual fue espantoso, todavía mi fracaso potencial, mi fracaso posible, era más desconcertante y más capaz de aniquilar la moral de un comprador tímido. En efecto: por casualidad averigüé más tarde que el jamón

no consta de dos partes, sino de tres, y que bien pude haber llegado en el preciso momento en que el corte transversal del jamón revelaba, en vez de dos, tres capas geológicas, y que ante un tercer elemento cuyo valor técnico y palatal yo desconocía por completo, mi espanto no hubiera tenido límite. En efecto, averigüé que el jamón, además de grasa y carne, esconde —¡oh traición!— su parte de hueso. Y desde entonces siento, atravesado en la garganta, el hueso posible del jamón.

EL PROBLEMA

HACE años, mi hijo, que estaba muy tierno, empezaba a distinguir las realidades y a expresarlas a su manera.

Una tarde, una de esas tardes de Madrid de todos colores —que en otras tierras no se dan sino con eclipses de sol, y aquí, a veces, se repiten durante un mes—, contemplábamos, desde un descampado, el cielo trémulo.

Por donde termina la ciudad, un gran perro, en un terraplén, callaba, como nosotros, tratando de entender aquello. El cielo no se estaba quieto un instante y el perro —y nosotros— teníamos un vago anhelo de ladrar a las nubes.

Nubes negras y nubes blancas, como dos principios enemigos, se combatían en las alturas del aire.

El perro y el hombre, en vaga comunión de terror cósmico, no hablaron. Pero el niño dijo de pronto:

—Papá —y señalaba aquel caos—. ¿Y Dios "echa" lo blanco y lo negro?

El perro se volvió a mirarme, como si quisiera comprender mi respuesta.

—¿Lo negro y lo blanco? ¿O sólo lo blanco, o sólo lo negro? Hijo mío, te diré: los persas imaginaban. . .

Pero descubrí que el niño y el perro se habían alejado ya, jugando; y me sentí abandonado ante el crepúsculo.

LOS SENDEROS DE LA INTELIGENCIA

MI HIJO, que no había probado nunca el tocino y sentía hacia él un extraño misoneísmo, no se dejaba convencer. Y yo:

—Tómalo con pan. ¡Si no sabe a nada!

Porque los padres queremos que nuestros hijos aprendan, cuanto antes, a tolerar las cosas horribles de este mundo. Es el deber.

—¡Si no sabe a nada!

Al fin, mi hijo consiente. Comprueba que no sabe a nada. Y, como está aprendiendo a leer, los conocimientos —los átomos ganchudos del conocimiento— se le traban por modo muy singular, y observa:

—Es verdad. Con el pan y la carne, no sabe a nada. Es como la letra "H", que se escribe y no se pronuncia.

EL COLECCIONISTA

1. POR QUÉ YA NO COLECCIONO SONRISAS

"HE DEJADO de coleccionar sonrisas —a que antes fui tan aficionado— porque la experiencia del trato humano al fin enseña que se abusa más de la sonrisa que de la risa. Es más difícil fingir una risa que una sonrisa. Y los hombres suelen usar de la sonrisa como ripio social, para llenar todos los huecos de la conversación, o suplir las frases rituales del saludo, la despedida, el agradecimiento, la enhorabuena y demás mecánica de la cortesía.

"Yo mismo que, a fuer de especialista, he procurado en lo posible que mi sonrisa tenga siempre un contenido sustancioso y real, me sorprendí hace pocos meses dando un pésame con una sonrisa: una sonrisa externa, obligada, inconsciente, disciplinaria, muerta. Desde entonces desconfío mucho de las sonrisas.

"Las sonrisas sólo me interesan ya cuando vienen a ser, como alguna otra vez lo he dicho,[1] el fulgor de un pensamiento solitario; de un pensamiento que tiene henchida del toda la conciencia, y se va escapando, manando, en breves vibraciones faciales. Entonces las sonrisas tienen el valor de una confesión, y hay que recogerlas con el ánimo tembloroso y codicioso. Pero, adquirido el hábito de distinguir estas sonrisas de las otras —de las sonrisas muertas—, ya no hay que preocuparse más; hay que pasar de largo. Dios escoge a los suyos: las buenas sonrisas se coleccionan solas. Por eso he dejado de coleccionar sonrisas desde hace algunos meses.

"Además, hay ya muchos aficionados; el mercado ha perdido su virginidad encantadora de antaño; entre la viciosa oferta y la excesiva demanda, los valores justos han desaparecido. Cualquiera mujer vende a precios fabulosos una sonrisa embustera, recién fabricada, pretendiendo que es una sonrisa Luis XIV o una sonrisa Directorio.

[1] *El suicida, Obras Completas,* III.

"Y no es que las falsificaciones carezcan necesariamente de valor, no. Hay, por ejemplo, sonrisas 'sevillanas', que valen por sí mismas mucho más que las de cuño oficial; las hay hechas por la noche en casa, de tapadillo, que no se pagarían con nada. Pero es que al verdadero coleccionador le puede gustar el artículo falsificado, a condición de que se lo propongan franca y expresamente como artículo falsificado. Yo tenía por ahí, arrumbadas en mi colección, dos o tres sonrisas completamente artificiales, hechizas, por las cuales he pagado varios años de adoración rendida. Pienso, entre los demás despojos de mi tesoro, legarlas a mis amigos para experiencia.

"Hay, sobre todo, algo que me inquieta: he dado en pensar que la sonrisa es una risa sin entrañas, una risa insalubre, sin eficacia vital; una risa que se ha vuelto loca y ha olvidado su propósito a medio camino, como flecha que se pierde en el aire. He dado en pensar que la sonrisa es una risa marchita, que ha crecido falta de luz y aire —planta blanquecina y sin sol—, anémica, raquítica, con unas piernecitas flacas y un cuerpo jorobadito; que la sonrisa es una risa de mal humor; una risa a la que tuercen el pescuezo a última hora: una 'catarsis' mancada, un desahogo que se arrepiente.

"Yo sé bien, en mi fuero interno, que todas éstas son malas ideas. Antes, en mi mejor época, aunque tales ideas me asaltaran, no me inquietaban ni hacían mella. Las tenía yo descontadas de antemano. Lo que me importaba era llegar a las almas colgado del hilo de araña de una sonrisa, como el amante que trepa hasta el balcón por las trenzas de oro de Ruiponche.

"Entonces solía yo perseguir con dolor la entrevista imagen de una Gioconda callejera, y era mi oración favorita aquella página de Pater dedicada a descifrar los mil y un sentidos del lienzo de Leonardo, de aquella insondable sonrisa, 'siempre adornada con un toque siniestro', perseguida siempre en múltiples tanteos juveniles en torno a los trazos del Verrocchio, que un día se deja aprisionar, adormecida al halago de las flautas de los bufones, como una paloma viva que cae, poco a poco, bajo el hipnotismo de la serpiente.

(Es más antigua que las rocas que la circundan; como el vampiro, ha muerto ya muchas veces y ha arrebatado su secreto a la tumba; y ha buceado en mares profundos, de donde trajo esa luz mortecina en que aparece bañada; y ha traficado en telas extrañas con los mercaderes de Oriente; y fue, como Leda, madre de la Elena de Troya y, como Santa Ana, fue madre de María; y todo esto no significa más para ella que el rumor de aquellas liras y flautas que la hacían sonreír, ni vive ya todo ello sino en la delicada insistencia con que ha logrado modelar sus rasgos mudables y teñir sus párpados y sus manos. . .)

". . . Pero imaginad lo que sería una Mona Lisa exagerada, por la fatiga, en bruja ganchuda y rugosa: pues algo semejante ha venido a ser el misterio de la sonrisa para el coleccionador hastiado. Y cuando se llena uno de malas ideas, hay que cambiar de ambiente, de oficio. He dejado de coleccionar sonrisas, en busca de algo más serio, más directo, más cristalino."

2. Ahora colecciono miradas

"Ahora colecciono miradas. Los ojos son unas ventanas por donde entra y sale la conciencia a toda hora. Hay conciencias de gusto amargo, y otras de gusto dulce. Las hay cálidas, las hay gélidas. Las hay que tienen el frío cariñoso de la primavera, o el calor discreto del nido. Todo eso se gusta por los ojos. Ese abandono de los ojos —ese "impudor", exageraba Longino— nos cura un poco, nos revive un poco a los que estamos hastiados de descifrar sonrisas. Esa tremenda confesión de los ojos ha logrado al fin devolverme las emociones que me embotó el abuso de las sonrisas. Una mirada me sumerge en suaves delirios: "siembra mi corazón de estrellas". Y, a poco de interrogarlas, no hay mirada que no responda: todas se entregan.

"Y voy, bajo los árboles de la primavera, como un Don Juan de las miradas, sorprendiendo, robando fuegos rojos, azules, fuegos castaños, fuegos grises. Las hay que convidan con la serenidad zarca de Atenea, y las hay que arrastran a la negra meditación del buho. Y éstas y las otras se me

antojan: se me antojan imperiosamente como al sediento el vino.

"Cuando veo venir unos ojos abiertos (no todos los ojos abiertos están abiertos), de esos que van —sin saberlo— derramando el contenido secreto, hay algo que se estremece en mí: algo como un escozor de quemadura que quiere ser quemada otra vez. En este delicioso rebusco del dolor, "¡Quiero que me quemen esos ojos!", digo al pasar. Y soy tan desdichado cuando pasan de largo, como Dante con su Beatriz, junto al puente aquel donde ella no quiso devolverle el saludo.

"Cuando yo muera y los médicos me abran el cuerpo para sacarme el alma, la van a encontrar llena de quemaduras del color de todos los ojos de las mujeres; si ya no es que encuentran un miserable puñado de cenizas: ¡toda se me habrá consumido en esta posesión imposible de las miradas, tonel sin fondo a los deseos! ¡Oh, dadme, dadme la mirada que fija y clava, la mirada que sacia como el vaso plenamente apurado!"

EL MAL TIEMPO

1

En los días nublados es el soñar despierto, dejando revolar por la sala los fuegos fatuos del espíritu.

Cuando vuelva la primavera habrá sol y toros, e iremos por toda la calle de Alcalá en carretela abierta: Nieves a mi izquierda, y Milagros a mi derecha. Tendrán las promesas de la flor en la cara.

Pero no iremos a los toros. El coche se desviará levemente, e iremos a dar fuera de Madrid.

¡Cómo reirán, cómo enredarán *sur l'herbe,* hasta que salga la luna, mientras les resbala hasta el seno ese frío alegre de la primavera!

2

El hielo ha llorado en las vidrieras. Me acerco: sí, el paisaje de cristales es cosa seductora. ¿Y la nevada? El cielo, negro; la tierra, blanca...

Eso, el primer día. Pero ¡no me den a mí ciudades de azúcar o de bicarbonato de sodio, que resultan —a tercero día— ciudades de traicionera estearina, fondo en barro!

3

¡Ay, amapola de mi tierra! Cuando yo no había sufrido todavía ¿cómo quieres tú que apreciara yo lo que me dabas?

(Tan, tan, tan, tan... ¡Señor! ¡Las cuatro, y ya es de noche!)

4

Ha salido el sol. ¡Aleluya! Arden las veletas. El aire anda loco de gusto. Hoy se encuentran todos los mendigos un escudo de oro.

> Desnuda la mañana su dorado puñal
> y canta el gallo de oro que hay en la Catedral.

LA MELANCOLÍA DEL VIAJERO

A VECES, los que vuelven de un largo viaje conservan para toda la vida una melancolía secreta, como de querer juntar en un solo sitio los encantos de todas las tierras recorridas.

La *Odisea* no nos hace asistir a los últimos días de Ulises. Cuando Ulises hubo recobrado sus playas y arrojado de su palacio a los pretendientes, dando así término a la gran empresa de su vida, ¿quién duda que se abrió a sus ojos una melancólica perspectiva de ocios y recuerdos, en las noches inacabables de Ítaca, junto a la afanosa rueca de Penélope? Se puede huir a la seducción de las sirenas, amarrándose bárbaramente al mástil. Pero ¿cómo olvidar después las canciones de las sirenas? Apenas ha reposado Ulises, y ya anuncia a su fiel Penélope que nuevos trabajos le reclaman: "Los dioses —le dice— me mandan recorrer todavía muchas ciudades, hasta que no encuentre la tierra de los hombres que ignoran el mar y que cocinan sin sal sus alimentos." La larga ausencia y los trabajos habían quebrantado seguramente la gallardía de Ulises. Penélope tampoco era ya la que él había dejado, porque, con ser plaza inexpugnable, no había podido resistir al asalto de los años, comprobando la sentencia de Calderón:

que a lo fácil del tiempo
no hay conquista difícil.

Había cenizas en las inextintas ascuas del hogar. Ya no sabía Ulises qué desear más —como todo el que ha recorrido mucho mundo—: si el reposo o las aventuras. Hombre que ha perdido su centro, casi nunca vuelve a recobrarlo. ¡Ay! Los que viajan por mar y tierra han de tener un corazón hecho a todos los embates de la alegría y el duelo, y un ánimo de renunciamiento casi de santos. Temen regresar a sus playas, y las desean. No encuentran a la vuelta lo que habían dejado a la partida. Ya no saben dónde ha quedado la tierra y la casa que soñaban. En vano los consuela el poeta:

Heureux qui, comme Ulysse, a fait un beau voyage,
ou comme celui-là qui conquit la Toison,
et puis est retourné, plein d'usage et raison,
vivre entre ses parents le reste de son age.

Ulises tiene que seguir viajando, como piedra condenada a rodar. Él cuenta que los dioses lo mandan... Algunos hemos creído siempre que ya Ulises lo único que quiere es volver a la pecadora Isla de las Canciones.

ROMANCE VIEJO

Yo SALÍ de mi tierra, hará tantos años, para ir a servir a Dios. Desde que salí de mi tierra me gustan los recuerdos.

En la última inundación, el río se llevó la mitad de nuestra huerta y las caballerizas del fondo. Después se deshizo la casa y se dispersó la familia. Después vino la revolución. Después, nos lo mataron...

Después, pasé el mar, a cuestas con mi fortuna, y con una estrella (la mía) en este bolsillo del chaleco.

Un día, de mi tierra me cortaron los alimentos. Y acá, se desató la guerra de los cuatro años. Derivando siempre hacia el sur, he venido a dar aquí, entre vosotros.

Y hoy, entre el fragor de la vida, yendo y viniendo —a rastras con la mujer, el hijo, los libros—, ¿qué es esto que me punza y brota, y unas veces sale en alegrías sin causa y otras en cóleras tan justas?

Yo me sé muy bien lo que es: que ya me apuntan, que van a nacerme en el corazón las primeras espinas.

ÍNDICE DE NOMBRES

Correcciones al tomo I

En la página 7, entre las líneas 12 y 13 de la nota, añadir:

Verdad y mentira, Madrid, Colección Crisol, Aguilar, S. A., 1950.
Obra poética, México, Fondo de Cultura Económica, 1952

Pág.	*Líneas*	*Dice*	*Diga*
111	26	claro era	claro es
124	penúltima y última	que aquélla conciba un acto no da a éste	que ésta conciba un acto no da a aquél
156	5	*pero que París*	*pero París*

ÍNDICE GENERAL

I

VISIÓN DE ANÁHUAC (1519)

II

LAS VÍSPERAS DE ESPAÑA

CARTONES DE MADRID

EN EL VENTANILLO DE TOLEDO

HORAS DE BURGOS

LA SAETA

FUGA DE NAVIDAD

,FRONTERAS

DE SERVICIO EN BURDEOS

HUELGA

III

CALENDARIO

I. TIEMPO DE MADRID

II. TEATRO Y MUSEO

III. EN LA GUERRA

IV. DESCONCIERTO

V. TODOS NOSOTROS

VI. YO SOLO

Este libro se terminó de imprimir y encuadernar en el mes de octubre de 1995 en Impresora y Encuadernadora Progreso, S. A. de C. V. (IEPSA), Calz. de San Lorenzo, 244; 09830 México, D. F. Se tiraron 1 000 ejemplares.

Si el tomo I de estas *Obras completas* de Alfonso Reyes incluye la primera época mexicana, de 1907 a 1913, el conjunto de este tomo II corresponde a los años en que el escritor vivió en España, de 1914 a los años veinte. Estos textos, además de ser una muestra de la evolución de su estilo, comprenden uno de los aspectos más personales e independientes de su actividad literaria en aquella época.

La primera obra contenida en este tomo es *Visión de Anáhuac*, que señala la inicial preocupación que Reyes sintió siempre por la tierra y el ser mexicanos. Ya el autor ha explicado que *Visión de Anáhuac* fue concebida como un punto de arranque para una serie de meditaciones destinadas "a extraer e interpretar la moraleja de nuestra terrible fábula histórica". A la lectura de esta obra la crítica produjo infinidad de estudios elogiosos. Para Benjamin Cremieux se trata de una "rara mezcla hecha con las *Mil y una noches* y la evocación cotidiana". Corpus Barga afirmó: "Alfonso Reyes es un trasmutador de la emoción lírica en emoción geográfica". Valery Larbaud consideró *Visión de Anáhuac* como "un verdadero poema nacional mexicano". La mexicanidad de su autor es señalada por Mario Puccini al expresar que aunque Reyes "vive en Madrid —o quizá por eso mismo— no puede olvidarse de que es mexicano". Y Azorín aseguró que con la lectura de ese libro "asistimos materialmente a una vida que no hemos vivido".

Las vísperas de España constituye la segunda parte del presente tomo. Es una colección de impresiones, viajes y crónicas que van de los "primeros prejuicios de la retina" a interpretaciones sobre la historia y el alma del pueblo español. Todo está escrito en nerviosas instantáneas que captan rasgos de interés o momentos característicos de la vida peninsular. Se atraviesan en esas páginas imágenes de Burdeos e Italia, desde donde el autor sigue contemplando a España. Sobre *Cartones de Madrid*, capítulo perteneciente a *Las vísperas de España*, Carlos González Peña escribió: "A Dios gracias, nuestro caro Alfonso no ha cegado. Ve muy bien con los ojos de la cara y del entendimiento... Visión pintoresca y originalísima de Madrid; sucesión de apuntes que nos saben a Goya". A la totalidad de *Las vísperas de España* podría otorgársele un juicio similar.

Imágenes fugaces, que lo mismo captan la emoción del instante que la observación intencionada, conforman el tercer libro de este tomo: *Calendario*. Algo hay en él de noticia, de epigrama y, con abundancia, de poema en prosa. Rafael Marquina se refirió así a estas páginas: "Un eco para cada voz, una vibración nueva para cada eco distinto. Pensáis en seguida en un hombre muy erudito y al mismo tiempo muy artista..."

